NELSON CASTRO

LA SALUD DE DIEGO

LA VERDADERA HISTORIA

SUDAMERICANA

NELSON CASTRO

LA SALUD DE DIEGO

LA VERDADERA HISTORIA

SUDAMERICANA

Prólogo

"A mitad del andar de nuestra vida
perdido me encontré en selva oscura
porque la recta senda estaba extraviada".
DANTE ALIGHIERI, Canto I, *La Divina Comedia*

Cuando Diego Armando Maradona deslumbró al mundo con su memorable gol a los ingleses, la droga ya había entrado en su vida. Pocos eran los que lo sabían. Debieron pasar algunos años para que esa triste realidad llegara a la esfera pública. No hubo ámbito que escapara al estrépito producido por esa noticia, que generó —como siempre— interminables polémicas pasionales. Lo que nadie imaginó, sin embargo, fue el laberinto de autodestrucción por el que, a partir de ese momento, transcurriría la existencia del Diez.

A la edad de 30 años, la mitad exacta de lo que sería su vida, el ídolo se encontró perdido en esa oscura selva de las adicciones de la que nunca pudo salir. No estaba tan lejano aquel mediodía del ٢٢ de junio de ١٩٨٦ cuando una multitud extasiada en el Estadio Azteca de la Ciudad de México, y millones de personas frente a las pantallas de televisión, vieron cómo esa zurda dotada de una magia prodigiosa dejaba atrás a la mitad del equipo inglés y convertía, a los once minutos del segundo tiempo, ese gol inolvidable. Fue su momento de gloria.

No fue el primer deportista de elite —ni será el último— en sucumbir ante la tentación de las drogas que, como la manzana de Adán, en medio de ese olimpo al que los lleva el don quasi divino de sus talentos y habilidades, transforma sus vidas en un verdadero infierno.

El brasileño Manuel Francisco dos Santos, Garrincha, considerado por muchos como el mejor puntero derecho de la

historia, padeció las adicciones al tabaco y al alcohol, y falleció en Río de Janeiro el 20 de enero de 1983 —a los 50 años— a causa de congestión pulmonar y pancreatitis ocurridas en un contexto de alcoholismo crónico.

El británico George Best, otro puntero derecho cuyo nombre apareció en la lista de los jugadores más grandes del mundo FIFA 10, fue adicto al alcohol, que le causó una cirrosis hepática por la cual debió someterse a un trasplante de hígado. Falleció en Londres a la edad de 59 años, el 25 de noviembre de 2005, debido a una infección provocada por una sobredosis de los inmunosupresores que tomaba para evitar el rechazo de su órgano trasplantado. Verdadera ironía del destino: quince años después, el 25 de noviembre de 2020, el inglés Paul Gascoigne, talentoso mediocampista que de tanto en tanto era noticia por aparecer en la vía pública ebrio y casi desnudo, debió abandonar la práctica del fútbol como resultado del deterioro producido por su adicción al alcohol.

No fue fácil hacer este libro sobre las enfermedades de Diego Armando Maradona. Varios colegas a los que mucho valoro contribuyeron a su génesis: Rodrigo Alegre, Sergio Farella, Cecilia Boufflet e Ignacio Ortelli.

Hubo que bucear en archivos no siempre disponibles. Hubo que reunir toda la información médica desde el comienzo hasta el final de la azarosa vida del Diez. Su historia clínica es un verdadero vademécum donde conviven las lesiones osteomusculares del principio de su carrera junto a las patologías producidas por sus adicciones. Fue adicto a la cocaína, al alcohol, a la comida y al sexo.

Maradona, además, fue un paciente muy difícil para la mayoría de los médicos que lo trataron en los momentos más dramáticos de su vida.

Habría sido imposible acometer este desafío si no hubiera contado con el trabajo descollante de Pablo Corso y Juan Manuel Lombardero, cuyos entusiasmo, pasión, nivel de información, rigurosidad, minuciosidad y perseverancia fueron fundamentales para encontrar documentos, ubicar protagonistas y chequear repetidamente datos clave de esta

dramática historia. Así fue como, por ejemplo, Pablo rescató del olvido y contactó —poco antes de su fallecimiento— al doctor Roberto Paladino, que atendió a Maradona en sus comienzos, y Juan Manuel llegó al doctor Carlos Chaux, quien le realizó el *bypass* gástrico y contó cosas que aún no se sabían de aquellas dos operaciones. Fue este verdadero trabajo de equipo lo que permitió reconstruir con todo detalle el historial médico de Maradona y su circunstancia. Ha sido para mí un auténtico privilegio trabajar con ellos en estos meses intensos y apasionantes.

El lector encontrará una información médica profusa que fue chequeada con todas las fuentes de ese ámbito vinculadas al caso a lo largo de los años. Hemos buscado presentarla de una forma sencilla y explicativa, limitando los tecnicismos a lo mínimo e indispensable. Vaya el agradecimiento para todos los que dieron su testimonio *on the record* y para quienes lo hicieron *off the record.*

Intentamos hablar tanto con el doctor Leopoldo Luque como con la doctora Agustina Cosachov. de los dos aceptó.

Aunque todo lo escrito aquí es real, la historia que el lector está a punto de comenzar tiene ribetes novelescos y, por momentos, supera cualquier ficción imaginable, porque, a la inversa del camino del Dante en *La Divina Comedia* —que lo lleva del infierno al paraíso—, la vida de Maradona transcurrió por el camino de la droga y las adicciones, un infierno que lo destruyó.

NELSON CASTRO

Capítulo 1

De Fiorito a cebollita

(1960-1975)

Primeros años. La familia y el sacrificio de los padres. Hacinados cerca de la quema. Pasos iniciales en el potrero y presentación en Los Cebollitas. Ganar kilos y masa muscular. La influencia de Francisco Cornejo. El doctor Paladino, "un fenómeno". La primera lesión importante. "Una jeringa grande con una aguja enorme".

Es bárbaro recorrer el pasado cuando venís de muy abajo y sabés que todo lo que fuiste, sos o serás, es nada más que lucha.
DIEGO MARADONA, *Yo soy el Diego de la gente*

Dalma y Diego —o Tota y Chitoro— tenían 13 años cuando se conocieron en una comparsa en el pueblo correntino de Esquina. Hija de Salvadora Cariolicci y de Román Edisto Franco, Dalma emigró a principios de los 50 a Villa Fiorito (Lomas de Zamora), casi una villa miseria, que sin embargo prometía posibilidades de progreso. La acompañó Ana, su hija mayor. Ya acomodada, convocó a Chitoro, hijo de Saturnino Maradona y Lucía Dora Vallejo. Lanchero y futbolista amateur de pegada violenta, se había quedado en el pueblo con Rita, la menor.

Hacia mitad de esa década, Diego empezó a trabajar en Tritumol, una empresa de molienda de huesos, de cuatro de la mañana a tres de la tarde. Ganaba poco y hacía todas las horas extra posibles. Tota se multiplicaba como ama de casa; tenía que levantarse a la madrugada para lavar los guardapolvos y las medias: no tenían de recambio.

Después de otras dos nenas (María Rosa y Elsa), tuvieron a su primer varón. La noche del sábado 29 de octubre de 1960, y a pesar de la panza de nueve meses, habían ido a un baile. El entretenimiento duró poco. Enseguida debieron salir a toda velocidad rumbo al Policlínico Gregorio Aráoz Alfaro, en Lanús, al que todos seguían llamando Hospital Evita. Con 31 años, Tota parió a Diego Armando Maradona, "Pelusa", el domingo 30 a las 7:05. El nacimiento quedó registrado en el acta 1477.

Tras vivir en un par de casillas alquiladas, los Maradona llegaron a una casa chica en Azamor 523, cerca de la quema de Fiorito. Tenía —todavía tiene— paredes de material y techo de chapa. Una sala con piso de cemento alisado funcionaba como cocina y comedor, y las dos habitaciones tenían piso de ladrillo. La de los chicos medía dos por dos. Como llegaron a ser ocho (después de Diego nacieron Raúl, Hugo y Claudia), era medio metro cuadrado para cada uno.

En vez de puertas, había cortinas hechas con bolsas de arpillera. Al fondo, un baño de madera. Adelante, un patio de tierra sobre una calle, también de tierra, con huellas de carro. "Llovía más adentro que afuera", recordaría años después Diego, que también bromeaba al decir "yo nací en un barrio privado: privado de luz, de agua, de teléfono y de gas". Era una vida de extremos: mucho calor en verano y mucho frío en invierno.

Cuando recién empezaba a caminar, el joven Maradona cayó al pozo ciego de la casa. "¡Sacá la cabeza de la mierda!", lo conminó entonces su tío Cirilo, siempre de acuerdo con el hispano-británico. A los tres años pateó su primera pelota. Se la había regalado su primo Beto Zárate. Antes de irse a trabajar, Chitoro lo veía abrazándola mientras dormía. Aunque toda su familia era de Boca, Diego —admirador de Ricardo Bochini— se reconocería hasta bien entrada la adolescencia como hincha de Independiente.

La precariedad de Fiorito hizo que Diego empezara a entrenar antes de jugar. Todos los días iba hasta la única canilla de la cuadra con dos tachos de veinte litros, que habían sido de aceite YPF, y juntaba agua para cocinar, limpiar y bañarse. "Así empecé a hacer pesas", rememoraría. En su biografía reconoce que "si se podía comer se comía, y si no, no", aunque en otro pasaje asegura que nunca le faltó: "Por eso tenía buenas piernas, aunque era flaquito".

A los seis años comenzó a patear la pelota en un potrero de tierra dura, en la zona conocida como Siete Canchitas. Sábado y domingo, bajo el rayo de sol de las dos de la tarde y hasta que se iba la luz. De lunes a viernes arrancaba a las cinco, cuando salía de la Escuela Remedios de Escalada, donde cursó hasta sexto grado, antes de pasarse a la San Martín, de Lomas, donde empezaría Comercial con la perspectiva de ser contador. En partidos que muchas veces se jugaban por plata, defendía los colores de Estrella Roja. En el poco tiempo libre que le quedaba, vendía barriletes con un amigo. Cuando podía, Chitoro le compraba zapatillas. Para su enojo, el hijo las rompía en tiempo récord. "Mi viejo me fajaba", se sinceraría Diego años después. "Eran otros tiempos y eran otras costumbres". El biógrafo Jimmy Burns, además, describe a Don Diego como un hombre de buena garganta para el vino.

* * *

Un día de marzo de 1969, su compañero de grado Gregorio "Goyo" Carrizo le preguntó si quería probarse en Argentinos Juniors. La tarde del sábado siguiente, mientras evaluaba sobre el pasto mojado de Parque Saavedra a los chicos de la categoría 60 para sumar a las inferiores, el entrenador Francisco Cornejo se maravilló con un "enano" de ocho años que dominaba la pelota como de los que había conocido. Más tarde lo recordaría "chiquito y flaquito", callado, "un chico más de la villa con muchas ganas de jugar". Con el permiso de sus padres, Diego se sumó al plantel y Cornejo rompió por primera vez la regla de no poner de titular a un jugador recién incorporado.

Hubiera sido imposible avanzar en esos primeros años sin el gran esfuerzo que hizo su familia. Cuando ya era un hombre de 54 años, Maradona hizo una sentida reivindicación:

> Mi papá iba a trabajar a las cuatro de la mañana, todos los días. Yo me entrenaba miércoles y viernes, y recuerdo que los colectivos venían llenos porque la gente volvía de trabajar. No te iban a dar el asiento. Entonces, él se agarraba del pasamano y yo me metía ahí abajo. Se recostaba sobre mí y dormía tan profundamente que lo tenía que despertar yo. Como me siento orgulloso de mi mamá, que le dolía el estómago todas las noches para que nosotros pudiéramos comer. También me siento orgulloso de mi papá, quien siempre me dio la oportunidad de jugar al fútbol, pese a todas las dificultades del mundo. Había meses que tenía que ir a pedir plata para poder pagarme el colectivo para que yo pudiera entrenarme. La vida del futbolista no es fácil. Lo único que cuenta es la familia.

Cornejo quería que sus jugadores tuvieran un desarrollo armónico, una dieta equilibrada y un físico que les permitiera jugar y crecer. Con Diego hizo lo que hacía con la mayoría de ellos: llevarlos a una revisación con el doctor Roberto Paladino, médico del plantel de Huracán y de figuras del boxeo como Ringo Bonavena y —años después— Carlos Monzón. Era la primera vez que Maradona pisaba un consultorio privado. "No es como el hospital, don Francis", decía sorprendido. Paladino, que atendía en el barrio porteño de Almagro, a los pacientes de Cornejo no les cobraba. Estaba

convencido de que debían pagar solo quienes podían. “Cuando veo el físico de un deportista, sobre todo si es un pibe, lo primero que pienso es cómo mejorarlo. Cómo hacer para que sea más fuerte”, argumentaba.

“Póngamelo en forma a este pibe, ‘tordo’, que es un fenómeno”, pidió Cornejo. “Me insistía en que no era un malabarista, sino un jugador extraordinario, como que había visto”, decía Paladino. “Después lo comprobé en la cancha”. Aunque Cornejo aseguraba que aquella primera visita había sido una semana después de conocer a Diego, Paladino lo recordaba con 10 u 11 años. Sí coincidía en que “era bajo y chiquito, no había llegado a la edad de desarrollo”. De trato serio pero cercano, lo pesó, lo midió y lo revisó. “Es un pibe sano”, diagnosticó. “Le faltan peso y contextura física para jugar al fútbol en serio. Hay que hacerle ganar kilos y masa muscular”.

Aunque aclaraba que lo vio bien alimentado, Paladino puso manos a la obra enseguida. “Me dijo que solo comía carne esporádicamente. Tendría que haber consumido una mayor cantidad de proteínas. Lógicamente, lo que más había en su casa eran hidratos como las pastas. Le facilitamos todo para que el crecimiento fuera mejor”.

Esa tarde, Cornejo y Diego se fueron del consultorio con una muestra gratuita de suplementos vitamínicos y un recetario. “Aminoácidos, vitamina B12 y ciproheptadina”, precisó Paladino. Los primeros se encargan de generar proteínas; la segunda es indispensable para el funcionamiento del tejido nervioso y la maduración de los glóbulos rojos; la tercera es un antiserotoninérgico con propiedades antihistamínicas usado para abrir el apetito. “Dale esto y traémelo en dos meses”, indicó Paladino. Como el frasco se terminó en una semana, Tota y Chitoro empezaron a pagar la suplementación de su bolsillo: estaban convencidos de que Diego tenía futuro en el fútbol. Menos de un mes después, ya mostraba más energía en los entrenamientos. Cada dos o tres meses volvía al consultorio para confirmar, revisar o actualizar el tratamiento.

Aunque ya no recordaba los detalles, Paladino confirmó que la situación comenzó a mejorar: “Notaba que los cambios eran positivos, sobre todo en el desarrollo físico: Diego

ganaba musculatura. Por supuesto, también colaboraba la parte física que él hacía en los entrenamientos".

La fuerza y la resistencia se le volvieron insumos imprescindibles para enfrentar el rigor de los partidos, donde los rivales lo castigaban cada vez más. Maradona era la estrella indiscutida de Los Cebollitas, una máquina de ataque organizado, pelota al ras y habilidad indescifrable que llegó a ganar 136 partidos seguidos. El capitán y número 10 sobresalía —a pesar de sus 12 años— cuando lo ponían a jugar en categorías tres años mayores. Si las cosas iban mal, saltaba del banco a la cancha y casi siempre daba vuelta el resultado. Su desempeño sería crucial en la conquista de los torneos de Novena, Octava y Evita.

Maradona nunca se olvidó de Paladino, aclaró el médico. "En los años siguientes lo vi como amigo en varias oportunidades. Eran charlas de agradecimiento de él. Siempre me decía: 'Tordo, un fenómeno, eh'".

* * *

Nada detenía su sed de fútbol. Jugaba siempre y de cualquier manera. Un día, se le cayó y reventó en la calle un sifón que le habían pedido para el almuerzo. Con la sangre manando de un tajo enorme, en el hospital le pusieron siete puntos de sutura y le cubrieron toda la mano con una venda. Contra la recomendación de Cornejo, jugó todo el partido del día siguiente y le hizo cinco goles a Banfield.

Un sábado de 1971 los rivales lograron sacarlo de la cancha por primera vez. Tenía apenas 11 años. Fue en Ramos Mejía, contra el equipo del colegio Don Bosco. "Le habían puesto un grandote que le llevaba como dos cabezas para que lo marcara", relata Cornejo. Pero el Diez lo pasó durante todo el partido, hasta que a los diez minutos del segundo tiempo fueron a buscar una pelota dividida. "El grandote saltó con la pierna levantada y, cuando caía, le clavó, con la peor intención del mundo, los tapones en la pierna derecha, que Pelusa estaba usando de apoyo, a la altura de la rodilla […] Diego quedó tirado sobre el pasto, sin moverse, agarrándose la rodilla y llorando", recordaba el entrenador. Aunque a esa altura se había acostumbrado, el dolor hizo que se le llenara

la cara de lágrimas.

La rodilla se hinchó muy rápido. Cornejo y Chitoro acordaron que no pasara esos días en Fiorito; debía estar cerca de los médicos de Capital.

Pero al anochecer tenía 40 grados de fiebre y la pierna más hinchada. El primer médico que lo vio fue Mario Bortman, vinculado a Argentinos, quien le indicó un calmante. Diego tenía la pierna dura y la rodilla negra. Seguía con fiebre muy alta, estaba pálido y casi no hablaba. Cuando el doctor sacó "una jeringa grande que tenía una aguja enorme", según recuerda Cornejo, pidió que lo sujetaran fuerte. Se la clavó arriba de la rodilla y empezó a extraer una sangre negra como aceite quemado. Diego respiraba con bufidos por la nariz. La rodilla se iba deshinchando, aunque seguía pálido y sin hablar. Lo vendaron desde la mitad del muslo hasta la pantorrilla, le recetaron antibióticos y ordenaron reposo.

Aunque la fiebre fue bajando, el golpe había sido tan duro que algunos dudaban de que Diego pudiera volver a jugar. Cornejo buscó una segunda opinión en el traumatólogo Arön David Fiszman, médico del plantel superior de Argentinos, que lo examinó en el vestuario. Lo vio bien. "Lo único que me preocupa es que se mueva mucho, porque este no tiene cara de hacer reposo", advirtió. En el Hospital Israelita le colocó un yeso desde el muslo hasta el tobillo.

Hubo, incluso, una tercera opinión. La del propio Paladino, que recordó: "Era una distensión tendinosa, una tendinitis. Lo inmovilizaba un poco y caminaba con dificultad. Aunque seguía el tratamiento que le habían dado, sufrió mucho porque lo privaba de jugar".

Le quitaron el yeso a los dieciocho días. Durante el tiempo en que no pudo estar en la cancha, se quedaba en un costado mirando con cara de sufrimiento. De vuelta en los entrenamientos, tenía miedo de pisar. Cornejo le trabajó la confianza. Cuando no se animaba a poner la pierna frente a los compañeros, lo trataba de "cagón". Si lo veía bajoneado, lo llevaba aparte y le decía que iba a estar todo bien. Un mes después de que le sacaran el yeso, Diego era casi el de siempre.

Pero siguieron pegándole. Muchas veces, los golpes llegaban más cuando no tenía la pelota que cuando la tenía.

Los rivales lo esperaban en escalera; si no lo agarraba el de adelante, lo volteaban los de atrás. En un partido contra Racing le dieron un codazo en la cara que lo dejó tres minutos en el suelo. Pero el sufrimiento traía enseñanzas. Los golpes, creía el descubridor, “lo ayudaron a anticipar aun más las jugadas, a resolver mejor en espacios reducidos, a agudizar todavía más su tremenda habilidad, sabiendo que no se trataba solamente de hacer pasar la pelota sino también de esquivar la pierna fuerte del defensor”. Esa mezcla de barro y sangre forjaría la leyenda.

Capítulo 2

argentinos

(1976-1980)

Un cuerpo frágil ante las exigencias del profesionalismo. Esa voluntad indomable. La primera pretemporada. Una casa para toda la familia. Agasajos y "salidas especiales". La optimización del físico y el asombro con su juego.
Japón 79. Accidente en la quinta de Moreno. Primeras señales de alerta.

Diego Maradona llegó al plantel superior de Argentinos Juniors diez días antes de cumplir los 16 años, contra la voluntad de Francis Cornejo, que pensaba que se estaban quemando etapas con extrema rapidez. El técnico Juan Carlos Montes le había echado el ojo y los dirigentes habían empezado a entrever el fenómeno. También el negocio.

En una época en que los clubes no solían tener kinesiólogo, en La Paternal incorporaron a Raúl Gismondi, compañero del doctor Arön Fiszman en el Hospital Israelita. “Le dijeron que estaba por subir un chico que era muy bueno y que iban a tener que armar equipos para viajar por todo el país”, explica su yerno Martín Petrelli, ex kinesiólogo de la Selección de José Pekerman. “Lo primero que vio es que Diego tenía deformidades articulares —probablemente interfalángicas— en todos los dedos de los pies. Era una patología de crecimiento conocida como ‘dedos en martillo’”. Se trata de dedos que se doblan sobre sí mismos por la flexión de la articulación del medio.

Para los parámetros de un futbolista profesional, esos pies “estaban como destruidos”, dice Petrelli. “Era común en los chicos que venían de barrios muy humildes, acostumbrados a usar siempre las mismas zapatillas o a que les quedaran chicas”. Maradona, asegura, jugó así durante toda su carrera: “Son cosas estructuradas, nunca se operó”.

El mediocampista Carlos Fren, otro jugador que había acercado Cornejo, encontró más debilidades en el físico del recién llegado: “Era un pibito, menudo y sin tanta musculatura. Después se fue haciendo más morrudo, con más caja y fuerza, gracias al entrenamiento”.

El doctor Fiszman, que lo había atendido cuando todavía era un Cebollita, se sorprendió con ese progreso. En la misma casa donde vivían entonces, cubierto con un tapabocas de Argentinos Juniors, lo confirma su hijo Marcelo: “Mi viejo decía que Diego era un toro. Siempre quería jugar, lesionado o infiltrado. Y siempre iba para adelante, a pesar de ser bajo y morrudito. Se cuidaba y entrenaba mucho”.

Marcelo muestra una foto de esos años: Maradona sobre

una cancha de tierra, de pantalón y campera negra, sacando pecho y abrazando a un hombre mayor, calvo y de anteojos, en una pose de cariño y respeto. Diego, y a veces incluso sus hermanos, venían a hacerse atender a este mismo departamento.

Con el tiempo, Gismondi fue coincidiendo con el diagnóstico de Fiszman. "Muscularmente, Diego era un superdotado", dice Petrelli, que también está a cargo de una diplomatura en Deporte en la UBA. "La cinturita, las piernas, en todo era superior al resto. Tenía tonicidad, buen volumen y fuerza muscular".

El crack cursaba tercer año del Comercial y tenía edad de Séptima División —le faltaban diez días para cumplir 16 años — cuando debutó en Primera, el miércoles 20 de octubre de 1976. El cronista Miguel Ángel Bertolotto lo recuerda con la mirada vivaz y los rulos rebeldes, el cuerpo retacón pero fibroso bajo una camiseta que le quedaba demasiado grande. Atrevido, habilidoso, sutil y corajudo. Marcelo Fiszman, que gracias a su padre acompañaría a Diego en entrenamientos, concentraciones y viajes, también: "Tenía una porra terrible y una desfachatez para jugar enorme".

Tres semanas después Maradona hizo sus primeros goles, como visitante de San Lorenzo de Mar del Plata. Mientras dormía en el micro, el médico del club lo miró de reojo y le susurró al secretario general, Alberto Pérez: "¿Sabe este chico lo que va a ser en el mundo?". En la que se considera su primera entrevista, cuando el periodista Horacio Pagani le sugirió que podía ser peligroso llegar tan rápido, Diego respondió: "Sí, ya lo sé. Pero no me voy a marear. Lo digo en serio. Tengo mucha gente que me aconseja bien".

* * *

Con miras a la temporada 77, dirigentes y cuerpo técnico de Argentinos Juniors empezaron a diagramar la lista de veintidós jugadores que irían a la pretemporada de Tandil. Cuando se estaba cerrando la nómina, Santiago de Vita —uno de los miembros de la comisión directiva— preguntó: "¿Y no quieren sumar a Dieguito?". El entrenador Antonio D'Accorso dio el visto bueno y Maradona se hizo la revisación de rutina:

radiografía de tórax, análisis de sangre y orina.

El preparador físico Carlos Kenny había regresado al oficio después de una *impasse* causada por razones familiares y económicas. Las escuelas le daban la estabilidad que no conseguía en el vértigo del fútbol de Primera, pero terminó seducido por el proyecto de Argentinos, que buscaba empezar de nuevo después de sufrir durante varias temporadas. Así lo recuerda desde su casa de Ramos Mejía: "Ni bien lo vi, me di cuenta de que había que ser muy torpe para no saber que estábamos frente a un jugador absolutamente distinto. Tenía un dominio de la técnica individual superior: manejaba y bajaba la pelota como quería. Su potencia física natural era asombrosa. Cuando arrancaba, era difícil pararlo".

La primera pretemporada en la vida profesional de Maradona estuvo rodeada de calma. Un poco en broma y un poco para mantenerlos bajo control, D'Accorso y Kenny les decían a los jugadores que si querían salir de noche lo hicieran, pero que se cuidaran de las víboras que supuestamente se arrastraban por el parque, a 300 metros de la concentración en el Hotel Colonial.

En el doble turno preparativo para la competencia, el preparador físico se manejaba con la fórmula VARF (velocidad, agilidad, resistencia y fuerza) que había aprendido en el Instituto Nacional de Educación Física, al que apenas ingresaban cien aspirantes por año luego de rigurosas pruebas físicas, deportivas, culturales y psicológicas. "Nos imprimieron una marca que tenía que ver con valores, compromiso y juego limpio", elogia Kenny, que recuerda a maestros como Adolfo Mogilevsky (con experiencia en la Selección) y Jorge Kistenmacher, que hacía hincapié en las prácticas matutinas, las concentraciones y los planes nutricionales.

La rutina de trabajo se diagramó desde esa escuela tradicional y moderna al mismo tiempo. Para evaluar la resistencia, sus jugadores corrían el clásico Test de Cooper: doce minutos alrededor de los cuatrocientos metros de una pista de atletismo. Aunque no estaba entre los punteros, Maradona superaba los tres mil metros, unos trescientos menos que los mejores. En cambio, se lucía en las pruebas de velocidad estilo *shuttle run*, una ida y vuelta entre dos líneas

paralelas, que además considera la agilidad, la coordinación, la aceleración, la flexibilidad y el cambio de dirección. Kenny también lo recuerda como uno de los mejores en los tests de habilidad para saltar, que medían la diferencia entre la marca con tiza que el jugador hacía estando en cuclillas y la que dejaba al saltar.

El "profe" comparte otra foto —posiblemente de agosto del 78— que captura con precisión la pulsión física del Maradona de aquellos años. Con las piernas cruzadas y el torso vuelto hacia su derecha, el Diez está suspendido unos cuarenta y cinco grados por encima del suelo, los brazos extendidos y la mirada fija en una pelota que Kenny sostiene frente a él. Tiene los pómulos hinchados, la boca rígida y los ojos fijos en el balón: pura determinación. "Esa pelota era una *medicine ball*, grande como una de básquet, que podía pesar hasta cinco kilos. Hacíamos ese ejercicio para trabajar los músculos oblicuos de los abdominales, con cabezazos de ida y de vuelta, veinte veces por cada lateral. Diego andaba muy bien. Era un toro en el arranque y en la forma de encarar con el balón… El cuerpo respondía a todo lo que ordenaba el cerebro. Y tenía una mentalidad ganadora como pocos".

El profesor recuerda y sigue sorprendiéndose: "La articulación del tobillo, sobre todo en la pierna zurda, parecía la aleta de un pez. Tenía muchísima ductilidad en los movimientos con la pelota al pie: le sacaba los mejores resultados".

Como cuando se abrazaba a su juguete preferido en Fiorito, eran los años de un Diego sano y de un idilio puro con la pelota, cuando se obsesionaba pateando tiros libres después de los entrenamientos en las concentraciones del Hotel Internacional de Ezeiza.

"Le decíamos que ya estaba. Teníamos miedo de que se lesionara. Pero él seguía. Recorría todo el perímetro del área, haciendo treinta remates desde distintas distancias, que iban siempre al arco. Decía 'le voy a pegar al travesaño' y le pegaba, decía 'la voy a meter al ángulo' y la metía".

El entrenamiento sin pelota "le costaba pero lo hacía —reconoce finalmente—. A él le gustaba tener la pelota en los pies". Tiene grabada su mueca de fastidio un día que la lluvia suspendió la práctica de fútbol. Último en la fila que trotaba

por Agronomía, mojado y embarrado hasta el cuello, masticando bronca por el partido frustrado.

* * *

Como cualquier argentino de la época, Diego tuvo que hacer el servicio militar a los 18 años. Pero, ya en esa época, Maradona —aun con el corte de pelo reglamentario— no era cualquier argentino, incluso en esa época. La dictadura, dice Kenny, lo exceptuó de la guardia, el encierro y la rutina sádica que solían sufrir los conscriptos. "Le tocaba unas dos veces por semana a la tarde. Un día iba a sacarse fotos a Casa de Gobierno; otro, a Campo de Mayo. Ese fue su servicio militar. Esas cosas te van dando la sensación de que sos distinto".

"Ya entonces era un poco rebelde", concede Marcelo Fiszman, que reconstruye un diálogo entre su padre y el jugador:

—Diego, vos vas a ser muy grande. Cuidate. Si podés, culturalizate. Estudiá algo.

—Doctor, ¿por qué no le va a dar consejos a sus hijos?

Con 16 años y cuatro meses, ese muchacho algo díscolo debutó en la Selección en un amistoso contra Hungría, el 27 de febrero de 1977. Argentina ganó 5-1 y él entró a los veinte minutos del segundo tiempo reemplazando a Leopoldo Luque, verdadera ironía del destino. Otro Leopoldo Luque aparecería en el final de su vida en circunstancias totalmente distintas. El partido se jugó en el estadio de Boca —La Bombonera—, donde el público lo recibió con una ovación, quizá la primera que recibió en la cancha del club de sus amores.

En otros aspectos, la vida de Maradona ya estaba cambiando. Las privaciones y los sacrificios de Villa Fiorito empezaban a quedar atrás. Se había mudado a un departamento en Villa del Parque (Argerich 2746), que el club alquiló para él, sus padres y sus cinco hermanos solteros. Ahí conoció a una vecina tímida que lo cautivó: Claudia Villafañe. Se le animó ocho meses después, en un primer baile a mediados de 1977, sobre la cancha de baby fútbol del Club Social y Deportivo Parque.

Después de firmar su primer vínculo profesional, el

presidente Próspero Cónsoli le prometió que la prima del contrato sería una casa para la familia. “Tuvo la mejor idea del mundo”, recordaría el jugador años después. Desde el 6 de noviembre de 1978 y hasta fines de 1980, los Maradona vivieron en Lascano 2257, a cuatro cuadras del estadio de Argentinos Juniors. La casa, que hoy funciona como museo, tenía pisos de pinotea, un living, una habitación donde dormían las tres hermanas menores, otra más chica para Raúl y Hugo, y una cocina con mesa de fórmica. En el primer piso, la habitación de Diego: modesta pero privada.

“Estaba muy integrado al barrio, no se enclaustraba. Si veía que los muchachos jugaban a la pelota, salía a la calle y se metía. El fútbol era todo, aunque también era muy pegote con la familia, protector de los hermanos”, recordó el vecino Adolfo Melnik en 2017. “Todas las tardes nos sentábamos a hablar en el escalón. Le gustaban mucho las chicas, eh. Yo le decía: ‘Mirá, Claudia te conoció cuando recién arrancabas. Quiere decir que te quiere. Las otras te van a dar todos los besos que puedan, pero no son lo mismo’”, completaba el socio vcrvaio Alberto Leone.

Mientras tanto, acaso a su pesar, Maradona estaba convirtiéndose en una atracción global. El club capitalizaba a su estrella haciéndolo jugar amistosos entre semana en el interior. Siempre había un edecán o un empresario que lo invitaba a un agasajo y conseguía la foto deseada. Gracias a él, Argentinos ingresó a los torneos de verano que Mar del Plata reservaba a los grandes.

“Un día [su representante, Jorge] Cyterszpiler nos dice que lo necesitaba esa noche para ir al puerto”, recuerda Kenny. “Le pagaron cinco mil dólares”. Hubo otras “salidas especiales”, como la inauguración de un boliche en Chile junto a su compañero Adrián Domenech. “La noche y las mujeres le gustaron siempre. Cuando alguna le bajaba las pestañas, él arremetía. Para bien o para mal, se terminaba haciendo lo que decía. Nadie lo podía llevar de las narices. La sociedad lo elogiaba cada vez más y no había quién le marcara la cancha”.

* * *

A pesar de la rebeldía que empezaba a cimentarse —o quizá precisamente por eso—, Diego disfrutó de una de sus cumbres como futbolista en Argentinos Juniors. Buena parte de los que lo vieron jugar aseguran que fue su mejor etapa. El club había logrado retenerlo pese al interés concreto de varias instituciones, entre ellas Boca, Barcelona y el Sheffield inglés. Maradona tuvo conflictos por reclamarles compensaciones a los dirigentes a causa de esas pérdidas económicas. Aun así, lograron contenerlo, en buena medida gracias a un acuerdo de esponsorización con la aerolínea Austral.

Con la camiseta de los Bichitos Colorados, la figura del fútbol argentino terminaría siendo goleador de cinco campeonatos locales consecutivos, desde 1978 hasta 1980, con 116 tantos en 166 partidos. Era joven, quería jugar siempre, tenía un físico imparable y una capacidad de recuperación asombrosa. Con una media de setenta partidos por año, recién sufrió su primera lesión "oficial" el 7 de septiembre de 1977, después de una marca dura en el 1-1 contra Racing en La Paternal. Estuvo quince días inactivo y se perdió dos partidos.

En el medio de su campaña en Argentinos, llegó la primera consagración en el seleccionado. El campeonato mundial juvenil en Japón 79 lo mostró en una gran versión —aun con los jugadores perdiendo dos kilos por partido debido al calor de Tokio— bajo la conducción de César Luis Menotti, el mismo al que había repudiado cuando lo dejó afuera de los convocados a la Copa del Mundo disputada el año anterior. El Diez, sin embargo, terminó aquel año con un susto grande. La tarde del 24 de diciembre, resbaló y cayó a la pileta de natación (otra versión indicaba que directamente se tiró, sin saber que estaba vacía) en su quinta de Moreno. Podría haber sido gravísimo, pero apenas sufrió contusiones, un corte y mareos. Aunque lo trasladaron al hospital, a las pocas horas ya estaba marcando ocho goles en un partido informal.

Más allá de las patadas, los imponderables y los guiños del azar, su físico se mantuvo pleno: apenas alguna distensión o un desgarro que no solía dejarlo fuera de la cancha más de dos partidos. "Con el tiempo fue teniendo más lesiones, por ejemplo, en los tobillos", explica Kenny. "Cuando lo agarraban —lo que no era fácil— le pegaban duro. Una vez

jugó sin la uña del dedo grande en un partido en Colombia". Raúl Madero, que se había sumado al staff de Argentinos en 1977, terminó de quitársela en el primer tiempo, y el jugador siguió igual.

El preparador físico se refiere al cuadrangular que Argentinos jugó en febrero de 1980 contra Deportivo Pereira, América y Deportivo Cali. Frente a ese primer rival, por culpa de un pisotón, "Diego tenía el dedo gordo del pie derecho inflamado, a la miseria, parecía una morcilla, imposible jugar", según el recuerdo del entonces entrenador Miguel Ángel "Zurdo" López. Sin embargo, hizo tres goles. Cuando promediaba el segundo tiempo eludió a cuatro rivales, amagó en el área, enganchó y quedó frente al arco. La definición fue exquisita: otro amague de tiro al segundo palo, que finalmente se concretó como un toque corto al primero. Durante mucho tiempo, Maradona lo calificaría como el mejor de su carrera. En esa gira aceptó cenar en una pizzería con Miguel Rodríguez Orejuela, dirigente del América y fundador del Cartel de Cali, que le ofreció un sueldo de 500 mil dólares mensuales con vistas a la Copa Libertadores. La gerenta administrativa, Beatriz Uribe de Borrero, completó la oferta con "un costoso carro blanco". Diego pidió el doble de sueldo y confesó que quería irse de la Argentina, pero Cyterszpiler avisó más tarde que desistían de la operación.

El 11 de marzo Maradona jugó por primera vez al otro lado de la Cordillera —contra Colo-Colo— en el Estadio Nacional, ante más de 65 mil personas. Los periodistas de la TV chilena, que con 19 años ya lo calificaban como "astro del fútbol mundial", se deslumbraron con su combinación única de habilidad y potencia física. Pero el partido terminó siendo de todo menos amistoso. Los rivales estaban decididos a demolerlo. Aunque su equipo ganaría 3-2, cuando faltaba apenas un minuto para el final, Leonel Herrera perdió la paciencia ante la habilidad incontenible del Diez, que así recordaba ese momento desde la casa de la calle Lascano:

> Arranqué por el costado derecho y cuando iba a lanzar el centro vi dos botines que se me venían encima. Alcancé a frenar el movimiento de la zurda y así pude salvarme de que me cortara en dos. Igualmente, no pude evitar el golpe en la rodilla derecha. Sentí un dolor infernal. Creí que me había roto todo. Mirá… quise

levantarme para pelear y no me pude mantener en pie.

Maradona se retorcía de dolor, llevándose el antebrazo izquierdo a la frente, aferrado a la camilla que lo sacó de la cancha. Terminó en la guardia del hospital de urgencias Posta Central, donde le colocaron un yeso desde el muslo hasta el tobillo en forma preventiva. Madero se lo quitó y se sorprendió por una recuperación que iba mejor de lo previsto, pero de todas formas recomendó reposo.

* * *

Ese mismo año, según algunos reportes, Maradona sufrió mononucleosis. Conocida como "la enfermedad del beso" (se transmite por la saliva), es provocada por el virus de Epstein-Barr, y sus síntomas más comunes son fatiga, fiebre y dolor de garganta; a veces se confunde con las anginas.

En agosto *El Gráfico* reconstruyó un episodio que concuerda en tiempo y lugar: después de brillar en el empate 2-2 contra Quilmes, el martes 12 Diego se levantó de la cama sintiéndose mal. En el espejo "su imagen ondulaba extrañamente y tuvo que llamar a su madre". Tenía un dolor de cabeza que había pasado de leve a insoportable. La familia volvió a acudir al doctor Madero, que observó la evolución del cuadro: cuarenta grados de fiebre, decaimiento general, falta de apetito y abundante transpiración. Dos días después le hicieron una revisión general en el Hospital Italiano. Aunque no pudo trasladarse por sus propios medios, esa noche volvió a su casa.

Sin embargo, el viernes seguía mal. "Los análisis habían descartado la temida posibilidad de hepatitis, pero al no poder localizarse el virus se decidió internarlo", precisa la revista. Entonces le diagnosticaron "angina virósica". Esa tarde, Maradona fue internado en el Hospital Italiano. El cuadro "podría presentar complicaciones hepáticas", arriesgaba *Clarín*. Había sido un pedido de Madero, ante la persistencia de la alta temperatura. El domingo se había confirmado "un cuadro anginoso consecuencia de un virus". El jugador estaba de buen humor, pero pidió a las autoridades del hospital que rechazaran los llamados periodísticos. Al día siguiente le dieron el alta con la indicación de diez días de

reposo, que empezó a cumplir en Moreno y continuó en la casa de Lascano.

Tenía "bronca de no poder estar jugando", reveló en una entrevista, pero no quiso dar más precisiones de lo que estaba atravesando: "Es algo que va en mi intimidad". Con la recomendación de evitar los esfuerzos, quería volver a jugar, pero sabía que tenía que cuidarse: "Me dijeron que puede ser algo crónico, y yo no quiero tener que estar parado seis meses por culpa de esto". Fue la ausencia más prolongada de Maradona, que pese a perderse las fechas 36 (1-1 vs. Newell's), 37 (4-2 vs. River) y 38 (4-1 vs. Tigre) terminó como goleador del campeonato. Argentinos fue subcampeón del Torneo Metropolitano 80 sin su figura, que también quedaría fuera de la primera fecha del Nacional.

Después de más de un mes, el regreso de Maradona —el 14 de septiembre, con apenas cuatro días de entrenamiento— resultaría esplendoroso: marcó sus goles 99, 100 y 101 en el 6-0 contra San Lorenzo de Mar del Plata. "Diego tiene el virus del gol", tituló *El Gráfico*. "Es extremadamente contagioso. En La Paternal se ha ubicado el foco infeccioso más importante. […] Según lo que cuentan, Diego Armando Maradona no tiene cura. Él es virósico de goles, caños, gambetas, tacos…".

* * *

Tres años antes, el jugador había sumado como médico personal a Alfredo Cahe, que lo ayudó a mejorar su alimentación y su físico. El clínico recuerda cómo lo conoció: "Me vino a ver Jorge Cyterszpiler para decirme que había un chico de condición humilde que era un fenómeno con la pelota, a quien quería poner bajo mi atención y cuidado médico. Le dije que me lo trajera".

Comenzó ahí una relación que duraría años, a lo largo de los cuales el médico sería convocado a atender a Maradona en varias de las instancias más dramáticas de su vida.

A poco de andar, el doctor Cahe detectó las primeras luces de alerta que se encendían en el entorno de lo que entonces era una joven promesa del fútbol. Con ellas llegaría Maradona a Boca, el club que lo hizo feliz e infeliz en dosis similares.

Capítulo 3

BOCA

(1980-1982)

El cuerpo más caro del país. Compromisos y exigencias. Un cuchillo clavado en el muslo. El tratamiento
con el doctor Pintos. “A mí denme la pelota siempre”.
Los aprietes de la barra brava. Las giras extenuantes y el fantasma de la cocaína. La presión de la fama. ¿Dejar el fútbol?

La última práctica de Maradona en Argentinos Juniors terminó mal. Cuando encaró un pique sobre las canchas del club Teléfonos del Estado, sintió un tirón. Se había desgarrado el bíceps crural del muslo derecho. Las bolsas de hielo y el reposo no surtieron efecto: la joya del fútbol argentino llegó a Boca lesionado y con los movimientos muy limitados. No fue el mejor inicio para el pase más resonante del mercado local en muchos años. El viernes 20 de febrero de 1981 firmó contrato en La Bombonera, frente a las cámaras de Canal 13, que había pagado por la exclusividad. Como parte del acuerdo, esa misma noche salió a la cancha, con la lesión a cuestas, para jugar el amistoso de presentación: el primer tiempo para Argentinos —Cornejo se llevó la camiseta blanca de regalo— y el segundo para su nuevo club, con el que marcó de penal.

Al día siguiente, en el predio de entrenamientos de La Candela, en la localidad de San Justo, provincia de Buenos Aires, le hicieron "de todo" para que pudiera jugar el domingo, según recuerda en *Yo soy el Diego de la gente*. Pero el muslo derecho seguía molestando. "El doctor Luis Pintos me había infiltrado, pero igual me dolía, me dolía. Hasta me dieron pastillas para dormir…", recordó. En las prácticas sentía que la pierna lo tiraba para atrás. Apretaba los dientes por la impotencia de no poder correr. Dos días después llegó el debut oficial, otra vez contra Talleres. Fue como si no hubiera pasado nada. Convirtió dos veces, ambas de penal, y metió dos asistencias para el triunfo 4-1. El talento y el amor propio seguían tapando los problemas de un cuerpo que empezaba a pedir pausa frente a exigencias que lo excedían.

Como si esa carga no fuera suficiente, la adaptación al club de La Ribera no iba como todos esperaban. Enseguida sintió que los compañeros y los hinchas esperaban demasiado de él. Y por culpa de la devaluación que sufrió el peso aquel año, la recaudación por la venta de entradas se desplomó de una semana a la otra. El Diez tampoco la pasaba bien en La Candela. El entrenador Silvio Marzolini le había adelantado que no disfrutaría de las mismas prerrogativas que en

Argentinos, como, por ejemplo, ir a la cancha con su familia. “Tenía miedo de que yo me le fuera de las manos”, reconocería el jugador años después.

Mientras tanto, el preparador físico Gustavo Habbegger seguía un esquema de concentraciones y entrenamientos con “un montón de exigencias pelotudas” que, según Maradona, completaban el cortocircuito. “Por ahí era yo el que daba una imagen equivocada, no sé, pero sinceramente necesitaba —y necesito— sentir el afecto de los demás”, insistía el jugador, que de a poco lograría un entendimiento con el cuerpo técnico y buena sintonía con los compañeros. “Se maravillaban con la manera de entrenar”, contó el ayudante de campo Horacio Bongiovanni en marzo de 2020. “Diego se ubicaba detrás de los arcos y le pegaba con ciertos chanfles [efectos], con la parte interna y externa del botín, y metía la pelota adentro”.

* * *

Consciente del peso que cargaba sobre sus espaldas, los fines de semana seguía rindiendo y haciendo goles. Como en Argentinos, lo hacían jugar entre semana en el marco de grandes acuerdos comerciales, esta vez, para terminar de pagar su transferencia. Los dirigentes organizaron amistosos en el interior y el exterior del país, incluyendo dos giras por Europa, Asia y África. Esos partidos “me estaban matando”, confesó. “No podía correr. Parecía que tenía encima de los hombros a [la cantante] María Martha Serra Lima”. Cada vez que picaba, sentía que le clavaban un cuchillo en la parte de atrás del muslo derecho.

Pintos le decía que era un pequeño desgarro, pero todos temían que se agrandara. En el entretiempo de uno de esos amistosos contra San Lorenzo de Mar del Plata, el Diez dijo basta. Aun así, jugaría un partido más. Antes del choque contra Huracán, Miguel Ángel Brindisi le pidió que estuviera en el equipo. El volante se había ido mal del club de Parque de los Patricios y quería revancha. Maradona cumplió, pero fue el final de la seguidilla de partidos desgarrado. “Ahí lo paro”, recuerda ahora el traumatólogo. “Le hago una punción en el músculo, extraigo sangre (significaba que había muchas

fibras rotas), llamo al presidente [Martín Benito Noel] y le digo: 'Opero o lo paramos'. Como se tomaban la cabeza ante la posibilidad de operarlo, decidimos pararlo".

En su imagen de perfil de WhatsApp, Pintos —para quien Maradona terminó de desgarrarse en su presentación frente a Argentinos— tiene una foto precisamente de esos días. De corbata y mangas de camisa, habla con alguien de su consultorio mientras, acostado en la camilla enfrente, espera un Maradona de mirada preocupada y expectante. Es el recorte de una revista que se refiere a una lesión en la pierna derecha. "Lo teníamos en la camilla todo el día", recuerda el médico. "Fisioterapia, infiltración regeneradora del músculo y esperar las tres semanas correspondientes. Era un desgarro difícil, rebelde a la curación".

Además de indagar en aquella lesión, Pintos —como la enorme mayoría de sus colegas que trataron al jugador antes y después— busca dejar algo en claro: "Por las obligaciones internacionales, nos jugó así cinco partidos. Nadie hace eso. Pero con él ni te enterabas: no había un déficit en la cancha. Tenía un físico excepcional. Fue Tarzán. Sobrellevó cualquier tipo de lesiones y dolores, que no hubiera soportado ningún otro jugador. Su fortaleza era física y psíquica. Tenía un espíritu de lucha único; confiaba mucho en él y en lo que transmitía".

El médico sabe de lo que habla: al frente del Instituto Médico de Futbolistas Argentinos Agremiados, acumula una experiencia de treinta y dos años en este deporte. Allí también trabaja el kinesiólogo Aldo Divinsky, que fue parte del cuerpo técnico de Boca entre 1967 y 1988: "Cuando Diego jugaba desgarrado, terminaba el primer tiempo y me iba corriendo a preguntarle cómo estaba. Me decía 'me duele como la puta que lo parió', pero en la cancha no se notaba. Ni siquiera rengueaba. Se bancaba todo, era una fiera".

Los relatos de los profesionales resultan aun más llamativos al contrastarlos con el de Maradona, que sí recordaba una merma en el rendimiento. De hecho, en su libro dice que por momentos se arrastraba sobre el césped. Evidentemente, parte de la procesión iba por dentro. Después del tratamiento con Pintos, reapareció a los veintiocho días "como si no hubiera tenido nada", recuerda el médico, que no se cansa de elogiar

su físico y su mentalidad: “En los amistosos se enojaba como loco si intentábamos suplantarlo. Tuvo algunos esguinces y distensiones después de eso, pero nunca más estuvo afuera dos semanas”.

* * *

Aun con el físico en condiciones, una técnica fuera de discusión y la admiración de los compañeros, su presencia en el plantel siguió siendo en algunos momentos una fuerza tumultuosa. A veces creía que le hacían el vacío o lo boicoteaban. El 29 de marzo de 1981, durante el entretiempo del partido contra Newell’s por la octava fecha del Torneo Metropolitano (su cuarta presentación oficial), el Diez entró furioso al vestuario, insultó al aire, se sacó la camiseta y la tiró al piso.

—Yo no juego más, porque amagan con pasarme la pelota y no me la dan.

Entonces se acercaron los defensores José María Suárez y Vicente Pernía.

—La camiseta de Boca no se tira al suelo. Es una falta de respeto. No te la pongas porque la tiraste y no vas a entrar. La próxima vez te golpeamos.

Diego siguió pidiendo explicaciones y Suárez intentó contemporizar.

—Mirá que nosotros conocemos a La 12 mejor que vos, y no te damos la pelota porque siempre estás con una marca encima. Y si te la quitan, te van a insultar de los cuatro costados del estadio. Es para protegerte.

El volante entendió y pidió disculpas, pero no se echó atrás.

—A mí denme la pelota siempre, que si me insultan me la banco.

Diego finalmente salió al segundo tiempo, siguió pidiendo el balón y marcó el 2-2 sobre el final. Con el correr de las fechas encontró su lugar en un plantel plagado de figuras —terminó el torneo con diecisiete tantos, uno más que Brindisi— y el 15 de agosto de 1981 dio su única vuelta olímpica en la Argentina, después de una disputa cabeza a cabeza, hasta la última fecha, con el Ferro de Carlos Timoteo Griguol.

El campeonato también apaciguó a la barra brava, que

había llegado a “apretar” al plantel cuando el equipo de Caballito se acercaba en la tabla de posiciones. Las huestes de José “El Abuelo” Barrita habían irrumpido en la concentración mientras los jugadores cenaban. Uno de los 150 intrusos mostró un arma y la puso arriba de la mesa de ping-pong para amenazarlos. Los barras avisaron que sabían dónde vivían los futbolistas y sus familiares. Estaban convencidos de que Boca se estaba quedando en el torneo porque los jugadores salían de noche, pero ellos explicaron que el rendimiento mermaba por los viajes y los amistosos en el exterior. “En un momento, Diego intentó enfrentar la situación y tomar la palabra. El Abuelo le dijo que se quedara tranquilo, que el asunto no era con él, y lo invitó a retirarse. Pero el Diez bancó la parada y se quedó a apoyar a sus compañeros”, recordó Bongiovanni.

* * *

En diciembre de 2020, cuando la noticia de la muerte de su ex compañero todavía lo tenía conmovido, Carlos Fren hizo un comentario explosivo, al asegurar que Maradona había empezado a consumir cocaína en 1981. “Ahí ya entró en ese mundo de porquería que tanto le perturbó la vida”, lamentó. En diálogo para este libro, Fren lo ratificó: “La historia me la contó la persona que se la ofreció. Fue en una reunión en un departamento, creo que de Capital [Ciudad Autónoma de Buenos Aires]. Esa noche le dijo: ‘Mirá, nene, ahí adentro, en el baño, hay algo. Si querés, probalo, pero mirá que no es azúcar. No te entusiasmés’”.

Cuando le preguntaron si esa persona había sido el suegro, Roque “Coco” Villafañe, Fren fue lacónico: “No contesto”, dijo. Tampoco quiso hacerlo durante esta charla.

A principios de julio de 2020 el periodista Luis Ventura abonó esa hipótesis en el programa de TV *Informados de Todo*, cuando precisó los detalles de un documento que Maradona habría firmado el 30 de marzo de 2019 en Culiacán (México), mientras todavía dirigía a los Dorados de Sinaloa. En ese texto, según expresó Ventura, el ex jugador autorizó catorce puntos para que Amazon avanzara en la realización de *Sueño bendito*, la serie sobre su vida. En el octavo asegura que “la

primera vez que consumí cocaína lo hice con el padre de Claudia, ya fallecido, Coco Villafañe, quien me introdujo en el mundo de las drogas". En esa época Maradona estaba en medio de una fuerte disputa con su ex esposa, que involucraba acusaciones cruzadas de robo de objetos personales y compras secretas de departamentos en Miami.

Consultada para este libro, una fuente directa de la producción no descartó la existencia de ese documento, aunque se mostró poco proclive a creer que el consumo de Diego hubiera empezado antes de 1982. Pese a que Maradona tampoco confirmó públicamente esta historia —y de hecho siempre sostuvo que su adicción empezó en Europa—, queda claro que en los últimos años mantuvo una mala relación con Villafañe, fallecido en 2011. "Mi suegro quiere ponerse en el reemplazo mío y no tiene chapa", se quejó en *Intrusos* en 2002, a propósito de la relación con Dalma y Gianinna. "Lo conozco bien y se tiene que callar la boca […] No hay perdón […] Yo sé quién es Coco".

Pintos niega que el consumo de Maradona haya empezado mientras jugaba en Boca: "En nuestro año nunca tomó nada. Ni siquiera presentó síntomas. Después del Mundial 78 se implementó el sistema de control antidoping con el sorteo de dos jugadores por equipo en todos los partidos. [Si se hubiera drogado], habría dado positivo, dado que debíamos presentar una plantilla con todos los medicamentos utilizados durante la semana previa a los partidos".

* * *

Antes de sumergirse en la concentración para el Mundial de España 82, Maradona se sumó a otra gira extenuante de Boca, esta vez por Estados Unidos, Hong Kong, Malasia, Japón, México y Guatemala. Fueron ocho partidos en veintiún días, del 6 al 27 de enero, a cambio de 760 mil dólares para el club. "No la querían hacer, pero ya estaba vendida", recuerda Divinsky, que se quedó con otro grupo de jugadores en Buenos Aires. El Diez aprovechó el tour para viajar con Claudia, sus padres y sus tres hermanos menores (Hugo, Raúl y Caly).

Al doctor Raúl Madero, a quien Boca había llevado desde

Argentinos para que siguiera tratándolo, no le gustó aquel trajín. Si bien en la época del Estudiantes de Osvaldo Zubeldía había llegado a los cuatro partidos en una semana, "esto de Boca debe ser récord mundial", se quejaba. Volaron de Tokio a Los Ángeles, cambiaron de avión para aterrizar en México y después de jugar contra el América pasaron la noche despiertos porque a las seis de la mañana embarcaban rumbo a Guatemala, donde jugaron… ese mismo día. El regreso fue vía Miami y Río de Janeiro. Llegaron a Buenos Aires un viernes y al día siguiente enfrentaron el primer amistoso de verano en el Estadio Mundialista de Mar del Plata. Una muestra más del interés y las exigencias —además de las oportunidades económicas— que generaba tener en el club a quien muchos empezaban a considerar el mejor del mundo.

Maradona comenzó a despedirse de Boca al regreso de esa última gira, en el verano de 1982. Se sentía asediado. En Mar del Plata, donde ni siquiera podía pisar la playa, pidió permiso al técnico, Vladislao Cap, para volver a Buenos Aires. Se encerró con su familia en la quinta de Moreno y empezó a pensar en el futuro. Quizás en su cabeza daba vueltas aquella confesión que le había hecho a un compañero durante un vuelo a Costa de Marfil, donde lo recibirían con una euforia inédita: la fama lo estaba cansando tanto que hasta pensaba en dejar el fútbol. Para poder ir al cine tranquilo con Claudia, tenía que comprar todas las entradas.

Seguía aturdido por presiones internas y externas. Con una economía nacional devastada y el club al borde de la quiebra, a Boca llegaban ofertas que representaban una fortuna —ocho millones de dólares— para llevarse al mejor jugador del país. Para completar el panorama, en los partidos con la Selección se sentía extraño. Mientras lo aplaudían en todo el mundo, en la Argentina algunos lo silbaban. Le gritaban que entrenara y que se dejara de joder, según él mismo reconoció en su libro. La prensa se hacía eco y multiplicaba las voces críticas. Agotado y sin haber tomado vacaciones, empezaba a mirar con cariño a España, el país donde deseaba una revancha mundialista y donde intuía que lo harían sentir casi como en la Argentina. Lo que no sabía es que Barcelona no era exactamente lo mismo que España.

Capítulo 4

Barcelona

(1982-1984)

La adaptación europea: técnica vs. velocidad. Patadas en la boca y medicine ball de veinte kilos. España 82: cansado y sobreentrenado. La hepatitis. Lúcido, impecable, potente, atlético. Una lesión demoledora. La recuperación con Rubén Oliva. La trama desconocida del inicio de su adicción a la cocaína.

Diego Maradona tenía 22 años cuando llegó a Barcelona. Había pasado del barro de las calles de Villa Fiorito al lujo del barrio de Pedralbes: una casa con tres plantas y diez habitaciones, parrilla, pileta y cancha de tenis, ubicada en la parte alta de la ciudad, entre mansiones y embajadas. Además de Claudia, que cocinaba y organizaba la vida familiar, allí vivieron Jorge Cyterszpiler, los padres y los suegros de Diego, sus hermanos Lalo y Turco y su cuñado Gabriel "El Morsa" Espósito (marido de María Rosa), que sería detenido dos veces: en octubre de 1996, con 500 gramos de cocaína, y dos décadas después, acusado de haber asaltado a un hombre en el barrio porteño de Villa del Parque.

De a poco, la casa también se fue poblando de una banda de parientes, amigos y allegados. "Entre estos últimos se destacaban Osvaldo 'Veneno' Dalla Buona, un pibe de Colegiales que jugaba de ocho con él en Los Cebollitas y a quien colocó un tiempo en un equipo de la Segunda española, y Ricardo Ayala, 'El Soldadito', un simpático truhán que se le había pegado en un viaje a Esquina en su primera adolescencia y después lo siguió por todo el mundo haciendo lo que mejor sabía, contar chistes, aunque su cargo oficial fuese chofer", recordaba el periodista de *Clarín* Jorge Ezequiel Sánchez. También estaba Néstor "Ladilla" Barrone. Para el jugador, las cosas quedaban claras. "Eran argentinos que estaban necesitando que alguien los protegiera; y ese alguien era yo", publicó en su autobiografía.

Maradona era la estrella más codiciada del fútbol mundial; para muchos, el sucesor de Pelé. Había pasado al Barça por ocho millones de dólares, mil millones de pesetas, una cifra que ni el propio futbolista consideraba razonable. "Por más que yo juegue muy, muy bien, esto es impagable", dijo después de firmar su contrato de seis años, el 4 de junio de 1982. El presidente del club catalán, José Luis Núñez, lo había imaginado como su punta de lanza para la conquista de Europa. El desembarco europeo del Diez también suponía otro lugar para él, cuyo talento debía probarse ahora al nivel más alto.

* * *

Antes del debut, tenía un compromiso mayor: el primer Mundial de su carrera, en España 82. Parecía llegar en condiciones óptimas, con un descanso de cuatro meses. Pero el desquite por su desafectación de Argentina 78 iba a tener que esperar más tiempo. En un equipo plagado de figuras, sufrió el rigor de los rivales desde el primer momento. "¡Cómo le pegaron!", recordaba su compañero Alberto Tarantini. "Era la única manera que tenían de pararlo y contaban con la complicidad de los árbitros". Pero había algo más: Maradona consideraba que la preparación había sido nefasta.

> ¡No se pueden hacer evaluaciones con piques de 150 metros con un pibe como yo, que venía de jugar un campeonato entero! ¡No se puede! Eso me desgastó, y estoy seguro de que al resto también. Para no ser último, para que no se dijera que yo no trabajaba, respondía con todo… Es así: con los trabajos que nos hacía el profesor Ricardo Pizzarotti yo llegué al Mundial 82 cansado, sobreentrenado. Muerto. Sin la chispa, sin ese pique que era como una marca registrada mía.

Como si fuera poco, la estrella del equipo sufría una fuerte lordosis (curvatura hacia adentro de la zona inferior de la espalda) que ponía en duda su participación. El médico Rubén Oliva "le desinflamó en el punto justo de las lumbares y Diego pudo jugar", recuerda desde Italia su hijo homónimo, periodista y documentalista. Especialista en el tratamiento del dolor, el doctor Oliva estaba convencido de que muchos de los que sufrían los jugadores no se originaban en el punto donde los sentían sino que eran irradiados. Los de Maradona solían extenderse hasta las piernas y la rodilla. Con inyecciones que combinaban dosis mínimas de cortisona y lidocaína (un anestésico), destrababa el cuadro al desinflamar la raíz del nervio.

Después del debut con derrota frente a Bélgica, el 17 de junio Maradona le metió a Hungría sus dos primeros goles en la historia de los mundiales. Seis días más tarde lo "molieron a patadas" en la victoria contra El Salvador. Por la segunda ronda, Claudio Gentile volvió a someterlo a una marca feroz en la derrota contra Italia. Cada vez que podía, lo castigaba en los gemelos. La eliminación llegó con escándalo: un 1-3

contra Brasil, donde lo expulsaron por pegarle una patada en los testículos a Batista. La agresión, admitiría años después, tenía otro destinatario: Paulo Falcão, que había organizado una jugada para, según Diego, burlarse de él y de sus compañeros. Fue su única tarjeta roja en un Mundial.

* * *

Aunque tuvo momentos brillantes, Maradona recordaría su estadía en Barcelona como una etapa oscura y difícil. “Menos quedarse embarazado, le pasó de todo”, bromea su ex compañero Francisco “Lobo” Carrasco en el documental *Fútbol Club Maradona*. Desde su llegada en agosto sufrió entrenamientos donde “te pegaban patadas en la boca”. Los compañeros eran corredores, mientras él tocaba y gambeteaba. “En el Test de Cooper hacía 2700 metros, mientras los otros llegaban a 5000, 6000”, comparó en su autobiografía. Por momentos sentía que jugaban diferentes deportes.

Como con Marzolini en Boca, los métodos del entrenador alemán Udo Lattek le resultaban incomprensibles. Sin embargo, tenían algunas resonancias con los de su etapa en Argentinos: “Te hacía laburar con pelotas medicinales, las *medicine ball* de ocho kilos, de arco a arco. Un día le tiré una al cuerpo y le dije: ‘Oiga míster, escúcheme una cosa. ¿Por qué no lo hace usted una vez, a ver cómo se siente mañana?’”.

Los choques llegaban incluso al día del partido. Un domingo, antes de la hora señalada, alguien tocó la puerta de su habitación en la concentración, avisándole que Lattek había ordenado salir a caminar. El jugador fue claro:

—Decile que yo no camino.

Entonces el propio entrenador golpeó a su puerta.

—Acá se hace lo que yo digo.

—Y yo quiero descansar. Después, el que corre soy yo. Estoy acostumbrado a esto. Si le gusta bien, y si no…

Antes de los partidos más importantes, como el clásico contra Real Madrid, el germano se había animado a incluir *medicine balls* de veinte kilos. Inteligente al fin de cuentas, Diego trazó su camino sabiendo de las presiones que lo

acechaban y ganándose a sus compañeros entre semana.

> No entré en la furia, pero me puse físicamente fuerte y empecé a frenarlos yo, con la pelota. Y ellos me empezaron a entender a mí: yo les marcaba el ritmo, les transmitía la técnica, sin sacarles su furia.

El primer cortocircuito institucional llegó el 25 de septiembre de 1982, cuando fue baja en el partido ante Zaragoza. Los médicos del club le habían diagnosticado una rotura de fibras en el muslo izquierdo, pero estaban equivocados. Cuatro días después lo visitó Oliva, que vivía en Milano y con quien Maradona había construido una relación de mucha confianza. Casi nunca cobró por su trabajo. "Cada vez que le pegaba un telefonazo, él se tomaba un avión, y una hora y media después aterrizaba en Barcelona", recordaba. Para el jugador, nadie conocía más que él en el campo de la medicina deportiva.

Oliva sabía que Maradona sufría molestias en el nervio ciático, producidas por el pinzamiento de las últimas vértebras. Tras ese viaje le dejó un tratamiento, pero en un llamado telefónico posterior le avisaron que el jugador, que había seguido las indicaciones del club, no mejoraba. Cuando volvió a verlo, comprobó que podía hacer todos los ejercicios que le indicaba. Entonces le recomendó a Cyterszpiler que llamara al médico del Barça, Carles Bestit, "porque no me gustaría quedar como un curandero milagroso. Estas cosas hay que hacerlas con delicadeza". Ya en la casa del Diez, Bestit reconoció el error; Maradona estaba más sano de lo que suponían. Tanto, que volvió a jugar al partido siguiente, el derby catalán contra el Espanyol.

* * *

Las cosas empezaron a torcerse el 15 de diciembre. El futbolista estaba tratándose una molestia en el tobillo, pero Oliva tenía otros planes.

—Dejame sacarte una muestra de sangre, que no me gusta nada el color que te veo en los ojos.

—Dale, hermano, qué ojos ni ojos, yo vine por el tobillo.

Al día siguiente Bestit confirmó la sospecha de su colega.

—¿Qué tengo, doctor, qué tengo?

—Bueno, que a cualquiera le puede pasar…
—¡Pero dale, viejo, decime!
—Que tienes hepatitis, Diego.

La noticia "me mató", confesó el jugador, que se recluyó primero en Pedralbes y después en Lloret de Mar, un enclave de playas mediterráneas en la Costa Brava. El episodio complicó su relación con Núñez, que —según criticaría el Diez años después— usaba su enfermedad cuando las cosas no salían como pretendía. "Cuando jugábamos bien, no pasaba nada", recordó. "Pero apenas empatábamos, ya empezaba con que 'cómo' me había agarrado la hepatitis, que salía de noche, que andaba con mujeres, que esto, que lo otro".

"La hepatitis en realidad fue una enfermedad venérea, que Diego contrajo aquí, por prácticas sexuales sin mucho cuidado", asegura el periodista argentino Fabián Ortiz en *Fútbol Club Maradona*. "Como eso era intolerable para contar a los medios de comunicación, desde el club se generó una manera de explicarlo que fuera razonable durante el tiempo que tardara en rehabilitarse". Todo hace suponer que se trataba de hepatitis B, que se contagia cuando se tienen relaciones sexuales sin protección, y no la C, que suele transmitirse al compartir agujas para inyectarse drogas (nadie creía que Diego se pinchara).

A Lluís Lainz, redactor encargado de la información del club para el diario *La Vanguardia*, le había llegado la misma información a través de una conocida que trabajaba en el Hospital Clínico de Barcelona, donde asegura que se hicieron los estudios. El ex fisioterapeuta del club, Jaume Langa, contó que había estado "durante unos meses yendo a su casa, a ponerle el producto que le ponía. No diré el nombre, pero seguro que era una hepatitis". Maradona nunca hizo pública la forma en que contrajo la enfermedad.

* * *

Durante aquel 1982 sus únicas alegrías fueron la visita de Doña Tota para las fiestas y —a la hora del brindis— una noticia que cambiaría el rumbo del equipo. Previa consulta con el Diez, Núñez había decidido reemplazar a Lattek por

César Luis Menotti. La decisión del presidente fue apenas un alto en aquella relación conflictiva. “Jamás se bancó que él no pudiera ser nunca más importante que un futbolista”, recordaría.

Más relajados en lo físico y más cercanos al deseo de los jugadores, los métodos del técnico campeón en Argentina 78 sedujeron enseguida al plantel. Maradona se recuperó de la hepatitis en tres meses (tras perderse catorce partidos) y volvió a jugar el 12 de marzo de 1983. Mejoró al ritmo de sus compañeros —o viceversa— y la dupla argentina ganó tres títulos: la Copa del Rey, la Copa de la Liga y la Supercopa de España. Cuando lograba continuidad, volaba: estaba lúcido en lo mental, impecable en lo técnico y potente en lo físico. Algunas imágenes de la época lo muestran con los cuádriceps e isquiotibiales hipertrofiados, atlético como nunca. No era solo entrenamiento. “Hay una carga genética; eso se desarrolla en la adolescencia”, explica Rafael González-Adrio (hijo), también homónimo, y colega del traumatólogo del club durante aquellos años. “Diego estuvo toda la vida con el balón corriendo y saltando”.

Se ganó el vestuario definitivamente en agosto de 1983 cuando, a pesar de las molestias recurrentes en el ciático, decidió jugar un amistoso contra el Burdeos para no defraudar a sus compañeros. El contrato del partido había estipulado que si por cualquier motivo él no estaba en la cancha, el club (y en consecuencia, sus empleados) solo embolsaría la mitad de lo acordado. Con la hinchada, en cambio, le costaría más. Los aficionados nunca discutieron su calidad, pero no le perdonarían el paso accidentado ni la falta de títulos más relevantes. Fue, según la prensa local, “un matrimonio frío y expectante a la velada que, en forma de Liga o Copa de Europa, diese forma a la pasión *culé*”.

Como Menotti había trasladado los entrenamientos a las tardes, Maradona empezó a salir más de noche, muchas veces a Corrientes 348, la pizzería de ocho mesas que su amigo Jorge “Chino” Vallejos había abierto en la calle Alicante, como un homenaje al tango “A media luz”, inmortalizado por Carlos Gardel. En el local también tenían intereses Néstor “Ladilla” Barrone y el ex basquetbolista Norberto Draghi, que fue pareja de Susana Giménez. “De ahí salió el famoso clan”,

apunta Vallejos. Pero “nunca fue de provocar ni ir a formar lío, porque iba en contra de Diego”. Para algunos, solo se trataba de un grupo de melenudos con jeans rotos, una disonancia evidente en una ciudad acostumbrada a la elegancia y la discreción.

* * *

Como si la relación entre Cataluña y el astro hubiera estado destinada a terminar mal, el 24 de septiembre Maradona viviría el momento más doloroso —al menos en lo físico— de toda su carrera. Ante 120 mil espectadores, Barcelona vencía 3-0 al Athletic de Bilbao cuando Bernd Schuster le entró con dureza a Andoni Goikoetxea, el defensor central del equipo vasco que había lesionado al alemán a fines de 1981. El estadio celebró la venganza, pero Goikoetxea volaba de bronca. “Lo voy a matar”, escuchaba Maradona, que lo tenía como su marcador personal. “Tranquilo, Goiko, serenate, que van perdiendo 3-0 y por ahí te ganás una amarilla al pedo”.

Aunque bienintencionadas, sus palabras resultaron contraproducentes. Segundos después llegó la jugada fatídica, que Maradona recordaba así:

> Fue un rechazo de ellos y yo corrí a buscar la pelota hacia el arco nuestro, a la altura de la mitad de la cancha. Corrí porque pensé que Goiko me iba a anticipar, y como nosotros hacíamos la ley del *off-side*, ya la veía en el área nuestra… Entonces piqué con él, le gané, la punteé, y cuando fui a pisar para girar y salir, track, vino el hachazo de atrás, sentí que se me aprisionaba la pierna, que tenía todo destrozado.

No lo había visto venir. Oyó un ruido como a madera que se rompía. El mismo que había sentido el “Lobo” Carrasco, que estaba a más de diez metros. Cuando el defensor Miguel Bernardo Bianquetti, “Migueli”, se le acercó para saber cómo estaba, Diego no dudó: “Me rompió todo, me rompió todo”.

En efecto, el resultado había sido devastador: fractura del maléolo peroneal del tobillo izquierdo con desviación y arrancamiento del ligamento lateral interno con desgarro, según la precisión posterior de Bestit. El hueso maléolo es una protuberancia semiesférica que forma parte de la articulación del tobillo; une la pierna con el tarso del pie. El ligamento

lateral interno es uno de los cuatro que sustentan la articulación de la rodilla.

Maradona amagó a levantarse, pero se dejó caer otra vez, revolcándose de dolor mientras el árbitro, insólitamente, le mostraba tarjeta amarilla a Goikoetxea. Cuando dejó la cancha en camilla, con las manos en la cara junto al masajista Ángel Mur, el estadio enmudeció. “Me voy para la clínica; ya preparé el quirófano”, avisó el traumatólogo González-Adrio en el vestuario. Maradona fue trasladado a Asepeyo, la institución de referencia donde atendía el especialista. Así lo recuerda su hijo, experto en cirugía reconstructiva articular: “Era una lesión bastante seria. Mi padre tenía en claro que había que operar enseguida, para reducirla anatómicamente, es decir, poner todo en su sitio otra vez, como si fuera un *puzzle*. Si esperaba, corría el riesgo de que el hueso se desplazara demasiado. Había riesgo de isquemia [cuando la baja en la circulación de sangre causa un sufrimiento celular por falta de oxígeno]”.

Maradona llegó a Asepeyo muy tarde por la noche, según recuerda González-Adrio, que entonces tenía 17 años y una vocación incipiente por la medicina. Además de la urgencia, su padre tuvo que enfrentar “un cónclave” liderado por Cyterszpiler. Algunos ponían trabas, entre las dudas ante la cirugía y el anticipo de la inactividad del crack. Harto de idas y vueltas, el traumatólogo salió del hospital, entró en el estacionamiento y se subió al auto para volver a su casa. Cuando ya estaba por arrancar, lo alcanzó el gerente Antonio Parera, que estaba bajo las órdenes de Núñez. “Opero ahora o me voy”, fue su ultimátum.

“Doctor, haga lo que quiera, pero que vuelva a jugar”, suplicó Maradona, todavía sobre la camilla. Era la primera vez en su vida que entraba en un quirófano. González-Adrio reacomodó el tobillo desplazado, volvió a sujetar los fragmentos del maléolo con dos tornillos paralelos, grapas y una placa, fundamentales para evitar procesos de artrosis prematura. Después suturó y reconstruyó el ligamento. El procedimiento duró más de dos horas.

Aunque la cirugía fue un éxito, Luis Pintos (había sido su médico en Boca) revela una molestia que perseguiría al futbolista hasta el final de sus días: “En uno de sus viajes a

Buenos Aires se le rompió un tornillo. Fue una fatiga del material. Como estaba dentro del hueso, solo se pudo extraer una parte, porque se corría el riesgo de romperlo todo. El resto quedó en el callo de la fractura. Todo paciente con un elemento metálico en el hueso está impedido de recibir fuentes calóricas; solo se indica hielo, magneto y masoterapia. A partir de entonces jugaba con los botines desabrochados por la tumefacción. Y murió con ese pedazo de metal en el tobillo".

Maradona convivió con esa molestia durante toda su carrera. "No es infrecuente que cuando se suelda la fractura, se reduce la inflamación y la cicatriz se hace más elástica, el material roza, sobre todo si usa calzado apretado", relativiza González-Adrio. "El tornillo tocaba alguna terminación nerviosa, y eso suele producir dolores", completa Lainz, que también es entrenador y trabajó como experto en *scouting* para la secretaría técnica del club catalán. "Seguro tuvo muchas molestias, durante al menos un año".

El doctor Oliva había estado en el quirófano y, según su hijo, "no le gustaba nada lo que habían hecho". Esa misma noche el médico argentino propuso un trato a su colega: "Si dentro de quince días le hacemos una radiografía y se notan ya las primeras sombras de la soldadura del hueso, el tratamiento de recuperación lo sigo yo, con mi estilo. De lo contrario, lo continúa usted".

Médico y paciente sabían que, con los tiempos y protocolos del club español, que recomendaba que Diego pasara al menos dos meses sin apoyar el pie en el suelo, la recuperación completa podría demandar más que los cuatro meses anunciados. Entonces, según Maradona, Oliva (históricamente en contra de las inmovilizaciones rígidas) hizo trampa: "A la semana, nomás, me sacó el yeso, me hizo una radiografía, vio cómo estaba todo y me dijo: 'Pisá'".

El jugador se sorprendió:

—Yo le digo "Loco" a usted, doctor, pero es un apodo nomás.

—¿Alguna vez te fallé? Pisá. Pisá suave.

Maradona obedeció y una semana después blanquearon la situación con González-Adrio. "Casi lo matamos de un infarto", recordaba Maradona, que llegó a la evaluación en

muletas y con la pierna izquierda levantada. Antes de bajar unos escalones para hacerse la placa, se las entregó al médico catalán y siguió caminando solo. Como las imágenes mostraron un progreso incipiente, Oliva tomó el timón. Después de una primera etapa en Barcelona, la recuperación seguiría en Buenos Aires.

A esa altura, González-Adrio estaba resignado. Confiado en que la rehabilitación no sería un problema, solo pidió que no se forzara el tobillo demasiado pronto. “Si luego pasa algo, yo no me hago cargo”, advirtió. Sabía que la biología no se podía acelerar, pero intuía que su colega argentino trabajaría mucho sobre la movilidad del tobillo. “González-Adrio entendía que los métodos de Oliva representaban un riesgo excesivo e innecesario”, asegura Lainz. “Diego desobedeció los consejos y el club no se lo tomó bien. Quería tener el control con su gente de confianza en la recuperación de un activo que le había costado mucho dinero”.

Maradona siguió el proceso en la quinta familiar de Buenos Aires, donde había gimnasio, sauna y pileta. Estaba bajo las órdenes del médico argentino y de Fernando Signorini, un preparador físico que había emigrado desde Lincoln (provincia de Buenos Aires) para conocer a Menotti y probar suerte en el fútbol europeo. Hubo momentos de esparcimiento —algunas imágenes registran bailes improvisados entre Diego y Doña Tota—, pero el jugador lo tomó con seriedad. Sería un regreso en tiempo récord, “gracias a la sabiduría y las ideas del doctor Oliva, que contradecían lo que proponía la mayoría de los médicos”, según el protagonista. El médico había comprendido una de las verdades profundas del cuerpo de Maradona: “Una de las claves de mi juego está en la movilidad de mis tobillos. Si me hacían una recuperación tradicional, iba a perder esa posibilidad que tengo de girarlos, que es mayor de lo normal”.

Aquellas “aletas de pez” que había descubierto el preparador físico Carlos Kenny en Argentinos.

Signorini coincide en que “fue clave la decisión del doctor Oliva de sacarle el yeso cuarenta días antes”, en un momento en que crecían los rumores sobre la formación de un callo que haría olvidar aquella movilidad especial. De hecho, en la pretemporada empezó a notar una rigidez en el tobillo.

Aunque hizo viajar al kinesiólogo Aldo Divinsky, la situación no mejoró. Incluso fue a los Estados Unidos para ver a un especialista de tobillo que trabajaba en el fútbol americano. Si bien no resolvió el problema, confirmó que el callo estaba solidificado. Maradona, recordó el preparador físico en *La Nación*, empezó a acomodarse a su nueva realidad: "Se tuvo que acostumbrar a pegarle de otra manera. Se quedaba pateando tiros libres una y otra vez. Yo vi cómo fue ajustando dónde poner el pie de apoyo, cómo inclinar el hombro, hasta que le agarró la mano y [el 3 de noviembre de 1985] le metió ese gol de tiro libre a la Juventus desde adentro del área, que para mí fue más difícil que el gol a los ingleses. Ahí me dije 'ya está'. El tipo tuvo que cambiar todo para que la pelota le obedeciera como antes".

"Tenía un poder de recuperación increíble", insiste Divinsky, un especialista en biomecánica y biofísica, que ríe cuando se intenta indagar en los fundamentos físicos.

"Son cuestiones inherentes al ser humano. Cuando se analizan los movimientos del video de 'Live is Life' [el tema de la banda Opus que sonó en el calentamiento previo al partido contra Bayern Munich el 19 de abril de 1989], uno se da cuenta de la dificultad que implicaba bailar al ritmo de la canción y movilizarse como se movilizaba él. Eso explica por qué era como era: un dotado. Tiene que ver con la musculatura, las articulaciones, los ligamentos y hasta la función neuromotora, que se notaba en su capacidad de anticipo para dar un pase".

Goikoetxea, que desde entonces sería conocido como "El Carnicero de Bilbao", finalmente pagó su agresión con diez partidos, apenas ocho menos que los que se perdió Maradona hasta su reaparición el 8 de enero de 1984. Después de 106 días de ausencia, el crack argentino volvió con dos goles frente al Sevilla. Dejó la cancha envuelto en una ovación que nunca olvidaría.

* * *

Entonces empezó a despedirse. Del Camp Nou, expulsado frente al Espanyol; del Barça, en una final de Copa del Rey: otra vez una batalla campal, otra vez con los de Bilbao, otra

vez con un planchazo de Goikoetxea. Fue el 5 de mayo de 1984. Cerraba sus dos temporadas en Barcelona con un promedio de gol altísimo —38 en 58 encuentros— pero la sensación de que podría haber logrado mucho más.

Aquella "tángana" en el estadio Santiago Bernabéu había derivado en la anulación de contratos comerciales y el malhumor creciente de Núñez, que —según la prensa local— terminó de decidirse por la salida del Diez cuando vio en su escritorio el informe policial sobre una redada en Corrientes 348. Aunque Diego no estuvo aquella noche, los comentarios sobre el caos en su entorno terminaron siendo decisivos. "Ahí dicen que se empezó a dar el consumo" de cocaína, comenta sobre aquella pizzería una fuente consultada para este libro. "También guardó cierta relación con los dolores de su operación de tobillo. La droga podía aliviárselos", arriesga.

"Aquí hubo gente que indujo a Diego a entrar en ese mundo. Algunos se vinieron de Argentina y otros residían acá", agrega el mismo entrevistado. "Incluso algunos de sus compañeros también eran sospechosos de consumir", asegura. "Julio Alberto, que tenía un cariño fuerte por Diego, fue uno de los pocos confirmados. Lo reconoció en dos libros y hoy está rehabilitado". El fútbol español instauró los controles antidoping recién en 1990.

Cuando estaba fuera de las canchas, Maradona disponía de mucho tiempo libre en una casa de lujo, rodeado de personas que pecaban por acción u omisión. "Se comenta que él y su entorno organizaban muchísimas fiestas, muchos días de la semana", dice Lainz. "Había un poquito de todo: sexo, drogas…". A veces, en esas fiestas la pileta terminaba rosada por el champagne.

Maradona nunca habló en público sobre las circunstancias exactas en que se inició su vínculo con la cocaína. A lo largo de su vida, las versiones serían ligeramente contradictorias. En una entrevista de 1996 con la revista *Gente* aseguró que "la primera vez fue en Europa, en el 82. Tenía 22 años. Y fue como para… para creerme 'vivo'". En *Diego Maradona*, el documental del británico Asif Kapadia, en cambio, aseguró que había empezado a consumir en un boliche: "Un *touch* y parecía que era Superman".

En los inicios de su relación con Guillermo Cóppola, le

confesaría que fue después de la fractura. Un día, en su casa de Pedralbes, unos amigos argentinos —algunos vivían en Barcelona, otro en Buenos Aires— que estaban jugando a las cartas se paraban constantemente para ir al baño. "¿Qué pasa, viejo, que van y vienen, van y vienen?", preguntó él. "Entonces le cuentan, y ahí prueba", resume el ex representante en diálogo para este libro. Maradona confirmó esa versión en enero de 2017 ante el Canal 5 italiano: había probado por primera vez a los 24 años, mientras se recuperaba de la lesión. "Ha sido el error más grande de mi vida", agregó. "Si hubiera seguido de esa forma, ahora a esta edad ya habría muerto".

En aquella nota del 96, Claudia contó cómo lo supo: "Recién me di cuenta el día que lo vendieron de Barcelona al Napoli. Porque mi casa se llenó de gente, terminamos todos en la pileta, era verano, yo sabía que otras personas lo hacían ahí en Europa… y fue una fiesta que nunca terminó. Eran las tres, las cuatro, las cinco y seguían todos despiertos. Yo era chica. No me di cuenta por él, sino por todo el entorno que había. Para mí todo empezó esa noche".

En febrero de 1991, un mes antes de que diera positivo en su primer control antidoping en Napoli, *El País* publicó un artículo premonitorio, donde personas próximas a él durante los años barcelonistas daban detalles del descontrol, siempre bajo la condición de que no se las identificara. Diego era "un excelente muchacho con un entorno demencial", "al que muy pronto se pegaron una serie de parásitos que lo volvieron loco", con Cyterszpiler como principal responsable. Se dividían en dos bandos: "Los de Claudia, mucho más prudentes, algo más sensatos, y los de Jorge. Es más, se espiaban unos a otros. Jorge, por ejemplo, le pagaba 5000 pesetas a la semana al cuñado de Diego, el Morsa, para que le contase lo que sucedía en la casa cuando él no estaba".

La misma nota aseguraba que los amigos del jugador habían hecho un nexo con una persona muy vinculada a la agencia de viajes del Barcelona para preparar las visitas de "chicas de alterne" madrileñas. "Decían que se las traían para Diego, que era quien corría con los gastos, pero en realidad eran para ellos", plantea un entrevistado. Para el periodista Lluís Canut, todo se trataba de "un ambiente de gente que

abusaba de su confianza, pero en el que él se encontraba a gusto. Era muy joven, todo le fue demasiado deprisa pero también era un ególatra y toda aquella gente pendiente de él le gustaba".

"¿Por qué no podía abrir mi casa para la gente que yo quisiera?", se preguntaría Diego más tarde, molesto por la vinculación que se hacía entre el entorno y su adicción.

> Hay cosas que mis amigos argentinos podían hacer, como pelearse, fumar o tomar, sin que por eso tuviera que hablarse del clan Maradona. Lo que hicieran mis amigos me podía parecer bien o mal, pero no por eso iban a dejar de ser mis amigos ni tampoco yo estaba implicado en todas sus cosas.

Maradona vivió su adicción en soledad durante casi toda su vida, cuidándose de responsabilizar a nadie más que a sí mismo cada vez que el tema se hacía público. Su confesión en *Yo soy el Diego de la gente* tiene el mismo tono:

> Allí en Barcelona arranca mi relación con la droga. Aunque no hace a la cuestión de lo que estoy contando, debo admitir que allí arranqué y de la peor manera: cuando uno entra, en realidad quiere decir que no y termina escuchándose decir sí. Porque creés que la vas a dominar, que vas a zafar… y después se te complica […] Esa porquería de la cocaína, en vez de motivarte, te desanima… Para el fútbol no te sirve como tampoco sirve —recién ahora lo sé— para la vida. Empezó como una jodita más.

Capítulo 5

Napoli

(1984-1991)

El ídolo y la pasión. Nacen Diego Junior, Dalma y Gianinna. Sale Cyterszpiler, llega Cóppola. México: patadas, golpes de calor y conflictos en el plantel. Problemas de sueño. "Lo que yo quiero es ser campeón del mundo". El casamiento. Colgado boca abajo. 57 partidos en seis meses. Fiestas con la Camorra y adicción a la cocaína. Entre el agotamiento y las internaciones. Italia 90: el castigo sobre el tobillo y el milagro fallido. Sale Cóppola. Condena en Italia. "No aguanto más". Primer doping por cocaína y detención en Buenos Aires.

Al menos tres razones motivaron al jugador más caro del mundo a firmar con el club de una de las ciudades más pobres de Italia. Necesitaba dejar Barcelona, que se había vuelto una ciudad tóxica para su presente y su futuro. A pesar de los múltiples sondeos por parte de otros clubes, Napoli fue el que mayor interés mostró. La razón más caprichosa anticipaba lo que sería uno de los ejes estructurales de esa relación: la disputa descarnada con el norte rico, simbolizado por la Juventus, el Inter y el Milan. Maradona se había quedado con la sangre en el ojo por un diagnóstico de Giampiero Boniperti, ex jugador y presidente de ese club, que dijo que alguien con su físico jamás llegaría a ningún lado. "El fútbol es tan hermoso, tan incomparable, que le da lugar a todos. Hasta a los enanos", sentenciaría el hombre de los 165 centímetros.

—*Buona sera, napolitani. Sono molto felice di essere con voi.*

Con esas palabras, el 5 de julio de 1984 empezó la historia de amor más intensa de Maradona con un club de fútbol. El Diez repitió las únicas palabras en italiano que sabía, hizo jueguito, pateó la pelota a la tribuna e hizo delirar a los ochenta mil fanáticos que colmaban el estadio San Paolo. A pesar del fervor, nadie imaginaba que treinta y seis años más tarde esa cancha llevaría su nombre.

Diego se instaló, junto a otras veinte personas, en el lujoso Hotel Royal. Después pasarían a un dúplex en Via Scipione Capece, del barrio Posillipo, sobre una colina con vista al mar. La puesta a punto fue armónica. Desde el primer entrenamiento le aplaudieron tacos, caños y chilenas. También impactó desde lo físico. "Nunca he visto un futbolista con su tren inferior y ese arranque", reconoció Salvatore Carmando, el masajista que también lo acompañaría a los mundiales. "Nunca tuvo un problema muscular. Ni una rotura, ni una contractura, ni un pinchazo".

A pesar de un inicio muy flojo, Napoli terminó su primera temporada con una campaña impensada: quedó apenas a tres puntos de la clasificación a la Copa UEFA. Pero no todo era color de rosa: otra vez la figura chocaba con el entrenador.

Así recordaba uno de sus diálogos con Ottavio Bianchi:

—Hay un ejercicio que quiero que haga.

—¿Cuál?

—Tiro la pelota y usted tiene que ir al piso para barrer con zurda y barrer con derecha.

—Eso yo no lo hago. No me voy a tirar al piso. A mí me tiran al piso los contrarios.

—Bueno, vamos a tener problemas todo el año.

—Bueno, y vos te vas a tener que ir.

"Dios ya me había puesto en el camino a Guillermo Cóppola", escribió Maradona en su libro. La firma de su vínculo terminaría de rubricarse en octubre de 1985. Jorge Cyterszpiler, aseguraba, lo había llevado a Italia económicamente quebrado, después de comprar "petróleo, casas y bingos en Paraguay" con su plata. En la reunión inicial con quien sería el sucesor —un ex empleado bancario que llevaba once años gestionando transferencias de futbolistas—, Maradona pidió exclusividad.

Al principio de esa charla en el Centro de Empleados de Comercio, Cóppola se negó. En esos momentos representaba nada menos que a 183 futbolistas. No bien salió de la reunión, los mismos jugadores de su cartera —Ricardo Gareca, Oscar Ruggeri, Nery Pumpido— lo instaron a aceptar: era la oportunidad de su vida. El manager aceptó la exigencia de Maradona e instaló al padre y al suegro del jugador en una oficina porteña, para empezar a ordenar los números. Quince años después, su representado no tenía más que elogios: "Me sacó del cero y me llevó a diez". También aclaraba que "jamás Cóppola pudo haberme llevado a la droga porque cuando yo empecé, en Barcelona, él todavía no estaba".

Como buena parte de los hinchas, el empresario recuerda la etapa de 1985 a 1990 como "lo máximo" de Maradona. Pero también reconoce que era "un Diego ya con problemas". La adicción fue un tema —concreto pero esquivo— desde el inicio mismo de la relación. Así lo transmite en la reconstrucción de este diálogo:

—Por una cuestión ética, yo no puedo empezar a laburar si está Jorge [Cyterszpiler].

—Eso lo voy a arreglar. Jorge no está bien. Hay cosas que nos pasaron en Barcelona…

—Andá al grano.

—Bueno, tenemos algunos problemas…

Cóppola sabía de qué hablaba, pero esperó unas palabras que no llegaron: "Él nunca me confesó: 'Tengo este problema'", confirma.

Entre esas dudas y certezas comenzaba un vínculo intenso como pocos en la vida de Maradona. Además de contratos y publicidades, el representante organizó los grandes eventos de la vida familiar del astro: su casamiento, el bautismo de las hijas, las vacaciones. Con el correr de los años, ambas partes la definirían como una relación de amor.

* * *

El Diez enseguida logró demostrar su valía en la liga más competitiva del mundo, afianzando una de sus marcas de calidad: esquivar primero a los rivales y después las patadas. Su juego era una alquimia imposible de técnica y velocidad. La situación era más áspera en el seleccionado nacional. Con un Carlos Bilardo cada vez más cuestionado, Argentina tuvo un paso traumático por las Eliminatorias de la Copa del Mundo 1986. Para Diego, el pico de sufrimiento fue el 23 de junio de 1985, cuando el peruano Luis Reyna lo sometió a una marca criminal en la derrota en el Estadio Nacional de Lima. La persecución incluyó agarrones, patadas, trompadas y un hostigamiento verbal permanente. "En una jugada pisé mal y salí de la cancha, para que me viera el 'tordo'. ¡Y el tipo me siguió hasta el borde de la cancha!", seguía sorprendiéndose décadas después.

La clasificación en el estadio Monumental llegaría una semana más tarde, gracias a una "guapeada" de Daniel Passarella que derivó en el empate salvador ante el mismo rival. En ese partido Maradona se recordaba "fundido físicamente y con la maldita rodilla derecha a cuestas". Se la había golpeado un venezolano y, gracias a otra intervención salvadora del doctor Oliva, logró evitar el quirófano. Hasta el jugador le había pedido cirugía, pero el médico prefirió esperar. El posoperatorio del tobillo en Barcelona también lo angustiaba. "Seguía jugando con dolor. Le tocaba la cabeza del tornillo y le fastidiaba mucho", recuerda el kinesiólogo

Aldo Divinsky, que viajó unos días a Nápoles convocado por Oliva. “Durante tres semanas trabajamos mucho la movilidad de la articulación. No todos los profesionales seguían jugando con esas fracturas, pero él se bancaba todo”.

A pesar de los dolores, llegó al Mundial de México 86 en buena forma. Antes de las prácticas con el equipo, se preocupó por su puesta a punto personal. Pasaba mañana, tarde y noche con Fernando Signorini, que le había prometido que estaría diez puntos para el torneo que lo obsesionaba. La preparación se complementó en el Centro de Medicina del Comité Olímpico Italiano, que dirigía Antonio Dal Monte, doctor en medicina espacial y jefe de investigación de Ferrari, por cuyas manos habían pasado todos los medallistas de la península. Así lo recordaba el preparador físico argentino: “Le hacían controles de todo tipo: biomecánica, apoyo, volumen de oxígeno que podía consumir, en cuánto tiempo recuperaba; aprendió cómo iba a tener que respirar [en la altura de Ciudad de México], era como un jadeo. Dal Monte estaba maravillado con Diego. Un día, entre tantas mediciones, me dijo: ‘Tu amigo hubiera sido un excepcional piloto de pruebas de aviones de guerra’. Le pregunté por qué. ‘Porque tiene un campo visual que no es común en los mortales’. El famoso ‘ojos en la nuca’”.

La Selección tuvo un mes de preparación en el complejo del club América, a 2200 metros sobre el nivel del mar. Ya desde el primer entrenamiento quedaron claros los términos de la relación entre el astro y el preparador físico Ricardo Echevarría.

—Profe, no puedo más, estoy fusilado.

—Vos quedate tranquilo que yo te paro un minuto antes de que te mueras. La altura todavía no liquidó a nadie.

Pero lo que no hacía la altura amenazaba con concretarlo el calor: por exigencias de la televisión, en México había partidos al mediodía. “Era la hora del fútbol, no la hora de los ravioles, viejo”, se quejaba Maradona, para quien a esa hora “se podía morir un tipo”. Junto a Jorge Valdano, otro compañero siempre dispuesto a alzar la voz, criticó públicamente a la FIFA por someter a los jugadores a una situación que también trastocaba su rutina.

> Yo siempre me acostaba tarde antes de los partidos y me levantaba a las once, pero jugando al mediodía me tenía que levantar a las ocho de la mañana. Era una costumbre de toda la vida: por más que me metiera en la cama temprano, no me podía dormir.

El futbolista dejaba en esas líneas una pista sobre los problemas de sueño que derivarían en un severo trastorno a lo largo de los últimos años de su vida.

Además de la altura y el calor, Maradona siguió sufriendo la violencia de los contrincantes. En el debut ante Corea del Sur recibió once patadas durísimas, incluso algunas que le traspasaron las vendas. Después de ese 3-1 llegaron el empate (1-1) contra Italia, con un toque mágico de su zurda, y la victoria contra Bulgaria (2-0). El buen rumbo del equipo había dejado solapado el conflicto entre dos facciones del plantel: Passarella y otros jugadores reprochaban las madrugadas largas a Maradona y su grupo (entre otros, Pedro Pasculli, Sergio Batista, Luis Islas).

Las cosas estallaron durante una reunión a la que Maradona y los suyos llegaron quince minutos después. “Passarella les había llenado la cabeza y por eso decían que nosotros habíamos llegado tarde porque estábamos tomando *falopa*”, recordaba. “Yo asumo que tomo”, dijo el jugador, pero “no estuve tomando en este caso”. El capitán criticó otras actitudes del defensor, como una supuesta infidelidad con la mujer de un compañero, o cuando intentó convencer a Valdano de que “yo estaba llevando a todos a la droga”. El conflicto se intensificó. “Juro por mis hijas que en México no tomamos”, insistía en su libro. “Prefiero ser adicto, por doloroso que eso sea, a ventajero o mal amigo”.

Catorce años después, el doctor Madero —único integrante del cuerpo técnico con entrada permitida a la habitación del Diez— reconoció que sabía que estaba complicado con las drogas, pero también relativizó aquellas licencias, a propósito de un día en que Bilardo había liberado al plantel por unas horas:

“Me quedé solo en la concentración […] Diego andaba con una actriz mexicana [Merle Uribe, con quien se vio dos o tres veces en aquellos días]. Me puse a comer algo y de golpe cayó Diego, solito. ‘Ey, qué pasa’, le pregunté. Me consultó si podía comer conmigo. Le dije que sí, claro. ‘Diego, ¿por qué se

volvió?', le pregunté. 'Bueno, podría estar con una mujer preciosa, pero en situaciones así uno toma una cervecita o whisky y la verdad, lo que yo quiero es ser campeón del mundo'. Cuando escuché eso dije: 'Ya está, no le van a sacar la pelota'".

Después del durísimo 1-0 contra Uruguay por los octavos de final, el 22 de junio Maradona se convirtió en la persona más famosa de la Tierra. En apenas cuatro minutos, tocó a Inglaterra con "la mano de Dios" —una ilegalidad que nunca le perdonaría el *establishment*— y construyó "el gol de siglo", una sucesión de gambetas inverosímiles en 53,5 metros y 10,6 segundos ante 100 mil personas extasiadas en el Estadio Azteca. Volvió a descollar con los dos tantos del 2-0 ante Bélgica. El 29 de junio, cuando la final contra Alemania Federal estaba 2-2, se sentía agotado, pero su cerebro encontró un momento de lucidez para meter un pase impensado a Jorge Burruchaga, que selló el 3-2 consagratorio en otra corrida inolvidable. Nunca un jugador había impactado tanto en la cita máxima del fútbol. Era, sin dudas, el mejor del mundo.

* * *

Aquel 1986 también lo marcó en su vida íntima: el 20 de septiembre nació Diego Armando, su primer hijo. La madre era Cristiana Sinagra, amiga de su hermana María Rosa, "Mary". La había conocido el año anterior. "Pasé mucho tiempo en su casa. No fue una sorpresa encontrarme embarazada, porque los dos sabíamos lo que estábamos haciendo", dice Sinagra en el documental *Diego Maradona*.

Cuando se enteró, Claudia Villafañe estaba sola en su casa, embarazada de dos meses. "Prendo la tele y veo a una mujer saliendo con un bebé, diciendo que era el hijo de Diego", cuenta en el film. "Vino a casa llorando. Yo le dije: 'No te lo voy a preguntar nunca más. Decime la verdad ahora'. Y me dijo 'no, es mentira'". Años después, el propio Diego seguía buscando una justificación: "No podía entender que una relación fortuita me diera un hijo, no me entraba en la cabeza". Solo lo reconocería tres décadas más tarde.

Claudia también habló de las infidelidades: "Se le

adjudicaban romances, chicas. Él venía y me decía: 'Por favor, es mentira', desmintiendo las cosas que pasaban. Yo tengo un carácter muy dócil, y lo acepté. Siempre aposté al amor". Maradona lo reconocía: "Estaba enamorado de Claudia, pero tampoco era un santo. Había mujeres hermosas, mujeres divinas. ¡Uf! Cualquier cantidad".

Signorini asegura que la situación afectó a su protegido, incluso durante los días de México, y ensaya una explicación sobre la dualidad que lo definía: "Diego era un chico que tenía inseguridades, un pibe maravilloso. Maradona era el personaje que se tuvo que inventar para poder estar a la altura de las exigencias del negocio del fútbol y de los medios de comunicación. No se podía permitir ninguna debilidad. Un día le dije que con Diego iría hasta el fin del mundo, pero con Maradona no daría un paso. Me dijo: 'Sí, pero si no hubiera sido por Maradona, todavía estaría en Villa Fiorito'".

Antes de la temporada 87-88, el jugador se internó en el complejo del dietista Henri Chenot, en la comunidad italiana de Merano. En las tierras donde se alzó un castillo del siglo XVII, era un spa VIP con parques extensos, viñedos y jardín botánico. Durante los años siguientes se convertiría en uno de los centros de bienestar y clínicas de adelgazamiento más renombrados del mundo, con un exclusivo programa de desintoxicación y reacondicionamiento físico. Debido a las políticas de privacidad actuales, la encargada de relaciones públicas Mary Rose Baldonadi-Wölfle se niega a precisar si los tratamientos que siguió Maradona abordaban sus problemas de adicción.

Cóppola asegura que Diego iba a esa clínica para adelgazar. "Eran cosas que yo buscaba en función de sacarlo de la rutina" del consumo, explica. Entre ellas, que tuviera charlas con los psicólogos del lugar, a los que a veces no recibía. "Siempre fue un paciente difícil", reconoce. "Era lo que se podía. En definitiva, la decisión siempre fue suya. Ni siquiera podían hacer algo Claudia o Doña Tota". Signorini coincide en que una de las consecuencias de la adicción era la suba de peso. Cuando engordaba mucho, esos diez días en la clínica de Chenot funcionaban como "una desintoxicación orgánica. Le servía para adelgazar y volvía perfecto. Además, se cortaba el pelo y parecía un nene, la gente no lo reconocía".

Su vida era un torbellino. El 2 de abril de 1987 nació Dalma Nerea, la primera hija con Claudia, que viajó a Buenos Aires sola, porque el jugador no podía abandonar sus compromisos con el club. Un mes después Napoli celebraba el primer *scudetto* de su historia al igualar con Fiorentina en San Paolo. "Es la celebración más importante de mi vida", dijo el capitán mientras daba la vuelta olímpica. "Esta es mi casa".

Gianinna Dinorah llegaría dos años después, el 16 de mayo de 1989, en las mismas condiciones. Al día siguiente, Diego levantó la Copa UEFA en la final contra Stuttgart. A los seis meses viajó a Buenos Aires para un compromiso impostergable: el casamiento con su mujer en el registro civil de Uruguay 753, la ceremonia en la iglesia del Santísimo Sacramento y la fiesta en el Luna Park para 1200 invitados, entre ellos los amigos de Villa Fiorito y el plantel de Napoli, al que le pagó un avión. Jimmy Burns asegura que viajaron prostitutas de todo el mundo y que "la cocaína era uno de los estimulantes más asequibles".

En el anteúltimo partido de la temporada 88/89, Maradona salió a los quince minutos por un tirón en el muslo derecho. Llamó a Oliva desesperado: debía jugar la final de la Copa Italia antes de viajar a la Copa América de Brasil. El músculo le dolía muchísimo, consecuencia de un problema crónico en la cintura, que lo obligaba a múltiples infiltraciones. "Sufría mucho de ciático y de dolor de cintura", confirma Claudia. "Se hacía cuatro o cinco infiltraciones en distintos lugares para poder jugar al otro día. Mordía la almohada del dolor que sentía". Por sugerencia de un especialista en biomecánica, Signorini complementaba las inyecciones con un método novedoso: que su pupilo colgara boca abajo de una barra, sostenido por unos grampones, para aliviar las vértebras lumbares.

Para el preparador físico, la exigencia a la que se sometía Maradona "era brutalmente perjudicial. Pero estos eran tipos que se dedicaban al mundo de los negocios. Y lo único que les importaba era sacar el mayor provecho de él. Si terminaba hecho pedazos, que se joda".

Con cincuenta y siete partidos a cuestas solo durante el primer semestre, Maradona tuvo que parar. Aquella copa era importante para el Diez, que seguía de cerca la renovación

generacional que incluía a Claudio Paul Caniggia, un delantero que lo entusiasmaba y con quien construiría un fuerte vínculo de identificación. “Era un pibe y lo maltrataban, adentro y afuera de la cancha”, criticó en su libro. “Como yo, era un chivo expiatorio. Le tiraron por la cabeza que vendía droga, cuando él lo único que vendía, y muy bien, era fútbol”.

En el torneo brasileño, confesaría el capitán más tarde:

> No estaba ni para asomarme a la cancha […] Me las rebuscaba, sobre todo gracias a la magia del doctor Oliva, que me había despedido de Europa casi en muletas, pero entre la cintura y los tirones, no daba más.

Argentina terminó tercera, habiendo marcado solamente dos goles. Pero finalmente se había armado un grupo con vistas al Mundial de Italia 90. “Otra vez estábamos los odiados, los desplazados, los elegidos de Carlos Bilardo, unidos contra todo”, recordaba.

* * *

Cuando volvió a Nápoles, las nubes negras se cernían sobre su cabeza. La ciudad lo había elevado a la categoría de semidiós, amándolo y asediándolo en partes iguales. Tras los éxitos impensados con un club que parecía condenado a la mediocridad, entró en guerra con el presidente Corrado Ferlaino, que le negó el pase al Olympique de Marsella, adonde le habían prometido una vida de más dinero, lujos y tranquilidad. Maradona la necesitaba: las tapas de los diarios lo mostraban junto al *capomafia* Carmine Giuliano, a cargo de la droga, el contrabando, la prostitución y las apuestas clandestinas en Nápoles.

Él la describía como una relación no buscada:

> Me metieron en una moto y fuimos a Forcella [el barrio bajo que dominaba el clan]. Llego y ya estaba la mesa para comer. Tenía un fusil acá. Parecían todos Los Intocables, Al Capone… Estamos comiendo y Carmine me dijo: “Cualquier problema que tengas también es nuestro problema”. Y me dijo que nos protegía en Nápoles. Para mí era todo nuevo, como un film.

Claudia también se sentía segura: Dalma y Gianinna

estarían a salvo de un amor que se volvía sofocante. De acuerdo con una vieja técnica de la organización, un fotógrafo empezó a seguir cada incursión de Diego en los clubes de fans, las fiestas y las bodas con presencia mafiosa, para dejarlo "pegado". Así lo recordaba en su libro:

> Que había Camorra en la ciudad, no lo voy a negar yo. Pero de ahí a que yo hiciera negocios con ellos, hay un trecho muy largo: a mí nunca me rompieron los huevos. Era como que yo entretenía a la gente, entonces ellos decían: "Con el pibe no se metan". Reconozco que ese mundo era algo atrapante […] Cada vez que iba a uno de esos clubes me regalaban Rolex de oro, autos, ¡autos! A mí, por ejemplo, me dieron la primera Volvo 900 [una serie de coches ejecutivos] que hubo en Italia… Y yo les preguntaba: "¿Pero qué tengo que hacer?". Y la respuesta era: "Nada, sacate una foto". "Gracias", decía yo, y al otro día veía la foto en el diario.

La técnica había funcionado. Lo reconoció en 1996:

> Yo fui su bandera. Ellos no me querían a mí porque yo era lindo o porque yo era bueno. Ellos me querían porque yo le había ganado al norte […] había hecho feliz al pueblo, al que por ahí ellos exprimían. Una vez a la semana, los domingos, los hacía felices. Pero en Napoli la droga estaba en todas partes. Casi me la ofrecían en bandeja.

El costo resultó alto: Maradona empezó a escuchar que él y su entorno también traficaban. En el documental de Asif Kapadia, una fuente sin identificar recuerda que "Diego le podía pedir cocaína al clan Giuliano, y la cocaína llegaba. Pero el problema es que, una vez que confiás en la Camorra, empezás a convertirte en su propiedad". Claudia se daba cuenta de que su esposo "no era Diego, la persona que todos conocíamos. Más y más, era Maradona, una persona distinta. Empecé a notar que él quería buscar una salida… de no sé qué, de qué cosa, de qué lugar".

El propio jugador dio detalles de esa espiral descendente:

> Claudia se quedaba con las nenas y salía a tomar algo con mis amigos. Ahí tomábamos cocaína. Hasta el miércoles. Y empezaba a limpiar, a limpiar, a limpiar, para jugar el domingo. Yo con la droga entraba a mi casa, y cuando veía a mis hijas tenía miedo. Así que me encerraba en el baño.

Su mujer lo confirmaba. “Cuando nos fuimos al Napoli, la cosa de no dormir se había hecho cada vez más seguida […] Era muy difícil acercarse. Él decía que no. Y en Napoli era muy duro por el entorno. Ya había nacido Dalma. Y él, que es muy celoso, se había puesto peor. Pensaba que Dalmita lo había desplazado, que yo le prestaba mucha atención a ella y no a él”.

A ella también le costaba hablar del tema con su esposo: “Yo, de carácter ya soy introvertida: me como todo lo que me pasa. No sé si tardé una semana, un mes, un año en intentar hablarlo […] Él ya sabía que yo lo sabía, aunque no lo habíamos hablado nunca”. Cuando finalmente lograron hablar, Claudia formuló un arsenal de preguntas: “¿Qué te pasa? ¿Por qué te encerrás? ¿Por qué lo hacés?”. Quería saber por qué sonaba el teléfono a las dos de la mañana o le tocaban el timbre a las tres para “traer algo”. O por qué su esposo se escapaba en silencio.

Maradona “tenía una bandita con la que se escurría”, confirma Cóppola. Era su libertad después de los partidos. “‘Es mi vacación’, me decía. ‘Sé manejarlo’”. Con el tiempo, sus salidas se irían extendiendo a lo largo de la semana. La adicción se volvió un secreto a voces en la ciudad. Se contactaba con la Camorra a través de la Curva B, un grupo de ultras del Napoli. Eran los encargados de invitarlo a las fiestas. Si surgía, por ejemplo, el bautismo del hijo de un capo, le decían que se trataba de un saludo sin compromiso. “Le regalaban cinco relojes de oro, y Diego iba”, plantea el empresario, que reconoce su participación en algunas salidas.

“Yo también fui travieso y cometía ese tipo de errores, pero siempre me gustó cuidarme. Salía, pero pensaba: ‘El día tiene veinticuatro horas. Laburo ocho o diez y me distraigo cuatro o seis’. Iba a cenar y por ahí a un boliche. El resto del tiempo dormía”.

Señalado a veces como una de las malas influencias en la vida del jugador, quiere despegarse de esa imagen: “Yo contaba con Don Diego, Doña Tota, Claudia y las nenas. Jugaba con un equipo de primer nivel, de sentimiento puro. Eran quienes más lo querían y lo amaban. Después estaban los amigotes. Y él evadía. Vivió acá [el departamento del empresario sobre Avenida del Libertador], pero yo hacía

venir a Claudia y a las nenas. Buscaba que tuviera ese lazo. Por una cuestión de cuidado y de salud, no lo seguía en la carrera de sus largas horas".

Hoy cree que Maradona no era consciente de su adicción. Sus compañeros, en cambio, sí. Le hacían planteos sobre las ausencias o las salidas. "Encárenlo ustedes y hagan una reunión", les sugería.

"Diego siempre fue un chico, caprichoso. Discutíamos [sobre su adicción], pero tampoco quiero agarrar ninguna bandera. Él decidía por sí mismo. Nunca nadie le llevó nada. Que quede claro: su dinero lo llevaba siempre él. Y lo demás, también".

"Siempre tapaba las cosas", plantea un médico que lo conoció bien. "Usaba estimulantes, pero los tapaba. Se drogaba delante de las mujeres con las cuales se encamaba, pero no delante mío. Tenía cierto pudor. Tal es así que, si yo entraba a los hoteles, él no usaba la cucharita clásica para drogarse. Y cuando lo veía mal, lo medicaba".

Signorini entendió que la sustancia le había torcido el brazo. "Le dije que necesitaba gente que supiera cómo ayudarlo", recuerda. Habló con el médico de Napoli, que le pasó la dirección de una clínica de recuperación en Castellammare di Stabia, en la Costa Amalfitana. Fue hasta allá y se interiorizó sobre las terapias de grupo, pero no prosperó. "Maradona no se podía permitir ninguna debilidad", concluye.

Siguió buscando centros de recuperación con Claudia. Incluso habló con Ferlaino, pero el dirigente no parecía especialmente preocupado: "Todo el mundo sabía lo que pasaba con Maradona y luchábamos mucho contra eso, porque había controles antidoping después de los partidos. No quería que esto apareciera en los diarios. Pero el testeo no era tan estricto. Probablemente otros orinaban en su lugar. Mientras él seguía jugando, nosotros ganábamos".

Cuando volvía a Buenos Aires, solía pasar algunos días en el departamento de Cóppola: un piso alto y luminoso al lado de la embajada de Estados Unidos, cuya bandera flamea metros abajo. El empresario revela algunas escenas insólitas: "Un 4 de julio [día de la Independencia en ese país] yo estaba en la oficina del centro y me llaman [la modista] Elsa Serrano

y el joyero [Uber] Ricciardi. Me dicen: 'Guillermo, ¡Diego está desnudo en el balcón!'. Se asomaba por la habitación del cuarto, le gritaba '¡Terence!' a Todman [embajador entre 1989 y 1993] y orinaba hacia abajo. Hacía todo lo que sentía".

* * *

De cara a Italia 90, Maradona volvió a poner su cuerpo en manos de Signorini. Se mataba en el gimnasio y se exigía al límite en la cinta. El preparador físico lo recuerda con "una determinación descabellada. Su problema ya estaba bastante avanzado. Pero una vez más su motivación fue suficiente como para dejar la droga". Llegó al Mundial tras conseguir el segundo *scudetto* (el 29 de abril de 1990) con Napoli, aunque casi ocho kilos por encima de su peso ideal de 75,5 kilos. Entonces volvió a confiar en Chenot, que le envió una dieta que lo hizo bajar la mitad de aquella cifra. Todos los lunes repetía las visitas a Dal Monte. Estaba agotado tras otra temporada al límite, pero el entusiasmo seguía intacto.

La puesta a punto se completó en el centro de entrenamiento de la Roma, en Trigoria. Cuando Bilardo le daba permiso, salía a andar en auto por los alrededores. Ante las acusaciones de privilegios e indisciplina, respondía que "más importante que tener o no mis Ferrari en la concentración era que una gripe me había obligado a tomar antibióticos, y todo el trabajo de desintoxicación que había hecho se pudrió un poco, pero de eso no hablaba nadie". A los 29 años, estaba convencido de que iban a tener que arrancarle la Copa del Mundo de las manos.

> Para que así fuera, me había comprado una máquina impresionante de entrenamiento en sesenta mil dólares. Con Fernando [Signorini] instalamos el ergómetro isocinético en el fondo de uno de los gimnasios de Trigoria. Servía para evaluar mis condiciones físicas en detalle, y controlarlas. A esa altura, ya concentrados, en los primeros días de junio, lo usábamos para trabajos de elasticidad y estiramiento. Y la cinta, que desde aquella época me volvía loco, me encantaba. Además, el doctor Dal Monte me había mandado especialmente a una masajista, Mónica, que todos los días me dejaba como nuevo.

El aparato mencionado sirve para mejorar la fuerza de las piernas al generar cargas dinámicas sobre los músculos.

Ya cerca de su peso ideal, solo lo molestaba un detalle que parecía insignificante: el dedo gordo del pie derecho, que le había pisado un juvenil de la Roma en un amistoso previo. La uña lo hacía sufrir en los entrenamientos. No funcionaron las infiltraciones ni los algodones. Llegó a practicar con el botín recortado en la punta y a jugar con uno o dos talles más grandes, pero estaba perdiendo horas de entrenamiento. El domingo 3 de junio a la mañana Maradona y Madero encontraron una solución temporal en el instituto de Dal Monte, donde le protegieron la uña con una férula de fibra de carbono de seis centímetros, dura y liviana.

Después de la impensada derrota en el debut contra Camerún, donde salió sorteado para el control antidoping, Maradona volvió a ser local en Nápoles, en la victoria 2-0 frente a la Unión Soviética. En el entrenamiento del 1-1 contra Rumania escuchó que Madero recomendaba reemplazarlo; se le estaba hinchando el tobillo izquierdo después de una entrada durísima de un rival. Jugó igual, pero cuando la articulación se le había inflamado hasta alcanzar el tamaño de una naranja, el diagnóstico se volvió sombrío: “Traumatismo directo muy fuerte que interesó el hueso peroné y afectó un tendón”.

En la previa del cruce por octavos con Brasil, el tobillo se había convertido en una bola negra y oscura. Cuando terminó la práctica, rengueó hasta la mitad de cancha, se tiró al piso y empezó a hacer jueguito con la pierna derecha. “Así o enyesado, pero juego”, anticipó a los periodistas. “Creo en los milagros, y nuestra victoria sería exactamente eso”. El día anterior al partido probó patear fuerte con la zurda, pero el dolor seguía siendo insoportable. Los masajes de Miguel “Galíndez” Di Lorenzo, siempre tan efectivos, ahora eran inútiles. Madero quiso infiltrarlo, pero la aguja no entraba. “Doctor, dele, dele”, pidió el jugador, que otra vez apelaba a morder una toalla para anticipar el dolor del pinchazo. Cuando el médico se negó, el capitán le sacó la aguja y se la inyectó de un golpe con la palma de la mano. “Vos estás loco”, le dijo Madero. “Me dolió como la puta que lo parió”, recordaría Maradona años más tarde. “Pero a los diez minutos

me había olvidado de todo".

Ese domingo 24 de junio volvió a sorprender al mundo. Pese al asedio de los rivales, inventó una jugada genial que habilitó a Caniggia para el 1-0 definitivo. En un eco de las gambetas contra Inglaterra, la esperanza se había renovado. Después de la victoria por penales contra Yugoslavia, Argentina enfrentó a Italia por semifinales, otra vez en Nápoles. Caniggia volvió a lucirse, esta vez para un empate que forzó los penales, donde el astro —a diferencia de la serie anterior— acertó el suyo. Argentina estaba en la final, pero Alemania Federal tendría su revancha.

* * *

El final del sueño del bicampeonato también marcó el corte de la relación entre Maradona y Cóppola. Como el jugador demoraba su regreso a Nápoles, los hinchas se preguntaban qué pasaba. Un día de octubre, mientras el representante entraba en la cochera de su casa, una munición de plomo rompió el vidrio del automóvil. Fue la confirmación de que los *tifosi* habían encontrado un culpable. Entonces encaró a Diego para hablar sobre sus salidas:

—Antes eran los lunes, después los martes, después martes y miércoles… La gente cree que [el responsable] soy yo. Me van a matar.

Las cosas habían cambiado para Cóppola, acostumbrado al amor de la tribuna. "Al principio, cuando caminaba desde la antesala del vestuario hasta mi asiento en la tribuna de honor, la Curva B me gritaba: *"Capa bianca, capa bianca!"* [¡Cabeza blanca, cabeza blanca!] Me llenaba de orgullo y satisfacción. En el 90 terminó siendo: *"Capa bianca, figlio di puttana!"* [¡Cabeza blanca, hijo de puta!]".

Cuando Maradona se encerraba en su casa, el representante recibía las llamadas del presidente y de la comisión directiva de Napoli. No sabía qué decirles. El jugador le prometió que cambiaría, pero el empresario estaba decidido a abrirse. Un viernes habló con él desde Roma, con la esperanza de generar una última reacción. "Sos un cagón", le espetó el futbolista. "Me fui porque esto que estamos viviendo no existe", respondió Cóppola. Esa discusión terminó con insultos. Era

noviembre de 1990. El representante Marcos Franchi y el abogado Daniel Bolotnicoff pasarían a manejar su destino.

Después de aquella final contra Alemania, el astro sabía que ya nada sería igual. El 11 de octubre había renunciado a la Selección, furioso por la inacción de la AFA ante el "robo" en la final a manos del árbitro mexicano Edgardo Codesal. Al malestar con Ferlaino en Napoli se sumó la ruptura de la relación con Cóppola y con la Camorra, que había ganado demasiada visibilidad con Maradona. Mientras se ventilaban supuestas llamadas suyas a prostitutas, el astro sufrió episodios nunca aclarados, como la bola de acero que se estrelló contra el parabrisas de uno de sus autos o el robo del Balón de Oro de 1986, que según el capo Salvatore Lo Russo terminó fundido para hacer lingotes de oro.

El 17 de marzo de 1991 Maradona salió sorteado en el control antidoping posterior al partido contra Bari. Esta vez, el resultado fue positivo. Un día antes, Signorini había ido a verlo a su casa. "Había estado mal martes, miércoles y jueves", recordó. Cuando le preguntó qué iba a hacer el día siguiente, el jugador le contestó que seguiría encerrado. Su interlocutor lo provocó: "Yo voy al partido, a ver qué hacen los muchachos sin vos". El domingo Maradona se levantó mejor, y decidió jugar. "Habrá pensado que estaba limpio, pero no tuvo en cuenta los metabolitos, y que el Napoli se había cansado de protegerlo, porque el limón ya no tenía más jugo", metaforizó el preparador físico.

"La *vendetta* se cumplió", planteó Maradona en su autobiografía. "Yo le llamo el doping de Antonio Matarrese", en referencia a quien presidía la Federación Italiana de Fútbol, y a una supuesta venganza por la eliminación en el Mundial. Después del partido, el ex mandatario del Bari lo había mirado "como miran los mafiosos". Maradona recordaba que el laboratorio encargado de los análisis estuvo más tarde bajo sospecha, incluyendo frascos de muestra fraguados.

En cuanto a la sustancia involucrada en aquel control, aseguraba que "solamente los ignorantes eran capaces de denunciar que yo sacaba ventajas con lo que tomaba. Si yo me dañaba, era a nivel personal, y eso no me servía para hacer goles o tirar caños". En su libro insistía en que,

consciente del problema, encargaba análisis por su cuenta, y en que ante el Bari había jugado limpio. Cuatro años antes había dado una versión distinta en la nota con *Gente*:

—Quizá lo hice a propósito pero inconscientemente, para zafar de ese momento y para poder volver a mi país.

—¿Usted se drogó para ese partido?

—No, me drogué antes. Pero yo sabía que podía saltar la bocha en cualquier momento. Yo estaba estirando los tiempos. Creo que me drogué y esperé que me diera positivo, porque esa era la única manera que encontraba para pedir ayuda.

Una semana después jugó su último partido con la camiseta celeste. En Génova marcó el gol más triste de su vida: un penal para la derrota 1-4 contra Sampdoria, el campeón. También sería su último encuentro en quince meses, la sanción impuesta por la federación local, confirmada después por la FIFA. A los cinco meses, un juez napolitano lo condenó a catorce meses de prisión con un cargo de posesión de cocaína, resuelto con una sanción monetaria tras un acuerdo con la fiscalía. A pesar de todo, su campaña de seis años en el sur cerró con un balance brillante: 115 goles en 259 partidos, dos campeonatos de liga, una Supercopa, una Copa Italia y una Copa UEFA, con apenas dos expulsiones.

* * *

En Buenos Aires cayó en un pozo profundo. La tarde del 26 de abril, efectivos de la Policía Federal entraron a un departamento de dos ambientes en la calle Franklin 896, en el barrio de Caballito, por orden de la jueza federal Amelia Berraz de Vidal. Mientras Maradona dormía junto a dos amigos “más buenos que el agua mineral” (Ricardo “El Soldadito” Ayala y Germán Pérez), todos los canales de TV —alertados por la policía— esperaban en la puerta. La imagen de su salida, confundido y desaliñado, recorrió el mundo. Todavía bajo los efectos del consumo de cocaína, le dijo a un vecino: “Una vez que me escapo de mi esposa, me pasa esto”. También se llegaron a escuchar dos frases trágicas: “No aguanto más” y “Me quiero morir”.

En 1996 daría su versión.

> Yo estaba durmiendo y me iba para mi casa. Es mentira que me encontraron drogándome, es mentira. Yo estaba tan dormido que tuvieron que tirarme de las piernas para despertarme, porque no me había dado cuenta de que estaban allanando el departamento. Mirá, es tan así lo que te digo, que cuando me desperté grité: "¡Claudia!", porque no sabía dónde estaba. Porque también había tomado pastillas para dormir, eso te lo confieso […] Yo estaba mal. Estaba en un bajón terrible, pero se dijeron demasiadas cosas que son falsas.

Después de su traslado al Departamento de Narcóticos, en Caseros y Tacuarí, pasó la noche jugando a los naipes con otros detenidos en un calabozo de Tribunales, sentado en un banco bajo una bombilla desnuda. Lo liberaron al día siguiente, previo pago de una fianza de 20.000 dólares y la orden de empezar un tratamiento de rehabilitación. "No sé lo que hacer y me duele mucho. Tengo los brazos caídos, tengo el alma destrozada", declaró entonces. Para Claudia, "le destrozaron la vida. Sin fútbol no había otra cosa para hacer". Su hermana Mary cree que "siempre estuvo tratando de sacar el problema adelante. Nunca quiso involucrar a la familia. Siempre fue el héroe. Pero no podía solo".

A pesar de haber reconocido sus problemas, Maradona describió aquel episodio como "la farsa más gigantesca que yo recuerde alrededor mío". El presidente Carlos Menem dejó sin efecto el decreto 811, que lo había transformado en embajador deportivo y asesor presidencial. Para el riojano, el ídolo se había transformado en "un muchacho enfermo" que necesitaba ayuda. "La detención de Maradona demuestra que en la Argentina no hay impunidad", completaba el ministro del Interior, Julio Mera Figueroa. Eran años del "Yomagate", que vinculaba a la cuñada del primer mandatario, Amira Yoma, con el lavado de narcodólares en una aduana paralela que funcionaba en el Aeropuerto Internacional de Ezeiza.

Por esos días, la revista *El Gráfico* publicó dos informes policiales que aseguraban que, en el momento de la detención, Maradona llevaba 115 gramos de cocaína y estaba desnudo en una cama junto a sus amigos. "Fue tal el escándalo, que a los pocos días, la propia Policía le informó a la jueza del caso que durante el procedimiento habían encontrado tres gramos de cocaína y que el ídolo estaba vestido", recordó el periodista Andrés Burgo. El episodio no

afectó a la magistrada que, con la venia del menemismo, ascendería dos años después a la Cámara de Casación.

Al recordar el episodio de la efedrina en los Estados Unidos, Maradona también explicó cómo había seguido aquella historia:

> El día que me drogué, fui y le dije a la jueza: "Me drogué, ¿cuánto hay que pagar?". Y lo pagué, y fueron dos años durísimos, de ir cada dos o tres meses o cuando me llamaba la jueza para hacer una rinoscopía o hacer pis.

En julio de 1992, al final de la suspensión, Ferlaino le pidió que volviera. Era el inicio de otra batalla. En forma previsible, el argentino rechazó la oferta. Napoli se negó entonces a darle el pase internacional, pero el jugador apeló a la FIFA, que esta vez lo apoyó. Maradona era un futbolista libre, pero Diego seguía siendo un hombre atribulado.

Capítulo 6

De Sevilla a la efedrina

(1992-1994)

La experiencia trunca en España. Tres infiltraciones juntas. El paso fugaz por Newell's: un cuerpo que sorprende al mundo. Un "café veloz". La puesta a punto con Néstor Lentini y la visita al psiquiatra Kalina. Misteriosa dieta china: perder once kilos en una semana. En un rincón perdido de la pampa. Una tomografía reveladora. La maldición de Daniel Cerrini. El doping en Estados Unidos 94. "Tirado en el piso, como desmayado".

El ciclo de Napoli estaba clausurado. Mientras buscaba cerrar la desvinculación con un equipo de cuatro abogados que comandaba Marcos Franchi, Maradona empezó a entrenar bajo las órdenes del preparador físico Javier Valdecantos. Para mantener el contacto con la pelota en tiempos de suspensión, despuntaba el vicio con partidos a beneficio y el fútbol cinco de *Ritmo de la noche*, el show televisivo de Marcelo Tinelli. Así empezó un operativo retorno que incluía al psicoanalista Rubén Navedo y al psiquiatra Carlos Handlartz.

El objetivo era lograr "una mayor contención de las ansiedades que lo llevaron a la adicción", precisaba un informe de Navedo el 6 de julio de 1992. "Se advierte que su condición deportiva no pudo ser acompañada por una evolución armónica de otros aspectos de su personalidad. Su habilidad futbolística le valió ser exigido antes de que pudiera desarrollar las herramientas yoicas suficientes […] La posibilidad de retornar a la actividad futbolística reduce el estrés y la angustia a la que estuvo sometido desde hace más de un año".

El jugador debía lidiar con otra realidad. Le quedaban pocos años al máximo nivel, aunque su valor de mercado seguía siendo impactante. Napoli finalmente lo vendió a Sevilla por 7,5 millones de dólares. Volvió a España bien entrenado. "Primero, con la doctora Patricia Sangenis [cardióloga especialista en medicina del deporte], que después se *zarpó*, porque empezó a hacer una conferencia permanente con todo lo mío", recordaba. Eso se complementó con una rutina sencilla de entrenamiento en Palermo, que lo hizo bajar siete kilos.

Dos meses después del informe del psicoanalista, Maradona pudo enumerar ante la jueza Amelia Berraz de Vidal los factores que lo habían llevado a profundizar su adicción en Nápoles: "El enfrentamiento del juicio de paternidad, las luchas de poder a nivel de la dirigencia del fútbol italiano y a nivel de la propia ciudadanía y seguidores de Maradona en aquella ciudad, el acoso periodístico y de los llamados *tifosi*,

como así también las amenazas hacia sus hijas y, básicamente, también la incontrolable situación de facilitación de estupefacientes a que se vería sometido Maradona a partir de relaciones como las que se han ido dando en el Nápoles [*sic*]".

Autorizado por la jueza, a las siete de la mañana del 13 de septiembre volvió a pisar el Viejo Continente. "Lo que más me gustaba de Sevilla es que estaba el loco de Bilardo, que no había exigencias de vuelta olímpica y que la ciudad tenía onda", explicaría más tarde. Llegaba en buenas condiciones. "El médico del club dijo que el tobillo estaba impoluto", aclara el traumatólogo Rafael González-Adrio (hijo). Empezó a entrenar con sus compañeros y también solo, corriendo con Valdecantos en el campo de golf Las Minas.

Presentado el 28 de septiembre al ritmo del hit "Mi enfermedad", nuevamente se sentía un jugador de fútbol. Debutó el 4 de octubre, otra vez contra el Athletic de Bilbao. El día anterior lo había visitado el mismísimo Andoni Goikoetxea, ya retirado. "Hombre, es un gusto reencontrarte, saber que estás bien, que has vuelto para jerarquizar al fútbol", lo elogió.

Festejó su cumpleaños 32 en Villa Espartina, la mansión que le había alquilado al torero Espartaco en Simón Verde, el mejor barrio de la ciudad. Los diarios ya volvían a hablar de salidas nocturnas y entrenamientos salteados, pero no le importaba. Al tanto de que su físico no le iba a responder como antes, convocó otra vez a Fernando Signorini y se hizo un chequeo completo en la clínica del ex entrenador y médico Xabier Azkargorta. Estaba apenas dos kilos por encima de su peso ideal. El 18 de febrero de 1993 volvió a jugar para la Selección, en un amistoso contra Brasil por el centenario de la AFA. Al mes siguiente recibió otra buena noticia: la Justicia lo sobreseía en la causa que se había disparado con la detención en Caballito en abril de 1991, además de devolverle la fianza de 20.000 dólares.

Pero no se sentía pleno. Una vez más, convivía con una lesión que habría dejado fuera de la cancha a otros futbolistas. Desde 1985, arrastraba las secuelas de la patada que le había dado un venezolano cuando jugó las Eliminatorias. "Todos decían que yo no me entrenaba y

mientras tanto, jugaba igual, lesionado: yo la estiraba, la estiraba", recordaba. En el mismo lugar donde el doctor Oliva había decido no operar, cada vez que giraba sentía una explosión. Para el médico del Sevilla, una rodilla en ese estado era directamente inútil.

Todo colapsó el 12 de junio, en el entretiempo de un partido contra el Burgos. Por recomendación de Bilardo, lo infiltraron con tres inyecciones. A los diez minutos del segundo tiempo, el entrenador decidió reemplazarlo. Maradona lo insultó frente a las cámaras. Furioso por sentirse usado, destrozó el vestuario. Más tarde aseguró que Bilardo se le fue encima y él le respondió con una trompada. "Acepté que me clavaran tres agujas así de grandes y vos me sacaste igual", lo increpó. El club adujo indisciplina y rescindió el contrato. Los dirigentes habían apoyado su estrategia con "filmaciones que le habían encargado a una agencia de detectives privados sobre salidas rumbosas de Diego en la pomposa ciudad", según precisó el periodista Jorge Ezequiel Sánchez. La historia terminaba con sabor a poco. En ocho meses había jugado apenas treinta partidos, con siete tantos marcados.

* * *

Dos meses después, volvió a sorprender al anunciar su vuelta al fútbol argentino. Jugaría para Newell's, por gestión de Ricardo Giusti, su compañero campeón del mundo en 1986. Pero sería una etapa aun más breve que la sevillana: apenas cinco partidos en dos meses, en el único club de su carrera para el que no haría goles. A pesar de la fugacidad, una estampa quedó para siempre en la memoria futbolera. Flaco y atlético, estaba más liviano y veloz que en sus mejores momentos, con apenas 72 kilos. Para Signorini, era demasiado. "Lo tocan y se vuela", se alarmaba. Maradona confesó los dos nombres detrás del fenómeno.

> Yo estaba hecho un avión: había empezado una dieta en Uruguay, con el chino Liu Guo Cheng, y lo tenía al lado a Daniel Cerrini, que tenía pinta de fisicoculturista pero sabía un huevo de alimentación y de entrenamiento.

Ese apellido quedaría guardado en la memoria por las peores razones. En el libro *El último Maradona*, los periodistas Andrés Burgo y Alejandro Wall recuerdan un antecedente inquietante del ex campeón de fisicoculturismo. En 1989, su alumna Cecilia De Giuli se había convertido en la primera argentina campeona en un Mundial Junior de la disciplina, para ser desclasificada a las pocas horas por consumo de anabólicos.

Maradona lo conoció a mediados de 1993, cuando era dueño de New Age, un gimnasio VIP en Belgrano. Por medio de conocidos de conocidos, Cerrini logró acceder a una reunión con el jugador, a quien visitó en su departamento de Núñez. Mientras Claudia cocinaba milanesas, el anfitrión mostró su abdomen y le pidió: "Hacé algo con esto porque si agarro a las nenas en brazos no llego hasta la puerta". Otra vez estaba fuera de forma.

La rutina empezó al día siguiente, entre patovicas, pesistas y famosos como Ricardo Fort. Todos se sorprendieron: primero por la incapacidad de Maradona para hacer bicicleta fija o levantar barras de cinco kilos; después, por su recuperación y puesta en línea en tiempo récord. Seis o siete veces por día, consumía frutas y fibras, proteínas e hidratos, huevos sin yemas. Y entre diez y quince pastillas, para llegar a los 75 gramos de aminoácidos que prescribía Cerrini: vitaminas B1, A, E, complejos suplementarios.

En agosto hizo una pausa para ponerse en manos de Cheng, un personaje enigmático y extravagante que llevaba tres años en Uruguay y manejaba un BMW rojo. Según él, su método se basaba en ejercicios respiratorios que combatían el hambre y la ansiedad al reducir la secreción de jugos gástricos del estómago, en combinación con una sesión de masajes que propiciaban un clima favorable a la pérdida de peso.

Como el resto de los pacientes, la primera semana desayunó jugo de naranja o pomelo, almorzó un caldo colado de verduras verdes con dos zanahorias, merendó té o café negro y cenó lo mismo que en el almuerzo, eventualmente con una ensalada de lechuga. En los siguientes tres días se volvían obligatorias las ensaladas de tres componentes, con una manzana o dos kiwis de postre. Durante los últimos ocho días llegaron las proteínas: una porción chica de pescado,

hígado o pulpa roja desgrasada, media pechuga de pollo, 60 gramos de fiambre, un huevo. Apenas 100 gramos a repartir en todo el día. De postre, una gelatina dietética.

Fue un éxito casi inmediato: bajó 11 kilos en una semana. Cuando perdió dos más, volvió a Buenos Aires. “Es un caso superlativo en cuanto a los resultados”, planteaba el médico Félix Vergara, socio de Cheng. Maradona había bajado de peso “sin deterioro alguno en sus reservas energéticas y ello se debe, fundamentalmente, a la seriedad y la aplicación envidiables con que se dedicó a los ejercicios”, le dijo a la revista *Noticias*.

Su paso por esa clínica generó un furor entre los argentinos, entre ellos, famosos como Sandro y Susana Giménez, que empezaron a cruzar en masa el Río de la Plata. Cheng llegó a atender dieciocho pacientes por hora. Las principales críticas a sus métodos apuntaban a una posible deshidratación y a la pérdida de masa magra —músculo— junto con la grasa, observaciones que otros expertos no compartían. “Al parecer, la cantidad de líquido que toman evita la deshidratación y los ejercicios respiratorios producen hiperventilación, inhibiendo la acidosis metabólica que produce mal aliento y olor fuerte en la orina”, precisaba el sanitarista Ginés González García. Todos destacaban que, en cualquier caso, una dieta de ese tipo debía acompañarse con un cambio en el estilo de vida.

De regreso en la Argentina, intensificó el trabajo con Cerrini.

> Nos habíamos puesto como meta superar mi nivel físico de México 86. Él también manejaba mi dieta, para darle continuidad a todo lo que nos había preparado el chino y le pedía, cada tanto, un poquito de calma. ¡Llegamos a entrenarnos en triple turno! Claro, él era pura polenta, una bestia, y tomaba confianza porque me veía muy enchufado… Yo la tenía clara, ¿eh? Eran mis últimos años de carrera y los quería hacer de la mejor manera.

En Rosario se instaló en el Hotel Riviera. El 10 de octubre viajó a Avellaneda para el debut ante Independiente, cuando Islas le tapó una rabona con destino de gol. “Me sentía en una nube”, confesó. “Una resurrección; otra más”. Enseguida llegaron los partidos de repechaje en la Selección, para los que Julio Grondona había consensuado con la FIFA la

eliminación de los controles antidoping. “Para jugar contra Australia te daban un ‘café veloz’”, contaría Diego por televisión en 2011. “Le ponían algo y por ahí corrías más”. Hay sospechas de que ese “algo” era efedrina, una sustancia prohibida por la FIFA. Y de que la noche posterior al partido en Sídney, varios jugadores estaban tan acelerados que no pudieron dormir. Argentina clasificó con lo justo al Mundial de los Estados Unidos.

Los años empezaban a pasar factura. En el Newell’s-Huracán del 2 de diciembre, Maradona picó para buscar una pelota y sintió el ruido inconfundible de otro desgarro, como un cierre que se abría detrás de su pierna. Repetía una lesión que había sufrido trece años atrás. Más tarde se ausentó de un amistoso contra Vasco da Gama, incluido en las obligaciones de su contrato. Se acercaba otro final repentino. El nuevo entrenador, Jorge Castelli, no estaba dispuesto a mantener las “licencias” que le había prometido su antecesor, Jorge Solari. Todo terminó “luego de haber estado dos días desaparecido —recordaba el periodista Sánchez—. Lo encontraron deambulando por Mar del Plata”. Fue un verano de confusión y de furia. Recluido en su quinta de Moreno, echó agua a los movileros que lo acosaban. Como no se iban, les terminó disparando con un rifle de aire comprimido.

* * *

En su mira, sin embargo, había un objetivo definido: el Mundial estadounidense. Después de un amistoso con la Selección en Brasil, le pidió al entrenador Alfio Basile unos días para una puesta a punto especial, rodeado de su equipo de confianza. Por medio de Signorini, convocó al médico deportólogo Néstor Lentini, que estaba a cargo del laboratorio del Centro Nacional de Alto Rendimiento Deportivo y había asesorado a la selección de básquet y a Gabriela Sabatini. El primer contacto había sido a fines del 93, en la previa del repechaje. Lentini propuso un esquema de trabajo fuera del consultorio, en el propio CENARD. Creía que era la mejor manera de contagiarlo del espíritu de los atletas. Curiosamente, serían los atletas quienes se contagiarían del suyo.

Antes de acelerar la puesta a punto, había que abordar un problema crucial. Consciente de la mayor debilidad de su paciente, Lentini gestionó —previa consulta con Claudia— una reunión con el psiquiatra Eduardo Kalina, especializado en adicciones. “Para que él diga que sí, hay que cansarlo. Hagan un entrenamiento muy duro y cuando él esté cansado, pregúntele”, aconsejó Signorini. Después de una práctica especialmente exigente, Maradona se duchó y dijo: “Doctor, vamos”. Fue un encuentro emotivo. Con la ropa de práctica y en ojotas, el jugador habló de su consumo, aclarando que nunca se había inyectado, y aseguró que había tomado la decisión de dejar.

Quienes conocen ese intento señalan que el destacado médico procuró llevar adelante un tratamiento que fue imposible continuar debido a los compromisos deportivos y comerciales que tenía Maradona y a su falta de voluntad para cumplir con las exigencias de un proceso que demandaba la abstinencia en el consumo de cocaína y de alcohol.

El doctor Alfredo Cahe cuenta que, cuando tomaba, Maradona se animaba con algunos tangos: “Cantaba muy bien. Había dos o tres que eran sus favoritos, sobre todo uno que le canta al padre, que se trata de cómo va de la primera inferior hasta ser un crack”. Casi con seguridad, se refiere a “El sueño del pibe”, de Reinaldo Yiso: “Vas a ver qué lindo cuando allá en la cancha/ Mis goles aplaudan, seré un triunfador/ Jugaré en la Quinta, después en Primera/ Yo sé que me espera la consagración”. Cuando Maradona interpretó el tema en el programa televisivo de Antonio Gasalla, modernizó la letra. En vez de “Mamita querida, ganaré dinero/ Seré un Baldonedo, un Martino, un Boyé”, entonó: “Seré un Maradona, un Kempes, un Olguín”.

A pesar de la inconstancia y los deslices, volvía a tener una rutina. De lunes a viernes dejaba a sus hijas en el colegio Pueblo Blanco, del barrio de Belgrano, y a las 8:15 se ponía a las órdenes de cinco profesores de educación física: Javier “Tato” Villamitjana, Marcelo Cardey, Claudio Guillone, Hernán Puerta y Gustavo Aquilino. El trabajo hasta las doce era intenso. Volvía a su casa para almorzar lo que Claudia preparaba en base a las indicaciones de los profesionales. Dormía una siesta y a las 15:30 regresaba al CENARD, donde

seguía entrenando hasta las 17:30. Antes y después, respetaba la indicación de no tomar alcohol. El jugador aseguraba que su consumo de drogas era una cuestión del pasado. Un día, antes de empezar el entrenamiento, se le había acercado al médico para expresarle: “Doctor, hoy cumplo siete meses sin tomar cocaína”.

Tenía la indicación —que respetaba— de no consumir alcohol. El médico lo felicitaba por su dedicación y le escribía cartas de aliento, que el jugador después leía con Claudia.

Pedía entrenar cada vez más fuerte. Como Signorini sabía que disfrutaba los cambios de rutina, un día le arregló un encuentro para hacer box con el entrenador cubano que estaba a cargo del equipo argentino. “No puede ser”, se sorprendía al verlo sobre el ring. “A los boxeadores les cuesta como quince días aprender lo que le pedí a este muchacho”. Otra vez fue a la cama elástica. “Parece como si hubiese trabajado siempre acá”, coincidía el seleccionador de esa disciplina.

Sin embargo, Lentini estaba preocupado, sobre todo por una tomografía computada de cerebro que mostraba daño en la zona de los lóbulos frontales, los que rigen las conductas. El jugador aseguraba que su consumo de drogas era una cuestión del pasado. Un día, antes de empezar el entrenamiento, se le había acercado al médico para expresarle: “Doctor, hoy cumplo siete meses sin tomar cocaína”. El médico lo felicitaba por su dedicación y le escribía cartas de aliento, que el jugador después leía con Claudia.

* * *

Para potenciar la preparación, del 10 al 17 de abril de 1994 Maradona se instaló en el campo El Marito, a 61 kilómetros de Santa Rosa, provincia de La Pampa. Signorini había decidido que el jugador tenía que estar en contacto con la naturaleza, lejos de los vicios y de la riqueza de la ciudad, más cerca de sus inicios de sacrificio. La casa era sencilla: techo de tejas, cuatro habitaciones, TV blanco y negro, generador eléctrico y galería fresca, ideal para jugar al truco. Así lo recordaba el futbolista:

En una semana, hicimos de todo: en el trabajo aeróbico con Fernando, llegamos a correr dieciséis kilómetros diarios; también hacía box con Miguel Ángel Campanino, un ex campeón argentino, y después iba al gimnasio. Todo bajo las recomendaciones y el control del doctor Lentini, desde Buenos Aires.

Eran escenas épicas: Maradona en un rincón perdido de la pampa argentina, corriendo en el barro, zigzagueando entre alambrados, serruchando listones de madera en un garaje herrumbrado. También era un plan para sortear la abstinencia, como contó Signorini en junio de 2021: "Una noche estaba leyendo y escuché el ruido de la puerta. Me di vuelta y Diego me miraba fijo. Me hizo una seña con la cabeza, me levanté, me abrigué bien y salimos a correr y hacer ejercicios. Traté de agotarlo y que pusiera la cabeza en otra cosa: piques, saltos, desde el casco de la estancia hasta la tranquera, más piques, más saltos. Todo súper exigente, con gritos […] Hasta que él mismo, bufando, agotado, me dijo: 'Ya está, Fer, ya está'".

A pesar del esfuerzo, sentía que le faltaba algo. Convencido de la necesidad de recuperar el "pique corto", volvió a convocar a Cerrini. La decisión tendría consecuencias devastadoras.

Mientras el fisicoculturista insistía en llevarlo a los 72 kilos de Newell's, Signorini lo quería en 75, como en 1986: un peso más acorde a la competencia y al momento del jugador. La tensión crecía, hasta que Maradona cortó la discusión:

—Cerrini, cerrá el orto que vos de esto no sabés nada.

En una de aquellas visitas para disfrutar los ravioles de Doña Tota, Lentini se sorprendió al ver a Cerrini.

—¿Qué hace esta persona acá? Yo no lo quiero —le dijo a Franchi—. Vamos a poner las cosas en claro. O es él o soy yo. Si él sigue acá, yo no vengo más.

Mientras Maradona dormía, el médico encaró al hombre de los gimnasios y los suplementos vitamínicos.

—¿Qué hacés acá?

—No, porque yo le doy…

—Vos no tenés que darle nada a Diego. Él no necesita nada. El responsable de su salud soy yo. Vos no podés venir más acá.

Franchi le prometió que Cerrini no volvería.

—Bueno, me quedo tranquilo —respondió—. Porque yo lo conozco. Es un fisicoculturista. Con eso está todo dicho.

Lentini sabía que le daba "de todo" a Maradona. En la lista de sustancias que Claudia guardaba en la puerta de su heladera había hasta nandrolona, el esteroide anabólico que en la década siguiente sería habitual en el doping de futbolistas.

* * *

A los 33 años, Maradona imaginaba el Mundial de los Estados Unidos 94 como el broche de oro para su carrera. Quería que sus hijas lo vieran en plenitud. Si las cosas salían bien, iba a ser su última Copa del Mundo. Lentini lo recuerda impecable durante la gira por Ecuador, Israel y Croacia. Aunque también sospecha que ya había empezado a tomar Ripped Fast, un suplemento dietario que ayuda a aumentar la resistencia, potenciando el proceso de transformación de grasa en energía.

En tierras norteamericanas su plan siguió a todo ritmo. "Trabajaba el doble o el triple que mis compañeros, porque hacía lo de ellos y además lo propio", recordaba sobre aquellos días en el Babson College de Boston. Por expreso pedido suyo, Cerrini se sumó a la concentración el 9 de junio. En los papeles, era su dietólogo; en la realidad cotidiana, el "amigo" que lo llevaría de los 89 kilos iniciales a los 76 que finalmente había acordado con Signorini. El ídolo era consciente del riesgo y las tensiones que provocaba aquella presencia.

> Yo sabía que a Marcos [Franchi] y a Fernando no les gustaba mucho la idea de que Cerrini se sumara al grupo, pero a mí sí. Si me equivoco, me equivoco yo.

La tragedia pudo haberse evitado. Una semana antes del debut, el médico Ernesto Ugalde le recomendó a Grondona un control antidoping sorpresa para el plantel, algo que el presidente de AFA desestimó. Quizá por eso Maradona guardaba un mal recuerdo de Ugalde, a quien no dudó en calificar con su lapidario "cabeza de termo". No sabía que el autor de esa idea había sido el propio Signorini, afligido por

la cantidad de pastillas que tomaba su pupilo.

Argentina empezó ese Mundial a toda orquesta. El 21 de junio demolió a Grecia (4-0) con uno de los goles más icónicos del capitán. El zurdazo al ángulo, después de una pared memorable con Fernando Redondo, sería su despedida de la red con esa camiseta. Cuatro días después llegó el 2-1 a Nigeria, gracias a los dos tantos de Caniggia, el segundo con asistencia del Diez, que había descollado.

El país estaba exultante. Con el as de espadas y un equipo plagado de talentos, la Selección asomaba como candidata. Dos días después de aquella demostración de talento, Lentini levantó el teléfono en su consultorio. Al otro lado estaba su paciente.

—Doctor, ¿cómo le va, qué tal?

—Bien, ¿cómo estás vos?

—Muy bien.

—Vas a estar mejor, porque todavía falta un poquito. Pero por cómo estás jugando y entrenando, vas a estar mejor.

La noche siguiente, el médico recibió un llamado más ingrato. Era Juan Carlos Laterza, del departamento de prensa de la AFA, quien le hizo una pregunta inquietante:

—Doctor, ¿la efedrina es doping?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque le dio positivo a su protegido.

—Búsquenlo a Cerrini.

El "dietólogo" no quería que lo encontraran. Cuando se enteró del doping, fue llorando hasta la habitación de Signorini.

—Profe, ¿qué hago?

—Tomate un avión hasta el fin del mundo porque está llegando Don Diego, y si te ve, te pega un tiro en la cabeza.

Algunos testigos dijeron que la habitación de Maradona parecía una farmacia ambulante, con docenas de frascos de medicamentos y vitaminas. Había uno especialmente sospechoso: se llamaba Ripped Fuel. "Por favor, tráiganme muestras de eso porque quiero ver de qué se trata", pidió el médico, que más tarde hizo que algunos integrantes de su equipo del CENARD lo ingirieran durante dos semanas para luego tomarles muestras de orina y analizarlas. Cuando lo hicieron en el laboratorio, vieron que la curva del

cromatograma (el registro gráfico que muestra la separación de las sustancias de un componente) del Ripped Fast era la esperable, mientras que la del Ripped Fuel resultaba igual a la del doping. Con ese atenuante en la valija, el abogado Bolotnicoff viajó a la reunión de la FIFA en Suiza donde se decidiría la sanción. Sería inútil.

Un testigo de aquellos días asegura que llegó a barajarse un insólito "plan B": "Guillermo [Cóppola] captó a todos los médicos y abogados para ver qué argumento inventábamos para salvarlo de la sanción. La idea más 'brillante' que surgió era que robaran los frascos del polivitamínico y que pusiéramos muestras falsas".

Por supuesto, no prosperó.

"Le cortaron las piernas, pero él se las dejó cortar", sigue pensando Lentini, todavía entre el enojo y la pena. Todos los estudios en el CENARD habían dado perfecto: consumo de oxígeno, parámetros ventilatorios, composición corporal, las partes cardiológica y muscular, el porcentaje de grasa. Cada parámetro había mejorado con el correr de las semanas, incluso superando algunos valores de los años de Barcelona. Todo se cayó en un segundo.

* * *

"Ma, nos vamos del Mundial", le dijo Maradona a Claudia entre lágrimas, después de que Franchi, Signorini y Oscar Ruggeri le dieran la noticia del control positivo. Encerrado en la habitación 127, empezó a llorar y a golpear las paredes a los gritos: "¡Me rompí el culo como nunca y ahora me viene a pasar esto!".

La versión oficial indicaría que, en vez del Ripped Fast que se le había terminado, Cerrini había comprado Ripped Fuel en una tienda de Boston creyendo que era lo mismo. Se trataba de otro quemador de grasa, también de venta libre, aunque a base de *ma huang*, la hierba de la que proviene la efedrina. Otros testigos directos de la preparación de Maradona aseguraron que venía consumiendo esa sustancia desde Buenos Aires, donde circulaba normalmente en los gimnasios. En esa hipótesis, su recuperación "milagrosa" se debía precisamente a ella.

“Los especialistas coinciden: [la efedrina y la seudoefedrina] son estimulantes, sustancias que activan el sistema nervioso central y fortalecen el flujo sanguíneo”, precisan Burgo y Wall. “Es doping. Evitable, infantil. Uno de los que menos inciden en el rendimiento entre todos los posibles. Pero doping. El cuerpo del deportista no responde de la misma manera si sale a la cancha con o sin efedrina distribuida por su encéfalo y su médula espinal”.

El preparador físico Claudio Borges trabajaba en el gimnasio de Cerrini y había diagramado varios entrenamientos de Maradona durante los meses previos. Ahora aporta una perspectiva valiosa: “La efedrina es un broncodilatador que estaba en muchos quemadores de grasa. Si querés, se borra en dos o tres días. Se podía borrar en el momento y no se detectaba. Si dio positivo es porque seguro la seguía consumiendo”.

La explicación de Maradona fue que la FIFA continuaba desquitándose con él, después de la eliminación de Italia cuatro años atrás. El presidente João Havelange “sabía que lo que yo había consumido no servía para nada, pero igual me dio por la cabeza sin asco”, se mortificaba. El futbolista juraba que ni siquiera sabía que tenía efedrina en la sangre, incluso que se había hecho controles por su cuenta antes y durante el Mundial. Y que estaba muy lejos de la cocaína.

—¡Abstinencia total hasta de lo otro, de lo que te tira para atrás! […] Si yo me había entrenado como me había entrenado, ¿qué necesidad tenía de drogarme?

Con Ugalde rápidamente abriéndose del conflicto (aseguró a la prensa que el jugador se había automedicado), Maradona le pidió a Grondona que intercediera para que lo dejaran terminar su último mundial, pero no hubo caso. Cuando la contraprueba dio positivo, la AFA lo retiró del plantel.

Signorini está convencido de que al capitán le “soltaron la mano”. “Fue una entrega despiadada de la AFA a la FIFA: cuando [el cardiólogo Roberto] Peidró fue a la contraprueba y vio que los tubitos con la orina que teóricamente eran de Diego tenían un papel pegado con los nombres de las sustancias encontradas, lo primero que pensó fue ‘ganamos’. Porque ese detalle violaba todos los protocolos. Peidró salió re contento y cuando a los pocos minutos habló por teléfono

con Grondona y le contó, Julio le dijo: 'No hagas nada. No presentes ninguna denuncia. No hablen con nadie de esto, porque ya lo retiré'".

Esa noche, otra vez encerrado en la habitación, Maradona pensó lo peor.

—¡Ayúdenme, por favor, ayúdenme! ¡Tengo miedo de hacer una cagada!

Algunos compañeros se acercaron a contenerlo, pero solo había silencio y lágrimas. Otros se enojaron. ¿Cómo podía ser que un hombre de su experiencia no hubiera sabido lo que estaba tomando? Quizá los máximos responsables del fútbol mundial pensaron lo mismo. La FIFA lo sancionó con quince meses de suspensión y 15.000 dólares de multa. Todo parecía apuntar al retiro.

* * *

Maradona volvió a la Argentina envuelto en una tristeza profunda. Después de todo lo que se habían esforzado, le daba vergüenza reencontrarse con Lentini. "Hacé una cosa, llamalo a Diego", le propuso el médico a Franchi, que lo había ido a visitar a su casa en un country de Pilar. En cuanto el jugador levantó el teléfono, fue Lentini quien rompió el hielo:

—Tenés una deuda conmigo. Tenés que venir acá, a Mapuche, y jugar un partido de fútbol.

—¿Cuándo quiere que vaya?

—Cuando quieras.

—¿Le parece bien el día de mi cumpleaños?

—Me parece fantástico. Acá somos muy futboleros.

Aquel día fue una revolución. Todo el country se apiñó en la cancha para ver a Maradona, que conservaba la forma del Mundial. Era la mañana de su cumpleaños 34 y había vuelto a brillar. Exultante, llamó a Claudia: "Mami, hice siete goles". Pero a Lentini lo seguía acosando la misma pregunta que había inaugurado su relación: "¿Cómo vamos a hacer para que este muchacho no vuelva a consumir?".

* * *

Por segunda vez en su vida, a Maradona le prohibían jugar

al fútbol. Pero ahora era distinto. Sabía que el tiempo le jugaba en contra. Más por la idea de que "algo tenía que hacer" que por una convicción profunda, dio otro paso impensado. Junto a Carlos Fren, decidió probarse como entrenador. El ex compañero de Argentinos lo recuerda físicamente impecable, aunque con los demonios acechando. "En esos años no tomaba. A lo mejor una copa de champán o vino… La adicción estaba controlada, aunque cada tanto se desbandaba: arrancaba y no paraba. Pasaba un par de días sin dormir y después se despertaba. Pero era muy respetuoso. Nunca le ofrecía a nadie; se encerraba solo. Por orden de él, cuando estábamos juntos ninguna persona podía tomar nada".

Entre octubre de 1994 y mayo de 1995, la dupla Maradona-Fren dirigió veintitrés partidos en Deportivo Mandiyú de Corrientes y en Racing. Los resultados fueron desalentadores: tres victorias, doce empates, ocho derrotas. El ídolo llegaba al sentimiento de los jugadores, pero no tenía formación especializada. Tampoco se llevaba bien con los dirigentes, y durante los partidos volvía locos a los árbitros. La droga complicaba las cosas.

A fines de 2020, Fren recordó un episodio del verano de 1995, durante la pretemporada con Racing en Santa Teresita. Otra vez en escena, Cóppola los invitó a la casa de una familia de dos personas mayores que querían conocer a Maradona, a quien agasajarían con un chivito. "Cóppola cuenta en todos lados que Diego se sintió mal y, como había mal aroma en el baño, prendió fuego unos papeles. Pero la verdad es otra. Diego efectivamente fue al baño y, como pasaban varios minutos y no volvía, nos agarró la preocupación. A la media hora, Guillermo me dijo: '¿Por qué no te fijás a ver qué tiene?', a lo que contesté: '¿Por qué no te fijás vos, que sabés bien qué pasa?'. Le respondí eso porque cuando bajamos de la camioneta vi un pase de manos medio raro… Cuando se abrió la puerta del baño, Diego estaba tirado en el piso, como desmayado. Se recuperó y, al momento de irnos, me quedaron grabadas sus palabras: 'Narigón, nunca tomes esa pastilla que me dieron, porque te mata'".

Aunque no recuerda —o no quiere dar más detalles—, Fren asegura que "las pastillas eran de las que estaban en danza en

la costa ese verano". Quizás hable de LSD; tal vez, de anfetaminas.

* * *

El mismo día que Maradona metió aquellos siete goles en el country, la revista *Viva* de *Clarín* publicó un reportaje íntimo. Aún como entrenador de Mandiyú, abrió las puertas de su tríplex de Villa Urquiza al periodista Mariano Hamilton. Pidió un té de boldo y le puso diez pastillas de sacarina. Contó que leía mucho sobre nutrición y entrenamiento. Confesó que estaban buscando un varón con Claudia. Y volvió a hablar de la droga.

—¿La cocaína es un tema pasado en tu vida?

—La droga está en todos.

—¿Eso quiere decir que podés recaer?

—Ese es un tema muy personal. Creo que acá, en la Argentina, no hay cultura de droga. Yo no soy quién para decirle a la gente qué es lo que tiene que hacer. Y con respecto a mí, dejen que la maneje yo.

—¿Eso quiere decir que podés recaer en la droga?

—Insisto, es un tema personal. Yo mataría al tipo que les vende droga a los chicos que no tienen defensa. Para esos, directamente pena de muerte. Pero los adultos manejan la droga como quieren y como pueden.

—Más como pueden que como quieren, ¿no?

—Sí, puede ser. Pero yo creo que así como tenemos derecho a vivir, también podemos elegir cómo morir.

Cuando le preguntaron sobre sus finanzas, dio una respuesta filosa.

—Quédense tranquilos, mis nietos van a comer caviar.

A pesar de los malos resultados y de los fantasmas que seguían acechando, su rol de entrenador le había dado algo novedoso. Así lo resumía en su libro: "Es una buena experiencia la de ser técnico, muy buena. Te volvés, no sé, mucho más sentimental: te duelen más las cosas que les hacen a tus jugadores que las que te pasaron a vos mismo".

Pero todavía seguía sintiéndose jugador de fútbol. Y le quedaba una última oportunidad.

Capítulo 7

Regreso a Boca

(1995-1997)

Recaída y vuelta a los entrenamientos. Reaparece Cerrini. Corea y China: "El mejor de todos mis regresos".
El retorno a Boca: entre la voluntad y la realidad. La confesión ante la revista Gente. *Curas sanadores. "Un viejito talentoso". Nueva internación en Suiza. Destrozos en Alicante y descompensación en Chile. Secretos del*
último doping. Gol y retiro: "Nadie está más triste que yo".

La pregunta que se había hecho Néstor Lentini —"¿Cómo vamos a hacer para que este muchacho no consuma otra vez?"— tuvo una respuesta rápida y desalentadora. Sin la pelota, Maradona entró en una depresión y volvió a caer. Un día de 1995, mientras el médico participaba de un congreso en Córdoba, alguien cercano al astro le preguntó si podía volver a Buenos Aires: el jugador no quería levantarse de la cama de su casa de Devoto. Lentini suspendió su conferencia, tomó un avión y llegó a la casa del jugador sin ser visto por los periodistas. Se encontró con un hombre deprimido. Ni siquiera lo levantaba el entusiasmo de Gianinna, entonces de cinco años.

—No puedo más, doctor.

—Bueno, ¿qué querés hacer? ¿Empezar otra vez de cero?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí. No doy más.

—Bárbaro entonces. Vamos a empezar otra vez. Pero no me vas a insultar, ¿no? Porque yo voy a ser exigente.

—No, doctor, por favor…

Regresaron al CENARD. Maradona volvió a ser un imán para los atletas, incrédulos de que el mejor jugador de la historia se mezclara con ellos en el día a día. La vuelta a las canchas empezó a ser una posibilidad concreta cuando recompuso su relación con Guillermo Cóppola, que primero se había acercado para solidarizarse tras el doping en el Mundial y después volvió a verlo durante el velatorio de Jorge "Gallego" Vázquez, ex jugador de Boca que había muerto en noviembre de 1994.

El empresario asegura que el interés del club de la Ribera fue, en buena medida, ocurrencia suya: "Al principio no existía. Yo invento que lo quería el Santos de Brasil para promoverlo". Cuando logró un canal de diálogo con el vicepresidente Carlos Heller, le avisó que su representado quería ser jugador y técnico. Maradona mejoró el ánimo al vislumbrar ese horizonte, pero por momentos lo ganaba la ansiedad de una negociación que se volvía interminable.

Conocedor de los altibajos de su paciente, Lentini se animó a pedirle a Ricardo Darín —histórico amigo del jugador— que lo siguiera de cerca. “Quédese tranquilo, doctor. Vamos a ir con mi señora a comer con Claudia y con él, y yo me voy a encargar”, prometió el actor. Fernando Signorini también estaba listo para cualquier eventualidad. A veces Maradona lo despertaba a las tres de la mañana, con el sueño cambiado y temeroso de una recaída. “Vamos”, le pedía. El preparador físico diagramaba ejercicios que lo cansaban hasta olvidar la cocaína.

La droga, sin embargo, asomaba como una presencia inevitable. Carlos Fren recuerda el episodio que siguió a una reunión con el secretario general del club, Roberto Digón, y a otra con el operador Enrique “Coti” Nosiglia, históricamente involucrado en la política boquense. “Cuando salimos, agarró la camioneta para el lado de Aeroparque y me preguntó ‘¿a dónde vamos’. Yo le dije ‘a casa’. Entonces empezó a gritarme, enojado: ‘¡A lo mejor agarramos Boca y vos te querés ir a dormir!’. De repente giró, se metió de contramano y se fue contra el paredón del río. Chocó y casi nos vamos al agua. Frenó justito, pero me siguió puteando: ‘Vos sabés lo que me pasa’. Bajamos y nos quedamos con las manos apoyadas en el paredón, mirando al río. ‘Sí, yo sé lo que te pasa —le dije—. Hay un cincuenta por ciento tuyo que se quiere ir a casa y un cincuenta por ciento que se quiere ir de joda’. Terminamos encerrados en un boliche hasta las cinco de la mañana. Y sí, tomó cocaína”.

A veces Maradona se confesaba con Cóppola entre lágrimas: “No puedo, no puedo, ayudame”. Su amigo volvió con Claudia al consultorio del doctor Kalina. Era la primera vez que el representante se enteraba de las lesiones cerebrales. “Kalina dijo textualmente: ‘Esto no es un cerebro de humano’. Pero después vos lo veías [a Maradona] y te hacía un análisis de la economía del mundo. No era ningún boludo. Fidel [Castro] me decía: ‘¿Cómo es esto? ¿Él lee?’. Le digo: ‘No, mira televisión’. Y me contestaba sorprendido: ‘¿Pero cómo? ¿De dónde saca [la información]?’. Yo le decía que era muy perspicaz”.

* * *

En sus mejores momentos Maradona estaba exultante, aunque todavía lejos de un estado físico acorde con el desafío del regreso. Como en 1981, Silvio Marzolini volvía a ser el entrenador de Boca. El contrato se firmó el 21 de julio de 1995. El grupo de medios América aportaba diez millones de dólares a cambio de los derechos de TV de once amistosos, en un acuerdo que incluía una gira por Asia. Para completar la alegría del Diez, se había sumado su amigo Claudio Caniggia.

El 15 de septiembre —la fecha del fin de su sanción— parecía no llegar nunca. Cada vez más ansioso, decidió dejar de entrenar con el plantel para seguir la preparación por su cuenta. El 31 de agosto tomó un avión privado rumbo a una chacra en Punta del Este. Aunque sonara increíble, en uno de los asientos viajaba Daniel Cerrini.

> Sabía que me podía ayudar mejor que nadie y también porque en el país de hipócritas en el que vivíamos, donde nadie le daba una segunda oportunidad a nadie, yo quería ser distinto: en el Mundial se había equivocado él, sí; pero también me había equivocado yo. Y no estábamos dispuestos a tropezar dos veces con la misma piedra.

Lentini tampoco. Un sábado entró al departamento de Cóppola sin poder creer lo que veía.

—¿Otra vez vos? ¿Otra vez vas a arruinar todo?

—No, no, doctor, yo no le di nada.

—¿Cómo que no lo diste nada? Mostrame las cosas que le das.

El fisicoculturista exhibió entonces una gran cantidad de vitaminas, que Lentini estaba seguro de que Maradona no necesitaba. “Pero cuando uno es adicto, agarra cualquier cosa”, pensó.

El médico había llegado a aquel piso con una tarea puntual. Temeroso de los antecedentes inmediatos, Julio Grondona quería hacerle a Maradona un control antidoping extraoficial. Lentini consiguió un test rápido que identificaba sustancias, pero no cantidades. “¿Se acuerda del Ripped Fast y el Ripped Fuel?”, preguntó Cóppola. “Yo tomo Ripped Fuel porque me hace bien”. Lentini accedió a analizar su orina, que después comparó con la de Maradona. Entonces hizo que avisaran al jefe de la AFA que, aunque no aseguraba nada, el análisis del jugador había dado negativo.

Hubo un episodio similar, aunque aun más desconcertante. Un sábado a la mañana, Maradona apareció sin previo aviso en el consultorio de Lentini en la calle Crámer.

—Doctor, ¿puedo venir a correr?

—Dale, yo estoy estudiando. Ahí tenés la cinta.

El anfitrión no entendía qué pasaba, hasta que a los diez minutos Maradona le preguntó si podía hacerle un análisis de orina. "Ya me daba cuenta de que el pobrecito estaba… con problemas", recuerda.

—Sí. Andate a la farmacia que está a dos cuadras para que te den el frasquito. Lo traés y te lo hago.

Maradona volvió a la media hora.

—Estaba cerrada. Me quedé sentado y cuando vino el farmacéutico no lo podía creer. Le dije: "Sí, soy yo". Abrió, me dio el frasquito y me dijo: "Ahora voy a cerrar porque ya no me puede pasar más nada".

Horas más tarde, Lentini recibió un llamado del abogado Daniel Bolotnicoff: Maradona había cambiado de opinión. "Quedate tranquilo, decile que yo ya me di cuenta de cómo estaba", respondió. "Pero que no se haga problema, porque el análisis bioquímico no va a detectar si hay algún tipo de droga". En ese momento "vi que Diego lamentablemente estaba otra vez con esos temas".

Con el pelo pintado de azul, Maradona volvió a ponerse a dieta e intensificó la preparación. Eran días febriles: antes de su regreso oficial fundó en París el Sindicato Mundial de Futbolistas —una idea de alto impacto que se diluyó rápidamente—, jugó un amistoso en Bosnia y desembarcó en Corea del Sur para el primer amistoso del regreso. Entonces agregó una franja amarilla a su cabellera, "en repudio a los caretas", "a los que le decían a mi vieja que era la madre de la efedrina" y "a los que me habían dejado, una vez más, quince meses sin poder hacer lo que más quiero".

Ese 30 de septiembre, las ochenta mil personas que colmaron el Estadio Olímpico de Seúl fueron testigos de otra resurrección de Maradona, que salía a la cancha al ritmo de "Tratar de estar mejor", de Diego Torres. A un mes de cumplir 35 años, se sentía pleno. Celebró el triunfo contra los anfitriones junto a sus padres y lloró con sus hijas. La gira siguió en China, donde descubrieron una estatua en su honor.

“Fue el mejor de todos mis regresos”, recordaba. Y “sin *falopa*”.

El regreso oficial fue el 7 de octubre. Gritó como nunca el gol agónico de Darío Scotto para el triunfo contra Colón. Había vivido el primer tiempo como un principiante, sacudido por una sorpresa bienintencionada pero desestabilizadora: la aparición de Dalma y Gianinna saliendo de una caja con la leyenda: “Pa, gracias por volver”. Al final del partido, pasó el antidoping con éxito.

Una semana después volvió a jugar, esta vez contra Argentinos Juniors: hizo un golazo de tiro libre, el primero para Boca en catorce años. Mientras los rivales lo idolatraban, las hinchadas —propia y ajenas— batían récords de recaudación para verlo de cerca. La marcha victoriosa se frenó con el 4-6 ante Racing, la misma noche en que el empresario Mauricio Macri se consagró presidente del club. El capitán estaba al límite de su físico. Mientras peloteaba con el arquero antes de aquel encuentro, se le acercaron el doctor Luis Pintos —esta vez en Racing— y su ex compañero, Miguel Ángel Brindisi, entrenador del visitante. El ex médico de Boca quedó sorprendido. “Estaba amarillo como un risotto, totalmente sudoroso, creo que por el esfuerzo físico al que se sometía. En esa época llegaba al máximo de sus posibilidades”.

Fue el último partido de Maradona en el campeonato. Pronto volvió a ser noticia fuera de la cancha.

* * *

En enero de 1996 selló un compromiso impensado: su participación en la campaña “Sol sin droga”, que el menemismo impulsaba a través de la Secretaría de Programación para la Prevención de la Drogadicción y la Lucha Contra el Narcotráfico (Sedronar). Poco antes de volverse su cara visible, Maradona dio a Gabriela Cociffi —entonces subdirectora de la revista *Gente*— una entrevista de altísimo impacto, hoy casi inhallable, en la que por primera vez hablaba de su adicción con lujo de detalles.

La historia había empezado en septiembre de 1995, cuando el diario *La Razón* publicó un recuadro que anticipaba la

iniciativa oficial. Cociffi comenzó a ir a los entrenamientos de Boca día por medio, hasta que el jugador leyó el recorte y le confirmó su participación. Una semana después, la periodista estaba en el piso de Segurola y Habana, según reconstruyó Leandro Zanoni para el libro *Vivir en los medios*.

—Vos siempre estás hablando de los caretas, pero ¿no es un poco careta que encabeces una campaña si antes no decís la verdad?

A Maradona no le gustó la provocación y eso causó una discusión fuerte. Pero Cociffi insistió. Le advirtió a Cóppola que sería peligroso hacer la campaña sin antes blanquear una situación que todo el mundo conocía. Maradona sería crucificado como un hipócrita en los medios y en parte de la opinión pública. El representante se resistía.

—Este tema no lo habló con nadie, no quiere hablar. Está muy mal, no puede dejar la droga. Fue [el periodista y escritor] Víctor Sueiro y no lo pudo ver. Después llevó al padre [colombiano] Darío Betancourt, que entró en la habitación y Diego no podía abrir los ojos. Le pedía: "Sáqueme de esta".

El propio Maradona confirmaría la historia más adelante. Una noche, en el departamento de Cóppola, le pidió que buscara un cura para ayudarlo.

> Yo había transpirado mucho y Guillermo me había ayudado a cambiarme el pijama como tres veces. Betancourt entró y me tomó la mano. Después fui a otro cura sanador en el interior del país. Y también me ayudó el pastor evangelista Osvaldo Carnival […] Fuimos a verlo varias veces. Orábamos tomados de la mano.

El 23 de diciembre Cociffi volvió a la casa del jugador, que la desafió en mejores términos:

—¿Vas a empezar a hablar todo eso de los caretas otra vez?

—No, no. Lo único que me preocupa es que no sé qué le voy a decir a mi hijo. Tiene todo su cuarto lleno de tus fotos. Cuando me pregunte si te drogaste, yo voy a decirle "posiblemente lo hizo, pero nunca lo va a contar".

—Decile a tu hijo que si hubiese salido de la droga, ¿sabés como habría jugado?

—¿Y cómo se lo digo? ¿En privado o públicamente para que otros chicos también lo sepan?

—Está bien, Cociffi, ganaste. Sacá el grabador.

"Así lucho contra el infierno de la droga", fue el textual de la primera de dos tapas consecutivas de *Gente*, donde Maradona aparecía con una remera con su propio rostro bajo el nombre de la campaña. Para la segunda, posó con Claudia: "Con la droga no se puede ser feliz". Antes del texto, la revista instaba: "Lea cada palabra. Difunda cada palabra. Cualquiera de ellas puede ser, de la mano de Maradona, una tabla de salvación".

Con espíritu didáctico y aleccionador, la entrevista se publicó junto a un aviso sobre los "síntomas típicos de la drogodependencia"; consejos para los padres; un listado de centros de salud y fundaciones donde pedir ayuda; y un mensaje de Gustavo Green, secretario de la Sedronar, que dos años más tarde sería detenido bajo la acusación de haber desviado seis millones de pesos de la campaña. También había tres avisos: "Para ser feliz solo necesitás amor". "Para poder volar solo necesitás imaginación". "Para ser mejor solo necesitás esfuerzo". Todos terminaban con el mensaje "Usar drogas no ayuda", en línea con el "Winners don't use drugs" ("los ganadores no usan drogas") que el FBI había incluido en las máquinas estadounidenses de videojuegos en 1989.

En un texto aparte, Maradona aseguraba que no había cobrado por la campaña, aunque un año y medio antes "una entidad de bien público muy reconocida internacionalmente" (se sugería que se trataba de UNICEF) le había ofrecido siete millones y medio de dólares para una iniciativa similar. "Yo me estoy jugando fuerte acá —advertía—. Estoy exponiéndome y exponiendo a mi familia a revolver cosas que nos causan dolor". Negaba buscar protección judicial o política, aunque reconocía que en el futuro le interesaría ser secretario de Deportes. Junto a esas frases, una foto lo mostraba sonriente junto a Menem durante el lanzamiento del programa en Mar del Plata.

> Me gustaría poder ir casa por casa a hablar con los padres. No me importa. Quiero meterme de cabeza en esto. Por eso pensaba hacerlo con o sin el apoyo del Presidente. Yo se lo dije: "Si no me da su apoyo, no importa; yo quiero hacerlo igual. Voy a ponerle una calcomanía de Sol sin droga a la camioneta, y me voy a Mar del Plata, y me voy a Córdoba, y me voy adonde sea".

* * *

Durante toda la nota, titulada “La estremecedora confesión de Diego”, Maradona insistía en que el objetivo era ayudar “a los chicos” que habían caído en alguna adicción. Aunque evitó dar detalles de fecha y lugar, contó episodios de una crudeza inédita. Aseguró que se había iniciado en la cocaína a los 22 años. Era por creerse “vivo”, pero detrás de ello había inseguridad y la necesidad de algo que lo hiciera sentir fuerte. Entonces entró en detalles:

> De entrada es un gran shock, un shock emocional grande. Parece que querés arrasar el mundo. Y después te entran una soledad y un miedo terribles. Te crea dudas… y cuando te viene el bajón, ahí es donde tenés que tener mucho equilibrio, porque si no, te matás […] inmediatamente te querés dar un saque más y otro saque más. Y después no sabés cómo hacer para parar porque ya no te hace nada. Ya no hay alegría, ni diversión, ni nada. Al contrario, después te viene el llanto, la angustia, te viene el recuerdo de toda tu familia, las grandes dudas y la pregunta: “¿Qué van a decir?” […] ¿Y sabés cuál es el problema más grande? No poder hablarlo con nadie. El drogadicto se lo calla […] Tiene solamente al que le vende, al que lo provee o al amigo drogadicto.

La primera vez “me puso eufórico, y la euforia nos gusta a todos”, advertía. Pero insistía en que esa sensación era efímera y paralizante.

> Como aquella vez en que estaba en el baño, en mi casa de la calle Correa [en el barrio porteño de Núñez], y estaba preparando… de pronto, Dalma golpeó la puerta. ¡Casi me muero! Fue tremendo. Yo ponía llaves por todos lados, tenía terror de pensar que mis hijas me pudieran ver. Pero me hizo así [imita el golpe] “Pa, ¿puedo entrar?”. Eran como las cuatro de la mañana. No podía hablar [se toma la garganta] ¡Y no había tomado nada todavía! […] Me dice: “¿Qué te pasa, pa, que estás así y no dormís?”. Dalma era así. “No, mamita, no puedo dormir”. Pero yo no podía más con mis nervios y empecé a hablarle y hablarle sin parar. ¡No podía dejar de contarle cosas! Es una sensación muy fea.

Con su hija menor le había pasado lo mismo.

> Gianinna me pedía un vaso de agua, y yo estaba tirado en la cama y no se lo podía alcanzar. No me podía levantar. Me sentía pegado al colchón. Y me temblaba la mano. “Y, papi, ¿me das agua?”, me

decía. “Sí, mamita, sí”. Pero no podía. La cocaína me había nublado completamente. No me dejaba libre el cerebro.

Cuando le preguntaron qué momentos felices había perdido por la droga, lloró.

Perdí cambiar muchos pañales de Dalma. Perdí muchos cumpleaños de las nenas en que estaba tan drogado que no los podía disfrutar. Perdí noches con Claudia que ya no voy a recuperar.

“La droga te mata toda la familia”, insistía. “Te va comiendo a todos los que querés”. Cuando se encerraba, Claudia “quería tirar la puerta abajo. Pero yo no quería verla, no quería escucharla”. A veces era al revés.

En el departamento de Correa, ella ponía llave a la puerta y la escondía. Así yo no podía salir. Me dejaba encerrado. No quería que saliera. Discutíamos. Pero ella no largaba la llave. Entonces yo me tomaba una pastilla y me iba a dormir, y esa noche no salía de casa.

La entrevista incluía el valor agregado de la palabra de su esposa, que confirmaba la dinámica.

Yo le golpeaba la puerta y él no me quería abrir. Interiormente, muchas veces lo quise mandar al diablo. Pero si es el hombre que amo, no me voy a ir cuando más me necesita […] Algunas veces no le golpeaba la puerta en todo el día. Y otras iba cada dos minutos a golpearle, a decirle que yo estaba allí con él […] Una o dos veces llegué a encerrarlo. Puse llave a las puertas del departamento y las escondí […] Quería protegerlo, porque él hacía un esfuerzo enorme de uno, dos meses sin drogas y por ahí todo se iba por la borda porque alguien lo llamaba para decirle: “Vení a tomar algo” […] Habré llorado setenta mil veces. Pero nunca delante de él y de las nenas. Me encerraba sola y lloraba […] Muchas veces nos abrazábamos y llorábamos con Diego, los dos juntos.

Claudia contó más escenas dolorosas. “Entraba a la habitación, y él estaba tirado en la cama a oscuras, porque sentía mucha vergüenza de que yo lo viera así. Entonces me acercaba con la luz apagada […] me sentaba en la cama y le tocaba una mano. Él me decía ‘no, no, no’ y yo le preguntaba: ‘¿Qué te llevó a esto, por Dios, Diego? Debe haber algo muy interno que te llevó a esto. Tenés que buscar en tu interior’”.

Él sentía que tampoco podía hablar del tema con su padre, que no sabía lo que era la droga. Solo conversaban sobre

trabajo. A los chicos en problemas les aconsejaba abrirse a sus seres queridos. Imaginaba una publicidad donde un adolescente se negaba a tomar un "papel" en el baño, abría la puerta y se encontraba con él, que lo abrazaba y lo invitaba a jugar a la pelota. Quería hablar con los legisladores para duplicar las penas de los traficantes. Y hacer una fiesta en el Luna Park con todos los chicos drogadictos, que Fito Páez y Charly García colaboraran dándoles alegría.

> Yo quiero que vean al Diego, no a Maradona (el que se drogó, el que ganó todo, el que cayó en cana). […] Maradona es el que puede enseñarles a patear un tiro libre […] Pero "el Diego" es el que puede enseñarles también esto, es el que lucha cada día contra la droga, es el que quiere luchar con los chicos buscando una salida.

"A la droga no la manejás nunca. Te maneja a vos", aclaraba, tanto como que jamás había consumido para elevar su rendimiento en un partido.

> Si vos tomás cocaína para jugar al fútbol, no podés jugar. La cocaína no sirve para ser mejor en la cancha… no sirve para la vida. Te quedás duro. No sirve para nada […] Mi talento en el fútbol es un talento sin drogas. La droga me nubla […] Te pone esta pared así, frente a tu cara. Y no podés pasar […] Muchas veces me he dado un saque, he querido agarrar una pelota y no he podido. Le quería pegar de una manera y no me salía. Mi cerebro intentaba dar órdenes, pero mi cuerpo no las cumplía […] Con la droga tomás otra personalidad. Yo he dejado de ser Diego y me he convertido en un hombre que no se gusta nada cuando se mira en el espejo.

Aunque aseguraba no haber tenido "ningún shock físico", reconocía los efectos que podía generar la cocaína: "Hay problemas de presión, hay problemas de corazón, hay problemas gravísimos. ¿Y si te quedás, si estás esperando, esperando, y después te falla el corazón? […] Es muy probable que con las drogas termines muerto". Aun así, advertía que el suyo era un caso único, que su físico no era igual al de otras personas: podía bajar treinta kilos sin tanto esfuerzo. Lo ayudaba "El de Arriba", salvo en una cosa:

> Fui drogadicto, soy drogadicto y voy a ser drogadicto para todo el mundo siempre. Porque al drogadicto no se le perdona nada. El drogadicto es discriminado, el drogadicto es un hijo de mala madre, los padres no lo quieren, no lo quiere la sociedad. ¡Al drogadicto no

> lo quiere nadie! Y si sos famoso, para colmo, te castigan. Dicen que te quieren ayudar y te golpean […] en definitiva, soy la cabeza visible de todos los drogadictos argentinos.

La droga, literalmente, lo perseguía. Una vez, durante un almuerzo familiar en una parrilla, un hombre que se había acercado para hablarle no le soltaba la mano: le estaba dando un "papel". "Probala, si te gusta estoy acá en la esquina", le susurró. También en las disco: "Muchas veces me levanto para ir al baño y se me vienen veinte tipos atrás". Una noche, mientras orinaba, alguien le recriminó que no "convidaba". Furioso, lo metió dentro del inodoro de una patada en el pecho, al grito de: "¡Comprátela, la que me tomo yo es la mía!". La fama le jugaba en contra: "Desde el momento en que nunca nadie me vio como víctima, todo se me hizo más difícil".

Claudia coincidía: "Diego es una persona pública y todos saben que tuvo ese problema. Y el que está dentro de la droga quiere que todos estén; entonces pretenden darle droga a Diego. Ahí es donde se te hace difícil. No podés tenerlo encerrado o atado a una cama. Yo, muchas veces, cuando me doy cuenta de que se acercan con intenciones de pasarle algo, pongo cara de bruja".

A pesar de todo, él insistía en su responsabilidad. Cuando le preguntaron si "estaba en un grupo que se drogaba", respondió así:

> Nadie obliga a nadie. El que quiere, quiere. Y el que no quiere, no va a aceptar nunca. Yo quise, y me equivoqué. Me tentaron a probarla, pero nadie me puso un revólver en la cabeza para decirme: "Tomá cocaína". Y es así como te digo yo, ¿sabés por qué? Porque con la cocaína todo el mundo esconde el "papel", todo el mundo esconde la droga, para tener. No la querés mostrar, no la querés compartir.

Aseguró que nunca había probado otras sustancias: "No es mejor ni peor la heroína, pero te lleva mucho más al 'mono' [se sacude imitando el movimiento de un simio], a la abstinencia, que es terrible". Sin embargo, creía que nunca había atravesado una de esas crisis, sino solo "una gran dependencia".

* * *

Maradona contó que había dejado de “creerse vivo” en el 85, cuando empezó a pedir ayuda en forma esporádica. Se animó a hablar con Cóppola, con Franchi y con sus padres. Le explicó a Don Diego cómo se sentía cuando tomaba. Pero, sobre todo, se aferró a Claudia: “Sin ella yo… estaría muerto”. Agradecía estar vivo gracias a que ella “me machacaba y me machacaba” con el tema. “Me pedía que dejara. Me lo rogaba”.

Aceptó la propuesta de Franchi de ver a psicólogos en el país, pero no resultó una buena experiencia.

> Fue una represión tremenda porque me aislaban de todo lo que yo quería. Y yo, en ese momento, lo que más necesitaba era estar con las personas que me querían de verdad. Creo que por el hecho de ser Maradona me cobraron fortunas; me hacían hacer cosas que no me servían.

Calculaba que, tras el episodio de la calle Franklin, había gastado más de trescientos mil dólares en tratamientos. Pero internarse no estaba en sus planes.

> Para salir, tenía que ser mi fuerza de voluntad lo que me sacara. Tenía que salir valorándome más, que es lo que no hacía. Porque con una internación, después uno también puede salir y puede querer comerse el mundo. De todas formas, creo que muchos chicos deben internarse; ahí es donde quizás encuentren la voluntad para salir que no pueden encontrar solos.

Advertía que a la droga había que tenerle miedo, pero que no se trataba de sofocar a los hijos con ese miedo, sino de hablar y prevenir. Por una vez, reconocía explícitamente la necesidad de encarar un proceso de recuperación que duraría toda la vida.

> Cuando estás en un tratamiento, te creés que vas a salir rápido. Y apenas sacaste un poquito la cabeza, te creés que estás curado. ¡Mentira! Ese es el error. Por eso hay que exagerar. Hay que darle valor a cada cosa que ganás en el día. Hay que ponerse una meta soñada para cumplirla.

Los fármacos también habían llegado para quedarse.

> Sigo tomando medicamentos hoy. Y cambio de doctores. Los mismos doctores me dicen que cuando el cuerpo se adapta a una droga, hay

> que cambiarla. Entonces busco con ellos nuevas drogas que me ayudan.

Cóppola también daba su testimonio. “Yo lo acompañé. Me comprometí. Hacía todo lo que hacía él. Análisis, controles médicos. Quería que no se sintiera solo en la lucha. Y lo voy a seguir haciendo. Cuando hoy me dicen que Diego tiene que hacerse un análisis, yo voy y me lo hago con él”.

El representante ponderaba el esfuerzo de su amigo. Cuando lo asediaban preguntándole si seguía drogándose, respondía: “Sigue luchando”. Sabía que cada mañana empezaba de nuevo. También reconocía que “la droga significa que la persona tiene una angustia profunda”. “Yo siento que es la presión que le cargamos todos, todos menos su ‘circulito’ más íntimo […] Por eso yo lo llamo ‘Die’. Porque Maradona es el de todos. Al que le gritamos en la cancha, del que todos abusamos. Al que le gritan ‘Maradó, Maradó’. Y en cada uno de esos gritos están todas nuestras expectativas, nuestros sueños y nuestras frustraciones puestos sobre su espalda”.

La entrevista cerraba con un mensaje emotivo de Maradona a sus hijas y a los jóvenes con problemas de adicciones:

> Quiero dejarles el ejemplo de un hombre que trató de encontrarle un sentido a una historia que lo lastimó mucho. Y creo que encontré el sentido: con que un solo chico salga de la droga, con que un solo chico me diga “Diego, vos me ayudaste”, yo ya estoy hecho por el resto de mi vida.

A pesar de que había comprometido tiempo y energía para dar charlas contando su experiencia, los meses siguientes le dejarían un sabor amargo. Se había convencido de que el negocio de la droga era demasiado grande y de que el menemismo lo había usado como “cortina de humo” para desviar la atención sobre los efectos de un modelo económico que empezaba a resquebrajarse. Cuatro años después de la campaña, aseguró que el gobierno le había ofrecido “diez palos” que rechazó: “En eso está mi dignidad. Yo lo hacía por los pibes”.

* * *

En sus primeros días al frente de Boca, cuando Carlos Bilardo ya había reemplazado a Marzolini, Macri entró en conflicto con los jugadores por el monto de los premios. Maradona le salió al cruce enseguida: aclaró que ellos no eran obreros y lo llamó irónicamente "Cartonero Báez" (en alusión a Rafael Crisanto Báez, un recolector de basura que aseguraba haber sido testigo del asesinato de Alicia Muñiz a manos del ex boxeador Carlos Monzón) porque no acercaba los refuerzos prometidos. A pesar de los contratiempos, el equipo daba pelea. Caniggia descollaba y Maradona se adaptaba al paso del tiempo:

> Yo era un viejito talentoso, si quieren una definición: metía pelotazos justos, alguna gambeta, pero me costaba definir en el área…

El 13 de abril de 1996, cuando debió salir en el partido ante Newell's por un tirón en la pierna derecha, empezó una racha maldita: en cuatro meses erraría cinco penales consecutivos. La falta de confianza se complementaba con un desgarro que le impedía tener continuidad.

Pero había algo más: nueve días antes de aquel partido había nacido Jana, su segunda hija extramatrimonial. Era el fruto de su relación con Valeria Sabalain, que tenía apenas 18 años cuando conoció al jugador en El Cielo, una de las disco porteñas más emblemáticas de la década. Maradona rechazó hacerse la prueba de ADN. Tres años después, la Justicia le daría la razón a Sabalain. Madre e hija mantuvieron desde entonces un perfil bajo, que el ídolo se encargaría de valorar con el tiempo.

El 16 de junio Boca visitaba a Vélez, rival directo por el título, cuando el capitán estalló ante los fallos de Javier Castrilli. "¿¡Qué estás!? ¿¡Muerto!?", le gritó con furia después de su expulsión. Boca se despedía del campeonato. El juego del Diez se reducía a destellos, pero aun así se animaba a postularse para integrar la Selección que dirigía Daniel Passarella. El 11 de agosto, contra Estudiantes, jugó el que creía su último partido. Pero volvería once meses después.

Lo que pasó en el medio "lo tengo como borrado", confesaba en su libro. Después de aquel partido se había tomado un avión rumbo a Suiza. El destino elegido era La

Prairie, un establecimiento con mayoría de médicos y enfermeras italianos. Fue rechazado. “Tenemos un pedido de reserva a nombre de Diego Maradona, pero no pudimos recibirlo porque nuestro instituto está completo en los próximos días”, era la explicación oficial. Entonces se especuló con una internación en la clínica de La Métairie (Nyon), de gran reputación para tratamientos contra las adicciones. Pero solo se hacían terapias grupales en francés.

Finalmente recaló en la Clínica Psiquiátrica de Bellelay. A su llegada, el doctor Harutyun Van —con quien compartía la amistad del director de la filial local de Puma— dio un diagnóstico contradictorio: Maradona no sufría problemas de dependencia de la cocaína, pero necesitaba “un tratamiento de refuerzo para evitar una recaída o simplemente la tentación de probar nuevamente”. El médico contó que Diego estaba confinado en una residencia del cantón de Berna y que su tratamiento duraría diez días, con foco en la abstinencia y controles severos. “Recibirá ciertos productos medicinales y simultáneamente tendremos largas conversaciones”, adelantaba el experto.

El jugador no conservaba un buen recuerdo de Van.

> El lugar parecía serio, hasta que el médico que me atendía, dos días después de recibirme, dio una conferencia de prensa y contó todo de mí, hasta el grupo de sangre que tenía. Un careta.

Al escuchar esas declaraciones en la TV italiana, Maradona le insistió a Cóppola con La Prairie, donde finalmente lo aceptaron. “Nos escapamos de noche”, recuerda el empresario. Por allí habían pasado figuras como Winston Churchill, David Bowie y Margaret Thatcher. Maradona complementaba las consultas médicas con ejercicios de *fitness*, tratamientos vitamínicos y de revitalización. Las terapias usuales incluían la aplicación de inyecciones con células de tejidos fetales de oveja, para evitar el envejecimiento de la piel. Cóppola asegura que intentó que hiciera un tratamiento de desintoxicación, pero La Prairie se parecía más a un spa.

En cambio, el representante logró llevarlo a un otorrinolaringólogo. Cuando iluminó la parte interna de su nariz, Cóppola se asustó. Por las aspiraciones repetidas, prácticamente no le quedaba cartílago: “Era como la boca. No

tenía nada". Su amigo le dijo que debía ocuparse de aquello, pero Maradona estaba resignado.

—No, Guille, ya está.

—¿Cómo que ya está? Hacételo, por tu respiración, vas a mejorar.

Cuando supo que la cirugía reconstructiva llevaría tiempo de recuperación, terminó de descartar la idea. "Él pensaba en cuándo podía volver a consumir", arriesga el empresario.

Aquel viaje europeo se cerró con otra escena traumática. El 18 de septiembre el diario español *El País* informaba sobre una "noche loca" de Maradona en Alicante, adonde había llegado para divertirse mientras se sometía a un control sobre su estado físico con el deportólogo Guillermo Laich. "El Pelusa regresó al Hotel Meliá donde estaba alojado sobre las cinco de la madrugada y quedó atrapado en el ascensor 'por mal uso de la instalación', según fuentes de la dirección del establecimiento. En ese momento, y presa de los nervios, Maradona comenzó a vociferar y golpear las puertas del ascensor hasta que los bomberos consiguieron rescatarle. Los incidentes continuaron en el vestíbulo de la quinta planta, donde el astro argentino 'destrozó cinco sillas, una mesa, una puerta, un cenicero de mármol y provocó un agujero en el techo', según el relato de Ángel González Murcia, responsable de los servicios técnicos del establecimiento".

A Maradona se lo veía "muy nervioso y alterado", agregaba el empleado, que precisó que lo acompañaban Cóppola y un amigo más joven. "El futbolista y su amigo iban descalzos. Entre sus dos acompañantes intentaron apaciguarle, pero tampoco se mataron", criticaba. Los gritos y ruidos siguieron en la habitación 5097. Hubo protestas de los huéspedes y avisos a la policía, que llegó cuando la situación se había apaciguado.

Tres semanas después, el juez Hernán Bernasconi encarceló a Cóppola, tras encontrar cuarenta gramos de cocaína en un jarrón de su departamento. Fueron noventa y siete días preso: sesenta y siete en Dolores y el resto en Caseros. La causa, de altísima exposición mediática, se fue desarmando hasta que Bernasconi terminó procesado y detenido, bajo la acusación de fraguar procedimientos. El "caso Cóppola" hizo que Maradona recayera, asegura el representante: "Venía

enchufado, sin consumir, y con la excusa perfecta de 'mi amigo preso' volvió. Fue un detonante para que él se encerrara". No obstante, también reconoce que el jugador "ya venía mal" cuando regresó a Boca.

* * *

Maradona pasó su cumpleaños 36 entrenando con el plantel pero hundido en la confusión: un día decía que quería jugar, otro que se retiraría para siempre, otro que se iba del país. "No sabía cómo vivir sin jugar al fútbol", reconoció en su libro. Entonces decidió intentarlo otra vez, aunque el 7 de abril su cuerpo marcó un nuevo límite.

> En un viaje a Chile, invitado por un programa de la tele de allá para hacer una nota, me agarró un bajón terrible, que me dejó por el piso. ¡Me sacaron en silla de ruedas del estudio! Y para mí fue como un aviso, una alarma…

Había llegado a Santiago para participar de *Viva los lunes*, que conducía Cecilia Bolocco en el Canal 13 trasandino. Mientras aseguraba que un empresario estaba negociando su llegada a un equipo de ese país y negaba la posibilidad de seguir en Boca, se le notaron signos de hipersudoración. Cuando empezó a sentirse mal, lo trasladaron de urgencia a la Clínica Alemana, donde tras examinarlo una hora le diagnosticaron una crisis hipertensiva.

El eclecticismo seguía signando sus decisiones: el 21 de ese mes, finalmente, firmó un nuevo contrato con el equipo argentino. Con buenos resultados en los estudios de chequeo, en junio viajó a Canadá para entrenar con Ben Johnson. "Me hará volar", anunció tras la contratación del velocista jamaiquino de nacionalidad canadiense, que había sido descalificado por doping con el esteroide anabólico estanozolol después de ganar la final de los cien metros en los Juegos Olímpicos de Seúl 88. Las prácticas fueron en la Universidad de York, de Toronto.

> Encontré en Ben Johnson un amigo. Un tipo herido, que necesita volcarle toda su angustia y toda su vergüenza deportiva a alguien. Y le cayó Maradona. Como a mí me gustan las revanchas, le doy una posibilidad a Ben Johnson porque lo creo un gran tipo. Es el que me

lleva al gimnasio, el que me lleva al quiropráctico, el que me hace masajes cuando hacemos velocidad, en los lugares donde él tuvo algunas lesiones.

El 9 de julio de 1997 volvió a ponerse la camiseta azul y amarilla para la victoria 3-2 contra Racing. Aceptó vestir el modelo con la polémica línea blanca de Nike, que había criticado al punto de amenazar con hacer caer el nuevo acuerdo. Con menos de 75 kilos, le marcó de tiro libre a Newell's. Como había anticipado, se sentía volar.

El 24 de agosto, tras la goleada 4-2 a Argentinos, volvió a salir sorteado para el antidoping. "Parece que tienen el número 10 pegado en la mano", se quejó ante un periodista que se cruzó en el túnel. En su entorno se mostraban tranquilos; el nuevo contrato lo obligaba a realizarse controles por su cuenta antes de los partidos. Cóppola aseguraba que ese mismo domingo se había hecho uno (lo llamaban "el Evatest") en el Hotel de las Américas, donde concentraba el plantel, y había dado negativo. Pero la AFA lo contradijo: "Positivo de sustancias prohibidas", se informó con laconismo. Era el tercer doping en la carrera de Maradona.

Macri dio una conferencia de prensa cuando se supo la noticia. El vice Luis Conde —de buena relación con el jugador — estaba a su derecha. El médico Arnoldo Albero, a su izquierda. "Para tratar de evitar cualquier contingencia o suspicacia, se le efectuó esa mañana un estudio, aproximadamente a las 10:30, y el resultado fue totalmente negativo", insistió el traumatólogo. Aunque decía no encontrar explicaciones, reconocía que el análisis del domingo "no era similar [a los usuales] por problemas de índole técnico". Conde lo confirmó: se había usado el equipamiento de un laboratorio privado, menos avanzado que el de la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la UBA, al que la AFA encargaba los controles.

El fantasma de la efedrina había regresado. Cuando un periodista preguntó por el trascendido de que en las cercanías al partido contra Racing, un test había arrojado una sustancia "extraña", Albero lo confirmó: "Esto fue un control que se le hizo 48 horas antes [del partido], una vez que él había venido de Estados Unidos, con el fin de evitar algún error, como

sucedió en su momento en el famoso Mundial. Se detectó una sustancia dentro de la lista prohibida, que no estaba en de los medicamentos que le estaban siendo administrados, sino que era algo que no sabíamos realmente de dónde venía, cuya vida media era de ocho horas. Al hacerle un control 48 horas antes, se eliminó absolutamente toda la medicación".

Mientras Macri rechazaba cualquier responsabilidad del club, Conde ensayaba otra interpretación: "Sabíamos perfectamente bien que el señor Diego Armando Maradona es un caso excepcional en el mundo, de declararse adicto. Los dirigentes no podíamos ignorar la responsabilidad que asumíamos".

En los años siguientes, Maradona denunciaría —otra vez— una mano negra.

> Una cama tan grande que todavía hoy no la puedo aceptar. Dicen que dio cocaína cuando yo me cuidaba como de mearme en la cama con eso. Dicen que dio cocaína… Entonces me entregué, la verdad es que me entregué. Tenía la sensación de que me estaban dando un revólver como para que me matara […] ¿Cómo no iba a saber de cocaína si era un cáncer que me acompañaba desde hacía quince años? ¿Iba a tomar cocaína antes de un partido? ¡Por favor, para eso iba a El Coyote o a El Cielo!

Después de la confirmación, Macri ordenó a Conde diseñar una estrategia judicial. El vice contactó a los abogados Alejandro Vega y David Sorribas Loubet, expertos en asuntos de estupefacientes. Los tres se reunieron con Albero y Cóppola en la casa que la madre del representante tenía en el barrio porteño de Recoleta. Allí esperaban otros dos abogados y un psiquiatra. El objetivo era que el jugador recibiera la mínima sanción posible. Los letrados empezaron a dar ideas, como pedir un ADN o averiguar si el jugador había estado bajo amenaza. Alguien llegó a sugerir que irrumpieran en el laboratorio para estrellar los frascos contra el piso. La reunión naufragó.

Más tarde, Vega y Sorribas Loubet presentaron sus conclusiones: "Maradona es un drogadependiente crónico, situación que él mismo hizo pública y reconocida. Nosotros investigamos con caracterizados especialistas y llegamos a la conclusión de que una persona en ese estado corre graves riesgos de sufrir un problema cardíaco en una cancha. Para

nosotros, Boca tendría que exigir un certificado del alta médica de su adicción a las drogas".

Los abogados trazaron un paralelismo con el caso del ex futbolista Juan Gilberto "Búfalo" Funes, a quien la AFA había prohibido que siguiera jugando por una afección cardíaca. "A Maradona, corriendo un riesgo similar —aunque por diferentes causas—, no le hicieron lo mismo. AFA y FIFA consintieron que jugara en esas circunstancias, porque Diego no consume para sacar ventajas deportivas", aclaraban.

Una jugada del destino había querido que a principios de 1992 Maradona visitara a Funes en el Sanatorio Güemes, y el delantero muriera prácticamente en sus brazos.

* * *

La contraprueba volvió a arrojar un resultado positivo. El final estaba cerca, aunque una medida de no innovar del juez federal Claudio Bonadio permitió que Maradona siguiera jugando. Con la sanción en suspenso, seguía obligado a controlarse después de cada partido. "Ya me tienen podrido. En cualquier momento largo", confesaba en las concentraciones. "Cada partido era un sufrimiento", recordó Caniggia. "Soportaba presiones terribles y esa persecución del antidoping". El 14 de septiembre metió un gol de penal a Newell's: el último de su carrera.

Cinco días después le dio una entrevista a Mauro Viale en los estudios de América. A las 22:05, vestido con un conjunto deportivo azul y amarillo, oscilaba entre la reflexión y la bronca frente a un pocillo de café. Sugirió que "alguno pudo haber metido otro pis" en su análisis, pero sobre todo expresó su furia ante una situación que amenazaba a su familia.

> Anoche estuve hablando con mi viejo. Lo llevé a la habitación a dormir. Estos días hablamos mucho. Y realmente, como me veo en la cancha, que me veo bien, estaba esperando que me dijera: "Seguí, nene". Y me dijo: "No. No quiero que sigas así". No quiere más presión. Me lo dijo anoche: "Yo me puedo morir mañana. Pero lo que quiero es que las nenas no sufran más".

Con los íntimos en crisis, se recluyó en su departamento de la calle Posadas y no salió por un par de días. El fútbol seguía siendo su salvavidas, pero el 24 de septiembre volvió a

lesionarse contra Colo-Colo, en Chile. En los siguientes veintiocho días, apenas entrenaría cuatro veces. Y otra vez empezó a intensificarse un comportamiento volcánico, que incluyó la decisión de tatuarse al Che Guevara en el hombro y la llegada a una práctica de Boca manejando un camión Scania. Solo tenía un foco: el partido contra River del 25 de octubre. El nuevo entrenador Héctor Veira le contó al periodista Diego "Chavo" Fucks que afrontaba un dilema delicado: "Maradona viene y te dice 'quiero jugar' antes de un partido contra el eterno rival. ¿Le vas a decir que no? Macri no quería que jugara porque no estaba bien y, la verdad, tenía razón, no estaba bien. Pero era Maradona contra River. No había chance de negarse".

Ese domingo Boca llegaba dos puntos por debajo de su rival. Tras abrazarse con Enzo Francescoli y darse un apretón de manos con Ramón Díaz, Maradona dejó en claro que no estaba bien. Cansado, resentido de una contractura y casi sin participar, apenas hizo un tiro al arco y dos buenos pases a Diego Latorre. Con el partido 0-1, en el vestuario reconoció ante el entrenador que estaba para salir. Boca daría vuelta el encuentro en el segundo tiempo.

Maradona cumplió con los dos controles antidoping (el de la AFA y el de Bonadio) y volvió a salir a la cancha eufórico y con el torso desnudo. "Así me dan ganas de jugar hasta después de los cuarenta", declaró más tarde. Sin embargo, la alegría le duró poco.

> Cinco días después, el 30 de octubre de 1997, el día de mi cumpleaños número 37, en medio de rumores sobre mi control antidoping, sobre si había tomado *falopa* o no, a alguien se le ocurrió decir que mi viejo se había muerto. Me desesperé, me volví loco.

Ese "alguien" pudo haber sido un periodista radial, cuyo nombre no confirmó. El nuevo pico de presión de Don Diego hizo que su hijo pusiera punto final. "Me voy. Ya no aguanto más. Y este retiro es definitivo. Me lo pidió mi viejo llorando", anunció por La Red. Chitoro temía lo que buena parte de los argentinos: que Maradona muriera en una cancha de fútbol.

A pesar de los ruegos de sus compañeros, el capitán no dio

marcha atrás. Sus dos etapas en Boca terminaban con un solo título (el Metropolitano 81) y 35 goles en 71 partidos. Tan cierta como su angustia por la familia era la realidad de que ya no podía competir en la elite. El cuerpo le había pasado demasiadas facturas. “Se terminó el jugador de fútbol”, declaró. “Nadie está más triste que yo”.

Capítulo 8

Punta del Este

(1998-2000)

Los primeros avisos. Vacaciones con excesos hasta el colapso. “Si no lo internamos, se muere en unas horas”. Crisis hipertensiva y arritmia ventricular severa. El rol de Cóppola y el misterio de Ferro Viera. “Voy a luchar para seguir viviendo”. Dos médicos clave: Jorge Romero y Carlos Álvarez. Internaciones en Fleni y Sacre Cœur. Secretos de un corazón en crisis. “Quiero dejar ya”:
la necesidad de un tratamiento severo fuera del país.

Ya no era futbolista. Tampoco noticia diaria, como casi todos los días desde 1976. A partir de su retiro, los argentinos se acostumbraron a otro Maradona. Uno que aparecía en los medios en forma más esporádica, pero casi siempre explosiva. Como si no pudiera vivir sin los hinchas, como si los hinchas no pudieran vivir sin él.

Al igual que en los años de jugador, el nuevo Maradona sería muchos Maradonas. Su vida continuó siendo un torbellino. En aquellos primeros días como ex jugador, seguía "con su adicción, con sus amistades. Pero no eran amistades malas. Algunos estaban en adicción como él. Se cuidaban entre todos", asegura Gabriel Buono, que empezó a trabajar de manera formal como su asistente en 1998. Llevaba siete años ocupándose de agilizar los trámites de Diego relativos a la documentación. Para evitar las aglomeraciones que se producían cada vez que llegaba a una dependencia pública, algunas gestiones empezaron a hacerse desde su casa.

Después del doping en Napoli, Maradona estaba triste y barbudo. "No tomaba conciencia de decir 'tengo que parar'. No lo podía controlar", insiste. Más allá de las sustancias, y de algunos períodos virtuosos, esa dinámica acompañaría al ídolo durante el resto de su vida.

Hasta fines de 1999, propios y ajenos alentaron la posibilidad de un último retorno. Se habló de Argentinos, Huracán, Colón, All Boys, América de México, Santos de Brasil y Badajoz de España. Maradona bailó en el sambódromo de Río de Janeiro, se vistió de periodista para comentar la eliminación argentina en el Mundial de Francia, fue elegido "Atleta del Milenio" por la AFA y estuvo a punto de emprender un viaje épico para conocer las Malvinas.

En silencio, su salud pasaba de ser motivo de inquietud a asunto de preocupación. Así lo demuestran las historias clínicas de fin de siglo. El 2 de marzo de 1998 se sometió a una resonancia nuclear magnética de cerebro en la clínica Fleni (Fundación para la Lucha contra las Enfermedades Neurológicas) de Belgrano. El pre informe arrojó una "sinusopatía maxilar bilateral, etmoidal y esfenoidal". Se

trataba de una afección inflamatoria de los senos paranasales, que son pequeños huecos de aire en los huesos que rodean la nariz y llevan el nombre de cada uno de esos huesos: frontal (encima de la nariz), etmoidal (en los costados), maxilar (en las mejillas) y esfenoidal (entre los ojos). Entre las causas más comunes están los hongos, las bacterias y los virus, pero también la presencia de cuerpos extraños o la desviación del tabique nasal.

El 27 de junio del año siguiente presentó un cuadro de tos persistente con fiebre, que se trató con amoxicilina (un antibiótico) y antitérmicos (paracetamol e ibuprofeno). Como el cuadro no cedía, dos días después volvió a internarse en Fleni, donde le diagnosticaron neumonía basal izquierda de origen comunitario (es decir, por fuera del ambiente hospitalario). Había llegado con disnea (falta de aire), taquicardia y tos seca, aunque sin fiebre. En la guardia le administraron oxígeno por máscara y le hicieron radiografía de tórax, análisis de sangre y medición de gases en sangre. Los médicos le indicaron un tratamiento basado en un nuevo esquema de antibióticos: claritromicina —500 miligramos por día— y ceftriaxona —dos gramos por día—. El 30 de junio, un día después de su ingreso, dejó Fleni por su propia voluntad.

Aquellos episodios transcurrieron casi sin repercusión, como si nadie terminara de tomar con seriedad las advertencias que representaban. El 2 de enero de 2000, Maradona fue tapa de *Clarín*. "El mejor deportista del siglo soy yo", avisaba, mientras sostenía con la frente una copa llena de champán. La nota se había hecho la última tarde del año anterior. Con aspecto feliz, pero excedido de peso, estaba a punto de subirse a una avioneta rumbo a Punta del Este, donde vacacionaría con su familia. Dos días después de aquella tapa, Maradona colapsó.

* * *

Jorge Romero tenía 28 años. Se había recibido hacía menos de un mes y llevaba cuatro días en el Policlínico La Barra. Era, en rigor, una casa particular en cuya planta baja funcionaba un consultorio con insumos básicos: antisépticos,

hilo para suturar heridas y muestras de medicamentos.

El médico dormía allí para hacer horas extra y pagar un alquiler. Aquel 4 de enero recibió un mensaje curioso: “Hay alguien del otro lado del teléfono que está pidiendo que le prestemos un aparato para medir la presión”.

—Hola, soy el doctor Jorge Romero. ¿Me puede contar lo que pasa?

—Acá Guillermo Cóppola. Estoy con Diego Maradona, que duerme hace dos días. No logramos que se despierte.

—Pero si está así hace dos días no está durmiendo. Está en coma.

En junio de 2020 el representante recordó aquellas horas: “Lo veo sentado en la cama, apoyado contra el respaldo, y me asusto. Corro a la casa y empiezo a buscar el teléfono con la chica que hacía las cosas, para encontrar al médico más cercano. Pero no llamé a uno. Fueron dos o tres, y no querían venir porque les decía que Maradona no reaccionaba”.

Cuando Romero aceptó, Cóppola le pidió que se acercara con la mayor cautela hasta la chacra del empresario argentino Pablo Cosentino, en el balneario de José Ignacio. El médico tomó su maletín, subió al auto y manejó los veintitrés kilómetros que lo separaban del lugar. Llegó poco después de la una de la tarde y de inmediato lo guiaron hasta un anexo de la casa. Cuando se recuperó de la incredulidad —en efecto, el hombre más famoso del mundo yacía desvanecido sobre una silla de mimbre—, creyó que era una escena demasiado limpia.

“La fiesta había sido en otro lugar”, asegura por teléfono. “Maradona estaba plantado ahí. No había ropa ni enseres personales, apenas un neceser”. Enterado de que la serie de Amazon sobre la vida del astro lo dejaría como “un pelele”, este hombre reacio a la exposición pública acepta dar algunos detalles inéditos. Por ejemplo, que el consumo no le generaba a Maradona una reacción predominante de aceleramiento, sino que “quedaba duro. Era el efecto compensatorio: la paz”.

“Al lado [del ex jugador] había una persona durmiendo; Guillermo lo despertó para que se corriera, y yo revisé a Diego —contó en abril de 2019—. Tenía una crisis hipertensiva y una arritmia ventricular. Además, dejaba de respirar durante lapsos de cinco o seis segundos. Estaba muy

grave en serio. ¡Se estaba muriendo!".

Maradona necesitaba ingresar a un centro especializado. Romero asegura que le costó convencer de ello al representante.

—Si no lo internamos, se muere en unas horas.

Más de dos décadas después, su furia sigue intacta: "Ese señor casi lo mata". Cóppola se desentiende: "Era un médico raro, como un *hippie*. Si me decías que venía fumándose un 'caño', te lo creía. Pero vino. Cuando lo toca, dice que hay que llamar a la ambulancia. Yo me negué e insistí en que había que llevarlo [en la camioneta que estaba disponible]".

Mientras el empresario se demoraba en el baño, el médico avanzó con las maniobras de reanimación. El objetivo era mantener la vía aérea despejada. Le pareció que pasaba una eternidad, hasta que subieron a Maradona a la camioneta. A esa altura, la persona que dormía a su lado se había ido y estaba por abordar un vuelo privado en el aeropuerto Laguna del Sauce. Todo indica que se trataba del publicista y representa artístico Carlos Ferro Viera, a quien el ex jugador había conocido en 1996, durante una visita a Cóppola en el penal de Dolores. Estaba detenido por tráfico de estupefacientes. Desde entonces se había convertido en uno de sus amigos cercanos. Hay versiones que señalan que fue quien acercó cocaína a Maradona durante aquel verano.

Romero y Cóppola manejaron hasta el Sanatorio Cantegril. Los enfermeros llevaron al ex jugador en camilla hasta la sala de cuidados intensivos, donde esperaba un cardiólogo. "Se le constató una crisis hipertensiva y una arritmia ventricular", informó David Frank Torres, director del centro de tratamiento intensivo. Ahí terminó el trabajo de Romero. "Lo dejé en CTI [Centro de Tratamiento Intensivo] y me fui", confirma.

* * *

Acostumbrado a que lo convocaran en los momentos agudos, el doctor Alfredo Cahe viajó de urgencia desde Buenos Aires. Encontró a su paciente "en estado semi comatoso", con hipertensión, problemas cardiovasculares (excitación y taquicardia) y neurocognitivos. A su favor,

mantenía un buen rendimiento pulmonar y su clásica capacidad de desintoxicación, con la que el médico seguía sorprendiéndose. “Se quedó mudo, y de pronto temblaba. Pero no hacía un equivalente epiléptico”, recuerda Cahe, que indicó un esquema de sedación. Sabía que, en esas situaciones, a Maradona había que dejarlo dormir.

Cuando empezó a indagar, escuchó que en esos días había corrido mucha droga, una situación que ya venía desde Buenos Aires. “Hasta yo estaba asustado”, revela. “Todos los cuadros que hizo, en principio, fueron siempre de adicción, que era muy difícil de manejar”. Por esos días, alcohol (le gustaba el vino Valmont), cocaína “y sustancias que uno nunca pudo saber, porque se las traían los amigos para probar”.

Ante la complejidad del cuadro, Cahe convocó de urgencia al prestigioso cardiólogo Carlos Álvarez, que dirigía el Instituto Sacre Cœur, en el barrio porteño de Recoleta. Cuando llegó a Punta del Este, ese mismo 4 de enero, los médicos le describieron a un paciente “con antecedentes de consumo de cocaína por vía inhalatoria durante diecisiete años”, que había ingresado con una descompensación hemodinámica y superado una *torsade de pointes* (torsión de puntas). Se trata de una arritmia ventricular multiforme que, en ocasiones, puede ser de sumo riesgo. Se manifiesta en latidos eléctricos muy rápidos y anárquicos, que pueden volver a ritmo normal por sí solos o desencadenar una fibrilación ventricular, trastorno que puede llevar a la muerte. En el caso de Maradona, esa condición logró revertirse con oxigenoterapia y cinco miligramos del fármaco betabloqueante Atenolol, administrado dos veces por vía endovenosa.

Los análisis toxicológicos mostraron “la presencia de altos niveles de clorhidrato de cocaína en sangre: 500 microgramos por mililitro”. El diagnóstico que hizo el doctor Álvarez fue “insuficiencia cardíaca congestiva aguda, acompañada de hipertensión pulmonar secundaria”, para lo cual indicó el reemplazo del Atenolol por un tratamiento a base de drogas vasoactivas, para aumentar la disponibilidad de oxígeno en el músculo cardíaco; diuréticos, para la eliminación de líquidos, e inhibidores de la enzima convertidora de la angiotensina

para controlar la hipertensión arterial.

Maradona evolucionó bien. Los edemas se redujeron y perdió más de diez litros en setenta y dos horas. Pero el corazón estaba indudablemente dañado, con un agrandamiento de la aurícula izquierda y un aumento del índice cardiotorácico (mide el tamaño de la silueta cardíaca) a expensas del ventrículo izquierdo.

Romero lo vio por última vez. “Estaba mal, bajo los efectos de la analgesia, recuperándose de a poco. Le estaban por sacar el respirador. Le dije que se cuidara, que casi se muere. Di media vuelta y me fui. No estaba para sobrecargarlo”.

En los años siguientes fortaleció una convicción: si seguía consumiendo a ese ritmo, Maradona moriría. “Al nivel suyo, siempre hay lesiones severas”, explica. “Tenía un impulso a la autodestrucción”.

* * *

Las versiones sobre el origen del cuadro eran confusas. Cóppola intentaba minimizarlo: “Diego está un poco fastidioso porque se quiere ir, pide de comer y por suerte se lo ve físicamente deshinchado. Todos esos son buenos síntomas. Lo que sucede es que por las fiestas comió muchos asados, hizo desarreglos y, como además está excedido de peso, hizo este pico de hipertensión”.

El representante terminaría procesado por falso testimonio: en sus declaraciones había omitido revelar la presencia de Ferro Viera. Así lo justifica hoy: “Soy de otra generación… Había otra gente con Diego [por Ferro Viera], y yo no lo señalé. No sumaba ni restaba. Lo niego para no complicarlo. Era un muchacho amigo. ¿Para qué lo iba a meter? Le dije ‘andate de acá, llevate todo lo que tenés, por favor, que vas preso’. Estaba duro en un sillón. Dije: ‘Métanlo en un auto, que se vaya’”.

Aquellos días también dio una versión que negaría años más tarde: camino al sanatorio, habían parado a cargar gasoil en el balneario de La Barra y “Diego pidió una leche chocolatada, que no le dimos, porque el médico que viajaba en la camioneta lo desaconsejó. No estaba inconsciente. Sentía un fuerte malestar. Estaba muy hinchado. Y desde dos

días antes se quedaba dormido de repente". "A Cóppola se le ocurre parar en la estación de La Barra para cargar 70 litros de combustible", aseguró Romero. "Estuvimos quince minutos con Maradona en coma mientras cargaba nafta. ¡Lo quería matar!".

Cóppola aclara y concede: "Se me criticó, pero al médico yo le conté que venía de dos o tres días de 'caravana'. Diego estaba inconsciente. En [la estación de servicio] ANCAP de La Barra me conocen todos; voy hace más de cuarenta años. Me preguntaban por Diego y yo desdramatizaba todo. Pero llegamos al límite".

En su testimonio ante la jueza Adriana de los Santos, había detallado los movimientos de Maradona desde su llegada a Uruguay, el 31 de diciembre a las nueve de la noche. "Su intención era hacer un entrenamiento intenso. Tomó sol, jugó al fútbol e hizo dos producciones de fotos. No hubo noche para él, salvo el 31. Y esa no fue una fiesta loca. Fue en la casa de una familia amiga y estaba mi nieta en su cochecito", insistió en declaraciones a *La Nación*. También contó que por esos días buscaron un medicamento para el hígado, Trasmebil, y que Maradona compró y tomó un jarabe expectorante el día de su internación.

Cóppola dio detalles sobre los alimentos que había consumido su amigo desde el 2 de enero, una seguidilla que representaba un peligro para cualquier hipertenso: un almuerzo de milanesas y tarta de atún en el restaurante Las Hermanas; esa misma tarde, más milanesas, pero en sándwich, en el bar del Hotel Las Dunas, donde el ex futbolista se hospedaba con Claudia y sus hijas; asado en lo de Cosentino; fideos en lo de otro amigo; otra vez fideos, hechos por Claudia, dos días después; ubre y corazón a las brasas con un fotógrafo de la revista *Gente*. Habían comprado esos cortes en un supermercado junto a Juan Navarro, dueño del Exxel Group, que en los noventa llegó a contar con los supermercados Norte, los alfajores Havanna, los helados Freddo, la cadena Musimundo y la panificadora Fargo. "Parecía una desesperación por llevarnos cosas", recordó el representante. "Fue un exceso todo".

Ahora lo confirma: "Se comió 1,8 kilos de ubre. Y como medio kilo de un plato de pasta *aglio e olio*. En la prensa

estaban todos con ‘la droga, la droga, la droga’. Sí, hubo, pero no era solo eso. Yo les dije a los médicos que creíamos que de 1999 al 2000 cambiaba el mundo [por el efecto informática Y2K, que supuestamente ocasionaría fallas masivas a nivel global]. Todo era una excusa”.

Pero el 1 de enero no habían cambiado el mundo ni las ansias competitivas de Maradona, que se hizo tiempo para la inauguración de una cancha de fútbol en la playa La Boyita. “Era capaz de estar un día y medio sin dormir, y después jugarse un partido. Después de esa noche larga del 31, el 1 tuvimos ese partido al sol, no sé con qué temperatura. Íbamos perdiendo 3-1 contra un equipo con [el empresario] Alan Faena, [el animador] Nicolás Repetto y [el esposo de la modelo Valeria Mazza] Alejandro Gravier. Diego dijo: ‘No podemos perder contra estos, mirá lo que son. Vos parate ahí’. Me tiró dos pelotas y me hizo hacer dos goles. Ganamos 4-3. Pesaba como cien kilos y cuando terminó, se tiró al agua fría. Tenía una fortaleza que te hacía pensar que era inmortal”.

* * *

Apenas salió de la clínica, Maradona anunció: “No quiero dejar este mundo. Voy a luchar para seguir viviendo”.

El lunes 10 de enero subió con Claudia a un avión sanitario alquilado por un grupo de amigos. En Aeroparque tomaron una ambulancia que los dejó en Fleni, adonde ingresó con el objetivo de estabilizar su cuadro clínico. Un centenar de personas apiñadas en la calle Montañeses acompañó su arribo con gritos, llantos y cantos de cancha. Las puertas de la clínica, que solían estar abiertas las 24 horas, se cerraron y quedaron bajo la custodia de dos guardias.

El doctor Cahe siempre buscaba lugares de jerarquía científica para internar a Maradona. Esta vez tuvo que esforzarse para convencer al director, Ramón Leiguarda, de que aceptara a un paciente muy comprometido. Todo suponía una exposición mediática indeseada, con un elenco de acompañantes que no siempre se comportaban según lo esperable en un centro de salud.

Las primeras declaraciones del médico personal del astro en

Buenos Aires no dejaron lugar a la especulación: “Esta es la última oportunidad que tiene Diego para recuperarse de su adicción. Y si sale, me lo quiero llevar del país. Acá no se curará nunca”.

Maradona permanecería en una sala de cuidados intermedios del cuarto piso, mientras su familia ocupaba una habitación en el octavo. Las primeras noticias fueron contradictorias. “Neurológicamente está perfecto”, dijo Leiguarda. “De buen ánimo, camina solo y está sedado. Veremos qué es lo que quedó del episodio inicial y esperamos que no surjan complicaciones”. Cahe, en cambio, confesó que tres meses antes Maradona había sido internado de urgencia por una infección pulmonar y que “hace un año y medio que lo veo cuesta abajo”.

El diagnóstico del doctor Álvarez con el que el ex futbolista llegó a Fleni fue: hipertensión arterial, depresión del sensorio (deterioro sensorial), edema agudo de pulmón e insuficiencia cardíaca congestiva. Ese cuadro se complicaba con la excitación psicomotriz que obligaba a medicarlo, con un consecuente estado de somnolencia. Al día siguiente de su llegada, fue sometido a un electroencefalograma que mostró un “trazado desorganizado simétrico desprovisto de actividad focal o paroxística”. Era indicador de una disfunción cortical difusa bilateral. Se trata de un trastorno que afecta en forma generalizada las funciones de la corteza cerebral y puede responder a distintas causas, entre ellas, hipertensión arterial, desarreglos del metabolismo de la glucosa y consumo de drogas.

Además del plan de hidratación y las nebulizaciones, se le administraron una decena de medicamentos: una ampolla del complejo vitamínico B (incrementa la energía celular, calma los dolores neuropáticos y ayuda a prevenir la anemia megalobástica), Taural (combate el reflujo gastroesofágico y actúa como protector gástrico), Lasix (diurético), enalapril (combate la hipertensión), Rivotril (ansiolítico), Clexane (anticoagulante), Luvox (antidepresivo), Zyprexa (antipsicótico), hidrocortisona (alivia la inflamación) y aspirina (ayuda a prevenir recurrencias).

Un ecocardiograma determinó que el paciente tenía el “ventrículo izquierdo ligeramente dilatado con hipertrofia

difusa a predominio posterolateral inferior con depresión global moderada de la contractilidad a predominio anteroseptal. A nivel basal el septum no muestra engrosamiento y tiene mínimo desplazamiento".

También se verificaron estas particularidades: hipertrofia de pared libre del ventrículo izquierdo con adecuada motilidad (movilidad); regurgitación mitral leve secundaria; esclerosis de la válvula aórtica; regurgitación tricuspídea leve; presión sistólica pulmonar calculada de 30 mm de HG. Los datos emergentes tanto del electrocardiograma como del ecocardiograma mostraban un corazón con signos de daño. Como veremos, el daño se constataría pocos días después.

Al segundo día de internación, Maradona pudo caminar unos minutos por los pasillos de Fleni. Mostraba signos de una buena evolución, sin señales de secuelas neurológicas por el pico de hipertensión. Quería irse. Incluso hablaba de entrenar de nuevo. Pero los médicos insistían en la necesidad de "un severo tratamiento fuera del país" para dejar atrás su adicción. Por esas horas se mencionó Canadá, en una de cuyas universidades trabajaba su hermano Raúl. "Está tomando conciencia de lo que le sucedió y de la necesidad de encarar un tratamiento definitivo", aseguraban los responsables del centro.

La presencia de Cóppola —que había logrado salir de Uruguay después de pagar una fianza de quince mil dólares— dividió las aguas. Cahe la alentó: "Tienen un diálogo especial. Son amigos de muchos años, es difícil definir con palabras". Álvarez estaba en contra: "Preferiría a Maradona rodeado de su familia directa para que reviva los momentos de su infancia con su madre y sus hermanos, pero en un ambiente sano".

* * *

A las siete de la tarde del día siguiente a su llegada a Fleni, Maradona volvió a recibir a la periodista Gabriela Cociffi. El fotógrafo Jorge Luengo registró aquellas horas dramáticas. Una toma lo mostraba durmiendo en la habitación, recostado sobre su lado derecho, tapado con una sábana blanca hasta el cuello y rodeado de cables. Otra, con los ojos cerrados y casi

cayéndose de la cama para apoyar su cabeza sobre el hombro izquierdo de Claudia, que lo miraba con cariño y preocupación.

La cronista describía la escena: "La luz está encendida en la primera habitación a la izquierda. Es muy pequeña: la cama, una mesita, un sillón de cuero negro apretado contra la pared, el televisor en el Discovery Channel, varias cartas desparramadas, papeles con notas, estampitas. Sorprende una colchoneta azul y colorada para pileta, inflada y apoyada contra la pared […] En el brazo izquierdo tiene inyectado un suero color rosa. Otra bolsa que cuelga tiene escrito en tinta colorada B12 y B6, las vitaminas que le pasan por vía intravenosa. Maradona está en la cama con una remera verde con la estampa del número 2000: 'Y pensar que cuando brindaban todos decían: *Será un gran año*, y yo casi no llego ni a vivir dos días'".

"El de Arriba me dio una nueva oportunidad", susurraba el ex jugador. Estaba inquieto, tapándose y destapándose con las sábanas. Entraba y salía de la sedación. Como le dolían las piernas y la espalda por estar acostado, Claudia —que dormía en aquella colchoneta inflable— y su hermano Lalo lo ayudaban a ponerse las pantuflas y a sostener el suero, para que pudiera caminar unos metros. Hablaba en un tono bajo y pausado. Su esposa lo explicaba así: "Le pasa esto desde hace tiempo. Cuando jugaba al fútbol o estaba en la pileta se lo veía lo más bien, pero cuando se apoyaba contra algo, parecía que se quedaba dormido, como desmayado. Ahora también duerme bastante. Dicen que es por lo del corazón y la circulación".

Maradona aseguraba que no se había dado cuenta de la gravedad de lo que había pasado, pero contó un sueño sugestivo:

—Había escalado la cima del Aconcagua. Estaba parado bien en la punta. Me balanceaba y podía caerme para la derecha o para la izquierda. De un lado, abajo, había una grieta. Del otro, el vacío. Finalmente, me caía. Y cuando empezaba a caer, quedaba enganchado de la punta. Como pinchado. Y me salvaba.

Con recuerdos intermitentes de Punta del Este, la droga volvía a entrar en su discurso en forma confusa.

—Hablaban de sobredosis. Hablaban de coma. Hablaban de mi corazón, de que si lo tenía ensanchado, muerto, resucitado. Todos tocaban de oído. Pero igual buscaban la palabra: sobredosis. La sobredosis no existe. Se puede crear una sobredosis de cocaína a través de una gran ingesta y de otras cosas. Pero yo no estoy en ese "palo".

—¿Y en qué "palo" estás?

—No soy un drogadicto de ese estilo. No me va y no me va a ir jamás. Pero de este tema, la verdad, no quiero hablar más.

—¿Seguís consumiendo o estás buscando salir?

—Quiero dejar ya, quiero dejar ya (lo dice mirando al techo, casi como una súplica). Veo a mis hijas y no puedo hacer barbaridades. No puedo dejar de cuidarme por Dalma y Gianinna.

Reconocía que tampoco se estaba cuidando con la comida ni con la presión sanguínea, aunque aclaraba que "no me quería matar ni me quería morir". Confesó que la gordura lo hacía sentir culpable ante quienes no tenían para comer, pero enseguida contraatacaba:

—La elección de morir es mía. No es de ni de los argentinos ni de Jesucristo ni de los doctores. Es mía.

Cuando lo visitó el psiquiatra, pidió que su caso fuera tratado con una perspectiva amplia:

—Yo quiero vivir más y mejor.

—Para eso va a tener que cambiar algunos hábitos. Usted lo sabe. Y va a tener que decidir, junto a su familia y a su gente de confianza, cuál es el siguiente paso. Para su problema, se necesita otro tipo de tratamiento.

—Sí, lo sé. Pero ¿sabe qué me duele? Que antes de saber qué tenía, todo el mundo empezó a hablar de sobredosis y de cocaína, y yo tengo otras cosas. Mire cómo tengo el corazón… pero de lo único que se hablaba era de la sobredosis.

El especialista le pidió que le explicara lo que había pasado el 4 de enero.

—Me levanté con la cara hinchada. Así de grande. Me sentía mal. Fui a verlo a Guillermo. Y después fuimos al Cantegril.

—Guillermo te ponía paños de agua fría con una toalla pero no reaccionabas, pa —intervino Claudia.

—La noche anterior —retomó Maradona— tomé una pastilla y media para dormir y de las otras para la erupción en la piel.

A esa altura, Cóppola ya estaba en la habitación.

—Sí, también habías tomado la pastilla para la presión que nos dieron acá en el Fleni.

Cuando el psiquiatra le preguntó por qué ingería tantos medicamentos, Maradona puso cara de no tener explicación. Cociffi precisaba: "En la lista de los remedios figuran Tranquinal, Catapresan (antihipertensivo), Tamilán (estimulante), Benadryl (se sentía ahogado y quería algo que lo ayudara a expectorar), Minocín (porque tenía una erupción en la piel), Bagóhepat (porque le dolía el hígado), Taural (porque sentía pesadez de estómago)".

El ex jugador insistía en sus ganas de vivir.

—Me había tomado un Tranquinal y medio para disfrutar de mis hijas, para laburar de día para ellas, para cargarlas en la camioneta y llevarlas a la chacra, comprarles cosas […] Les prometí un lindo verano y casi me muero. Quería regalarles un show de fuegos artificiales.

En aquella búsqueda por una comprensión más amplia de su dolor, ensayaba otra explicación:

—No quiero aparecer como víctima porque soy el peor de todos. Pero después de que nacieron las nenas, Claudia se dedicó a ellas muchísimo. La quiero y la admiro por eso, pero yo sentí que ya no me prestaba atención, que ya no le importaba tanto. Claro que las nenas estaban primero… Yo no sé pedir auxilio, me cuesta. Eso hizo que nos fuéramos distanciando. Yo necesitaba pedirle auxilio, para que me ayudara a cuidarme y a corregirme también. No quiero ser dramático, pero sentía que ni ella me daba bola, ni Dalma me daba bola, ni Gianinna me daba bola. Entonces me fui descuidando cada vez más.

Marido y mujer lloraban.

—Perdoname, Claudia, por no haberte dado la vida que te prometí —pidió él, que quiso dejar un mensaje final—: Soy el ejemplo de lo que no hay que hacer. Entrás en la droga en un segundo. Salir te puede costar toda la vida.

* * *

En la noche del martes 11 fue trasladado al Instituto Sacre Cœur para un seguimiento especializado. La habitación 204 de la clínica de la calle Paraguay era más grande y luminosa, y su familia pudo instalarse en tres habitaciones de terapia intermedia. Dos días después, una serie de estudios seguían arrojando la misma certeza: su corazón estaba muy enfermo. "Sufre una miocardiopatía dilatada severa", precisaba el médico en conferencia de prensa. El abuso de cocaína "y probablemente de alcohol" eran las causas de esa enfermedad en la cual el músculo cardíaco se vuelve débil y alargado y no puede bombear suficiente sangre al resto del cuerpo.

En 1928 la Asociación Cardíaca de Nueva York diseñó una escala de cuatro grados para medir la insuficiencia del corazón. Desde entonces, se convirtió en la tabla de referencia aceptada mundialmente. La de Maradona estaba entre los grados III (cómodo en reposo; la actividad física menor que la habitual causa fatiga; disnea; palpitaciones o angina) y IV (los síntomas se presentan en reposo; cualquier tipo de actividad física aumenta las molestias).

La historia clínica de aquellos días muestra los estudios que se hicieron entonces sobre el corazón del ex futbolista. Una versión resumida indica:

> Electrocardiograma que mostró una taquicardia sinusal (aumento de la frecuencia cardíaca por encima de cien latidos por minuto);
> Holter que registró hasta ciento cinco latidos por minuto;
> Ecocardiograma que evidenció una dilatación del ventrículo izquierdo con hipokinesia (movimientos lentos o reducidos) y una aurícula izquierda de cinco centímetros, cuando el rango normal en los varones es de tres a cuatro centímetros;
> Eco stress (ecocardiograma de estrés; evalúa el comportamiento del corazón y la presión arterial en simultáneo) con dobutamina, un derivado del amoníaco que aumenta la frecuencia y movilidad cardíaca, que logró mejorar la hipomotilidad (disminución de la capacidad de movimiento) en todos los segmentos del músculo;

> Perfusión miocárdica con Tecnecio 99 (estudio basado en el uso de ese radiofármaco), que mostró trastornos de la perfusión (traspaso de la sangre a los tejidos) “con una fracción de eyección del 27 por ciento, un volumen de fin de diástole de 360 mililitros (para un normal de 57,3 a 133 mililitros) y un volumen de fin de sístolede 254 mililitros (para un normal 17,3 a 58,8 mililitros), y un volumen de expulsión de 107 mililitros”.

Con estos estudios, el doctor Álvarez indicó una cineangicoronariografía que no reveló lesiones en las arterias coronarias y un ventriculograma que mostró “una severa hipokinesia ventricular anterolateral, apical, septoapical, posterolateral y diafragmática acompañada por una hipertensión pulmonar leve a moderada”.

En este punto, el cardiólogo llegó a la conclusión de que era imprescindible realizar una biopsia del miocárdico, procedimiento que se llevó a cabo con extremo cuidado e impecable destreza. Se hicieron cinco tomas. El material obtenido de la punción fue sometido a un análisis por microscopía óptica, inmunohistoquímico y por microscopía electrónica. Entre los resultados más salientes, aparecieron un infiltrado intersticial, bandas de coloración (un líquido rojo que se observa cuando se consume cocaína y alcohol) y pérdida de la arquitectura sarcomérica (los sarcómeros son las unidades funcionales más pequeñas de la fibra muscular; al romperse, el corazón aumenta de volumen y se dilata).

“La reunión de todos estos hallazgos llevó al diagnóstico de miocardiopatía dilatada por abuso de cocaína y probablemente de alcohol etílico, parcialmente reversible con el abandono de la adicción”, concluyó el especialista. Esa combinación “produce un metabolito hepático llamado cocaetileno, altamente tóxico para el corazón”. Es decir, el hígado genera moléculas que causan la ruptura de fibras en el miocardio, el tejido muscular que se contrae para bombear la sangre por el sistema circulatorio.

* * *

Tres meses después de la muerte de Maradona, Álvarez

recordó durante su declaración testimonial en la Fiscalía General de San Isidro que "los enfermos con insuficiencia cardíaca aguda con fracción de eyección menor del treinta por ciento […] presentan una mortalidad del cincuenta por ciento a los seis meses y el treinta por ciento muere a los tres años siguientes". Los estudios de Sacre Cœur habían determinado que los ventrículos de su ex paciente solo bombeaban el veintisiete por ciento de la sangre.

Aunque apenas el treinta y ocho por ciento del corazón de Maradona estaba sano, "el pronóstico, dentro de lo severo, es alentador", había anunciado el cardiólogo durante aquellos días de 2000. Con los medicamentos suministrados se había recuperado primero un 75% de la función del músculo cardíaco y después —tras un aumento de las dosis—, el 90%. Solo uno de los 14 sectores que aparecían dañados no se había podido restablecer.

El eco stress demostraba que el de Maradona era un caso "parcialmente reversible", siempre que se hicieran los controles correspondientes: seguimiento clínico y cardiovascular, con "control permanente de la función ventricular", además de un ecocardiograma dos veces al año. "Ya en ese entonces los tratamientos aplicados mejoraban la vida de los pacientes y en la actualidad han aparecido gran cantidad de drogas que permiten mejorar el cuadro", advirtió el cardiólogo en sede judicial.

Pero su tarea tenía límites: la cura de Maradona también debía abordar la cuestión mental. En Sacre Cœur, la primera entrevista con el psiquiatra Fernando Grieco no había sido buena. "No me va eso de los psicólogos", reconocía Maradona, cuyo ánimo mejoraba de a poco. Una noche pidió saludar desde una ventana a la gente que rezaba y gritaba por él en la calle. Como la habitación daba al contrafrente, salió al pasillo y encabezó una comitiva de médicos, enfermeros, mucamas, familiares, visitas y otros pacientes. Era literalmente una procesión, con un médico cargando en brazos la gran figura de una Virgen que le habían regalado al ídolo. Cuando logró asomarse, Maradona se emocionó. Tenía el corazón acelerado. El doctor Mario Schiter lo abrazó y le pidió que volviera a su habitación, donde se quedó dormido en un sofá.

Con el correr de los días su permanencia en el centro médico se complicó, sobre todo por los rumores acerca del ingreso de un "falso médico". Al mediodía del viernes 14, Álvarez había denunciado durante una conferencia de prensa que se trataba de un proveedor de droga. "Esto es terrible. Luchamos por la vida de un ser humano poniendo un vallado policial y detectamos a alguien así", denunció. Se lo veía muy nervioso, al igual que al ministro de Salud, Héctor Lombardo, que había ido a la clínica para ponerse a disposición en caso de un posible traslado del paciente. Más tarde, un enfermero y un psiquiatra dijeron ante la Justicia que estaban con él cuando apareció una persona con uniforme verde, credencial y estetoscopio al cuello, a quien Maradona conocía. No avalaron la hipótesis de que ese hombre joven, rubio y algo nervioso quería acercarle droga.

Se llamaba Mariano Castro y, en efecto, era médico y amigo del ex jugador. Lo había conocido cuatro años antes, mientras estudiaba Medicina en la UBA y trabajaba de gerente de un bar de Recoleta. Su ingreso al universo Maradona solo puede calificarse como bizarro: "Entró al bar y medio que discutimos, porque estaba con una chica que me conocía de casualidad. Ella me saludó, y él era muy celoso. Era la primera vez que conversábamos, y fue en un tono elevado. Después me llamó varias veces. Seguía acusándome de haber hablado con la chica. Le dije que tenía novia, que no pensara cualquier cosa, que podíamos salir un día a comer. Una vez, ya cansado, le planteé: 'Mirá, Diego, vos sabés dónde estoy yo. Yo no sé dónde estás vos. Si tenés tanto problema, vení y lo arreglamos acá'. Y vino… acompañado con dos o tres más. Ahí hablamos, y algo pasó. Empezamos a tener contacto. Me invitó a la casa de la chica con la que salía y estuvimos un rato largo hablando como si fuéramos amigos. Tuvimos una conexión mágica. De ahí en más, me pidió que no me separara de él".

Con el paso del tiempo, Castro se fue sorprendiendo por la inteligencia, la velocidad mental, la capacidad resolutiva y hasta el humor del ídolo, al tiempo que empezaba a cuestionarse algunos lugares comunes en torno a su figura: "En esa época andaba en moto, pero Diego nunca se quiso subir. Y me llamaba la atención que, con la vida acelerada y

peligrosa que tuvo, siempre usaba el cinturón de seguridad cuando manejaba. Desde un punto de vista tenía un perfil suicida, pero con otras cosas se cuidaba".

En 1999, después de discutir con él, Castro pasó fin de año con sus padres. Como Maradona y Cóppola, creía que con el cambio de calendario también cambiaría el mundo. "Iba para pasar ese día y morirme con mis viejos", asegura. En cambio, el 4 de enero se sorprendió con la noticia de la internación en Uruguay. "¿Cuánto tiempo lo dejé solo?", se preguntó. "Dicen que tuvo una torsión de puntas. Yo creo que tuvo un edema de pulmón".

Ya en Sacre Cœur, Maradona le pidió que fuera a verlo. Castro da su versión de los hechos. "Presenté mis dos matrículas (nacional y provincial), vestido de ambo porque después tenía que ir a trabajar. Había un montón de policías de la comisaría 19. Pasé y vi a Diego con Claudia, haciendo bicicleta. Le pregunté qué le pasó y me contestó: 'No sé, qué sé yo…'. Al rato vino una médica y me dijo que el doctor [Álvarez] quería hablar conmigo. Me empezó a explicar [lo que estaban haciendo] y yo le dije que no cuestionaba nada, que solamente era amigo de Diego y había ido a visitarlo. Volví adonde estaba y lo encontré como siempre: bien, divertido, rápido y gracioso. Al rato, vinieron para decirme que me tenía que retirar. Entonces empezó un griterío: Diego estaba enojado. Cuando vi la conferencia, me molestó más que me acusaran de falso médico que de narcotraficante".

La estadía del ex futbolista en el Sacre Cœur también estaba en jaque por la entrevista no autorizada que les había dado a los periodistas de Fox Sports Martín Liberman y Fernando Pacini. Delante de un *banner* del canal, un Maradona falto de aire, con la mirada errática y la voz pastosa, reconocía que aquella era la vez que su salud había estado más comprometida. Cuando le preguntaron si sería su última situación de riesgo, fue sincero:

—Ojalá pudiera decirte que esta fue la última y nunca más. Pero cuando se trata del corazón, cuando se hila finito, es difícil hacerte una aseguración. Pudiera, quisiera asegurarte, pero no lo puedo hacer lamentablemente.

* * *

“A partir de ahora, lo que se haga va a ser acordado no solo entre los colegas sino también con la familia y, en lo posible, con el propio Diego”, avisó Cahe, que antes de arreglar la salida de Sacre Cœur llamó con Cóppola a siete centros especializados en el tratamiento de adicciones. La primera opción era el Instituto de Psiquiatría de Boca Ratón (Florida), que proponía un tratamiento con la familia durante los primeros días. A pesar de las gestiones del representante y del propio Álvarez, Estados Unidos negó la visa con una respuesta tajante: “Por favor no insistan”.

En Canadá tampoco querían recibirlo. “No tenemos consejeros en español ni médicos que sepan el idioma”, los desalentó una médica del Clarke Institute of Psychiatry de Toronto. La respuesta de The Vitanova Foundation, en Ontario, fue más ambigua. “Acá les proponemos ‘hoy no vamos a tomar cocaína’. El día a día es lo que importa —les explicó la anfitriona, Franca Carella—. Pero para que yo acepte este tratamiento necesito dos entrevistas. Una en el lugar que ustedes elijan y otra en el centro. Para ver si yo le gusto y el lugar le gusta. Si no es así, nada va a funcionar”.

Después de otra comunicación fallida con el Caritas School of Life de Toronto, volvieron a considerar la chance que más seducía al ex jugador: una recuperación en Cuba, con la venia de su amigo Fidel Castro. Finalmente, fue el destino elegido.

Maradona dejó el Sacre Cœur con la indicación de medicarse con aspirinas, diuréticos, inhibidores de la enzima convertidora de angiotensina (reducen la presión arterial) y carvedilol (relaja los vasos sanguíneos y disminuye la frecuencia cardíaca).

Álvarez recuerda su indicación más elocuente durante aquella despedida: “La necesidad absoluta de poner freno a su adicción a la cocaína y al estrés”. En Cuba, el ídolo solo lograría lo segundo.

Capítulo 9

De La Habana a la Suizo Argentina

(2000-2004)

"Estuvo al borde de la muerte". La adicción siempre presente. El apoyo de Fidel Castro y la vida con Cóppola en Cuba. Sexo y medicación. Choque frontal contra un colectivo: ¿intento de suicidio? Veinte horas seguidas jugando al golf. Sin Claudia y sin Cóppola. De nuevo la vida en riesgo. "Te firmo lo que quieras, pero ya me quiero ir". "Ritmo frenético y excesos alimentarios": otra vez internado. Trastornos cerebrales.

Maradona aterrizó en Cuba el 18 de enero de 2000. “Cuando llegué estaba muerto”, contó en su libro, apenas por encima de la exageración. Con mucho sobrepeso, tenía dificultades para caminar y expresarse; solo podía articular frases cortas. En ese momento había en la isla tres clínicas especializadas en adicciones. Ofrecían tratamientos de entre tres y diez meses, con técnicas que iban desde la medicina tradicional hasta la acupuntura y la hipnosis.

La elección final había recaído sobre La Pradera, un country reconvertido en hospital de confort, donde el ex jugador esperaba quedarse medio año. Estaba alojado en la “casa 2”, equipada con un gran sillón mullido desde el que miraba fútbol, películas y documentales. Gracias a su régimen abierto, podría entrar y salir del lugar a voluntad, con visitas libres. Era un trato conveniente para las dos partes. Mientras el ídolo escapaba del acoso de la prensa, el gobierno de Fidel Castro daba un golpe publicitario. “Soy cubano”, dijo Maradona en una charla con *La Nación*, donde mostró una libreta verde oficial: “República de Cuba, carné de identidad para extranjeros”. En el espacio para marcar la ocupación, decía “Deportista paciente”. El jefe comunista le dio la bienvenida: podría quedarse el tiempo que necesitara. Todas las expectativas se desbordaron. Con algunas *impasses*, Maradona viviría casi cinco años en la isla.

Nunca lo olvidaría. “Dios y Fidel me salvaron la vida”, aseguró mientras buscaba recuperarse. Se habían conocido en La Habana en 1987, cuando Maradona recibió el premio al Mejor Deportista Latinoamericano. Volvieron a verse después de la descalificación del Mundial 94. Hablaron durante horas en el Palacio de la Revolución e intercambiaron una camiseta de la Selección argentina por una gorra verde olivo. A la llegada del nuevo siglo, Castro supo que su amigo estaba en serios problemas y encomendó su cuidado al director del Hospital Psiquiátrico de La Habana, Bernabé Ordaz.

“Pensamos que se nos moría”, se sinceró más tarde ese hombre barbudo que dirigía el hospital desde el triunfo de la Revolución. La descompensación cardíaca seguía estando en

el centro de las preocupaciones. Su diagnóstico era concluyente: Maradona solo se curaría si admitía que era un enfermo crónico. También fue crudo el psiquiatra Ricardo González Menéndez, jefe del equipo multidisciplinario que lo atendería: "Es importante que tome verdadera conciencia de que estuvo al borde de la muerte. Por el momento recuperó el noventa por ciento de su función cardíaca, pero debe alejarse definitivamente de cualquier situación de riesgo".

Castro lo visitó dos días después de su llegada. Fue una charla de veinte minutos, de la que el doctor Alfredo Cahe recuerda una línea demoledora: "Comandante, en esto es muy fácil entrar y muy difícil salir". Maradona, Guillermo Cóppola (con Gabriel Buono) y Cahe se instalaron en sendas casas, separadas por pocos metros. Al ídolo lo acompañaron Claudia, sus padres, sus hijas y sus suegros: Coco Villafañe y Ana María Elía.

Como casi siempre, Claudia fue su pilar más importante. En 2000, la llenaba de elogios.

> Ella me bancó, porque tiene una gran personalidad, un gran temperamento […] Que se entienda bien: no es la pobrecita, lastimosa, que está detrás de Maradona.

¿Cómo podía seguir con él después de tantas infidelidades? El astro sugería la existencia de un acuerdo tácito.

> Yo no mato a nadie para inventar un velorio, como hacen un montón de tipos para salir de trampa. Yo le aviso, yo salgo ¡con autorización de ella, eh! Mi vida es así. Yo la elegí a ella y ella me eligió a mí.

Un empleado cubano se encargaría del menú, de que el paciente comiera a horario y de que hubiera café en la casa. Maradona disponía de un paramédico, una enfermera, una ambulancia y un chofer que los trasladaba a él y a sus invitados e invitadas a bordo de un Mercedes Benz viejo. El empresario marplatense Leo Sucar —a quien Maradona había conocido en los noventa— aseguró que las tres veces que lo visitó lo vio "limpio" y que un enfermero lo monitoreaba a diario.

Sin embargo, en el recuerdo de Cahe aquella estadía tuvo "un poco de show", sin controles estrictos sobre su salud. "Estaban los jefes de la terapia y de cardiología, además del

psiquiatra, al que Diego no quería recibir nunca. Decía que no tenía nada que ocultarle a Claudia y que podían hacer las sesiones juntos".

Al médico personal le resultaba una situación embarazosa, al punto que se disculpó con aquel colega. Ordaz reconocía esa complejidad: "Ha tenido predisposición, pero no toda la que quisiéramos".

La rutina de Maradona era desordenada: tomaba sol al borde de una pileta grande, pero no lo dejaban llegar hasta la parte más honda por temor a que se ahogara. A veces salía a la ciudad, "siempre con el séquito atrás", que incluía al doctor Cahe y a una masajista, según alguien que lo acompañó por aquellos días. Después de una siesta larga, al atardecer salía a caminar. A veces, para despertarlo y despejarlo un poco le inyectaban Coramina (cuya droga base es la niketamida, un estimulante de los sistemas circulatorio y respiratorio).

"En Cuba las cosas se distorsionaron bastante y no se hizo el tratamiento que había que hacer", reconoce Buono. "Con Cóppola peleábamos el día a día. Intentábamos conseguir negocios y presencias, pero a veces no las podíamos cumplir porque quizás ese día Diego se quedaba dormido. Era muy complicado laburarlo".

Con el tiempo, los visitantes se fueron y solo quedó el representante. "Éramos dos muchachos solos y en una isla. Teníamos todas las comodidades y nos divertíamos. Estábamos en una casa, con libertades y la puerta abierta. Entraba gente, salíamos a bailar. Diego no tenía ninguna presión. Era una vida libre de acoso. Salía en short y ojotas, y nadie lo jodía. Jugaba al golf, íbamos a pescar. El Comandante conocía todos los movimientos".

La economía, en efecto, era ajustada. El empresario asegura que vivían de las entrevistas ("treinta mil dólares con Mariano Grondona, cincuenta mil con Susana Giménez"), algunas participaciones periodísticas de su representado y contratos por futuros partidos internacionales. También afirma que Maradona se sometía a los controles —generales y cardíacos— y que lo veían psiquiatras, "pero la gente se obnubilaba un poco". A veces tomaba sesiones de ozonoterapia y otros tratamientos estilo spa. Cóppola revela

un episodio increíble. “Le llevé como quinientas pastillas de Viagra a Fidel e hicimos un canje: a los pocos días nos mandó cantidades de habanos. Por él, Diego empezó a fumarlos”.

El representante reconoce la presencia de cocaína, aunque no dice quién se la facilitaba a su amigo. “Cuando consumía, buscaba evadirse. Siempre fue así. En vez de divertirse, sufría. Nunca lo vi feliz y eufórico. La cocaína hacía que se metiese para adentro. Creo que nunca pudo descubrir realmente lo que era. Yo he visto a [el gobernante libio Muamar el] Gadafi emocionado de verlo. Fidel, con quien conversaba mano a mano, le ponía dos sillas para que le pateara penales. Se quedaban tomando whisky a las nueve de la mañana. El rey Juan Carlos, [la diva italiana] Sophia Loren, todos se morían por compartir una cena con él. [En los años de Napoli] el Papa [Juan Pablo II] le preguntó: ‘*E perché la mano di Dio?*’, y él le contestó: ‘Usted lo tiene que saber, que es el representante de Dios’. ¡Y el Papa se moría! En los aeropuertos le tenía que vendar la mano para que no firmara más autógrafos. ¿Cómo manejás eso?”.

Después de consumir, Maradona podía cantar un tango o escribir mensajes personales. Una mañana, tras una discusión especialmente difícil, Cóppola se encontró con una pintada sobre la pared de su cuarto. Era la letra del tema “Amigo”, de Alberto Plaza: “Yo quiero estar allí cuando te falten fuerzas/ Yo quiero estar allí cuando estés abatido/ Quiero que me busques y cuentes conmigo/ y quiero que tú sepas que yo soy tu amigo”.

“A veces venía y se acostaba conmigo, buscando el abrazo. Se entregaba. Y ahí llorábamos. Yo le decía: ‘Diego, este es el momento. Metele garra, tenemos que salir…’. Y él me contestaba: ‘Lo sé, tenés razón. Pero no puedo, es más fuerte que yo. ¿Vos te pensás que no sufro?’. Así durante ocho horas, doce horas”.

Un testigo directo de aquellos días confirma que, al llegar a Cuba, Maradona retomó rápidamente su vínculo con la cocaína. “Se drogaba en la casa. No la dejó nunca. La única manera de estar cerca de él era drogándose. No podía vivir sin eso”.

* * *

La estadía de Maradona en La Pradera también era una anomalía para los cubanos. “El caso nos ha puesto ante un conflicto ético, porque lo que se permitió a Diego Maradona no se le ha permitido antes a ningún otro paciente”, reconocieron el 31 de marzo Ordaz y González Menéndez durante un congreso en Mar del Plata. El estilo de vida que el ex jugador llevaba en la isla era una contraindicación evidente. Sus colegas del resto del mundo los miraban con desconfianza. “Decidimos poner en riesgo nuestro prestigio a cambio de preservar el compromiso ético de atender al paciente que nos necesitaba”, reconocía Ordaz.

Los especialistas aspiraban a que Maradona siguiera sus indicaciones durante un año, después del cual “enfrentará un campo minado en el que están las situaciones de riesgo”, advertía González Menéndez en relación a las influencias negativas. Entre los puntos a favor, confirmaban la mejora cardíaca. El paciente ya corría seis kilómetros diarios, hecho que, a la vez, tenía una arista contraproducente: al sentirse mejor, podía confiarse demasiado con un recuperación que aún no era tal.

La muerte del cantante Rodrigo Bueno —uno de los amigos que lo había visitado— fue un golpe duro para Maradona, que volvió a la Argentina para el velorio, el 25 de junio, en Lanús. Cuando vio el cuerpo del artista en el féretro, se asustó y sufrió una baja de presión que derivó en un traslado en ambulancia. “Haber visto muerto a un ídolo popular le hizo caer la ficha”, explicó Sucar. En octubre volvió a Buenos Aires para celebrar sus 40 años con una fiesta en Theatron, un boliche que el empresario tenía en Retiro. Tocaron las bandas Los Piojos y Tambó Tambó. Entre los invitados estuvieron Carlos Menem, Gerardo Sofovich y Jorge Lanata.

De vuelta en la isla, se intensificaron los rumores: Maradona salía, y salía mucho. Las visitas tampoco ayudaban. Un día el embajador argentino le llevó una botella de vino. Furioso, el equipo médico la incautó. Otra vez, un psicólogo escuchó cómo un compatriota le gritaba en la calle: “¡No le hagas caso a nadie, vos sos Dios!”. Entonces reflexionó: “Lo principal para que se salve es desmaradonizar a Maradona”.

Lejos de la exposición que podía tener en la Argentina, en la isla el ex jugador se descontroló. Cóppola lo confirma:

“Diego tendría que tener mucho más de cinco hijos [por Dalma, Gianinna, Diego Junior, Jana y Diego Fernando]. La verdad, tuvo mucha fortuna. Pero si bien tenía las posibilidades de variar, siempre había una ‘novia’ que lo acompañaba. Así se sentía seguro”.

Allí afianzó su relación con Laura Cibilla, una mesera que había conocido en la disco porteña La Diosa y que aseguraba que él era el padre de su hijo Matías. Los estudios de ADN terminarían descartándolo.

En marzo de 2019 Matías Morla aseguró que Maradona reconocería legalmente a tres hijos que había tenido en la nación caribeña (Javielito, Lu y Joana). “Con una pareja, con quien tuvo una relación más estable, tuvo un hombre y una mujer, que creo que se llevan dos años de diferencia —contó el abogado—. Y hay otra chica que tuvo con otra mujer; esa fue una relación ocasional. En los dos casos, las madres formaron familias ensambladas y son chicos que ya están acostumbrados al padre que los crio. Es decir, no tienen la necesidad de tener un contacto con el padre porque fueron criados solos”.

Pero los juicios de filiación habían avanzado. “Hace tres años que Diego los ayuda económicamente —aseguró Morla aquel año—. Piden cuando necesitan algo, son gente amable y no son extorsivos. Todo el entorno de Diego estaba al tanto de la situación”. Su cliente cumplía con la manutención: “En Cuba, con 40 dólares estás en una posición económica distinta al resto”. La madre de al menos uno de esos niños sería Adonay Fruto, a quien Maradona iba a buscar en un viaje de una hora en su camioneta Mitsubishi, según relató Sucar. Se quedaban en su casa y luego la llevaba de regreso.

Las salidas del ídolo ganaron trascendencia la noche del 13 de septiembre, cuando chocó de frente contra un colectivo. La versión oficial indicaba que ese mediodía había ido a comer un asado con su familia y amigos a Guanabo, una playa a media hora de La Habana. Después de ver el partido de Boca contra Olimpia, a las 23:30 decidió volver a La Pradera. Había lluvia y neblina. “Se encontraron con un puente angosto que los obligó a retomar por otro camino y de repente se toparon con el ómnibus”, contó Cóppola. “Se golpeó él porque hizo un giro para proteger a un amigo que

viajaba al lado". Ese amigo era, otra vez, Carlos Ferro Viera. Maradona estaba "en shock, con el volante que le apretaba el vientre", contó Emilio García, del Destacamento Especial de Rescate y Salvamento de La Habana. Le había costado sacarlo del vehículo porque su pierna izquierda había quedado atrapada.

"Llamen a mi mamá y díganle que estoy bien", fueron sus primeras palabras tras el impacto. A pesar de que la parte delantera de su camioneta había quedado destrozada, solo sufrió contusiones en el tobillo y la rodilla izquierdos. Una ambulancia lo llevó a un hospital de La Habana, donde le hicieron placas y ultrasonido. Más tarde, el propio Maradona —con algunos problemas para hablar— tranquilizó a su madre durante una comunicación telefónica con Radio Mitre:

—Estoy bien, un poco golpeado, como si hubiese pasado una defensa donde te pegan todos. Deciles a papá y a las chicas que estoy bien, lúcido. Dios no quiso que pasara algo grave, porque la cosa pudo haber sido más seria. La saqué barata, y si no fue peor, es porque "El Barba" no me quiso llevar.

El ex jugador reconoció que el cinturón de seguridad "me salvó la vida" y elogió "la nobleza de la gente de aquí, que me ayudó después del choque, dándome una mano impresionante, pese a no tener equipamiento para sacarme de entre los hierros retorcidos en que estaba atrapado dentro del auto". Muy dolorido y sin poder moverse, había pasado una hora entre el volante y el tablero, mientras le daban agua y le preguntaban cómo estaba. "Cuando llegamos al hospital donde le hicieron la primera revisión, Diego estaba ofendido porque había quien decía que tenía aliento alcohólico, pero nosotros no se lo sentimos en momento alguno", aseguró el médico Roberto Tejeda.

Esos rumores habían corrido con velocidad. "Dicen las malas lenguas que para entonces [mientras permanecía atrapado] un periodista argentino amigo suyo ya se había encargado de hacer desaparecer la botella de whisky que había junto al accidentado", publicó el diario español *ABC*. Años después, Cahe iría más lejos: se había tratado de un intento de suicidio. Suena difícil que lo hubiera hecho junto a un amigo, aunque cuando el médico le preguntó si pensaba

en matarse, Maradona le respondió que quizá lo haría algún día.

Otro profesional que lo trató escuchó que todo había sucedido después de una pelea con Cibilla, hipótesis que en 2021 abonó el diario *Infobae*, donde además se aseguró que Maradona se había accidentado después de visitar a Mavys Álvarez, una joven de la provincia de Matanzas. Los había presentado Ferro Viera en septiembre de 2000. Ella tenía 16 años y llegó a instalarse en La Pradera como su pareja formal. Según una entrevista que dio en 2021, fue una relación en la que no faltaron las drogas ni la violencia.

* * *

Más allá de los dolores externos e internos, el fútbol seguía siendo la gran motivación de su vida. Esa necesidad volvió a quedar al desnudo el 10 de noviembre de 2001, cuando Maradona volvió a la Argentina para pisar La Bombonera. Era su partido despedida ante cincuenta mil personas. Después del amistoso entre su ex club y la Selección, dio un discurso que mezclaba legado y autocrítica: "Yo me equivoqué y pagué, pero la pelota no se mancha". Entre lágrimas, pidió "que este amor no se termine nunca". Quizá terminaba de entender que ya no volvería a ser jugador de fútbol.

Infobae reveló otros detalles de aquel viaje, al asegurar que el ex jugador se había empecinado en que Mavys lo acompañara a Buenos Aires. Ante las restricciones de viaje que Cuba imponía a sus ciudadanos, según el portal, Maradona llegó a sugerir que viajara dentro del rack que usaba para trasladar sus botines y pelotas. No fue necesario; su entorno gestionó una autorización especial de Fidel Castro y la joven se instaló con el ídolo en el Hotel Hilton. "Aprovechó su estadía en el país para realizarse una cirugía estética de busto, luego de lo cual volvió a la isla caribeña", donde el argentino le organizó una fiesta en el exclusivo Havana Club cuando cumplió la mayoría de edad. La relación continuaría con los años. Además de ayudar con dinero a su familia, Maradona llegó a regalarle un cachorro de león.

Cuando estaba solo, los días de euforia se alternaban con otros que iban del aburrimiento a la melancolía. "Se sentaba

cerca del mar y no hablaba —recordó Cahe—. Era difícil sacarle una palabra. Necesitaba paz y tranquilidad, y no la podía conseguir a través de la medicación". Pero lo intentaba. Cuando no podía dormir, se automedicaba Rohypnol, nombre comercial del flunitrazepam, un fármaco hipnótico de efecto prolongado, perteneciente a la familia de las benzodiazepinas. Cóppola le decía que era peligroso o le advertía que no lo tomara, porque —por ejemplo— al día siguiente tenían un compromiso comercial y el medicamento lo afectaría. Pero también reconoce que les servía para recuperar la tranquilidad. "Cuando veía que las cosas se me estaban yendo, que venían dos días de mucho encierro, le decía que iba a venir a verlo el doctor. Él me suplicaba que no. Entonces yo le respondía: 'Bueno pero yo no mando acá, Diego. Nos manda el Comandante. ¿Qué querés?'. Y ahí contestaba: 'No, no me duermo'. Entonces se tomaba el Rohypnol".

La personalidad adictiva se manifestaba hasta en la cancha de golf. Maradona podía pasar catorce horas en un campo de nueve hoyos de La Habana. Como un amigo colombiano le había conseguido pelotas fluorescentes, de noche podía detectar las que se perdían con un cochecito con busca huellas. Uno de sus compañeros de partidas era el propio Mariano Castro, que fue y vino de la isla durante más de tres años. "La gente preguntaba '¿quién es Maradona?' y él me señalaba a mí. Firmaba autógrafos como si fuese él, porque nadie lo conocía. Él dejó de ser Maradona ahí".

En su opinión, no era un paciente incontrolable. "Tomaba la medicación que le daba Cahe. Estaba todo muy prolijo, en un pastillero. Normalmente le medía la presión y estaba hipertenso, producto de la cocaína. Entonces yo le agregaba alguna cosa más. Solo tomábamos cerveza o a lo sumo vino con Coca-Cola. Íbamos por el mundo y nos regalaban champán Cristal, pero no nos gustaba".

* * *

Después de catorce años de matrimonio, el 7 de marzo de 2003 Claudia se decidió a presentar la demanda de divorcio, alegando "abandono de hogar desde julio de 1998". A los

ocho meses, también se quedó sin su gran amigo. Cóppola dejó Cuba después de la celebración del cumpleaños 43 del ex jugador. “Fue muy descontrolado”, reconoce. Preocupado por su estado, le había negado una entrevista a los enviados del programa *Sin casete*, de TyC Sports. En cambio, Maradona no solo aceptó la nota, sino que invitó a los periodistas a la fiesta. Las imágenes posteriores lo mostraron lúcido por momentos, pero fuera de forma. “Perdón, es el *faso*”, llegó a justificarse ante las cámaras después de toser brevemente. En esas ocasiones resonaba la frase que el ex jugador le había dicho a alguien que lo había acompañado durante algunos meses: “Solamente estando *zarpado* se puede vivir en Cuba”.

“Él ya iba al baño con la puerta abierta”, recuerda Cóppola. “Hacía cosas que sabía que me molestaban. Se habían roto códigos de la relación”. Dos días después de los festejos, mientras conversaban sentados en el campo de golf, le confirmó que se iba. El diálogo fue novelesco.

“Él me decía: ‘Yo te amo, te amé siempre. No te des vuelta, porque si no, no te vas’. Y a mí me costó. Tenía ganas de darme vuelta, pero pensé: ‘Es verdad, si me doy vuelta, no me voy’. Yo lo amaba, y él me amaba a mí. Era un amor fuerte. Más allá de su familia y de sus hijas, lo que por mí sentía no lo sintió por nadie. Él me lo decía. A nosotros nos faltó el sexo, pero éramos una pareja”.

Aunque poco después Maradona lo acusaría de que estaba “esperando que me muera para quedarse con mi dinero”, Cóppola asegura que volvió a la Argentina sin un peso. “Me quedé sin este departamento y me fui a uno de cuarenta metros en [el barrio porteño] Las Cañitas. Tuve doscientos futbolistas e hice mi dinero, pero después perdí todo. Me vine para acá el 2 de noviembre de 2003 y el 6 entregué todos los poderes y rescindí las sociedades”.

Cuando no lo perseguían sus demonios, Maradona seguía mostrando destellos sorprendentes. Antes de dejar la isla el 22 de marzo de 2004, participó de un partido contra los periodistas extranjeros que habían cubierto su estadía. Mauricio Vicent escribió para el diario español *El País*: “Marcó dos goles, cedió pases de oro a sus compañeros de juego, hizo varias chilenas y, en fin, ofició una verdadera carnicería. El resultado fue 6-0. Quien escribe, que jugó de

defensa, solo se propuso una cosa en todo el encuentro: hacerle una falta memorable al 10. Imposible. Corría como un gamo y celebraba cada gol como si estuviera jugando una final. O mejor dicho, como si fuera un niño, que es lo que era en el fondo".

A pesar de los altibajos, Maradona dejó Cuba con más ganas de vivir y un segundo tatuaje: el rostro y la firma de Fidel Castro en la pantorrilla izquierda. El 22 de marzo de 2004 aterrizó otra vez en la Argentina. Se instaló en De Más de Dos, el haras de Pascual Mastellone (dueño de la empresa láctea La Serenísima), en la localidad bonaerense de General Rodríguez.

* * *

Menos de un mes después, el ídolo volvió a las tapas de los diarios contra su voluntad. El domingo 18 de abril, una crisis hipertensiva, dentro de un cuadro general de miocardiopatía dilatada, forzó su internación en la Clínica Suizo Argentina, en el barrio porteño de Recoleta. La prensa informó que tuvo vómitos y fiebre después de presenciar el triunfo de Boca ante Nueva Chicago, pero las primeras alarmas se habían encendido mucho antes.

Mariano Castro fue uno de los protagonistas secretos de aquella trama. "Esa mañana estábamos en General Rodríguez […] Me pidió que lo acompañara a buscar a Gianinna a una discoteca de Olivos […] Ella subió con cuatro amigos […] Fuimos a desayunar a La Continental, una pizzería que estaba frente al cementerio de Recoleta. Los chicos pidieron todos café con leche con medialunas. Nosotros dos, un vaso de cerveza. […] De ahí nos fuimos a la cancha. Entraron todos al pasto y yo me quedé afuera, en el pasillo, para que compartiera ese momento con su hija […] En eso me pareció ver a Gianinna salir llorando rumbo al baño […] Le avisé, él se fue para allá y volvieron los dos abrazados. Se sentaron al lado mío, y cuando la nena se fue, me dijo: '¿Viste, Gordo, que nunca puede salir todo bien?'. Había perdido el anillo que un compañerito de la escuela le había regalado porque se iba a vivir a otro país. Llamé a todos los lugares donde habíamos estado, hasta preguntaron por la voz del estadio,

pero nunca apareció. Después de esa secuencia, Diego se apagó. Antes de que terminara el partido, me dijo que se quería ir".

Maradona manejó de regreso a Villa Devoto para dejar a Gianinna, con Castro en el asiento trasero. "Agarraba todas las lomas de burro", recuerda el médico. "Diego, ¡pará! Me estás matando, ¡andá más despacio!", le pedía. Cuando llegaron, lo notó raro y le preguntó qué le pasaba. El ex futbolista estaba ofuscado: "¡Qué sé yo! Si supiera lo que me pasa…". Entonces, sin mediar una explicación, arrancó el auto. "Ahí me di cuenta de que algo pasaba, porque él nunca dejaba a las nenas en la puerta. Le dije que me dejara manejar y se negó. Le insistí, diciéndole que me iba a mi casa. Frenamos en avenida Lope de Vega, del lado de provincia, y aproveché para comprar una Gatorade. Tomé Acceso Oeste hasta General Rodríguez, y en un momento bajé la ventanilla. Se despertó y me gritó para que la cerrara. Cuando llegamos, lo agarré para ayudarlo a bajar y se puso a llorar. Pedía por la madre y decía que tenía frío. Para mí era algo psiquiátrico, aunque después entendí que había levantado fiebre. Lo acosté y lo tapé".

Al llegar con la ambulancia a General Rodríguez, Cahe le aplicó prometazina, un antihistamínico de efectos relajantes. Acordaron que Castro lo acompañara a la Suizo Argentina. "Hacía una apnea, se ponía todo colorado y después blanco", recuerda. "Fui al lado de él hasta la Unidad de Terapia Intensiva y le saqué la remera que tenía puesta".

"Estaba muy mal. La situación era sumamente grave", recuerda Claudio Belocopitt, CEO de Swiss Medical, el grupo de medicina privada responsable de aquella institución. El contexto tampoco era sencillo. "Estaba [económicamente] fundido y absolutamente solo. Claudia me dijo de entrada: 'Estoy acá como madre de mis hijas, y por el cariño que le tengo a Diego, pero no soy la esposa. Quiero que lo tengas en cuenta porque yo no tomo decisiones'".

El primer parte médico informaba que Maradona sufría una "insuficiencia ventilatoria" que requería intubación y asistencia respiratoria mecánica. "Sedado permanentemente", mantenía un pronóstico reservado. Apenas un día después, Cahe negó que su paciente hubiera tomado cocaína y anunció

que tenía una infección pulmonar bilateral. En la clínica se hablaba de una función cardíaca "aceptable para el cuadro de base", mientras docenas de personas empezaban a agolparse en los alrededores para cantar y gritar por su ídolo.

Tras cuatro días de internación, Maradona seguía inconsciente y en terapia intensiva. El ritmo cardíaco y la presión arterial se estabilizaban; respondía bien a los antibióticos. Una fuente del sanatorio confirmaba que el cuadro inicial, "híper grave", estaba mejorando. Pero corría una versión lacerante: la noche de su ingreso, tenía 900 miligramos de cocaína en la sangre. "Eso no lo puedo confirmar ni desmentir, porque forma parte de la intimidad del enfermo", dijo la misma fuente. Cuando los médicos cambiaron la modalidad ventilatoria por un soporte de presión, Dalma agradeció "a los hinchas, a los jugadores de Boca y a todos los que vinieron a poner carteles para darle fuerza a papá".

Desde el viernes 23, Maradona fue desconectado y conectado al respirador de acuerdo con la profundidad de la sedación. Seguía "estabilizado, sin fiebre y con buena función cardíaca bajo medicación". El lunes 26 empezó hablar y a comer. Al día siguiente agradeció el apoyo de la gente y le deseó éxito a la Selección, que se preparaba para jugar un amistoso contra Marruecos. "Mi papá tiene un dios aparte", reflexionaba la hija mayor. Pero a esa altura asomaba una certeza: necesitaría un tratamiento largo.

Sin embargo, con los primeros signos de recuperación, insistió en su deseo de irse. Cuando se volvía incontrolable, "lo agarraban entre dos, le daban un calmante y lo acostaban. Lo tuvimos dormido un fin de semana entero", narra Belocopitt, que fue a visitarlo a su cama de terapia.

—Diego, te tenés que quedar unos días más, tenés que hacer una internación. No hagas locuras.

—No, te juro que voy a andar bien, te lo juro. Te firmo lo que quieras, pero ya me quiero ir, ya estoy bien. Los médicos lo confirmaron.

El jueves 29 —doce días después de haber sido internado— Maradona señaló que ya estaba en condiciones de irse. Así, a las cuatro de la tarde de ese día, se abrió el portón de la clínica y una camioneta roja 4x4 polarizada se marchó por la

avenida Pueyrredón. Ni los periodistas ni los curiosos podían sospechar quién iba a bordo; era demasiado pronto para el optimismo. El último parte médico aclaró que había dejado la clínica "habiéndose informado de las necesidades terapéuticas" a él, a su familia y a los profesionales que lo acompañaban.

La prensa señaló que, en rigor, los médicos no habían avalado el alta. Maradona, que llevaba un par de días molesto e intolerante, no había completado el tratamiento. Se negaba a cumplir con el esquema de medicación y ya no soportaba el encierro. Volvió a General Rodríguez con el periodista Marcelo Palacios, quien aseguró que ese mismo atardecer el ex jugador caminó por el césped, jugó al golf, cenó pollo con ensalada y gaseosas *light*, y vio el partido entre Boca y Newell's. Lo supervisaban una enfermera y Cahe, para quien Maradona estaba "fuerte como un toro" pero excedido de peso.

A modo preventivo, Swiss Medical había dispuesto una ambulancia en las inmediaciones. "Diego es una bomba atómica. Tomemos todos los recaudos, pero esto no termina bien", advertía a sus allegados el licenciado Belocopitt. "Diego no termina bien. Un día nos va a dar un quilombo gigante".

El viernes 30 Maradona aceptó una entrevista con Susana Giménez. No estaba en buena forma. El relato que hizo de las horas previas a la internación tenía ribetes místicos:

> Vi la muerte. Cuando regresé de la cancha de Boca sentí frío. Quería que me taparan, que me cuidaran. En un momento, vi como que entraba en un túnel, y los hinchas de Boca, River, San Lorenzo, Racing e Independiente me salvaban.

Al día siguiente volvió a jugar al golf y recorrió el haras en un carrito. Sin detener la marcha, se acercó a la tranquera y agradeció la presencia de periodistas e hinchas, que habían colocado carteles de Boca y de la Selección sobre la ligustrina. Más tarde recibió a sus hijas, a Ricardo Darín y a un integrante de la familia Mastellone. Al atardecer volvió a la tranquera, esta vez para autorizar el ingreso de María Esther Duffau, la histórica hincha xeneize "La Raulito". Estaba a punto de descarrilar de nuevo. Las horas siguientes, la prensa

reportaría “jornadas de ritmo frenético y excesos alimentarios”.

* * *

En la madrugada del miércoles 5 de mayo volvió a sufrir una descompensación respiratoria. Cahe llamó a una ambulancia a las dos, pero Maradona se negaba a otra internación. El médico solo lograría convencerlo tres horas más tarde. A las 5:38 una ambulancia lo dejó nuevamente en la Suizo Argentina, donde ingresó con máscara de oxígeno y sedado. El parte hablaba de una “transgresión alimentaria”. Alguien que siguió el episodio de cerca asegura que se comió “dos [pizzas] de muzzarella y dos milanesas a caballo”. El texto lo describía como un paciente estable, con monitoreo permanente en la unidad de cuidados críticos. En las horas siguientes le hicieron una resonancia nuclear magnética de cerebro, que “no mostró hallazgos patológicos significativos”, y una tomografía computada por emisión de fotón único (SPECT), que genera un mapeo cerebral de alta precisión, en busca de deterioros, lesiones, atrofias o trombosis. El último estudio reveló una “irregular captación de isótopos en múltiples áreas y en especial en las zonas frontales”, indicios de trastornos funcionales en esas superficies cerebrales.

Con fuentes *off the record*, las crónicas trazaban un panorama dramático. Maradona estaba agitado y con muchas dificultades para respirar, otra vez molesto e intolerante. Cada vez que se despertaba, quería irse. Entonces volvían a sedarlo. Todo apuntaba a un cuadro de abstinencia, que Cahe negaba: “Venía comiendo en demasía y el ejercicio lo fatigó. Acá no hay nada que tenga que ver con su anterior adicción, por él reconocida, porque todos los exámenes son negativos. Pero de cualquier manera, es una cosa que entra en la privacidad”.

Maradona dejó la clínica el domingo 9, esta vez con el alta de los médicos y la habitual advertencia de “continuar los tratamientos prescriptos a los fines de su definitivo restablecimiento”. El personal de la clínica había advertido a sus autoridades que la adicción ameritaba llevarlo a una institución especializada. Belocopitt entendió, entonces, que

se estaba ante un gran problema: “A Diego le tenían miedo todos, desde el presidente hasta la familia, pasando por la Justicia. La adicción se conocía públicamente, pero por la puerta de la clínica no aparecía de estos fiscales que hacen cualquier cosa para la foto. Todos le tenían pánico, porque el poder de su palabra era letal. Te levantaba o te fusilaba”.

Ni sus amigos ni Claudia querían asumir la responsabilidad de hacerse cargo del paciente. Por consejo del departamento jurídico, Swiss Medical decidió convocar a las hermanas. La reunión fue en el auditorio de la clínica. “Estaba lleno. Vinieron todas las hermanas, sus maridos, incluso trajeron un par de abogados. ‘Sé que él no va a querer, pero a Diego hay que internarlo —les advertí—. Darle el alta en este momento es matarlo’”.

El debate fue áspero y prolongado, y terminó por resolverse cuando Belocopitt les recordó que, si un juez se hacía cargo, ellos perderían el control de la situación. Recién ahí accedieron a firmar.

La búsqueda del nuevo destino fue complicada. Cuando la prepaga sondeaba escenarios posibles, solo recibía excusas o rechazos. Llegaron a pensar en un regreso a Cuba e incluso pidieron ayuda a Boca, aún presidido por Macri, que se desentendió del asunto. Durante aquella, etapa Maradona era sinónimo de escándalo y malos negocios.

Después del rechazo de varias instituciones, Claudia —que a pesar de todo seguía gestionando parte de la vida de su ex — había empezado a recibir ofertas de distintos establecimientos privados bonaerenses. Todos pusieron como condición un tratamiento de rehabilitación prolongado, que lo aislara de su entorno para luego reincorporarse a la vida normal de manera gradual. A su vez, los médicos de la Suizo Argentina habían hecho una extensa lista de recomendaciones. El nuevo destino de Maradona debería ser cerrado pero “con anexos que permitan el desarrollo de actividad física (por ejemplo, el golf)”; contar con médico clínico, cardiólogo, psiquiatra, psicólogo, operador socioterapéutico, enfermeros y profesionales de actividades recreativas; e incluir pautas de convivencia que contuvieran su “tendencia a la impulsividad inapropiada”.

Ubicada en el municipio bonaerense de Ituzaingó, a solo

treinta y tres kilómetros de la ciudad de Buenos Aires, la Clínica Neuropsiquiátrica Del Parque parecía cubrir los requisitos, además de ofrecer una cercanía estratégica ante eventuales reingresos en la Suizo Argentina. Maradona estaba a punto de empezar una experiencia de desintoxicación que, aun imperfecta, sería la más trascendente de su vida.

Capítulo 10

Tratar de estar mejor

(2004-2005)

Tratamiento psiquiátrico en una clínica. El compromiso familiar. Sin reconocer los motivos de la internación. La preocupación por el patrimonio. "No está en condiciones de decidir dónde y cómo se trata". Una entrevista polémica. La sensación de haber fracasado. El regreso a Cuba. Sobrepeso, ansiedad por la comida y bypass *gástrico.* La noche del 10: *Diego entrevista a Diego.*

El 9 de mayo de 2004 Diego Maradona llegó con cierto malhumor a la Clínica del Parque, en el barrio Parque Leloir de Ituzaingó. Los primeros informes trazaron un panorama preocupante. Además de la miocardiopatía dilatada, presentaba una neumopatía en curso (con un tratamiento antibiótico que se había interrumpido equivocadamente antes de su llegada); un síndrome adrenérgico con signos y sintomatología consistentes en hipertensión, bradicardia, pupilas dilatadas y sudoración aumentada, y un "cuadro de excitación psicomotriz con signos y síntomas compatibles con síndrome de abstinencia secuelar a dependencia de sustancias psicoactivas".

Mientras tanto, la clínica se había convertido en otro punto de peregrinaje, con hinchas, banderas, mensajes de aliento, efectivos policiales y guardias periodísticas que incluían un helicóptero de Canal 9. Adentro, sus profesionales enfrentaban el desafío de contener el humor volcánico del ídolo. El plan que imponían a sus ochenta pacientes se centraba en visitas restringidas, pocos lujos y una terapia rigurosa. Maradona ocuparía una habitación discreta en un sector privado, con custodia en su único acceso.

A los cuatro días de su llegada, los médicos aseguraban que tenía buen vínculo con el personal y que empezaba a aceptar el tratamiento. "Hemodinámicamente compensado", precisaba un parte que agregaba: "Mantiene monitoreo clínico cardiológico permanente, así como asistencia psicoterapéutica y psicofarmacológica. Respeta una dieta de 1300 calorías por día, conforme al plan nutricional, consignas terapéuticas, régimen de visitas e indicaciones médico-asistenciales". Con foco en combatir la abstinencia, ese plan lo había hecho bajar cinco de los cien kilos que tenía cuando fue ingresado en la Suizo Argentina.

Su familia también sabía que Maradona estaba sedado y con ganas de irse. A veces pasaba más de veinticuatro horas sin ver a Claudia ni a sus hijas. El panorama era evidente: más allá del aval familiar, estaba ahí contra su voluntad. Por eso la clínica dio intervención a la Justicia. Alicia Gagliardi,

Norberto García Vedia y Ernesto Pisani, jueces del Tribunal de Familia Nº 2 de Morón, resolvieron dar continuidad al tratamiento. Mientras tanto, en Cuba seguían abriéndole la puerta. Su embajador en la Argentina, Alejandro González Galeano, repetía que Maradona podía volver a la isla cuando quisiera.

Los padres y cuatro hermanos del ex futbolista se habían involucrado activamente en el cuidado de su salud. En una nota al tribunal, pidieron que se autorizara a dos médicos (Ricardo Grimson y Alberto Coronel), a un cura (Jorge Oesterheld) y a dos operadores terapéuticos recuperados de adicciones a entrevistarse diariamente con Diego. También solicitaban acompañarlo en las eventuales salidas. Lo fundamental, sin embargo, era su permanencia en un régimen de comunidad terapéutica. Para los doctores Coronel, Fedor Damián Rey y Osvaldo Berhman, Maradona aún no tomaba conciencia de su enfermedad, "gobernado por los hábitos del consumo de sustancias" que le producían un "deterioro neurológico funcional, cardiovascular y conductual", que ponía en riesgo su persona y su patrimonio.

El 28 de mayo los responsables de Del Parque cantaron una primera victoria. Habían logrado "revertir el cuadro de abstinencia con medidas psicoterapéuticas y psicofarmacológicas". Desde entonces, se autorizaron las visitas del grupo familiar primario. Sin embargo, la clínica activaba consultas con otras instituciones y con Swiss Medical, con vistas a una derivación hacia un destino donde el paciente pudiera someterse a "un programa conductual de deshabituación" a las drogas. A la espera de una definición, decidieron sumar intervenciones relativas a aspectos psicológicos y sociales, como la reorganización de una rutina semanal, sesiones de masajes y la autorización de salidas "estrictamente controladas". La primera fue el 31 de mayo, para jugar al golf. Lo acompañaron una enfermera, un profesor de Educación Física y personal de seguridad privada.

* * *

Eran días de optimismo moderado. En su consulta con el psiquiatra Néstor Marchant, entonces director del Hospital

Neuropsiquiátrico Braulio Moyano, Maradona se presentó con sobrepeso pero "bien arreglado". Permaneció sentado, tranquilo y colaborativo. El especialista lo encontró "atento y orientado en tiempo, lugar y espacio". Su juicio, memoria y razonamiento eran normales, "con adecuada comprensión de la situación por la que estaba atravesando". El ex jugador insistía en que no debía seguir internado en una clínica neuropsiquiátrica.

Marchant le dio la razón: según su informe, la permanencia en Del Parque "sería perjudicial para su salud mental". Siempre bajo su consentimiento, Maradona debía seguir un tratamiento en una clínica aun más especializada. El paciente aseguraba que no había consumido en los últimos tres meses, aunque seguía recibiendo medicación contra su adicción: 200 miligramos diarios de Clozapina, un antipsicótico; 200 miligramos de topiramato, un antiepiléptico y estabilizador del estado de ánimo; un comprimido de levomepromazina, sedante, y otro de venlafaxina, antidepresivo.

En otro escrito al juzgado, los responsables de la clínica aseguraban que después de "tres semanas de desintoxicación y control de la abstinencia a la cocaína", Maradona se volvía permeable a las intervenciones que buscaban cambiar su comportamiento, fundamentalmente "hacer admitir su dependencia y pérdida de control de sí". El tratamiento tenía ahora seis objetivos: disminuir las conductas de riesgo, tratar la comorbilidad, impedir el *craving* (impulso irrefrenable al consumo de sustancias), evitar los síntomas fisiológicos de la abstinencia, actuar con la medicación sobre neuroreceptores específicos y evitar su recaída.

Cuando se cumplió un mes de la internación, el paciente empezó una "transición a comunidad terapéutica": un "trabajo de sostén a través de pares", con salidas de motivación y entrevistas de contención e información con su grupo familiar. Aunque su estado de ánimo seguía fluctuante —con episodios de irritabilidad—, aceptaba la mayoría de las consignas. Su sueño había mejorado y ya no presentaba crisis de agitación ni trastornos perceptivos.

Pero en los informes médicos se vislumbraba inquietud: Maradona no terminaba de reconocer los motivos de su internación. Esa tensión se trasladaba a sus vínculos. "Hace

pocas semanas el paciente relataba una situación familiar conflictiva con sus familiares más directos: padre, madre, hermano/as, y con su ex mujer", consignaba uno de los partes enviados al juzgado. Había "una actitud corporal tensa y crispada, una negativa a recibir visitas de su madre o de sus hermanas, y una actitud de general desinterés. Su período de atención era breve y discontinuo, y solía interrumpir conversaciones recién iniciadas sin motivo aparente".

Aun así, los especialistas de Del Parque veían una evolución positiva y proyectaban una reducción progresiva en la administración de fármacos, lo que "refuta cualquier necesidad de trasladarlo fuera del país para continuar su tratamiento". En cambio, "la abstinencia sostenida, el cuidado terapéutico proporcionado y la reducción de conductas de control son indicadores de una recuperación llamativa". Si los tratamientos anteriores habían omitido palabras como "droga", "cocaína" y "adicción", por miedo a sus reacciones, esta vez se habían podido verbalizar, y por consiguiente tratar. El mismo principio se había aplicado a la hora de mencionar a los "amigos" que le facilitaban el acceso a las drogas.

Por momentos, había menos razones para aquel optimismo. En una visita de julio, los peritos psiquiatras Mónica Spurr y Ricardo Castiarena encontraron a un paciente orientado en tiempo y espacio, pero con atención disminuida y fluctuante; "pobreza cuantitativa de la sensopercepción"; bradipsiquia (lentitud de pensamiento); fallas mnésicas (trastorno de la memoria) asociadas a desórdenes de la cognición o síntomas de envejecimiento; "timia displacentera", relacionada a síntomas como angustia, ansiedad, irritabilidad, impulsividad y miedo; una "marcada disartria [dificultades en los músculos usados para el habla] que por momentos hace ininteligible su lenguaje", y una capacidad de juicio alterada. Los profesionales fueron incapaces de concluir si esa constelación de síntomas se debía al propio tratamiento o a un deterioro cognoscitivo.

En una nota al juez García Vedia del 12 de agosto, informaban sobre un estudio de SPECT que detectó "múltiples zonas de menor captación, siendo estas más significativas en ambos focos frontales". Los psiquiatras volvían a

interpretarlas como “zonas de hipofuncionalismo [disminución de la función normal], cuyo pronóstico y capacidad de reversibilidad deben evaluarse con posteriores estudios”.

La trama judicial avanzaba en paralelo. Un informe que llegó al tribunal en agosto diagnosticaba “discreto deterioro neurológico, cardiovascular y estado de indefensión. Riesgo para su persona y patrimonio. No está en condiciones de decidir dónde y cómo se trata”. Después de leer esos reportes ante la familia, la asesora de incapaces Elena Borthiry sugirió la necesidad de declarar la inhabilitación judicial de Maradona “a los efectos de otorgarle la debida protección a su persona y a su patrimonio”. Los allegados dudaron. Como la relación con el ex jugador atravesaba un momento difícil, pidieron que la propia funcionaria promoviera la acción de oficio. Borthiry solicitó al juzgado que mantuviera al defensor oficial como “curador provisorio en atención a la custodia del patrimonio” del paciente. También pidió “una prolija investigación” sobre sus bienes y propuso a Raúl Maradona como encargado de esa misión. Lalo aceptó la tarea, en beneficio de su hermano.

Ese patrimonio, que en los años siguientes sería objeto de disputas feroces, se estaba convirtiendo en un tema de preocupación. En aquella reunión, los familiares habían alertado a Borthiry sobre la posibilidad de que se estuviera intentando registrar una marca o patente utilizando el nombre Maradona. La asesora pidió que se librara un oficio al Instituto Nacional de la Propiedad Industrial para que cualquiera se abstuviera de hacerlo sin autorización judicial.

Sin vistas de salida de la clínica, el ex jugador intentó apelar al Poder Ejecutivo, por entonces a cargo de Néstor Kirchner. “Quiero hablar con el Presidente, porque la gente no tiene idea de cómo estoy —le dijo al doctor Cahe—. No soy ningún tarado, ni un loco, ni un inhabilitado”. A pesar de su deseo creciente de volver a Cuba, aceptó reunirse del 7 al 14 de agosto con el argentino Eduardo Seminara, a cargo del Servicio de Psiquiatría de la clínica suiza Casa Alabardia. “El lugar es un paraíso”, elogió Cahe. “Sería un plan estricto, con internación y comunidad terapéutica”.

Seminara se sorprendió ante un hombre de una soledad

profunda. Entendió que "todos trataban de sacar tajada y pocos se preocupaban por la situación angustiante de la persona". En su informe final confirmó que estaban dadas las condiciones para el alta y "la continuación de la cura en una estructura más específica". Orlando del Don, director de la institución suiza, informó al juzgado que estaban dispuestos a recibirlo con "planes terapéuticos específicos y personalizados y un equipo de colaboradores formados y a disposición del paciente". Los pasajes estaban listos, las reservas se habían hecho. "Lamentablemente se frustró a último momento", recordó Seminara. "Diego terminó yendo a Cuba por su relación con Fidel Castro y las ventajas que obtenía allá".

* * *

Desesperado, Maradona había expresado su deseo de volver a la isla el 24 de agosto, durante una entrevista con el periodista y empresario Daniel Hadad en Canal 9. Estaba macizo y elegante, con un saco oscuro, camisa al tono y corbata a rayas. Pero seguía roto por dentro. "Con 43 años, tengo el poder para decidir qué quiero de mi vida", justificó. "Estoy luchando contra un juez [García Vedia] que le tiene miedo a la prensa y no toma decisiones". Planteaba que "donde yo estoy hoy es una pocilga, pero también tengo que agradecer el hecho de que, como me decía mi hermana ayer: 'Por esta pocilga hoy estás vivo, Pelu'". En ese lugar que reconocía como "psiquátrico", "uno no puede conversar. Uno tiene que estar a disposición", contaba entre lágrimas.

El ex jugador se abrió a otros dolores. Cuando el entrevistador le recordó que él era un peleador, respondió: "Estoy perdiendo por nocaut". Cuando le preguntó si la familia lo entendía, dijo con un hilo de voz: "Yo quizá comprendí tarde que ellos me querían ver bien. No podrían hacer más de lo que hacen". Seguía sin digerir el pedido de separación de Claudia, el "único amor de mi vida". Y continuaba la furia contra Guillermo Cóppola: "Me robó la plata de mis hijas… Me hago cargo de la plata que gasté, pero no de la que no gasté y no me saben decir dónde está".

Hadad revela ahora la trama que rodeó aquella conversación. "Llegó al canal a las dos de la tarde, con unas

bermudas por arriba de la rodilla. Nunca lo había visto tan gordo. Tenía el pelo con unos rulos grandes. Y no estaba bien. Era una persona absolutamente dopada, que hablaba lento, con las ideas que no fluían. Fui muy sincero:

”—Diego, si vos aparecés así en televisión, el noventa y cinco por ciento de la población va a pedir que sigas internado. Con esta imagen que vas a dar, nadie te va a apoyar.

”—Dani, yo me quiero ir, no aguanto más. No tengo un peso, no tengo más ropa que esta. No tengo nada.

”—¿Me estás hablando en serio?

”—Te juro que sí”.

Decidido a hacer la nota, Hadad le propuso cortarse el pelo en la peluquería del subsuelo del canal y esperar a que un sastre le hiciera un traje rápido. Mientras tanto, podría descansar. Volvió después de tres horas, con el pelo corto, fresco e impecable. La transformación rozaba lo inverosímil. Necesitaba hablarles otra vez a los argentinos. Pero antes tuvo otra charla privada con el entrevistador, que le preguntó por qué quería irse a Cuba.

> Ahí soy libre. Hago lo que quiero. Nadie me molesta. Y cuando digo que hago lo que quiero, hago lo que quiero en serio. Si piensan que me van a curar encerrándome, están equivocados. Me quieren tener preso. Yo ya soy grande para que me tengan atado o para que digan qué tengo que hacer. Al menos allá soy feliz. Acá no puedo ser feliz.

La entrevista se grabó cerca de las siete de la tarde y salió al aire dos horas después. Autodefinido como un escéptico profesional, a Hadad siempre le quedó la duda de “si realmente estaba emocionado o solamente se mostraba emocionado”. Pero mantiene el mejor recuerdo: el ídolo se sacó fotos con sus hijos y se puso a hacer jueguitos, manteniendo la pelota en la cabeza como si fuera un mago.

“Podía ser el más seductor o el más agresivo, sin solución de continuidad. Podía ser amable e hiriente. La palabra ‘no’ no estaba en el diccionario que aceptaba. Hacía y deshacía, aun sin estar al ciento por ciento de sus capacidades. Era un carismático. Por el canal pasaron grandes figuras, pero no hubo nada comparable a lo que generó Maradona. Desde que ingresó hasta que se fue, todos morían por tocarlo, aun los

críticos y los escépticos".

Antes de la despedida, el anfitrión le propuso un compromiso: si finalmente lo autorizaban a viajar, lo llevaría a Ezeiza en helicóptero —era piloto— y grabarían un testimonio. Maradona aceptó, convencido de que la entrevista daría sus frutos.

Esa misma mañana había insistido con su pedido de dejar Del Parque a través de una presentación judicial. Su abogado, Héctor Leguizamón, incluyó informes donde los profesionales del Moyano y de Swiss Medical lo evaluaban "lúcido y consciente". El 17 de agosto la embajada de Cuba en la Argentina había enviado a Cancillería otra nota que informaba que "habiendo tomado conocimiento del deseo del Sr. Diego Armando Maradona de regresar a Cuba para continuar su tratamiento médico, expresado a través de su médico personal, Dr. Alfredo Cahe y del propio Diego Armando Maradona, el Estado cubano acepta recibirlo en el momento en que pueda realizar el viaje".

Mientras tanto, el tribunal seguía recibiendo precisiones sobre su salud. En una nota del 20 de agosto, el cardiólogo Gustavo Ontiveros consignó el antecedente de la "miocardiopatía dilatada con deterioro de la función sistólica del ventrículo izquierdo secundaria a [generada por] cocaína e hipertensión arterial". El informe confirmaba que Maradona había ingresado a Del Parque con un estado "hiperadrenérgico" que se trató exitosamente con dosis crecientes de carvidelol. El balance hidrosalino se había corregido con diuréticos. Diez días después, Ontiveros recordaba que la obesidad del paciente ("abdomen globuloso, depresible") lo obligaba a cumplir con un plan nutricional estricto, bajo en sal y calorías. Estaba lúcido, y orientado en tiempo y espacio. No había contraindicaciones para un vuelo internacional.

Hubo una nueva salida el 29 de agosto, cuando Maradona presenció el partido entre Boca y Racing en La Bombonera. Llegó temprano, le entregó a Carlos Tevez una plaqueta en reconocimiento a la conquista de la medalla dorada en los Juegos Olímpicos de Atenas y disfrutó del apoyo de La 12. La fiesta fue completa: celebró desde su palco la ajustada victoria por 2-1 del local. Pero el tribunal reprochó a la

clínica la salida sin notificación, como había sucedido tras la entrevista televisada. Los jueces les recordaron a los médicos su obligación de preservar la integridad del paciente y evitar situaciones que afectaran su tratamiento.

* * *

La permanencia de Maradona en Parque Leloir se había vuelto insostenible. El abogado José Cárdenas pidió la externación con un escrito que incluía una carta de Doña Tota y Don Diego; las hermanas Ana, Rita, Elsa y María Rosa; y Claudia en representación de sus hijas. Era un relato sentido, que dejaba traslucir una derrota. A pesar de que habían hecho todo lo posible por la recuperación de su familiar, donde estaban sus afectos y una autoridad que velaba por su salud "aun a pesar de las presiones", al poco tiempo tanto Diego como la clínica manifestaron su desacuerdo con el proyecto de ese tratamiento a medida.

Aunque fuera "muy permeable a ciertas influencias", necesitaban su voluntad para ayudarlo. Seguir allí sería dañino para él. A su pesar, apoyaban el proyecto de curación en Cuba, el único lugar adonde quería ir. Pero tenían condiciones. Los familiares debían recibir la historia clínica y podrían viajar a la isla con él. La continuación o el abandono del tratamiento bajo el régimen de "puertas cerradas" no debía ser una decisión exclusivamente suya. Si fracasaba, Maradona debía ser derivado nuevamente a la Argentina.

La presión también fue política. Para terminar de destrabar su salida de la clínica, "hasta tuvimos que ir a pedirle permiso al Presidente", revela Gabriel Buono. Un amigo de Maradona, Sergio Chemen, había logrado comunicarse con Aníbal Fernández (entonces ministro del Interior), quien los convocó a una reunión en Casa de Gobierno. "Fui con Diego", narra Buono. "Néstor [Kirchner] vino a la oficina de Aníbal y nos ayudó".

Maradona lo había conseguido. Dejaría Del Parque el 20 de septiembre, tras 133 días. Después de cenar con los padres en su casa de Villa Devoto, volvió a dormir en su habitación de la clínica. A pesar de que los médicos lo despertaron a las diez, se levantó una hora después. Como cada día, Ontiveros

le hizo un chequeo cardíaco. Se lavó la cara y anunció su partida. Vestía una remera con su propio rostro. Saludó a los terapeutas con afecto, firmó un par de camisetas y abordó un vehículo hasta una quinta cercana. Allí cumplió su promesa y se subió al helicóptero de Hadad, acondicionado con cámaras en el interior. El sobrepeso era tan impactante que el aparato se inclinaba a la derecha. El entrevistador pilotaba en el asiento delantero, y Maradona respondía desde el trasero, con Buono a su lado. Estaba calmo y lúcido. Reconocía que sus hijas no querían que se fuera.

> Me lo dicen en la cara, esto me hace llorar. Pero también entienden que cuando salgo a la calle y está la prensa en la puerta de la casa de mamá, en la casa de ellas y en la clínica, también se ponen a pensar que soy un estorbo para ellas.

"No me van a quebrar", anunció en su despedida a los argentinos. Hadad lo dejó en la pista de Ezeiza, donde lo acompañaron hasta el embarque. Llevaba un rosario celeste y volvió a firmar autógrafos.

Cuatro días después, los psiquiatras Osvaldo Brennan, Adriana Bolzán y Fedor Damián Rey dieron detalles inéditos sobre el estado de salud de Maradona en una entrevista con *La Nación*. Buscaban desmentir las versiones sobre una estadía descontrolada en la Clínica Del Parque: "Nuestro logro fue que él estuvo cinco meses sin consumir drogas, que ingresó muy grave en una ambulancia y se fue caminando y sonriente. Además, recompusimos su vínculo familiar", celebraron. Heridos por aquella calificación de "pocilga", se defendían alegando que "fue una impertinencia. El lujo no hace a la calidad del tratamiento. La institución tiene una infraestructura agradable y una trayectoria importante".

Maradona había ingresado "muy grave […] Estuvo muy excitado y se oponía a todo tipo de tratamiento; estaba confuso y no dormía. Se puso violento con terceros", incluso "nos daba panzazos y nos amenazaba con pegarnos". Pasó los primeros dos o tres días con las muñecas atadas, para evitar que se quitara las vías. Cuando recuperó la conciencia, empezó a recibir medicación oral. Pero no se mostraba permeable a los abordajes tradicionales. Solo se acercaba a los médicos cuando tenía un malestar concreto, por ejemplo

en el estómago. “Tenía conciencia de la enfermedad del cuerpo, pero no del alma”, ensayaban los especialistas.

Cuando le propusieron entrevistas coloquiales y actividades grupales, las cosas mejoraron. Casi siempre junto a Claudia, “cantaba y animaba” esos momentos. Tuvo salidas programadas —y supervisadas— para jugar al golf, hacer natación y gimnasia. En las que hizo a Canal 9 y el estadio de Boca, “su entorno montaba un operativo de distracción en las salidas y, en un momento dado, Maradona estaba arriba de un auto con destino incierto”, justificaban.

En declaraciones que más tarde serían cuestionadas por sus propios colegas, revelaron que aquel mismo entorno “se acercó para pedir que Maradona tuviera sexo, pero no fue autorizado […] Estábamos de acuerdo con que tuviera actividad sexual, pero no con personas que no considerábamos beneficiosas para él”. En el expediente quedó asentado que el ex jugador había pedido el 20 de agosto la visita de Laura Cibilla, quien cinco días después comunicaba su disposición para hacerlo, ya que “he desarrollado con el señor Diego Armando Maradona una estrecha relación desde hace aproximadamente seis años, la que continúa hasta el presente”. Para los especialistas, el futuro se vislumbraba incierto: “Es un ídolo y tiene un entorno muy conflictivo que está muy arraigado a su historia. Tiene rasgos de personalidad que no van a modificarse, además de tener una patología adictiva”.

Buono resume cómo se vivió aquel proceso desde el círculo íntimo. “Diego agradeció mucho a las hermanas lo que hicieron cuando estuvo internado. Para él fue durísimo, pero cuando estás con un amigo o un familiar en esa situación, tenés que pensar que estás haciendo lo mejor para él, aunque te insulte. Porque cuando esté bien, te lo va a agradecer”.

* * *

Antes de subirse al avión de Copa, Maradona lucía sereno pero nostálgico: “Dejo a mis hijas; tengo muchas ganas de llorar por ellas dos, pero sé que voy a buscar algo para estar mejor”.

A las 12:35 se sentó junto a Buono en un asiento de clase

business. Cuando aterrizó en Cuba, su destino fue distinto al de la primera estadía: el Centro Nacional de Salud Mental (CENSAM), en el barrio de Jaimanitas, en las afueras de La Habana. Era un entorno más riguroso y especializado, aunque su plan era volver cuanto antes a La Pradera.

El doctor Cahe no estaba de acuerdo: prefería la estadía mínima recomendada de setenta días. Pero sabía mejor que nadie que solo se haría lo que dictara la voluntad de su paciente. "Si Diego no era él, sonábamos", resume. Días antes había hablado con el edecán de Fidel Castro. "Me atendieron muy bien y le expliqué nuestro problema", recuerda. "Diego no se había recuperado y no tenía paz. Estaba en drogadicción plena".

Maradona llegó a la puerta del CENSAM con Cahe (el único que podía ingresar), Buono, el abogado Leguizamón y sus hermanas mayores Ana y Rita. Ocupó un bungalow con living, cocina y una habitación que decoró con portarretratos de sus hijas y un póster del Che Guevara. Empezaba a tratarse bajo la modalidad de comunidad cerrada, con un equipo de psiquiatras, psicólogos y especialistas en medicina interna bajo la administración del Ministerio del Interior. Fidel Castro había encargado la supervisión a dos de sus hombres de mayor confianza: el ministro de Salud Pública, José Ramón Balaguer, y su ex asistente personal, médico y secretario del Consejo de Estado, José Miyar Barruecos. El embajador Raúl Taleb haría visitas semanales. "Trabaja muy duro en su recuperación, pero no puede ni hablar con nadie ni salir de allí", reconoció en esos primeros días.

El CENSAM había impresionado a Cahe como un lugar seguro y agradable, especializado en personas adictas de alto poder adquisitivo. Maradona pasó los primeros días sedado. "A la mañana temprano íbamos hasta el sanatorio, donde lo chequeábamos y analizábamos la orina", recuerda. "Se hacían las cosas en serio". El médico esperaba que —aunque dejara ese centro— su paciente completara un año de tratamiento. El tribunal de Morón había tramitado un exhorto a la justicia cubana para que un magistrado de ese país controlara su cumplimiento.

El 29 de septiembre el semanario italiano *Oggi* publicó una entrevista donde Maradona se mostraba confiado en dejar

atrás su adicción: “Estoy seguro de que ganaré esta batalla porque tengo 44 años y estoy más cerca del final de mi vida que del inicio”. Su última internación había sido especialmente dolorosa. “Temí morir. En esos momentos grité, insulté y hasta debieron atarme a la cama para calmarme”, confirmaba.

La segunda estadía de Maradona en Cuba “fue durísima, porque era una clínica militar”, dice Buono. “Él tenía que cumplir. Venía haciendo las cosas bien […] Nosotros íbamos contando los días para que se limpie, para la abstinencia”. El asistente asegura que si Maradona respetaba la rutina, podía tener tiempo de recreación, como las horas que pasaba jugando al golf. Y que solo iba al centro de La Habana acompañado. Con médicos estrictos, la internación “fue más efectiva porque no había chance de nada”.

En sus buenos momentos, el ex jugador cumplía rigurosamente con los horarios de almuerzo y cena. En los ratos libres miraba fútbol argentino, inglés e italiano por TV. A veces se mostraba risueño: “En la clínica hay uno que se cree Robinson Crusoe y a mí no me creen que soy Maradona”. El 30 de octubre festejó su cumpleaños con un asado familiar dentro del complejo. Fueron varios kilos de carne argentina que disfrutó junto a sus padres, sus hijas, sus hermanas y Adonay Fruto (quien, según Morla, también convivió con Maradona, aunque esta vez junto a su madre). La joven había revelado una intimidad que con los años se volvería evidente: “No le gustaba usar preservativo. Había que pelearle e insistirle para que lo usara”.

Cóppola lo confirma. “Yo le decía: ‘Dale, ¿qué te molesta? Usalo’, y él me respondía que no podía. Era como una regresión. No le importaba ni le preocupaba para nada. Hubo una época en la que no se conocía el sida, pero después sí. Así y todo, no se cuidaba. De alguna forma, él también se sentía un omnipotente”.

A pesar de eso, un médico que lo conoció bien no recuerda haberlo tratado por enfermedades de transmisión sexual: “Tuvo suerte. De vez en cuando presentaba algún síntoma… ‘Che, se me abrió un poquito…’, decía el jugador y, entonces, le daba un antibiótico”.

A modo preventivo, en casi todas las internaciones que

siguieron se le realizarían tests de hepatitis y HIV.

Maradona volvió a Buenos Aires en diciembre, para presenciar el acto de graduación del secundario de Dalma. La prensa informaba que "habría atravesado una dura crisis en los últimos días". Mientras el doctor Cahe recomendaba prolongar la internación, su entorno inmediato optaba por el regreso a la Argentina. Aburridos de la vida en la isla, ya habían vuelto Doña Tota, Don Diego y las hermanas. El médico reconocía "altibajos normales" y confirmaba que su paciente extrañaba a la familia. "No tiene la libertad que pensaba en Cuba y por eso desea volver", confiaba una fuente médica. Por entonces solo lo acompañaban Buono y otro empresario amigo, Gonzalo González.

No lograba superar el sobrepeso, seguía con psicofármacos y tenía una rutina de ejercicios físicos que no siempre cumplía. Después de pasar la fiestas en la Argentina, el 5 de enero de 2005 volvió a Cuba, donde lo esperaban los médicos María Julia Linares y Pedro Llorente para hacerle chequeos de rutina y controlar su medicación. Pero su tratamiento volvería a interrumpirse por un viaje a Europa. Cuando llegó a Grecia, el diario deportivo *Sport Time* fue impiadoso: "El ídolo caído está prematuramente gordo y viejo".

Otra vez en la isla, cumplió con su deseo de volver a La Pradera, bajo la promesa de seguir los controles con los especialistas del CENSAM. Pero estaba especialmente inquieto y disconforme. Ante las dificultades para recuperar su figura, decidió un cambio radical. "Doctor, me voy a operar a Colombia", le confesó a Cahe. "No podía superar la adicción, que lo llevaba a comer", dice el médico, que habla de un fanatismo por las milanesas con puré.

"Por ahí no probaba nada en un día y medio y después se comía diez milanesas —confirma Cóppola—. Cuando engordaba, yo trataba de hacerle entender. Diego era un lindo pibe. Le ponía en el cuarto fotos de cuando estaba bárbaro, una producción que habíamos hecho para una revista italiana, donde salía en cueros y con la camisa abierta. Le decía 'Mirá lo que eras y lo que sos ahora'. No le importaba. Él sentía que siempre podía".

* * *

Maradona llegó al cirujano Carlos Felipe Chaux por intermedio de una médica y un odontólogo que eran amigos suyos en Cali. “Quería ser sometido a una cirugía bariátrica porque se encontraba demasiado pesado”, confirma el especialista. La operación sería en la clínica Medihelp de Cartagena, adonde el ex jugador llegó con Cahe, una de sus hermanas y dos o tres “ayudantes” que, en el recuerdo del médico argentino, obstaculizaban el proceso de desintoxicación.

El doctor Chaux era nieto e hijo de cirujanos. No le interesaba el fútbol, pero conocía la trascendencia de su paciente. “¿Usted sabe la gravedad, el riesgo que es operar a Maradona?”, le preguntó su hermano. “Cuando Gardel tuvo el accidente aéreo [en Medellín] se levantó la historia de que lo habían matado. ¿Se imagina la responsabilidad que está asumiendo?”. El médico lo tranquilizó: “Si me meto a hacer el trabajo es porque soy capaz de hacerlo y tengo la experiencia”. Aun así, el desafío era mayúsculo.

“Nos encontramos con una persona con una obesidad mórbida grado 3, muy significativa —explicó Chaux—. Tenía 136 o 138 kilos [los reportes de ese momento consignaron entre 115 y 121 kilos]. Con su estatura, le daba un índice de masa corporal *supremamente* alto. Le hicimos hacer todos los exámenes, la evaluación por el internista y por el cardiólogo. Se encontraba hipertenso, con la glucemia y la hemoglobina glicosilada [un análisis de sangre para diagnosticar diabetes] altas, y tenía una apnea del sueño muy significativa. Se le hicieron desde luego todas las pruebas toxicológicas para saber que no había ningún tóxico en su sangre”.

El recuerdo de Cahe coincide y se amplía: en su evaluación previa, Chaux había notado síntomas de problemas respiratorios y circulatorios, hipertensión, apnea del sueño, diabetes y alteraciones en el sistema renal. El cirujano colombiano asegura que por esos días Maradona no tomaba ninguna medicación psiquiátrica y que no había rastros de cocaína, marihuana ni anfetaminas. “Llegó completamente rehabilitado de Cuba”, asegura.

Pero aún no estaba listo para atravesar la cirugía. En un proceso de rehabilitación de tres semanas, había que normalizar la presión arterial, bajar la glucemia, regular el

metabolismo y hacer terapias respiratorias. Maradona empezó a caminar en el amplio *penthouse* que le habían prestado y de noche, en la calle, para que no lo reconocieran. Un asistente le administraba los líquidos que habían prescripto los médicos. Cumplido el plazo, un intensivista comprobó que todo estaba en condiciones. Entonces surgió un problema de último momento: Don Diego debía someterse a una cirugía de próstata y su hijo quiso acompañarlo. Chaux especuló con que podía tratarse de una excusa, o con un arrepentimiento de su paciente, pero Maradona regresó a los pocos días.

El *bypass* gástrico se llevó a cabo el 5 de marzo. Chaux actuó como cirujano principal, con Eduardo Bolaños —su colega en el quirófano— a la izquierda y Francisco Holguín —director médico— a la derecha.

Cahe y la médica que había hecho el contacto inicial también estuvieron en la sala operatoria. A Maradona se le colocó un asa biliar de un metro, un asa alimentaria de 1,5 metros y un *pouch* (bolsa) gástrico de unos 60 milímetros. El *bypass* gástrico o cirugía bariátrica está indicado para tratar casos de obesidad mórbida. Desde el punto de vista funcional, lo que produce es que los alimentos lleguen a la pequeña bolsa creada quirúrgicamente y desde allí pasen directamente al intestino delgado.

Era una operación riesgosa en la visión de Cahe, pero habitual para el especialista, que la consideró un éxito. Con el correr de los meses, Maradona pesaría apenas 75 kilos. Chaux estaba exultante. “Realmente se portó muy bien, tanto desde el punto de vista cardiovascular como respiratorio. Para esa época estaba casi recién salido un mecanismo para revertir los relajantes musculares de la anestesia. Se tenía todo, inclusive un fármaco recién llegado a Colombia que se utilizó para la recuperación. El despertar fue perfecto. No hubo ningún inconveniente ni necesidad de dejarlo intubado”.

Para que no quedaran dudas y tener cobertura ante cualquier imprevisto, había grabado el procedimiento. Quería probar que todo se había hecho de acuerdo con los estándares.

Al día siguiente Maradona ya ocupaba la habitación 207, la más amplia de la clínica. “Estaba feliz y no sentía ningún dolor”, insiste Chaux. Solo tenía algo de sequedad en la boca,

que se solucionó con enjuagues. Cahe, en cambio, recuerda un posoperatorio donde Maradona "la pasó mal" durante cuatro días. "Teníamos miedo, le costó recuperarse. Era un paciente de riesgo". La prensa quería más información. El colombiano reconoce que "empezó a volverse una situación incómoda para él. No le gustaban mucho los periodistas ni quería que vieran cómo estaba".

Médicos y allegados organizaron un operativo nocturno para que dejara la clínica en silencio y volviera al departamento, en donde al sexto día se le retiró un drenaje que le habían dejado. Dos semanas después de la externación, "unos amigos de él se lo llevaron a una casa de campo, creo en un transporte privado, para que nadie lo viera", explica Chaux. "Nunca nos informaba de su estado sino a través de ellos". Ya no podía hablar con su paciente: no sabía dónde estaba.

En contra de los rumores que circularon entonces, el cirujano aclara que "la cuenta de la clínica fue completamente cancelada y los honorarios nuestros también". Fue una acción que valoró. Por esos días, Maradona seguía declarándose en bancarrota. Después de la cirugía, alguien de su entorno le había contado que solo tenía cinco mil euros en sus cuentas. Familiares y amigos se encargaron de cubrir un procedimiento cuyos costos se estimaban en veinticinco mil dólares.

Por lo demás, solo tiene recuerdos favorables: "Maradona fue un muy buen paciente y conmigo no tuvo ningún problema. Jamás levantó la voz ni se sintió mal atendido".

* * *

Adrián Suar se cruzó con Diego Maradona después de la cirugía. El gerente de programación de Canal 13 sabía del cambio de figura, pero quedó impresionado ante su buen estado general. Rápido de reflejos, lo invitó a sumarse a una charla con el productor ejecutivo Eduardo "Coco" Fernández. La idea era animarse a pensar en un programa que tuviera al ídolo como protagonista.

Cuando empezaron a explorar esa posibilidad, los hombres fuertes de Artear se enteraron de que Maradona tenía otra

oferta televisiva, esta vez desde Italia, para participar de *Ballando con le stelle*, el show que acá se trasladaría al formato *Bailando por un sueño*. Aquella propuesta, especularon, podría haber sido otro de los motivos detrás de la operación. (Maradona viajaría más adelante a una de las galas, pero no pudo volver porque mantenía una causa abierta por una deuda impositiva en ese país).

Acostumbrado a liderar los ratings, Canal 13 había tenido un año difícil. Las tiras nocturnas no habían funcionado y Marcelo Tinelli, la máxima estrella de la televisión nacional, estaba ahora en Canal 9, levantando sus índices de audiencia en forma sensible. Era la oportunidad para cambiar de rumbo. *La noche del 10* terminó de cerrarse en una reunión con Maradona, Claudia y sus abogados. Cada lunes, el ídolo entrevistaría a importantes invitados nacionales e internacionales, además de recordar hechos y anécdotas de su carrera. Sería una celebración en vida, con gran presupuesto y un conductor en estado de gracia.

Horas antes del último ensayo, a Suar y Fernández les cayó una bomba. "Diego no lo va a hacer", anunció Claudia sin mayores explicaciones. El gerente sabía que Maradona estaba en la casa de sus padres, así que manejó hasta Villa Devoto con la misión de llevárselo. "Nos quedamos como dos horas haciendo guardia", recordó en marzo de 2018. "Hasta que vemos una rata, que es Diego, que hace así (se agacha) y corre al auto. Se mete y sale a toda velocidad. Lo perdimos. Se escapó". Había una sola interpretación: Maradona había entrado en pánico.

También faltó al ensayo del viernes anterior al estreno. Los responsables del ciclo estaban aterrados. Con la escenografía lista, Fernández hizo de Maradona, y los productores, de invitados. Le mandaron la grabación en un VHS. Cuando lo vio, les anunció: "Yo ya lo tengo".

Finalmente, se hizo la grabación para el debut del 15 de agosto. Fernández sigue sorprendiéndose: "Era como si el tipo hubiera hecho cincuenta o cien programas. Cómo manejaba los tiempos, caminar y hablar en simultáneo, mirar a una cámara y la otra… Nunca vi algo así, ni siquiera en conductores que ya tenían experiencia. Todo le salía naturalmente. Siempre había tenido las cámaras encima.

Había absorbido qué, cómo y a quién preguntar. Tenía una magia rara, especial".

El éxito fue arrasador: 29,6 puntos de rating el primer día. Desde entonces, Maradona se acostumbró a disputar los "súper lunes" de la TV con Tinelli y Susana Giménez. En los doce programas siguientes se lució como entrevistador de Charly García, Roberto Gómez Bolaños, Mirtha Legrand, Thalía y Raffaella Carrà, entre muchos otros. Algunos de los momentos más emblemáticos fueron sus relatos de goles históricos, cuando develó detalles inéditos; el homenaje colectivo de varias figuras de la música cantándole "La mano de Dios", de Rodrigo; el fútbol-tenis con Lionel Messi; el pico de 40,3 puntos al patearle un penal a su *coequiper* y ex compañero Sergio Goycochea; las charlas íntimas con Pelé y Fidel Castro. Fue, quizás, el último "gran Maradona" que pudieron disfrutar los argentinos.

¿Cuál era su estado real? Así lo recuerda Fernández: "Estaba físicamente impecable, con una lucidez y un control de su físico totales, que se veía en los juegos que hacía con la pelota. Muchas veces Cahe lo acompañaba al estudio. Controlaba que estuviera bien y equilibrado en la medicación. Durante unos pocos momentos se deprimía, quizá como efecto de la abstinencia o la propia medicación. Se encerraba en su camarín y entraban Claudia o Cahe. Pero enseguida se prendía otra vez. Entrenaba para jugar al fútbol-tenis, llegaba bien de aire, tomaba agua. A lo sumo, una copita en algún festejo. Y fumaba habanos: era su momento de distracción, algo importante para él. Pedía tener siempre en el camarín una caja de Cohiba Lanceros [considerados los mejores del mercado], que cargaba de a tres en una fundita individual".

Cuando cumplió 45 años, le organizaron un festejo inolvidable. Después de que la tribuna completa del estudio cantara el saludo clásico, se subió a un helicóptero que lo trasladó de los estudios de Martínez a la cancha de Boca. Una vez ahí, saludó a los jugadores y a la barra comandada por Rafael Di Zeo, a quien le había sido encargada una bandera. Se subió al escenario, abrazó a sus hijas y le dijo a La 12 "mi corazón es de ustedes". Por esos días, recuerda Fernández, "él estaba muy afectivo con la familia y trataba de reconquistar a Claudia. Le hizo una canción y le escribió una carta". La

temporada cerró el 7 de noviembre en el Luna Park, con el ex boxeador Mike Tyson como invitado, y el conductor cantando "La mano de Dios" en primera persona.

Para la memoria colectiva, el momento más emotivo del ciclo fue la entrevista que Maradona se hizo a sí mismo. Era un juego de montaje, donde una versión "contenida" del astro entrevistaba a otra más informal y —quizás— auténtica.

—¿De qué te arrepentís en tu vida?

—De no haber disfrutado el crecimiento de las nenas, de haber faltado a fiestas […] De haber hecho sufrir a mi vieja, a mi viejo, a mis hermanos, los que me quieren. De no haber podido dar el cien por cien en el fútbol. […] Con la cocaína daba ventajas, Diego. Vos lo sabés bien. Nos drogábamos, no dormíamos, nos consumíamos, y después teníamos que salir a la cancha.

—¿Alguna vez pensaste que nunca ibas a salir de la droga?

—Sí. Vos lo sabés bien. […] Cuando te viene el bajón, tenés que drogarte para seguir, y es una cadena. Ahí es cuando te viene la desesperación de no poder salir […] Me agarró lo que me agarró [el episodio de Punta del Este] y con la ayuda de mis hijas, mi vieja, mis hermanas, Claudia, que nunca aflojó… Yo me había alejado de todos, estaba abajo del agua. Me agarraron del pelo y me sacaron para que no me ahogue.

—¿Se puede decir que ya le ganamos a la droga o no?

—No, no se le gana nunca. […] Salimos de acá del estudio y en la puerta hay droga. Es inútil. Vos te acordás que cuando íbamos al doctor, famosísimo… No vamos a decir el nombre porque es mandarlo al frente. No vamos a decir que era Kalina [*risas*]. Nos cobraba 150 dólares la consulta. ¿Qué pibe en un barrio de Argentina tiene hoy 150 dólares para una consulta para ir a salir de la droga? Mientras haya dirigencia política que se hace rica con las drogas, los chicos lamentablemente no van a salir de la droga.

—Vos sabés cuándo nos drogamos por última vez. Contalo.

—No te hagás el boludo, Diego, que vos lo sabés. Si nos drogamos juntos. Hace un año y medio que no nos drogamos [*risas y aplausos*].

En efecto, lo obsesionaba la separación: "Tengo todas las culpas. Llené el cartón". Cuando sugirió que pensaba volver a Cuba para "tomar distancia" y "dejar a Claudia en libertad",

la cámara enfocó a Doña Tota, que negaba con la cabeza. “La sigo amando, pero cuando uno tira tanto la cuerda, al final se rompe”, insistía. En los próximos años se veía sin su mujer y yendo al palco de Boca. “Envejecer con mis nietos”, reconocía, “ya sería una muerte tranquila”.

—Si tuvieras que decirle unas palabras en el cementerio a Maradona, ¿qué le dirías?

—Gracias por haber jugado al fútbol. Es el deporte que me dio más alegría y libertades, como tocar el cielo con las manos. Pondría una lápida: “Gracias a la pelota”.

—¿Qué te gustaría que diga Claudia en la despedida?

—“Aunque estés muerto, te sigo amando”.

—¿Y qué te gustaría que digan tus hijas?

—“Te amamos” [*se quiebra*]. Nada más.

Capítulo 11

Recaída y exilio

(2006-2015)

Excesos con la comida y síndrome de abstinencia, ahora de alcohol. Hepatitis aguda. "No es que no quiera curarse, pero no aguanta la internación". Tres hospitalizaciones en menos de un mes. Un nuevo intento de tratar las adicciones. Euforia y caída como D.T. de la Selección. Diez puntos en el labio. Primera aventura en Dubái. Sedantes para el dolor en las rodillas. Cólico renal. La muerte de sus padres. Verónica y Rocío, los amores. El nuevo entorno. Altibajos físicos con el entrenador Claudio Borges. Diego Fernando y Jana. El insomnio, un laberinto sin salida. "Ajuste" del bypass *gástrico.*

Para lo que era la vida de Diego Maradona, los primeros meses después de su estadía en Cuba habían sido tranquilos. El mundo de sus emociones parecía haber encontrado reparo. Estaba en pareja con Verónica Ojeda, la profesora de Educación Física que había conocido durante un casamiento en Lanús. El ex jugador "tenía 45 años y estaba impecable", recordó ella. "Diego me vio y vino derecho. Le pidió permiso a mi papá para sacarme a bailar". Su fuente principal de ingresos era el *showbol*, los partidos de fútbol reducido con los que giró por el mundo junto a otras glorias de la Selección. También había proyectado una segunda temporada de *La noche del 10*, con invitados como su ídolo Michael Jordan, Julia Roberts y Brad Pitt, pero las negociaciones con Canal 13 y Telefe no prosperaron.

La paz se interrumpió el 18 de abril de 2006, al cumplirse dos años de su ingreso a la Suizo Argentina. Maradona volvió a ser internado a causa de dolores en la boca del estómago (epigastrio), esta vez en la clínica del prestigioso gastroenterólogo Luis Caro, en el barrio porteño de Palermo, para someterse a un análisis en el abdomen. "Se le hizo un estudio para comprobar cómo estaba la sutura de la operación gástrica, y está todo bien", explicó el doctor Cahe. "Le hicieron una anestesia local y permaneció tres horas internado". Como había subido al menos tres kilos en dos meses, las versiones sobre excesos alimentarios regresaron. Lo que el doctor Caro observó fueron pequeñas erosiones en la anastomosis entre el bolsillo gástrico y el intestino y que, además, la anastomosis era grande, hecho que generaba que Maradona pudiera ingerir cantidades más abundantes de alimentos, algo que le estaba contraindicado. No bien el ex jugador volvió a mostrarse en algunas salidas nocturnas, también regresaron los rumores sobre su adicción. El médico buscaba aclarar las cosas: "Desmiento totalmente que Maradona haya vuelto a consumir drogas. Tal vez haya hecho algunos desarreglos de comidas, pero está bien y en forma".

El astro fue una presencia central en la Copa del Mundo de Alemania, durante la cual comentó los partidos para el Canal

Cuatro de España. Y a pesar de que venía postulándose para ocupar su cargo, el entrenador de la Selección Nacional, José Pekerman, le abrió las puertas de la concentración argentina. Cautivaba a los jugadores con sus anécdotas y consejos. El 16 de junio, en Gelsenkirchen, levantó los brazos al cielo y festejó como un gol cuando Lionel Messi, a los 75 minutos, saltó a la cancha en su debut mundialista. Trece minutos después llegaría el primer tanto de quien desde entonces fue señalado como su sucesor.

Aquellos días cayeron rápido en el olvido. Una descompensación general obligó a otra internación, la noche del miércoles 28 de marzo de 2007 en el Sanatorio Güemes, del barrio de Almagro. Cahe explicaba que nuevamente había tenido excesos con la comida. Una semana atrás había ingresado al Sanatorio de los Arcos, en Palermo, para un chequeo completo. "Por su adicción a las drogas él me aseguró que hace mucho tiempo que no consume y lo puedo corroborar por los estudios de orina que estuvimos realizándole", explicó su médico. "Lo teníamos muy controlado, pero tuvo algunos desarreglos con la comida y por eso se lo ve a veces algo hinchado". Ya había subido cuatro kilos desde los 76 que pesaba tras el *bypass* gástrico.

El viernes 30 el panorama fue más claro. Con un síndrome de abstinencia de alcohol, la ex estrella de la Selección permanecía sedada, con suero y un monitoreo cardíaco permanente. No estaba lúcido ni ingería sólidos. Había custodia en su habitación. Contra su voluntad, ocupaba la cama 1304 en el decimotercer piso del Güemes. En su círculo íntimo estaban Dalma, Gianinna y Verónica, con quien se había mudado a una quinta de Ezeiza en febrero de 2007. Alguien que vivió aquellas horas las recuerda como una etapa particularmente difícil: "Fue bravo. Diego no reaccionaba. Hasta los mismos médicos pedían que se fuera. La situación era inmanejable. La gente [que lo visitaba] rompía los vidrios, rompían todo. Siempre había drogadictos acompañándolo".

Ya se hablaba de una hepatopatía crónica, es decir, una lesión duradera en el hígado. El doctor Cahe trataba de atemperar las cosas: "Cambió una adicción por otra. Para una persona que tiene una personalidad adictiva, el exceso de alcohol es preocupante, pero no está en riesgo. Por supuesto

que debe ser controlarlo día tras día, por si le produce un problema hepático o pancreático".

Héctor Pezzella, director médico del Güemes, intentaba mostrar algo de calma. "No está en riesgo su vida. Sufrió un desequilibrio y ahora está estable. No fue internado con un coma etílico y se descarta que sufra una abstinencia a la cocaína. Está sedado para evitar los efectos colaterales de la abstinencia al alcohol".

Gabriel Buono reconstruye parte de aquel proceso. "Al principio se volcó mucho al habano; fumaba seis o más por día. Y después, de a poco, al alcohol. *Volcó* mucho más rápido que con la droga, porque hace daño mucho más rápido".

De a poco, empezaba a rearmarse un esquema para abordar la complejidad de la situación, con un equipo médico ampliado. "En esta primera etapa se hará una desintoxicación; en la segunda, se tratará de que cambie sus hábitos de vida", adelantaba el psiquiatra Carlos Nasep, que dirigía la clínica neuropsiquiátrica Avril. Conocedora de los antecedentes de Maradona, su familia no era optimista en ese aspecto.

A principios de abril, el proceso de desintoxicación marchaba con "una buena evolución clínica", y análisis y ecografías que mostraban "una lenta mejoría", según los partes médicos. Aun sedado, respondía a algunos estímulos. "Cuando se le pregunta algo, gira la cabeza, mira y responde. Pero no puede establecer una conversación", reconocía el doctor Pezzella. "Es difícil mantener con él un diálogo de preguntas y respuestas, pero sabe escuchar —confirmaba Cahe—. Asiente con sus silencios y es reflexivo". La hipótesis de complicaciones hepáticas seguía inquietando a los médicos. Cuando le preguntaron a Cahe por la versión de que su paciente había tomado "hasta seis botellas de champán con energizantes" la semana anterior a su ingreso, reconoció que "se excedió con el alcohol, pero no sé cuánto tomaba".

El martes 3 el diagnóstico se había clarificado. Como en 1983, Maradona sufría una hepatitis, esta vez aguda y por intoxicación con alcohol. "Un paciente con este cuadro patológico debería estar, al menos, dos semanas internado. Pero Maradona es Maradona, y no se sabe…", reconocía su médico personal. Como se negaba a permanecer en el

sanatorio, la sedación seguía siendo el único método para controlar una abstinencia que podía traducirse en convulsiones y excitación psicomotriz. Con el correr de los días empezó a trascender que Maradona atravesaba un bajón anímico por problemas familiares. “El estrés que pasó en los últimos tiempos fue de tal magnitud que tuvimos que internarlo”, confió el doctor Cahe, que también reconoció desequilibrios con el tabaco.

“Si tiene otra recaída, su cuadro se agravaría mucho”, advertía Pezzella, que no ahorraba palabras en su diagnóstico: “Creo que Maradona se cree un dios y ese puede ser el origen de algunos de sus males”.

El alta llegó el martes 10 de abril por la mañana. “Estoy bien y nunca me quise escapar de la clínica. Estoy con la gente que me quiere y voy a cumplir con el tratamiento”, dijo en una entrevista televisiva. “Gracias a Dios me tomaron a tiempo este problema. Por eso el domingo iré a ver el Boca-River aunque sea con suero. Lo único que lamento de todo esto es que tuve que pagar 16.000 dólares de internación. Eso significa que en este país hay mucha gente que se muere por eso”. El cierre de la nota fue sorpresivo. “Cahe dejó de ser mi médico desde anoche”, anunció el ex jugador, quizá molesto con las declaraciones de las horas previas. El médico había sugerido que, una vez más, su paciente había decidido volver a casa antes de tiempo.

* * *

El doctor Cahe tenía razón. A los tres días, Maradona volvió a ser internado. La madrugada del viernes 13 de abril empezó a sentir un dolor insoportable en el abdomen. Estaba en su quinta con Verónica y algunos amigos. A las tres volvió a llamar a su médico, con quien se había reconciliado. Dos horas después ingresaba al hospital zonal de Ezeiza en una ambulancia que la municipalidad tenía a su disposición. “Por ahora, no hay una patología concreta. El estudio de las transaminasas [enzimas] da elevado, pero es por la hepatitis tóxica que padeció y está controlada”, explicó el director del hospital, doctor Oscar Cicco. “Habrá que seguir de cerca el

tema psiquiátrico; va a necesitar un estudio y un apoyo terapéutico; lo hemos hablado con su médico personal".

Después de tres horas, Swiss Medical lo trasladó al Sanatorio de los Arcos, donde lo visitaron Claudia, sus hijas, sus padres y su hermano Lalo. "Está consciente, dolido y preocupado", confió un familiar. Se le hicieron análisis de sangre, ecografía y endoscopía. Su hermana Rita firmó un documento en el que aceptaba que los estudios complementarios se le hicieran bajo el seudónimo "Miguel Santos", para "preservar la intimidad del paciente frente a posibles infidencias".

Enseguida, trascendió que familiares y médicos también estaban preocupados, fundamentalmente por su salud psíquica. Se imponía un tratamiento que tuviera en cuenta su personalidad impulsiva y adictiva. El tema había tomado escala nacional. "En la vida de Maradona no hay piloto", criticó el doctor Ginés González García. "No se puede seguir así. Hay que tomar una decisión con su futuro y su salud". El entonces ministro de Salud Pública de la Nación hizo saber que el ex jugador debía ser tratado como un paciente más, sin las prerrogativas que terminaban perjudicándolo.

Al día siguiente se confirmó que Maradona había sufrido una recaída. "Los valores hepáticos se dispararon nuevamente y no están bien", reconoció el doctor Cahe. "Necesitará un tiempo más de internación, pero no será nada fácil convencerlo". Mientras los fármacos contenían las manifestaciones clínicas de su sindrome de abstinencia, un equipo de psiquiatras encabezado por el doctor Nasep —quien también había confirmado el consumo de tabaco— lo visitaba con frecuencia en su habitación común, al igual que especialistas en hepatología, clínica y nutrición. Se lo puso bajo una dieta estricta a base de papillas. "Está lúcido y no quiere saber nada con un tratamiento", describía uno de sus familiares. "Pero lo necesita imperiosamente. No es que no quiera curarse, pero no aguanta la internación".

El 19 de abril se sometió a otro SPECT, que volvió a arrojar "múltiples áreas de hipoperfusión [provocada por la reducción brusca del gasto cardíaco] más significativas a nivel frontal bilateral. Además hay áreas distribuidas en lóbulos temporales a predominio izquierdo, parietales y

occipital derecho". Además del antecedente de 2004, la prensa citaba uno de 2005, que "confirmó que Diego tenía una lesión irreversible en la corteza frontal y pre-frontal" causada por la cocaína, según el periódico *Perfil*. Su ex psiquiatra Roberto Ávalos opinaba que una "frontalización" le había producido trastornos en la conducta. En la jerga médica, la frontalización alude a afecciones de los lóbulos frontales del cerebro que producen alteraciones en el razonamiento, la capacidad de generar estrategias que permitan solucionar problemas, el lenguaje, el control motor, la motivación, la afectividad, la personalidad, la atención, la memoria, o incluso, la percepción.

El doctor Cahe estaba al tanto de esto. "Lo había chequeado varias veces y ya venía con lesiones cerebrales. Una vez conversé con él. Le dije que tenía miedo de que volviera a lo de antes. Pero ya había vuelto. No me gustaba la posibilidad del Alzheimer o el envejecimiento cerebral. Había lesiones neurológicas vasculares".

La frase está en línea con lo que había referido el doctor Lentini.

Finalmente, Maradona aceptó volver a una institución especializada. Un documento fechado en Los Arcos el 21 de abril, con su firma al pie, asegura que había sido informado de la naturaleza de la enfermedad que motivaba su internación, relacionada con el consumo de alcohol. Los médicos de ese sanatorio y el propio doctor Cahe le informaron que debía seguir el tratamiento en la Clínica Avril.

Se trataba de un centro de desintoxicación e internación psiquiátrica breve, con guardia permanente. Sus tres pisos incluían espacio de lectura, sala de escritura y reposo, y salón de usos múltiples con capacidad para actividades físicas y recreativas. Era su novena internación de la década y la tercera en menos de un mes. Lo esperaba un equipo de especialistas en psiquiatría, psicología, neurólogos, neuro-psico-farmacólogos, terapistas familiares y expertos en adicciones, supervisados por el doctor Nasep y el director médico, doctor José Tejada.

El tratamiento empezó el domingo 22. Maradona estaba encerrado en una habitación común, medicado, sin privilegios

ni permiso de visitas. Era la primera etapa de un período que se estimaba en dos meses. “Está bien, muy lúcido y coherente”, aseguraba el doctor Cahe. “Se curó de su hepatitis, pero no puede tomar ni una gota de alcohol, porque en caso contrario su situación podría empeorar significativa y abruptamente. Es la primera vez que Diego firma y acepta hacer un tratamiento por su adicción al alcohol, algo que me llena de expectativas sobre su cura […] Siempre ha jugado con la muerte, pero soy optimista y creo que saldrá adelante”.

De a poco, empezó a participar de las charlas con otros adictos, asombrados de tenerlo como compañero. Miraba televisión a la hora del almuerzo y en la sala de juegos. En lugar del programa de talleres (literarios, artísticos y musicales), se había inclinado por la actividad física, gracias a una rutina que le armó un profesor. Se afeitaba con frecuencia y se bañaba dos veces por día. Ojeda, sus padres y sus hermanos lo seguían de cerca. Estaba lúcido y los extrañaba. La estadía en Avril terminó el domingo 6 de mayo, solo dieciséis días después de su llegada. El paso siguiente era un tratamiento ambulatorio, con el compromiso de volver a la clínica tres veces por semana.

La noche posterior a su salida, volvió a la máxima exposición pública. Fue la atracción principal de *Showmatch*, que había vuelto a Canal 13 y competía con la final de *Gran Hermano* por Telefe. “Algunos lo empezamos a llorar, pero él está más vivo que nunca y con ganas de hablar”, lo presentó Marcelo Tinelli. Sedado y sin la chispa habitual, escuchó los aplausos del público cuando aseguró que llevaba más de dos años sin drogarse. El tono confesional también lo llevó a admitir que lo acompañaba un enfermero, que se aseguraba de que tomara los fármacos recetados.

* * *

En los meses siguientes, Maradona volvió a experimentar algo parecido a la calma. Aún con asistencia ambulatoria, en junio empezó a hacerse chequeos para retomar los entrenamientos y las giras del *showbol*. “El único gusto que se da es fumarse un habano por día, aunque cuando empiece a intensificar el entrenamiento seguramente lo dejará”,

pronosticaba el doctor Cahe. “Se cuida en las comidas y lo más importante es que está feliz”.

Entre noviembre de 2007 y abril de 2008 empezó a saldar algunas cuentas pendientes. Primero se disculpó con su hijo, Diego Junior, por medio de una carta enviada a la Justicia de Nápoles. Buscaba así cerrar un litigio de dos años con Cristiana Sinagra, enfurecida al escuchar las palabras de su ex amante en *La noche del 10*: “Aceptar no es amar. Tengo dos hijas que son el amor de mi vida y estoy pagando con dinero los errores del pasado”. En el texto, Maradona pedía perdón por el “malentendido”. Lejos del rencor, su hijo reconoció que “desde luego estoy contento; es algo que ya no me esperaba. Aunque mi padre no obstante no tiene en mi vida el puesto que hace poco esperaba tuviese”. Con el tiempo, la relación se fortalecería.

Más tarde desistió de la querella que le había entablado a Guillermo Cóppola por presuntas irregularidades en el manejo de sus finanzas. “Él se enoja por una cuestión de celos, diciendo que le robé la plata de las hijas. [Pero en Cuba] no teníamos para comer, no teníamos para la nafta”, recuerda el representante. Durante las dos horas de audiencia de conciliación, el clima, por momentos, fue tenso, pero siempre cordial. Cóppola ya había presentado la documentación que confirmaba su renuncia a los poderes, que habían sido cedidos a Claudia. Después de acordar que cada uno pagaría su parte de las costas, se despidieron con un beso en la mejilla. “Me voy conforme porque lo vi a Guillermo predispuesto —celebró Maradona más tarde—. Me di cuenta de que sigue siendo el mismo de siempre, con sentimientos. Esto se va a resolver porque los dos estamos necesitados de trabajar”.

Eso hizo el ex capitán del seleccionado a partir del 28 de octubre, cuando confirmó que cumpliría uno de sus sueños más buscados: dirigir al equipo con el que había alcanzado la gloria. Como reemplazante de Alfio Basile, Maradona tendría muy cerca a dos viejos conocidos suyos: Carlos Bilardo como secretario técnico y Fernando Signorini como preparador físico. Cuando lo eligieron, reconoció:

> Yo no estaba bien antes. Era fácil decir que Grondona no me daba la

> Selección, quedaba fácil para mí que no me den ninguna responsabilidad. Hoy es otra historia.

Ese mismo año 2008, el doctor Caro volvió a realizarle en Los Arcos una endoscopía programada a causa de una dispepsia. El estudio mostró la existencia de erosiones en el *pouch* gástrico, por lo que se sugirió realizarle un procedimiento para cuidar el antro gástrico. Junto con esto, se le indicó un régimen dietético.

En mayo de 2009 se difundió una entrevista inédita que le había dado a su amigo y periodista Gianni Minà cuatro años atrás. Al hablar de la cocaína, asumió toda la responsabilidad, negó presiones externas y buscó aclarar un punto sensible.

> A veces, un diario decía "Maradona se quiere matar". Eso no es verdad. Pienso que quien quiere matarse es un cobarde que no quiere enfrentar la vida. Y yo acepté enfrentar la vida.

Su etapa como entrenador albiceleste estuvo llena de altibajos. Descartó a Juan Román Riquelme y le dio la camiseta número 10 a Leo Messi; recuperó a Juan Sebastián Verón y apostó por jugadores como Ángel Di María y Sergio Agüero, entonces pareja de Gianinna, que el 19 de febrero de 2009 le dio su primer nieto, Benjamín.

El 15 de septiembre de ese año volvió a uno de sus lugares de máxima confianza: el spa de Henri Chenot. Tenía motivos de preocupación. La policía italiana le había confiscado unos aros valuados en cuatro mil euros, por una antigua deuda con el fisco. Y la Selección estaba al borde del precipicio, en unas Eliminatorias que transitaba entre momentos fatídicos —como el 1-6 en La Paz ante Bolivia— y épicos, como el gol agónico de Martín Palermo para la victoria ante Perú. El spa representaba un paréntesis de relajación, dieta rigurosa y rutina de ejercicios para bajar de peso. Ocho días después, salió renovado.

El clima previo al Mundial de Sudáfrica 2010 era de optimismo, después de un buen recorrido en los amistosos preparatorios. Maradona lo acompañó con un cambio de aspecto: pelo crespo, barba, camisa blanca bajo un traje gris metalizado. Pero durante unas horas, la atención se desvió hacia un hecho insólito. La versión oficial aseguraba que el

entrenador dormía en su casa de Ezeiza la noche del 29 de marzo de 2010, cuando se le acercó Bella, su perra *shar pei* de cuatro años. Era una raza habituada al ambiente familiar, pero estaba clasificada como de combate y "tiene un resabio de pelea cuando se lo mira a los ojos", explicaría más tarde el veterinario Enrique Romero.

Cuando su dueño intentó acariciarla, Bella respondió con una mordedura en la cara. A las 2:15 de la madrugada, Maradona llegó al Sanatorio de los Arcos ensangrentado y con heridas en la boca. "Fue evaluado por cirugía plástica y llevado a quirófano, donde se hizo una cirugía reconstructiva de su labio superior, por lo que se resolvió la lesión infligida", explicó el parte médico. Fueron diez puntos de sutura a cargo del cirujano Alejandro Drueto. El entrenador quedó alojado en la habitación 606 —curiosamente, seis es "perro" en la quiniela—, miró televisión y recibió a Dalma. A las 11:40 salió del centro médico por una de las puertas traseras. Esas pocas horas, sin embargo, alcanzaron para ser noticia mundial: el *Washington Post* lo destacó como el hecho más importante del día en América Latina.

Maradona fue la mayor atracción de la primera Copa del Mundo celebrada en África. También eclipsaba puertas adentro: buena parte de los tiros libres que pateaba durante las prácticas a los arqueros Sergio Romero, Mariano Andújar y Diego Pozo terminaban en el ángulo. Messi aprendió a perfeccionar su técnica de pelota parada con el mejor maestro posible.

Aunque el funcionamiento no fue ideal, la Selección cerró la primera ronda con puntaje perfecto: 1-0 a Nigeria, 4-1 a Corea del Sur y 2-0 a Grecia. Después del 3-1 contra México por los octavos de final, era el turno de enfrentar a Alemania, la selección con la que Maradona había gozado y sufrido en partes iguales. El partido en Ciudad del Cabo fue un suplicio: un 0-4 que desnudó las enormes diferencias de preparación. Con una multitud recibiendo al plantel en Ezeiza, Maradona estaba decidido a seguir. El presidente de la AFA fue estratégico: le ofreció renovar sin siete de sus colaboradores, entre ellos Signorini y Alejandro Mancuso, con quien había sido socio en los partidos de *showbol*. Como era previsible, el entrenador dejó el cargo, no sin antes estallar contra sus

superiores: “Grondona es un mentiroso y Bilardo, un traidor”.

Para Buono, que había formado parte de las gestiones que derivaron en la asunción de Maradona en el cargo, el ídolo se equivocó: “Grondona quería que siguiera, pero Diego bancó a algunas personas que no tenía que bancar”. El desenlace lo dejó “bastante bajoneado, porque él era muy feliz ahí. Parecía un nene con su primera pelota”.

Muchos de quienes siguieron su vida y su carrera creen, de hecho, que ese 28 de julio empezó el largo camino final de la decadencia física y emocional del Diez. El mundo del fútbol de elite dejó de confiar en sus aptitudes como técnico, mientras empezaron a sucederse problemas físicos que volvían a su cuerpo una cárcel. Era el comienzo de un exilio interno y externo.

* * *

En mayo de 2011 Maradona aterrizó en Dubái, uno de los siete Emiratos Árabes Unidos. Empezaba otro capítulo de su vida, en esa monarquía federal donde el dinero del petróleo había construido una metrópoli de rascacielos, alta tecnología y hoteles siete estrellas. El Al Wasl Sport Club lo había convocado como técnico, con una oferta millonaria. El presidente era hermano del gobernante de Dubái. Los dueños, jeques que observaban las prácticas tomando té en sillones de cuero. Buena parte de los jugadores eran sus hijos y sobrinos. Algunos, incluso, integraban las fuerzas de seguridad dubaitíes.

“Es una experiencia maravillosa, bárbara, que vine a buscar yo”, aseguraba Maradona, que ponderaba “la oportunidad de poder dirigir en un país donde quizá no estén todas las estrellas, pero sí podés tener un equipo para comandar, buen dinero, te dan los jugadores que pedís, todo”. Lo acompañaban Héctor Enrique, Roberto Trotta (ayudantes) y Javier Villamitjana, el preparador físico que lo había asistido en su puesta a punto para el Mundial 94.

Maradona y Ojeda se instalaron en una casa de The Palm Jumeirah, un barrio artificial con forma de palmera construido sobre el mar. Tenía seis habitaciones, sala de cine, garaje para dos autos, cuartos para el personal doméstico y el

chofer, y seis baños con hidromasaje. Afuera lo esperaban un gran jardín con pileta de natación, jacuzzi y salida directa a una playa privada. Allí pasaría la mayor parte de sus días, lejos de las fiestas y la exposición pública de otros años. Los jeques lo llenaron de regalos, entre ellos un Rolls-Royce que —según relató uno de los dos ayudantes que más lo acompañaban— apenas se usaba para ir al supermercado.

Cuando se enteró de que Maradona llegaría a Dubái, Rashid Ali García —un argentino que estaba trabajando en el Al-Nassr de Arabia Saudita— presentó a las autoridades de Al Wasl un proyecto para desarrollar en español el sitio web y las redes sociales del club. Tras la firma del contrato del ídolo, logró acercársele con respeto y constancia: solía ser el único periodista argentino en entrenamientos que nunca convocaban a más de una decena de personas. Sin otros compatriotas a la vista, fueron construyendo una relación de cercanía. Harían doce entrevistas para la revista del club. García entraba en la casa de Maradona sin golpear la puerta y jugaban al fútbol una vez por semana.

Las primeras prácticas fueron en pleno Ramadán, el mes sagrado de oraciones y reflexión para el Islam. “Quiso hacer la pretemporada en el club: un error, porque los futbolistas no se concentraban y por las altas temperaturas. A los pocos días decidió que las prácticas empezaran a las doce de la noche, con los jugadores recuperándose de la comida posterior al ayuno. El entrenamiento terminaba a las dos. Después de llegar al vestuario, charlar y hacer un fútbol-tenis, se hacían las cinco, seis, siete de la mañana. Diego tenía un ‘blistercito’ con cuatro o cinco pastillas que tomaba para ‘bajar’ y se dormía. Al otro día llegaba al club después de las cinco de la tarde, pero siempre lo vi bien. Entrenaba, jugaba muchísimo al fútbol, tenía capacidad de reacción”.

Ese estado tenía un correlato en su relación con el alcohol, que el periodista describe como esporádica durante los primeros meses. “En los bares de hoteles se puede consumir en determinado horario. Hay que demostrar que no sos musulmán y unos días después la Secretaría de Comercio te da un permiso para comprar, en una sola cadena y a precios tres veces superiores a los valores internacionales. Diego tenía mucho más acceso a bebidas en su casa. En las primeras

entrevistas siempre le vi la lucidez habitual".

En aquel paraíso artificial Maradona se reencontró con un viejo conocido: el doctor Néstor Lentini, quien durante cinco meses se sumó a su cuerpo técnico. "Trabajamos muy bien. Diego era increíble, pero estaba excedido de peso. Un día me dijo: '¿Me ayuda a entrenar? Quiero correr un rato en la cinta'. Entonces le propuse: 'Vamos a hacer un trabajo intermitente: corrés a nueve kilómetros por hora rápido, y después te ponés a los costados de la cinta para hacer quince segundos de pausa. Eso te va a hacer gastar más ácidos grasos. Cinco minutos nada más, eh'. Terminó haciéndolo durante veinte minutos. Después se tomaba todo el Gatorade".

El médico cuenta que el vínculo con el alcohol en los emiratos "empezó como quien empieza jugando, con la cerveza. Le gustaba mucho. Un vasito, alguna picardía para que los árabes no lo vieran. Estaba lúcido, no se pasaba. Entrenaba y corría a la par de los futbolistas. Pero después fue *in crescendo*. También coincide en que tomaba "muchas pastillas". Se empezaban a profundizar los problemas con el sueño. "No se podía dormir, era un martirio para él. A lo mejor lo hacía dos horas, a las cinco de la mañana. Y después otra vez. Cuando se levantaba era un desorden".

Un testigo directo de aquellos días cuenta que esa rutina desordenada también alcanzaba a su vida sexual. "El tema de las mujeres, conocidas y desconocidas, era un descontrol, algo increíble. Un día, antes de un partido, estábamos en el Shangri-La, un gran hotel que tiene Dubái. Entramos al ascensor y en el segundo piso había una fiesta. Subieron unas suizas. De pronto una lo reconoció: '¡Diego!'. Para qué… Lo rodearon y avanzaron sobre él. Cuando llegaron al segundo piso, él dijo: 'No, ahora sigamos hasta el noveno'".

Eran jornadas de contradicciones. La excitación de la experiencia en Medio Oriente se mezclaba con su tristeza ante el debilitamiento de su madre, Dalma Salvadora Franco, internada el 28 de junio por una neumonía. Su hijo habló a corazón abierto:

> Le pido a Dios que no me la lleve, que le dé otra oportunidad, que nos deje volver a comer con ella, tomar mate con ella. Por favor, que no me la lleve porque sería terrible para mí, para todos mis

hermanos, para mi nieto, para mis hijas. Ojalá que los médicos hagan un milagro.

A los pocos días, y por segunda vez en su vida, chocó contra un colectivo. Fue el 10 de julio en el barrio El Trébol, cerca de su casa de Ezeiza, mientras viajaba junto a Verónica en su camioneta Honda. Sufrió un golpe en la rodilla. Ella, otro en la cadera. "Se le hicieron algunos estudios para despejar cualquier tipo de duda, pero los dos están bien y fuera de peligro", aclaró el doctor Oscar Cicco, director del hospital zonal que lo había atendido durante una de las recaídas de 2007. Casi un mes después, dirigió su primera práctica en Al Wasl.

Enseguida tuvo que regresar al país por la peor noticia. A los 82 años, el sábado 19 de noviembre murió Doña Tota. Había sido internada en Los Arcos con un cuadro de sepsis, insuficiencia renal crónica reagudizada e inestabilidad hemodinámica. Antes del entierro en un cementerio privado de Bella Vista, al noroeste del Gran Buenos Aires, los minutos de silencio se multiplicaron en los estadios. El ídolo recibió condolencias que iban desde los vecinos de Villa Fiorito hasta la presidenta Cristina Fernández de Kirchner. Despidió a su madre con una emotiva carta abierta, que acompañó con la última foto que los mostraba juntos y sonrientes.

Se fue mi novia, mi reina, pero en mi corazón late su nombre. ¡Te amo, Tota! ¡Para toda la vida! Nos vemos en el cielo, mamá.

Nunca volvió a ser el mismo. "Le cambió la mirada", dice Ali García. "Se apagó ese fuego especial". Su cuerpo empezó a evidenciarlo. Sumaba cada vez más kilos. Las rodillas, que le dolían desde el accidente en Cuba, empezaban a resentirse. Podía correr, pero cuando el cuerpo se enfriaba, el sufrimiento regresaba. La medicación y los sedantes se volvieron una parte fundamental de su vida cotidiana. También los dolores de estómago. El 14 de enero de 2012, cuando Al Wasl consiguió una victoria después de cinco fechas, la prensa local dio cuenta de la debilidad del argentino. "Se lo notó cansado en el banco de suplentes", aseguraba el diario *Gulf News*. La floja campaña lo llenaba de malestar, tanto como sus quejas contra los arbitrajes y la falta

de refuerzos.

La mañana siguiente volvió a sentir fuertes dolores abdominales, hizo una consulta médica y se decidió una operación de urgencia en el Hospital Canadiense de Dubái. Sufría un cólico renal. La cirugía consistió en una fragmentación de los cálculos por vía laparoscópica. En su convalecencia pidió ver el partido del siguiente adversario (Sharjah FC) y advirtió que quería volver al trabajo enseguida, aunque la indicación era pasar tres días sin realizar movimientos bruscos.

Después de las pruebas de rigor, regresó a su casa la mañana siguiente. “Estoy mejor que en el 86, no se preocupen”, se leía en sus redes sociales. A los dos días estaba en Shanghái para participar de un evento comercial de la marca suiza de relojes Hublot. Todavía sentía dolores abdominales y un poco de fiebre, pero aseguró “a todos los que me quieren, que estoy bien”.

La aventura de Al Wasl terminó el 10 de julio, cuando el club anunció su despido por Twitter. La temporada había sido decepcionante, con un octavo puesto entre doce competidores. La decepción era mutua. “Se suponía que yo llegaría aquí para trabajar duro y ganar algo”, había dicho en una conferencia de prensa. “Mi intención no era venir a relajarme o a pasar el tiempo en la playa”.

Maradona había protagonizado algunos incidentes que aceleraron su salida: pateó la mano de un hincha después de su primera victoria, tuvo gestos desmedidos que ofendieron a los técnicos rivales y subió a la tribuna para enfrentarse con seguidores de Al-Shabab, que supuestamente habían insultado a Verónica y a las esposas de varios jugadores. La campaña de veintitrés partidos terminaba con once victorias, tres empates y nueve derrotas. Pero su relación con Dubái continuó. Ese año firmó un contrato para participar de eventos y ser una de las caras visibles del Ministerio de Deportes emiratí, que buscaba posicionarse en la elite global del fútbol y otras disciplinas.

* * *

El 13 de febrero de 2013 Verónica dio a luz a Diego

Fernando, el quinto hijo oficial de Maradona y el primer varón que reconoció desde el comienzo. Sin embargo, al enterarse del embarazo, el ex jugador no había querido continuarlo. Terminó aceptando tras una charla con Ojeda, pero la relación se cortó.

Ocho años después, ella reveló que había quedado embarazada en Dubái. “Me lo dijeron delante de Diego. ‘¿Cómo, si tengo el DIU [dispositivo intrauterino]?’, contesté. ‘Estás embarazada’, me dijeron. Diego dijo que no podía ser. Me hicieron la ecografía y se confirmó. Diego se enojó. Le echó la culpa al doctor Cahe”.

Ojeda también contó que había perdido otros dos embarazos mientras salía con Maradona, entre ellos el de una nena. “Hicimos análisis para ver por qué los perdíamos. No era mi culpa. Era culpa de Diego. No quiero hablar de eso, porque sufrí mucho”.

Cuando Diego Fernando nació en Buenos Aires, su padre seguía en Dubái. “De la nariz para abajo se parece a Maradona”, anunció el abogado de Verónica, Jorge Auruccio, que explicó que Maradona lo reconocería mediante un documento enviado desde la embajada argentina en los emiratos. Era una mala noticia para el círculo íntimo del ex futbolista. Dalma y Gianinna acusaron a Verónica de haber quedado embarazada por interés económico, y un juez impuso a Claudia una orden de alejamiento que la obligaba a mantenerse a no menos trescientos metros de Ojeda, quien alegaba amenazas.

Apenas diez días después del nacimiento de Diego Fernando, Maradona —de 52 años— oficializó su relación con Rocío Oliva, una visitadora médica tres décadas menor, que además era futbolista de River. Lo había hecho con una foto que lo mostraba sonriente junto a un cartel: “Rocío te amo”. Alguien que estuvo cerca del astro en esa época asegura que “se la acercaron para acompañar” su soledad creciente. Sería una relación volcánica, que incluyó acusaciones de robo, episodios de violencia nunca aclarados, reconciliaciones repetidas y un nuevo tatuaje, esta vez sobre su pectoral izquierdo: la leyenda “Perra”, como la llamaba en la intimidad.

“Cuando conoció a Oliva, en Mar del Plata, Diego estaba

soltero", asegura Buono. "No es que engañó a Ojeda. En esa época estaban distanciados. Después volvieron un poquito y se pelearon otra vez. Entonces se posicionó Oliva".

Empezaba a configurarse el entorno que regiría su vida hasta el final. Ali García revela los detalles: "Hasta ese momento lo veía cada dos semanas en eventos, reuniones o cumpleaños. Pero de golpe se cerraron las posibilidades de hablarle, escribirle mensajes y visitarlo en su casa. Entre febrero y mayo se armó una muralla de contención a su alrededor, una verdadera runfla. El primero en llegar fue [el empresario y abogado penalista, Víctor] Stinfale, a quien le hice la visa para acceder a Emiratos. Después viene [el abogado, Matías] Morla, que se acerca para manejar los números, en reemplazo de Andrea Alicante, cercana a Ojeda. La última cara es [el cuñado de Morla y futuro secretario del entrenador, Maxi] Pomargo. Como Morla iba y venía, este muchacho era un poco sus ojos. Estaba todo el tiempo atrás de Diego. Fue la primera vez que lo vi con personal de seguridad. 'Lo estoy cuidando', decían. Hasta ese momento iba al supermercado solo, con Verónica o conmigo. Nadie lo jodía. Pero se armó un esquema de película mafiosa".

Stinfale, a quien Maradona había conocido en 2000, fue su abogado durante el conflicto legal con Ojeda. Gerenciador de Deportivo Riestra, convocaría al ídolo varias veces para dar charlas motivacionales ante los jugadores del club de Villa Soldati. Entre sus clientes estuvieron José Barritta, el ex líder de la barra brava de Boca; el traficante de armas sirio Monzer Al Kassar; el ex policía Carlos Telleldín, partícipe el atentado a la AMIA; y Luis "El Gordo" Valor, jefe de una banda delictiva. "Si Hitler me da un millón de dólares, lo defiendo", llegó a decir por TV.

El propio Stinfale fue quien habilitó a Morla, un egresado de la Universidad de Morón, para que cumpliera su sueño de representar a Maradona. Después de hacerse conocido como defensor del carpintero Néstor Altamirano, acusado de participar del crimen de la niña Candela Rodríguez en 2011, lo contrataron distintas figuras del mundo del espectáculo, entre ellas, Moria Casán. Su ídolo terminó convocándolo para manejarle los temas de representación, legales y comerciales.

* * *

A mediados de 2013, un Maradona de 107 kilos se planteó recuperar la forma física. Volvió a confiar en Claudio Borges, el preparador que había trabajado con Daniel Cerrini y con quien más tarde entrenó para los partidos de *showbol*. Al ex jugador lo entusiasmaba un compromiso de septiembre: el "amistoso por la paz" en Roma, que patrocinaba el papa Francisco, con quien consolidaría una relación cálida.

Borges le pidió un chequeo completo; quería saber hasta dónde podría exigirlo. A pesar de su negativa inicial, Maradona volvió a Los Arcos, donde se cerró un piso para someterlo a otra batería de estudios, incluidos un eco stress y una colonoscopía. "Nos quedamos asombrados porque todos los resultados dieron bien, incluso la parte cardíaca", dice Borges. La confirmación llegó a través de una junta médica organizada por Claudio Belocopitt.

El preparador físico pidió que a Maradona se le comunicara un optimismo moderado: no quería que se excediera en sus libertades. Entonces viajó entre septiembre y octubre a Dubái, donde permaneció veinte días. "La primera propuesta fue bajar [su peso] de las tres cifras. Le pedí un esfuerzo. Hicimos doble turno y le bajé diecisiete kilos. Jugó los noventa minutos del partido del Papa. A pesar de que sus rodillas ya estaban muy deterioradas, lo vimos ágil".

Como tantos otros profesionales que lo atendieron a lo largo de su vida, Borges estaba sorprendido por la facilidad de Maradona para ganar y perder peso. El trabajo se había centrado en ejercicios aeróbicos y de fortalecimiento de la musculatura, con alternativas como fútbol-tenis, boxeo y bicicleta. "Era fácil bajarlo de peso bajando masa" muscular, grafica. "Pero teníamos que tener rendimiento físico: mantener la masa perdiendo tejido adiposo". Los primeros resultados fueron asombrosos. En el Mundial Brasil 2014 lució pectorales estilizados, abdominales rocosos y bíceps prominentes.

Maradona saldó otra cuenta pendiente en agosto, cuando aceptó conocer a Jana, la hija de 18 años que había tenido con Valeria Sabalain. Fue en uno de los gimnasios en los que entrenaba junto a Borges y antes de volver a Dubái, donde

permanecía como “embajador deportivo”. Se mostró cómodo y feliz. Le ofreció ayuda económica, pero ella le dijo que solo quería conocerlo. “Por la droga perdí parte de mi vida”, confesó él, al borde del llanto.

Al regreso de unas vacaciones en Croacia, había engordado de nuevo. Borges volvió a verlo en Dubái. “La subida fue muy rápida. Retenía mucho líquido. La alimentación era la que llevaba de chiquito: los guisos de la madre, pan con manteca mojado en el café con leche. Le gustaba eso. Cuando estaba con mi dieta, balanceábamos carbohidratos y proteínas. Solo lo dejé tomar alcohol dos veces, una en su cumpleaños”.

La nutrición era otra vez un problema. “Si le poníamos pescado, tenía que ser la porción grande, no podía ser la chiquita”, grafica el doctor Lentini. “Hacía esfuerzos por bajar de peso, pero cada vez le costaba más, sobre todo cuando empezó con el tema de la bebida. Ahí fue imposible”.

Borges coincide: “Diego no era una persona fácil. En Dubái tuvimos un par de agarradas. Él no quería que lo viera tomando, pero yo sabía que había champán. Les decía [a quienes vivían con él] que no lo dejaran tomar más. Cuando sabía que había tomado, cada tanto le dejaba una noche [libre]. Pero al otro día lo ponía a entrenar. Lo hacía levantarse a las 9:30 y no le gustaba para nada”.

El insomnio se estaba transformando en un laberinto sin salida. “Tomaba varios Alplax juntos para dormir. No conciliaba un sueño continuado. Después de tres horas, se despertaba a la noche. Y no dormía nadie, no solo él. Quería que todos le hiciéramos compañía. No le gustaba estar solo. Nos despertaba. Mirábamos partidos, comentábamos, charlábamos. Cuando los médicos que lo trataron en la Suizo quisieron tenerlo en terapia, les costaba tenerlo inducido porque se despertaba y rompía todo. Eso era parte de su pasado de drogas. Los medicamentos para descansar no le hacían efecto”.

En noviembre de 2014 Signorini se mostró dolido por la deriva en la vida de su amigo. “Prefiero que Diego se muera antes de que terminen de sacarle lo poco que le han dejado”, confesó en Radio Belgrano. También defendió su autonomía: “Diego siempre estuvo rodeado por la gente que quiso tener. La única persona que queda con el derecho a reprocharle algo

es el papá".

* * *

Al ver que sus rodillas se resentían cada vez más por el sobrepeso, Borges llevó a Maradona a un médico de Dubái, que llegó a decirle que, si se lo proponía, podría volver a jugar al fútbol. El 11 de abril de 2015 viajaron a Bogotá, donde jugó otro "partido por la paz", esta vez para apoyar el proceso de negociaciones que el gobierno colombiano llevaba con las FARC. Para octubre se anunciaba el segundo encuentro auspiciado por el Papa, con futbolistas de diferentes religiones y culturas. Maradona estaba entusiasmado: sería "el capitán del equipo de Francisco". Trece días después del evento en Colombia, se habían vuelto a ver en el Vaticano.

> Es un papa muy bueno, fantástico, diría. Va a hacer cosas muy buenas por los chicos. Lo único que puedo decir es que hoy soy hincha del Papa […] He estado con gente que, quizá por ser quien soy, creía que yo era de goma. El Santo Padre, en cambio, a mí me trata como un ser humano.

Es lo que necesitaba un Maradona inestable, que el 25 de junio recibió otro golpe durísimo. A los 87 años moría Don Diego, tras una crisis respiratoria y cardíaca. Fue también en Los Arcos y con su hijo en el país, donde había llegado para acompañar sus últimas tres semanas. "Se fue en paz y con todo el amor de todos nosotros. Estuvimos todos los hijos", confirmó Diego. La despedida transcurrió con tristeza pero en paz, con un Maradona que se hizo tiempo para agradecer a médicos y periodistas.

La noche del velatorio sonó el celular de Cóppola.

—¿Qué hacés que no estás acá? Mi viejo te adoraba.

Maradona y su ex representante volvían a encontrarse. Al día siguiente, y a pedido de su amigo, Cóppola tomó una de las manijas del féretro.

Signorini también estuvo ahí: tenía un cariño especial por Don Diego, "una persona de una ternura infinita". Fue la última vez que vio a Maradona. "Me miró a los ojos, me puso el índice de la mano derecha en la cara, me pegó en el pecho

y me dijo: 'Hoy estuve pensando en vos, hijo de puta'. Le pregunté por qué. 'Antes de un partido en Roma, te llamé a la medianoche porque no podía dormir, y nos sentamos con la espalda en la pared. Yo te dije que los quería tanto a mis viejos, que prefería morirme antes que ellos. Vos me dijiste que era un cagón, que cómo le iba a dar a mis viejos el peor de los dolores'. Me volvió a mirar y me pegó uno de esos abrazos que pegaba él".

La muerte de Don Diego fue el segundo gran golpe, confirma Ali García: "Él hablaba cada día de sus padres". Estaba indudablemente más solo, pero otra vez intentó levantarse. Cuando se instalaba en su tierra, los entrenamientos se dividían entre un gimnasio privado de Las Cañitas y el country donde vivía Gianinna. Allí había una cancha de fútbol, donde Borges instaló una barrera para practicar tiros libres con siluetas de Boca. Al enterarse de que el partido en Roma se había pospuesto para el año siguiente, el ex jugador se "bajoneó" un poco, reconoce Borges. "Veníamos bárbaro, entrenando *a full*, pero Diego hacía todo por objetivos. Cuando poníamos uno, me decía: 'Lo que me pidas, yo lo hago'. Siempre aceptó el sacrificio. Pero el objetivo tenía que estar. Siempre había un próximo partido. Si no lo tenía, se abandonaba. No quería entrenar con la misma intensidad. Como volvió a subir de peso y no se mantenía estable, en octubre de 2015 decidí dejar de entrenarlo".

El año le depararía otro sinsabor profundo: una disputa económica con Claudia, a quien demandó por presunto fraude, estafa y malversación de fondos. Aseguraba que le faltaban 7,5 millones de euros, desviados de sus cuentas y propiedades en la Argentina y el extranjero. Su amargura aumentó cuando Dalma y Gianinna tomaron partido por ella. Durante esos meses Ali García empezó a encontrarse con un Maradona más errático, que se levantaba de mal humor y consumía ansiolíticos. "Venía de hacer una vida familiar con Verónica, no se lo veía de noche. Ahora estaba solo. Fue un control emocional [de parte de Stinfale, Morla y compañía]. Llegaban ofertas increíbles y no las negociaban. No les servía tenerlo lejos, porque no lo podían controlar. Un día me dijo: 'Yo sé que me roban'. Le dieron una familia ficticia. Estuve en

siete cumpleaños, y solo en uno vi a Dalma".

* * *

El exceso de alcohol también derivó en la necesidad de hacer un ajuste al *bypass* gástrico que Maradona se había practicado una década atrás. Cuando le avisaron al doctor Chaux que su paciente volvía a sufrir de sobrepeso, indicó una serie de exámenes. Maradona tenía una fístula gastrogástrica, una complicación de la cirugía definida como "una comunicación anómala entre el reservorio gástrico y el estómago excluido", con consecuencias que van desde la pérdida de peso inadecuada o la readquisición de peso, hasta dolores por úlcera y reflujo.

"La única forma de corregirlo es con cirugía", explica Chaux, que en 2015 estaba operando y entrenando cirujanos en Venezuela. Dispuesto a recibir otra vez a Maradona, pidió la autorización de su cardiólogo y de los médicos que lo veían en Dubái. "Fue cuando recibí la información de que estaba tomando una serie de medicamentos muy fuertes, para el tratamiento de una condición psiquiátrica específica", revela. "La persona que lo trataba me dijo que se podía operar pero que bajo ninguna circunstancia podíamos suspendérselos".

El médico niega que Maradona hubiera engordado por exceso de comida o por las drogas, cuya ausencia quedó confirmada en las pruebas toxicológicas. "Lo que le gustaba tomar en esa época era champán *rosé brut*", asegura. "Se lo mandaba a regalar el mismo rey". Entonces hace una aclaración importante. "Cuando una persona tiene un *bypass* gástrico, el licor pasa más rápido al intestino, donde se absorben los alimentos y las bebidas. Él absorbía más rápidamente. Con tres o cuatro vasos de vino, estaba terriblemente alcoholizado".

Buono lo confirma: "Él sabía que no podía tomar. Inclusive, las veces que intentaba, no podía y se asustaba. Lo mismo pasaba con la comida. Cuando comés, al principio lo vomitás".

El doctor Chaux no está seguro de que Maradona lo supiera, pero sí "las personas que estaban alrededor de él". "La gente decía que estaba drogado, pero era completamente

mentira", insiste. Para él, lo que padecía, en verdad, eran los efectos adversos de la medicación que se le administraba. "Le hacía un bloqueo al hipotálamo, donde está el centro de saciedad. Por eso tenía hambre en forma permanente. Cuando estaba en Dubái, perfectamente se podía comer un kilo de carne diario. Por supuesto tenía una impresionante condición de masa muscular y de proteína. Estaba muy bien nutrido".

Cuando le hicieron el examen clínico en Maracaibo, Maradona estaba preocupado por sus 96 kilos, aunque caminando y de buen ánimo. La Unidad de Cirugía de Obesidad y Metabólica (UCOM), el equipo que comandaba Chaux, estaba lista para operar en la Clínica Falcón. El objetivo era una pérdida de veinte kilos a mediano plazo. El procedimiento se hizo el 15 de noviembre por vía laparoscópica. El cirujano lo concretó junto a uno de sus pupilos, Henry García. Otra vez entraron "las personas amigas de Diego" y se encargó una filmación por seguridad. Fue una operación "mucho más complicada que la primera", concede el médico colombiano, que da precisiones sobre lo que pasó en esas tres horas y cuarenta y cinco minutos.

"No solamente tuvimos que corregir la fístula gastrogástrica sino que le tuve que quitar el cuerpo y el fondo gástrico, hacerle nuevamente ajustes al *pouch* gástrico y a la anastomosis (que solté y rehíce más abajo), y distalizar el *bypass* gástrico. Se lo distalicé a lo máximo que se podía hacer, que eran 1,8 o dos metros de la válvula ileocecal [la estructura que separa al intestino delgado del grueso]. Él tenía un *bypass* muy fuerte, lo máximo que podía hacérsele a una persona. Le expliqué eso".

"Diego salió perfecto", asegura Chaux. Al día siguiente se instaló en la suite presidencial del décimo piso del Hotel Intercontinental, donde empezó a supervisarlo el equipo de veintitrés personas que incluían nutricionista, terapista respiratorio, neumonólogo, cardiólogo y una psicoterapeuta que lo acompañó de manera permanente, a quien Maradona le regaló una camiseta firmada para su hijo. Los dos cirujanos lo visitaban todos los días. Enseguida le dijeron que el riesgo estaba superado.

Sin previo aviso, el Diez decidió seguir con su recuperación en Caracas, adonde Chaux viajó para quitarle los puntos.

Cuando llegó a su habitación de hotel, en la zona de Altamira, preguntó a sus dos acompañantes dónde estaba el equipo para hacerlo. "*Miércoles*, doctor, se nos olvidó", se disculparon. Eran casi las once de la noche y salieron a buscar una aguja bisturí y una pinza de cejas a una farmacia. Solo consiguieron la pinza, que acompañaron con un cortapapel, alcohol, gasas y cinta de tela. "Diego, te voy a quitar estos *punticos*, pero no se consiguió la aguja bisturí —le explicó—. ¿No tienes problemas en que lo haga con una pinza y un cortapapeles?". Maradona rio y aceptó. El doctor Chaux realizó el procedimiento y se despidió.

"Diego fue muy gentil con todos. Dentro de sus cosas, que no era una persona habladora. Hablaba muchísimo cuando se trataba de fútbol. Y tampoco hubo problemas con el pago de la segunda cirugía. La misma persona que me había dicho que para la primera tenía nada más que cinco mil dólares, me aclaró que esta vez su condición económica era excelente".

Maradona había dado otro golpe de timón. Ni su peor enemigo imaginaba que apenas le quedaban cinco años de vida.

Capítulo 12

El declive final

(2016-2019)

Entre la FIFA y la AFA. Regreso a Dubái: últimos entrenamientos, operación en el hombro izquierdo y artrosis creciente en las rodillas. Sobrepeso y alcoholismo. Descompensación en Rusia: Alfredo Cahe lo atiende
por última vez. La aventura con Dorados de Sinaloa. Sufrimiento en las rodillas: numerosas caídas cotidianas. La cirugía. "Si tengo que dejar de hacer todo lo que me gusta hacer, no me interesa". Emocionalmente vulnerable. Controversias y litigios familiares. El ascenso de Luque.
El desborde en Gimnasia. La angustia de Gianinna. Un cuerpo a la deriva.

A partir de 2016 se vio a un Diego Armando Maradona errante por el mundo, con roles fugaces y en confrontación permanente con los poderes —deportivos, económicos, políticos y hasta religiosos—, que lo atraían y repelían al mismo tiempo.

Después de haber apoyado la candidatura a presidente de la FIFA del príncipe jordano Ali bin Al Hussein, a mediados de 2016 se involucró con la gestión de su vencedor, el suizo-italiano Gianni Infantino. Con ese respaldo buscó presidir la "comisión normalizadora" de una AFA sumida en el caos tras la muerte de Julio Grondona, su presidente durante treinta y cinco años. Con la refundación como objetivo, Maradona se mostró furioso tras una reunión en la sede de la calle Viamonte: "No cambió nada. ¡Hasta hay cuadros de Grondona! Me voy muy caliente. La AFA hoy es una morgue". Exigía una auditoría completa sobre las cuentas y advertía: "No me hablen de campeonatos, de Superliga, ni nada. Primero que me dejen la AFA limpita y después hablemos de cualquier otra cosa". Cuando uno de los interventores le propuso ser un asesor privilegiado, el ex jugador fue tajante: "¡Qué asesor ni asesor! Yo tengo que estar al frente. Ustedes tienen que entender que yo soy Maradona".

El 12 de octubre volvió a ponerse botines y pantalones cortos. Finalmente se concretaba la segunda edición de los "partidos por la paz" del papa Francisco, esta vez para ayudar a las víctimas de un terremoto que había devastado el centro de Italia. Con trote lento y pases precisos, logró completar los noventa minutos y fue ovacionado en el Estadio Olímpico de Roma.

A fin de año estaba en Zagreb, adonde había ido a presenciar la primera consagración argentina en la Copa Davis, cuando recibió una noticia que lo conmovió: el 25 de noviembre, a los 90 años, moría Fidel Castro. El ex jugador viajó a Cuba para asistir a los funerales de su "segundo padre" y recordar su agradecimiento a los isleños. El 2 de diciembre dejó un mensaje sentido en su llegada a La Habana:

La leyenda sigue viva en nosotros, en los corazones que laten por

> Fidel. Quiero mandarles un gran saludo a todos los cubanos, decirles que mi corazón está con ellos. Me siento cubano. A mí me han dado muchísimo amor en mi enfermedad. Y hoy que me levanto todas las mañanas y puedo practicar deportes, o puedo hablar con ustedes, o dar una entrevista, eso se lo debo mucho a Fidel.

Maradona empezó 2017 con un nuevo acercamiento a la FIFA, que también necesitaba un cambio de imagen frente al mundo. Infantino lo quería como embajador en Sudamérica y Centroamérica, aunque el ex jugador mantenía su obsesión: "Yo llegué a FIFA para limpiar la AFA. Y lo voy a hacer. Si tengo que pisar cabezas, lo haré. No voy a perdonar a nadie".

Pero en febrero aceptó el cargo. "Nos aseguraremos de que tenga un papel importante en la promoción del fútbol a través de su participación en proyectos de desarrollo relevantes y el programa de leyendas de la FIFA", prometieron desde el organismo. Maradona lo retribuyó desde su cuenta de Facebook: "Finalmente puedo cumplir uno de los sueños de mi vida: trabajar por una FIFA limpia y transparente, con personas que realmente aman el fútbol". Así se cerraba una larga lucha contra la entidad a la que había acusado de mafiosa durante los años de João Havelange, Joseph Blatter y el propio Grondona.

Al menos dos veces durante ese 2017 aseguró que llevaba trece años sin consumir drogas. En un reportaje al Canale 5 italiano agradeció especialmente a Dalma, preadolescente cuando el ídolo colapsó en Punta del Este: "Conseguí salir del coma gracias a mi hija".

* * *

El 11 de mayo se anunció su próximo paso: el regreso a los Emiratos Árabes, esta vez para dirigir a Al-Fujairah SC, de la segunda división. Había firmado por un año, con el objetivo de volver a primera. Las autoridades tenían sus propias ilusiones: que su presencia impulsara el turismo interno en el único emirato del país completamente localizado en el golfo de Omán, sobre las costas del Océano Índico.

Maradona había hecho fuerza por ese regreso, según recuerda Rashid Ali García a raíz de la última entrevista que mantuvieron en 2016. "Me llamó su chofer: no tenían que

enterarse [Matías] Morla ni [Víctor] Stinfale. ‘Quiero que me hagas una nota donde me preguntes cuestiones técnicas de los clubes, uno por uno’, me pidió. La idea era introducirlo de vuelta en el mercado. Quedamos para las 15. Estaba recién levantado; casi ni me conoció. Maxi [Pomargo] me dijo de hacerlo igual, pero me negué. A las 17 no lo veía bien y me seguían presionando. Seguí esperando, cenamos y arrancamos 23.30. Terminamos la nota a las seis de la mañana. Diego estuvo impecable. Repasaba la formación de todos los equipos del Golfo y conocía todos sus esquemas tácticos”.

La estrategia dio resultado: Maradona se había relanzado como entrenador. Todos los días cubría en auto —ida y vuelta — los setenta kilómetros que separaban Dubái de Fuyaira, la ciudad de su nuevo club. El doctor Lentini recuerda que los entrenamientos empezaban de noche, otra vez a causa de las altas temperaturas. “Solo faltó un día por una artroscopía de hombro”, aclara. Fue una intervención de una hora y media en la articulación izquierda, el 12 de noviembre de 2017. “Quería contarles que hoy me operaron de los ligamentos de mi hombro izquierdo”, se leyó en la cuenta de Instagram del entrenador. “Es algo que tendría que haber hecho hace tiempo, pero siempre lo postergaba por una cosa u otra”, reconoció junto a una foto que lo mostraba con una férula y la bata de la clínica Rami Hamed Center.

Desde 2004 también lo perseguía una artrosis creciente en las rodillas. Martín Petrelli —ex kinesiólogo de la Selección y yerno de Raúl Gismondi, quien había tratado al ídolo en Argentinos Juniors— ensaya una explicación contextual: “Los jugadores de esa generación y de las anteriores se inyectaban corticoides en la cola casi todos los fines de semana. Era un analgésico y antiinflamatorio, pero estaba muy contraindicado para las articulaciones, porque acelera la artrosis. Diego terminó con la cadera y los tobillos destrozados, con artrosis en todo el cuerpo, también por culpa del desgaste y las lesiones”.

El doctor Lentini sigue asombrándose. “Era impresionante. La columna lumbar también. Así y todo, corría. Ponía la barrera con los jugadores de madera para enseñarles a los árabes cómo se pateaba: ‘La pelota tiene que pasar entre esta cabeza y esta cabeza, y entra en ese ángulo. Y el arquero no

va a llegar. Lo voy a hacer y después lo hacen ustedes'. Tiraba con la pierna, torcida como la tenía, y la pelota hacía lo que él decía".

Maradona había vuelto a entrenar su físico. "Mientras estuvo con nosotros, las cosas venían muy bien", asegura el médico. "Lo teníamos cuidado". A fines del año anterior, el ex jugador había dejado otra prueba de su magnetismo corporal, con un video que lo mostraba caminando por una cinta de ejercicios mientras bailaba y cantaba un tema de Los Palmeras, todo sin perder el ritmo. "Perra, tú me abandonaste como un perro", entonaba en una secuencia que se viralizó al instante.

La segunda experiencia árabe, sin embargo, estuvo enmarcada por un recrudecimiento del alcoholismo, rodeado de las compañías que mantendría hasta su muerte. El doctor Lentini describe una escena inquietante: "Nunca lo vi mal, hasta que un día que estábamos en Fuyaira nos invitó a cenar a Dubái con el 'Negro' [Héctor] Enrique y Luis Islas, un grupo que protegía mucho a Diego. Estaba impecable. Pero cuando nos sentamos a la mesa, le decía a Maxi [Pomargo]: 'Traé una cervecita'. Maxi iba y le traía. Al rato decía 'otra'. Y así eran otra, otra y otra. En un momento vi que Diego no estaba bien y les dije a los muchachos: 'Nos vamos'. Y le pedí a Maxi: 'Por favor no le des más nada. Si no, esto termina mal'".

Ali García también conoce las sustancias contra las que luchaba por aquellos días. "Diego quería llevar a [su nieto] Benjamín a Disney. Cuando llenamos los formularios para la visa, se pedía la prueba de no consumo de drogas por diez años. Lo hizo en tres instituciones médicas de Emiratos. Vi los certificados y los mandé a Estados Unidos: no había consumo de estupefacientes duros. Solo cerveza y vino".

Gabriel Buono, que había dejado de trabajar junto a Maradona en 2011, describe responsabilidades individuales y colectivas. "Si vos querés, lo llevás bien. Ahora, si lo que querés es hacer negocios, no te importa que esté borracho en una casa […] Había que saberlo llevar. Si al adicto le decís 'esto no lo podés tomar más', sale corriendo. Le tenés que decir: 'En vez de una botella de vino, tomate media'. Aparte, era Maradona… no estaba acostumbrado al no".

Aquella fue otra estadía trunca del entrenador, que dirigió

22 partidos, con 11 victorias y 11 empates. A pesar del récord positivo, no pudo lograr el ascenso. Un empate en la última fecha, por un grave error del arquero, había sellado el final. Maradona terminó el partido llorando y consolando a sus jugadores. Quería seguir. De hecho, había cerrado un acuerdo con el presidente. Pero en forma sorpresiva, el 27 de abril de 2018 Morla anunció el fin del vínculo como una decisión de común acuerdo. Una semana después, el club aclaraba que había decidido cortarlo cuando el abogado "interfirió y detuvo las negociaciones pidiendo el cuádruple de salario".

Ali García confirma esta versión. "Morla pidió cuatro veces más, una casa y otras condiciones. Después traduje cartas que Diego enviaba a distintas personalidades, como el príncipe de Jordania, donde pedía trabajo".

* * *

Antes del Mundial de Rusia, el médico colombiano Germán Ochoa trató a Maradona por la artrosis de las rodillas, que le dificultaba cada vez más caminar. El diagnóstico era preocupante: "Ya no tiene cartílagos. Los huesos se tocan entre sí, el fémur con la tibia y el peroné. Es un problema grave porque le provoca mucho dolor, inflamación y dificultad para desplazarse". Era una dolencia habitual en un ex deportista de 50 años, agravada por el sobrepeso. La cirugía de reemplazo articular se volvía imperiosa, con la alternativa de alivianar el sufrimiento temporalmente mediante el bloqueo de los nervios geniculares, que transmiten la sensación de dolor al cerebro. La decisión final estaba en manos del paciente.

Aunque llegó a la Copa del Mundo como embajador de la FIFA, Maradona estuvo lejos de la diplomacia durante los partidos del equipo de Jorge Sampaoli. El 26 de junio, cuando Marcos Rojo convirtió contra Nigeria, el ídolo hizo gestos obscenos contra algunos hinchas y levantó los brazos al cielo para después cruzarlos sobre sí mismo, en una pose que se volvió icónica. Fue un día de emociones fuertes: había festejado como en trance el primer gol de Lionel Messi, bailado cumbia con una hincha nigeriana y hasta dormitado durante algunos tramos del partido. En un momento debió ser

llevado en brazos al interior del palco, con dos personas esforzándose por mantenerlo en pie. Otra vez corrieron rumores sobre su muerte, que Dalma nuevamente debió desmentir. Más tarde, el protagonista le mandó un audio elocuente a su amigo y biógrafo Daniel Arcucci:

> ¿Vos creés que a mí me puede pasar eso, que me puede dar un ataque al corazón o que me pueden pinchar sin que se arme un tumulto en el box donde estábamos? Te juro por mi mamá, por Benjamín, por Dieguito Fernando, te juro que no me pasó absolutamente nada. Y te voy a decir otra cosa: donde estábamos nosotros servían solamente vino blanco. Nos tomamos todo el vino, sí, pero ahora estoy hablando con vos.

El episodio había asustado a todos. "Lo único que falta es que se muera justo después de estar conmigo", pensó Guillermo Cóppola, que volvía a encontrarse con su amigo. "La cancha, el verde, los jugadores y la pelota eran su vida", plantea. Al nuevo entorno no le gustó verlo. "No estaba en mi intención volver", aclara. "Ya lo había decidido. Pero tenían miedo".

El perfil de Maradona en Instagram insistía en que todo estaba bien.

> En el entretiempo del partido con Nigeria me dolía mucho la nuca y sufrí una descompensación. Me revisó un médico y me recomendó que me fuera a casa antes del segundo tiempo, pero yo quise quedarme porque nos estábamos jugando todo. ¿Cómo me iba a ir? Les mando un beso a todos, perdón por el susto y gracias por el aguante. ¡Hay Diego para rato!

Para el doctor Chaux, la descompensación se explicaba por su metabolismo alterado: "Una persona que estaba con él me llamó para preguntarme qué debía hacer. Le dije: 'Tienen que acostarlo, darle suero oral y de comer. Porque tiene una hipoglicemia'. No se desmayó porque estuviera borracho, sino porque no había comido. La persona que tiene un *bypass* distal debe comer cada dos horas, y él llevaba cinco sin hacerlo.

En Rusia 2018 Alfredo Cahe asistió a Maradona por última vez. Allí estaba un conocido suyo, dueño de un laboratorio importante en la Argentina, a quien le pidió que revisara al ex jugador. El diagnóstico fue opuesto al de Chaux: "Una

comilona". Cahe y Maradona no volvieron a verse como médico y paciente. Se cortaba así una relación de cuatro décadas.

* * *

La carrera internacional del ídolo tuvo una última escala en Culiacán, Estado de Sinaloa, ubicado en el oeste de México. "Quiero darle a Dorados lo que me perdí cuando estaba enfermo. Hoy quiero ver el sol, quiero acostarme de noche. Antes no sabía lo que era una almohada", ilustró durante la presentación del 10 de septiembre. Como en los mejores años, su presencia en ese club generó una atracción instantánea. La venta de abonos creció treinta por ciento y el número de seguidores en redes sociales se disparó. El entrenador parecía un jugador más, cantando y bailando después de cada victoria, a pesar del creciente dolor en las rodillas. A la artrosis se había sumado una sinovitis aguda: la inflamación de la membrana que recubría la articulación causó un derrame que provocaba dolor, limitación de la movilidad, inflamación, rigidez y hasta fiebre localizada. La imagen de Maradona usando bastón impactó al mundo.

En ese Estado, asolado por los carteles de droga, el alcohol seguía siendo una cuestión lacerante. "El exceso que yo le veía a Maradona era con la bebida", recordó en 2021 su ex ayudante Mario Alberto García Covalles. "Se tomaba cinco cervezas en una tarde, pero no es una cantidad desproporcionada. Pasa que quedó una mala imagen de él cuando antes de un partido le hicieron una entrevista periodística y no se lo veía bien porque balbuceaba […] Por los medicamentos que tomaba y la bebida que consumía, se magnificaba todo".

"Estando en adicción no podía tener la responsabilidad de dirigir un club de fútbol", se diferencia alguien con quien Diego se relacionó de cerca. "Los que lo conocían se daban cuenta de que no estaba bien. Vivía en otro mundo porque lo tenían *recontra empastillado*. Querían tener al león dormido".

Después de perder la final del Apertura 2018 volvió a la Argentina, donde recibió la buena noticia de la extensión de su contrato por seis meses. "El presidente [José Antonio

Núñez] se porta genial conmigo", celebró. "Tiene treinta años, es multimillonario, emprendedor…". Pero el 4 de enero de 2019 Maradona tuvo un susto que demoró su regreso, cuando se presentó en la Clínica Olivos, del grupo Swiss Medical, para cumplir con el chequeo médico que la Federación Mexicana de Fútbol exigía a los entrenadores.

Un responsable de la clínica reconstruye el contexto. "Después de la cirugía del cinturón gástrico, había quedado con mucha sintomatología y una problemática digestiva diversa. Era muy difícil decir exactamente a qué se debía, en el contexto de un señor que comía lo que no debía y tomaba muchísimo. Me habían dicho que consumía entre 20 y 30 Alplax por día, regados con tres o cuatro litros de cerveza. Y estaba anémico".

Un sangrado estomacal lo obligó a hacerse pruebas suplementarias. Como sentía dolor, se sometió a una endoscopía que reveló una gastritis erosiva y una hernia —también producto del *bypass* gástrico— que contribuía a las molestias abdominales. Aunque requería supervisión, recibió el alta ese mismo día y pudo descansar en su casa de Nordelta con Gianinna.

Ocho días después, volvió a la clínica para la operación programada de hernia, a cargo del doctor Walter Godoy, jefe de Cirugía, y del doctor Fernando Torres Marini. Su cuenta de Instagram también le agradecía al doctor Leopoldo Luciano Luque, que se había presentado como su médico referente.

Maradona había conocido a este neurocirujano especialista en cirugía de columna en 2016, en una consulta sobre sus problemas para conciliar el sueño. El llamado de Vanesa Morla (hermana de Matías y pareja de Maximiliano Pomargo) se había originado en una confusión frecuente: en verdad lo que buscaban era un neurólogo, pero de todas formas coordinaron el encuentro en el country bonaerense Santa María de Tigre.

En aquella reunión hubo empatía. Como su paciente, Luque había nacido en el partido de Lanús. Fue el único de siete hermanos en terminar los estudios universitarios. "No quería ser médico, yo quería salir de la pobreza", confesaría durante una entrevista en mayo de 2021. Cargaba con el antecedente de haber pasado cuatro meses en prisión acusado de ser

partícipe de un homicidio simple a fines de 2010, tras una riña de familiares y allegados en la vereda de la casa familiar. Quienes alegaron su culpabilidad se desdijeron en el juicio, por lo que finalmente fue absuelto.

Maradona volvió a México el 25 de enero. Desde la fecha 8 comandó una de sus mejores rachas como director técnico, con catorce partidos sin perder. Pero otra vez falló en la final. Después de la derrota contra Atlético San Luis, no soportó las provocaciones de los hinchas rivales. A la salida del vestuario, lanzó varios golpes que no llegaron a destino. El ciclo estaba terminado. A pesar de no haber logrado el ascenso, redondeó otra buena campaña, con 18 victorias, 10 empates y 7 derrotas en 35 partidos. “Por consejo médico le dedicará tiempo a su salud y se someterá a dos operaciones: de hombro y de rodilla”, escribió Morla el 13 de junio de 2019. La situación se había vuelto impostergable; tendría una recuperación prolongada.

* * *

Otra vez en la Argentina, Maradona hizo una “una cura de sueño durante cuatro días para bajar la ansiedad”, explicó el abogado. El doctor Luque lo confirmaba: el ex jugador estaba bajo tratamiento. No era la única preocupación: por esas horas, el periodista Luis Ventura había dicho que “Diego está mal de salud y las hermanas lo quieren internar por un tratamiento neurológico. Hay cosas que Diego resuelve sobre la marcha y otras que no puede resolver”. El 19 de junio, Morla buscó contener la situación: “Ante las versiones acerca de que Diego Maradona tiene ‘principio de Alzheimer’, quiero aclarar que todos los estudios médicos que se le realizaron no dieron ningún indicio en ese sentido”. Culpaba de los rumores a “una fuente maliciosa” y pedía que “todos aquellos que están cerca de Maradona valoren lo que él hace por nosotros”, dándole “contención, cariño y acompañamiento”.

Al día siguiente, Maradona insistió en la desmentida, con un video editado desde su cuenta de Instagram. Tenía la voz áspera y mostraba un enojo creciente:

> Mienten, mienten. Hablan de Alzheimer. No saben lo que quiere decir la palabra Alzheimer, es muy jodida. La gente que tiene

Sí estaba preocupado, y por momentos deprimido. “Primero hay que estabilizar algunos valores y ponerlo bien a Diego, porque en estas condiciones tan frágiles no puede ingresar al quirófano”, reconocía alguien de su entorno más íntimo. En el Día del Padre lo habían contenido la visita de Jana, el llamado telefónico de Dalma y una videollamada de Diego Junior. Mientras tanto, Rocío Oliva había vuelto a su vida. “Evidentemente su presencia le hace bien”, aseguraba Morla.

El miércoles 24 de julio operaron su rodilla derecha, otra vez en Olivos. El encargado del reemplazo total fue el doctor Diego Eyharchet, especialista en lesiones deportivas y médico de Chacarita Juniors. El contacto con el médico lo había hecho Claudio Borges, para que revisara sus castigadas articulaciones. “Le mandaba muchos jugadores, tenía confianza plena en él”, explica el preparador físico. En ese primer encuentro, el traumatólogo se quedó con la impresión de estar frente a un paciente difícil. “No le gustaba mucho que lo revisaran. Me dijo: ‘Me duele el hombro’. En Dubái le habían puesto un arpón y hecho un retensado del manguito rotador. El problema estaba en que Diego no se movía. Estamos hablando de un paciente de 105 kilos, que además no caminaba.

Como Maradona le aseguraba que no era un dolor intenso, el doctor Eyharchet le preguntó por qué querían operarlo. “Porque me caigo y me duele”, respondió. Cuando le pidió que se parara, vio que, por la posición de sus piernas, se inclinaba hacia la izquierda, el lado donde tenía el hombro lesionado. “Se caía entre siete y diez veces por día —asegura —. Podía ser una catástrofe”. Sus rodillas tenían un “genu valgo artrósico”: la deformidad de las articulaciones que, al quedar juntas, hacen que las piernas formen una X.

Cuando empezó a examinarlo, el traumatólogo dio unos golpes sobre la tibia y el fémur para comprobar si le provocaban dolor. Maradona “metió un brinco hasta el aire”. Enterado de que había pacientes septuagenarios que a los diez días de un reemplazo de rodilla caminaban sin problemas, el ex futbolista se decidió por esa cirugía. Eyharchet empezó a prepararlo. “Lo mandé al nutricionista y a los dos meses había

bajado unos kilos, no muchos. El laboratorio dio todo bien, salvo que tenía las enzimas hepáticas un poco altas. Estaba tomando mucho. Mi familia me dijo que estaba loco cuando les conté que iba a operarlo".

Además del alcohol, Maradona se automedicaba. "Había días que estaba bien *japonés*", ilustra alguien que lo conoció durante esos días.

Eyharchet había elegido una prótesis Stryker Triathlon, un producto de alta gama, de la variante "semi constreñida". Entre el componente femoral y la tibia se ubicaba un *liner* de polietileno: una pieza con un poste alto con un tornillo adentro, que da más estabilidad a pacientes con problemas de caídas. Después de una hora de cirugía, las rodillas de Maradona habían recuperado su orientación normal.

Al segundo día de posoperatorio se arrancó las vías que tenía conectadas. Al quinto, un video en sus redes lo mostraba caminando, en bata y con la parte inferior de la pierna derecha inmovilizada, mientras una médica lo sostenía del brazo. Avanzaba por los pasillos de la clínica con la postura estable, la cabeza en alto y las facciones relajadas. Había empezado su rehabilitación con un mensaje optimista: "Hoy volví a caminar como cuando tenía 15 años".

Finalmente, aguantó la internación. Un año después, el traumatólogo se enteraría de que "alguien le entraba unas 'coronitas' [en alusión a una marca de cerveza] de vez en cuando". Así y todo, lo vio más lúcido que nunca. Sin los efectos adversos de la quetiapina —somnolencia— y el alprazolam —cansancio e irritabilidad—, era casi otra persona. Eyharchet está convencido de que Maradona tenía un buen estado general cuando se despidieron. Los estudios prequirúrgicos habían incluido un ecodoppler cardíaco con resultados compatibles con una buena función miocárdica realizado en el Centro de Diagnóstico Rossi y una visita a un odontólogo: "Tenía bien la dentadura porque se la habían pagado a nuevo".

Mientras tanto, el doctor Luque se consolidaba como médico de referencia del ídolo, quien, más allá de su relación con el doctor Cahe, nunca se había caracterizado por la constancia en esos vínculos. Entre 2016 y 2019 se vieron —según recordaba el especialista— una decena de veces,

siempre con visitas a domicilio. Luque aseguró en la Justicia que hasta entonces no recibió pagos por atenderlo. Con Maradona ya instalado en la Argentina, empezaron "una relación profesional y de amistad bastante más importante".

* * *

Dos años después de aquella cirugía, la misma fuente con altas responsabilidades en la Clínica Olivos menciona un hecho casi desconocido. "Esa internación termina con una mini cirugía urológica. Él tenía una fimosis [imposibilidad de retraer el prepucio], con un componente inflamatorio infeccioso local, por lo cual hubo que terminar interviniéndolo. También porque, en definitiva, él quería. Le molestaba para tener relaciones sexuales".

El antecedente consta en la causa que investigó las circunstancias de su muerte. Maradona había firmado el consentimiento informado para la cirugía de anillo fimótico el 5 de agosto de 2019. También conocido como "anillo prepucial", se forma cuando una persona con fimosis tiene el prepucio retraído detrás del glande, comprimiéndolo y aumentando el riesgo de infecciones. La cirugía consistió en una hendidura dorsal sobre esa parte de la piel del pene, para aliviar la presión y volver a colocarla en su posición.

Más allá de esa intervención, el responsable de la clínica había quedado impresionado con las particularidades que rodeaban sus internaciones. "Era muy claro que Maradona tenía una relación absolutamente enfermiza y de una dependencia devastadora de Rocío Oliva. La necesitaba en la habitación las 24 horas, para todo. Si se despertaba y ella no estaba, rápidamente preguntaba 'dónde está', 'qué hizo', 'por qué no está acá'. Lo usábamos a nuestro favor, porque era la única que podía convencerlo de sacarse sangre para los controles".

Aun así, no siempre lo lograba. "Maradona venía a hacerse lo que él se quería hacer. No bien eso se resolvía, ya no le importaban los consejos o indicaciones médicas sobre cómo continuar el proceso. Y la verdad es que uno veía cosas, análisis, que daban para indagar más. Tenía un poco de edema y un nivel de proteínas algo disminuido".

Oliva no era la única persona en la habitación. “Por momentos teníamos un ejército de tres o cuatro pibes, que eran un poco guardaespaldas, un poco asistentes, un poco secretarios, un poco proveedores”, recuerda el médico, que “tenía que mandar a mi propio ejército de seguridad para que se agarrara a trompadas con el de él. Por la cantidad de personas que entraban y salían, no lo podía tener en el piso”. La descripción es casi calcada de las experiencias que había atravesado el doctor Cahe en los años previos.

Después de una noche más difícil que lo habitual, en la que Maradona exigió irse y obligó a que sus acompañantes se quedaran toda la madrugada, el hombre de la clínica fue hasta su habitación para pedirle que recapacitara. Ese mediodía, el ex jugador estaba particularmente lúcido. Tras las disculpas del caso, siguió un diálogo conmovedor.

—Doctor, tiene razón en todo. Yo sé que lo que ustedes me dicen es lo que hay que a hacer. ¿Pero sabe qué pasa? ¿Cuántos años tiene usted?

—Tengo 50 años, Diego.

—Bueno, ni aunque usted tuviera cuatro veces su edad, habría vivido lo que viví yo. Yo ya jugué en todas las canchas, doctor. En todas. Ya las hice todas. Y la verdad, así como estoy, no quiero estar más.

—Diego, mire… Está operándose de la rodilla para poder caminar mejor. Está operándose de la fimosis porque le molestaba. Y se queja todo el tiempo de distintas sintomatologías: el estómago, que no se siente bien, que se marea. Tendría que permitirnos…

—Si tengo que dejar de hacer todo lo que me gusta hacer, no me interesa.

* * *

El 8 de septiembre de 2019 empezó la última función en la carrera profesional de Diego Maradona. Gimnasia y Esgrima La Plata lo había elegido como su nuevo entrenador, con una misión casi imposible —salvarlo del descenso— pero un beneficio seguro: una revolución de marketing y visibilidad para un club de larga tradición pero con logros modestos. El hombre acostumbrado a una vida de ofertas tentadoras era

ahora un hombre agradecido. Acaso con razón, se sentía relegado en la consideración de los dirigentes. La percepción se trasladaba a un temor —seguramente infundado—: que los argentinos empezaran a olvidarlo. El ídolo buscaba afecto.

El día de la presentación, los hinchas vieron a un Maradona oscilante en lo físico y vulnerable en lo emocional. Con el cuerpo hinchado, tenía a su lado una lata de Speed, la marca cuya producción y comercialización gestionaba Stinfale. La promoción de la bebida energizante sería constante durante esos últimos meses. La conferencia de prensa transcurrió entre raptos de lucidez y lagunas de desorientación. Por momentos su mano izquierda temblaba. Estaba lloroso, con la voz casi siempre quebrada, como la de un anciano. "Quería… necesitaba vivir uno de los últimos años míos en mi país", explicó entre lágrimas. "Llora por sí mismo, porque sabe que ya no es él. Está pidiendo ayuda", pensó Ali García al verlo por TV.

"Maradona no es un buen técnico, y en este caso ni siquiera será el entrenador, más allá de sus impulsos, deseos y promesas innecesarias", anunciaba con crudeza la crónica de *La Nación*, que advertía que el técnico en los hechos sería el ex jugador Sebastián Méndez. El astro, en verdad, pasaría buena parte de aquellos días sin presentarse a los entrenamientos en el predio de Estancia Chica. El contrato lo protegía: con compromisos ya contraídos en el exterior, no estaba obligado a concentrarse con el plantel, a concurrir a todas las prácticas ni a dirigir todos los partidos.

Ese Maradona volátil dejaría una huella potente. Méndez lo recordó en julio de 2021: "Yo había conocido a Maradona, pero Diego era otra cosa. Era fenomenal. Te preguntaba todos los días cómo estabas, si estabas cobrando, le preguntaba al utilero. Estaba en todos los detalles. No se le pasaba una. Yo pensaba que era bueno y después me convencí de que era mucho mejor […] Llegaba a entrenar y le daba un beso a cada uno, a los jugadores. Un respeto total por el jugador […] Contaba que en la casa tuvo piso de tierra. Después pasaban las imágenes del 86 y nos preguntábamos cómo hizo para ser Maradona durante cuarenta y cinco años. Íbamos a jugar a Córdoba o a Mendoza y era como ir con los Beatles".

La campaña, que se truncó con su muerte, fue discreta: 8

victorias, 4 empates y 9 derrotas en 21 partidos. Quedará en el recuerdo como una sucesión de homenajes en vida de las hinchadas argentinas. Cada vez que entraba a un estadio, la ovación era instantánea y duradera. Lo saludaban futbolistas, ex compañeros, dirigentes, políticos, empresarios. Le regalaban plaquetas, fotos y sillones. Casi siempre desbordado por la emoción, el ídolo se entregó gustoso a ese aluvión de cariño.

El día de su cumpleaños 59, Gianinna le dedicó un mensaje sentido. "Gracias por todo lo que hiciste y dejaste en mí. Llevo conmigo una parte de vos, esa que me regalaste cuando era chiquita. Sí, llevo conmigo una parte de tu corazón […] ¡Te deseo felicidad plena, PAZ y amor sanador! Te amo desde lo más profundo de mi ser y te admiro. Yo no hubiese aguantado ni un cuarto de todo lo que vos viviste. Solo vos sabés quién y cómo sos. Gracias a que viviste con gente señalándote y juzgando a cada paso que dabas, es que yo aprendí a no hacerlo. Creo realmente que ni vos sabés todo lo que aprendí al ser tu hija".

Al día siguiente, sus publicaciones en Instagram habían cobrado un tono alarmante: "No se está muriendo porque su cuerpo lo decide. Sí, lo están matando por dentro sin que él se pueda dar cuenta. No creo en el parámetro de NORMAL, pero eso está muy alejado de la realidad que él se merece. Recen por él. ¡Por favor! ¡Gracias!". "¿Se acuerdan de que había un zoo en el que te podías sacar fotos con un león gigante? O sea, podías entrar a la jaula y por poco más abrazarlo. Lo tenían empastillado; si no, imposible domar a la fiera. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia".

Las expresiones de sorpresa, tristeza y preocupación fueron elocuentes. Maradona lo sabía, y respondió con otro video el lunes 4 de noviembre. Era una búsqueda de aclaraciones, pero también un anuncio hiriente. El tono era otra vez ralentizado, con la expresión calma sobre el rostro hinchado.

> Quiero decirles que no me estoy muriendo para nada. Que duermo muy plácidamente porque estoy trabajando. Me dolió muchísimo perder con Estudiantes, pero no sé lo que habrá querido decir Gianinna, o interpretará, no sé. Yo sé que ahora, mientras uno se va haciendo más viejo, se preocupan más por lo que dejás que por lo que estás haciendo. Les digo a todos: no les voy a dejar nada. Voy

a… a donarlo. Todo lo que corrí en mi vida lo voy a donar. Así que seguirán diciéndole a otro cuando yo me muera, pero por ahora no. No existe. Estoy muy sano. Muy sano.

En el punto más álgido del conflicto judicial con Claudia Villafañe, algunos tramos del mensaje parecían guionados. De hecho, había un texto de advertencia: "Más vivo que nunca… Y sigo esperando que me devuelvan todo lo que es mío". Reclamaba la apropiación indebida de 458 objetos de su pasado como futbolista, aunque en una inspección ocular en el departamento de Segurola y Habana no se habían encontrado los objetos reclamados. Dalma y Gianinna seguían defendiendo a su madre, que anunció públicamente que esperaba a su ex esposo en Tribunales. "A mí no me importa lo que él haga con sus cosas. Yo lo que no quiero es que él hable mal de su hija, que es mi hija también", recordó.

La vida familiar tendría vaivenes controversiales y litigiosos hasta el final. El 7 de diciembre Gianinna logró lo impensado: una foto junto a sus padres, su hermana y Benjamín; solo faltaba Roma, la hija de Dalma. "La sorpresa más linda del mundo", como describió en sus redes sociales, sucedió durante un evento organizado por una marca de accesorios. "¡Necesitaba de ustedes!", insistía la hija menor del astro, emocionada por el reencuentro. Todos sonreían con sinceridad, aunque Claudia se ubicó en un extremo de la toma y Diego en el otro.

Maradona terminaría el año con más señales de preocupación. El 8 de diciembre, después de que Éric Ramírez perdiera una situación clara de gol para Gimnasia, el entrenador lanzó un manotazo de frustración al vacío. Cuando quiso regresar al banco de suplentes, no vio un pequeño desnivel, resbaló hacia atrás y terminó en el piso. Fue solo un susto, pero recordó lo que había descubierto Eyharchet al indagar sobre su inestabilidad.

La fragilidad de su salud se confirmó con un audio enviado el 15 de diciembre al doctor Mariano "Harry" Castro, donde hacía referencia a su amigo y masajista Mariano "Feo" Israelit. Otra vez sonaba agotado y con dificultades para vocalizar, atravesado por una angustia palpable. "Hola, Harry. A ver si es verdad que el Feo hizo el curso de masajes porque me duelen las dos piernas, hermano. Me duelen las

dos piernas y tengo la cintura saturada".

"La noche anterior habíamos ido a comer a la casa. Y, al otro día, Diego se levantó muy dolorido y le mandó ese mensaje a Castro", explicó Israelit en mayo de 2021. Su amigo asegura que los dolores habían empezado a volverse insoportables durante la estadía en México. Y que la operación en la Clínica Olivos no había supuesto una solución. "Él nunca estuvo conforme con cómo había quedado. Yo escuché al médico que lo operó [Eyharchet], que dijo que no le dieron mucha bola con el posoperatorio, que no hizo la rehabilitación… Pero la verdad es que, cada vez que íbamos a la casa, teníamos que levantarlo entre Mariano y yo, porque no podía ni caminar. Y eso era hasta para ir al baño".

Israelit recordó que, al verlo después de aquel mensaje, "estaba con muchos dolores en las rodillas. Los gemelos los tenía recontra duros. Y no podía más de la espalda. Le estuve haciendo masajes durante una hora hasta que se quedó completamente dormido […] Siempre se quejaba de los dolores y de que no podía caminar". El amigo tenía cada vez más desconfianza de su entorno: "Veía los posteos que hacían en su Instagram y ponían videos en cámara rápida para que no se notara la lentitud que tenía en su desplazamiento". Habló sobre la situación con Claudia, Dalma, Gianinna y Cóppola, a quienes también aseguró que Carlos "Charly" Ibáñez, pareja de una prima del padre de Rocío Oliva, era quien le daba el alcohol.

El doctor Castro e Israelit habían compartido otro momento inquietante durante un almuerzo con Maradona y sus hermanas en Bella Vista. Así lo recuerda el médico: "Diego estaba hablando conmigo cuando agarró un pedazo chiquito de carne. No lo podía digerir: lo tuvo que regurgitar. Lo agarramos con Mariano y lo llevamos a la cama. Mandé a que le compraran bicarbonato y Reliverán, y más tarde le llevé un alimento proteico tipo Ensure. Estaba malnutrido, necesitaba una dieta blanda".

Como no había seguido las pautas de recuperación indicadas por Eyharchet, y seguía subiendo de peso, la operación en el hombro permanecía sin fecha. Pronto, problemas más apremiantes la harían caer en el olvido.

Estaba cada vez más deprimido. Con el cuerpo que no respondía y el espíritu castigado, había quedado atrapado en sí mismo.

Capítulo 13

La última crisis

(2020)

Entre la pandemia y el alcoholismo. Peligrosa compañía tóxica. Descontrol con los fármacos. Apenas una leve ventana de optimismo. La polémica por los estudios de septiembre. "Cara inexpresiva y ese temblor". Horas junto a la tumba de los padres. Entre diagnósticos. El último cumpleaños: deprimido y con el cuerpo al borde del colapso. Internación y más medicamentos. Hematoma subdural y derivación a otra clínica. "No lo toques": ¿quién opera a Diego? Contención física y crisis de abstinencia. El entorno. ¿Alta o externación? Internación domiciliaria versus *cuidado domiciliario. Acusaciones cruzadas y descarga de responsabilidades. Morla: "Hay Maradona para rato".*

Maradona empezó el último año de su vida como entrenador de un club que estaba en el precipicio. Sus ausencias a las prácticas seguían repitiéndose. El 15 de febrero de 2020, durante la derrota en Rosario contra Central, un colaborador le acercó algo que el ídolo tomó con su mano izquierda, mientras otros dos tapaban la cámara que filmaba la escena. La explicación oficial fue que se trataba de una pastilla para la presión arterial, que tomaba a causa de los nervios que le producía del partido.

A pesar de la situación, estaba convencido de seguir en el cargo. El ídolo había sido un factor decisivo en la reelección de Gabriel Pellegrino. Consciente de ese poder, después de aquel encuentro fue terminante: "Que no se le ocurra al presidente de Gimnasia echarme. Antes, lo echo yo a él".

Por momentos, mostraba voluntad de recuperarse. El preparador físico Claudio Borges lo visitó en su casa del barrio privado Los Fresnos, en Bella Vista. "Llevé un masajista para aflojarlo. Estaba con sobrepeso y retención de líquidos. Me dijeron que había sido una época de mucho alcohol. Le advertí que para volver a estar como él quería, tenía que hacer todo el proceso otra vez, con un chequeo previo. Ya no podíamos entrenar con pelota, por la prótesis en la rodilla. Quedamos en empezar a trabajar, pero vino la pandemia [de COVID-19] y no estaban dadas las condiciones. No había un gimnasio armado, no estaban las máquinas. No me llamaron más y los teléfonos se cambiaban continuamente".

Gabriel Buono lo confirma. "Yo le preguntaba: '¿Cuánto hace que no te acordás el número de teléfono, Diego?'. No se acordaba […] Tengo por lo menos diez números suyos […] Lo llamabas, y a los cinco o diez días no te atendía más. Yo ya no me comunicaba por WhatsApp, porque sabía que se lo veía otro. Eran tan ignorantes que te bloqueaban […] Se lo hacían a todos los que no querían que se acercaran a Diego. Porque si nos acercábamos, él iba a saber la verdad […] Lo tenían dopado. Y nunca tuvieron la inteligencia de pensar: 'Esta bomba a mí no me explota'".

El 9 de abril, mientras la Argentina transitaba su tercera

semana de aislamiento obligatorio por la crisis sanitaria producida por la pandemia, se conocieron algunos detalles sobre lo que pasaba en Bella Vista, donde lo acompañaban su sobrino Jonathan "Johnny" Espósito (hijo de su hermana María Rosa y de Gabriel "La Morsa" Espósito), "Charly" Ibáñez y la cocinera Romina "Monona" Rodríguez, que le preparaba a Maradona guisos y pescados. La había convocado Vanesa Morla, hermana de Matías y pareja de Pomargo, encargada de las compras y los pagos para la logística armada en torno al ídolo.

Eran visitantes asiduos los propios Morla y Maxi Pomargo, encargado de las cuestiones operativas y de servir como nexo con el club. Maradona decía que era "el hijo grande que nunca había tenido". También lo frecuentaban el doctor Luque y el novio de la cuñada de Víctor Stinfale, el terapeuta manual Nicolás Taffarel, que trabajaba como masajista del entrenador desde su regreso de México. La Justicia comprobaría más tarde que no tenía matrícula para ejercer en la provincia.

Taffarel lo visitaba de lunes a sábado, desde la mañana hasta el mediodía. Una vez que se despertaba, se enfocaba en sus pies —el masaje preferido de Maradona— y le colocaba vendajes linfáticos en las piernas, una indicación del doctor Eyharchet. Cuando el ex jugador estaba en condiciones, salían a caminar. Su estado de salud "era una lotería", reconoció el masajista en la Fiscalía General de San Isidro, que investigó la muerte del ídolo. "Algunos días estaba muy mal y otros bien. Había días que podía jugar al fútbol y otros ni se podía levantar de la cama. Yo veía muchos problemas desde lo anímico. Desde lo motriz había tenido una cirugía de rodilla y él no hacía la recuperación que correspondía". También variaba la magnitud del edema en sus piernas, un problema que cobraría protagonismo en los meses siguientes.

Maradona pasaba los días mirando TV, haciendo videollamadas para supervisar los entrenamientos y preocupado porque dirigentes de varios clubes habían planteado la posibilidad de bajar el sueldo de los jugadores para paliar la crisis. "Los muchachos necesitan la 'guita' para vivir", advertía a Futbolistas Argentinos Agremiados.

Cuando su amigo ya se había ido, Fernando Signorini contó

sus impresiones a *La Nación*. “La pandemia lo alejó del día a día con los jugadores y seguramente en esas circunstancias se encontró solo con sus fantasmas, con sus ausencias, con los dolores que tenía por todo el cuerpo”.

“La cuarentena le hizo bastante mal”, reconocería el doctor Luque más tarde frente a los fiscales. “Está descripto que acentuó diferentes cuadros, los psíquicos y de adicciones”. Un audio que le había enviado el propio Maradona a las 14:02 del 1 de abril confirmaba esa impresión. Se lo notaba deprimido y con la voz quebrada. “Hoy me duele la rodilla, estoy un poco mal, no se puede entrenar, no se puede salir”.

Luque reconoció en la Justicia que, durante aquellas recaídas, Maradona no estaba en condiciones de autovalidez ni autodeterminación: “Durante la pandemia me llamaron muchas veces. Períodos donde tuve que estar diariamente encima de él. El más fuerte fue de una semana, en Bella Vista”.

El cuadro se agravaba. “Él sabe que hay un cuartito lleno de alcohol, no es boludo. O son las pastillas o es el alcohol. Pero no se puede así”, le advirtió Espósito a Luque. Monona confirmó en la fiscalía que Maradona podía acceder a la bebida. “No había alcohol en la casa, pero a veces pasaba que traían y le regalaban, y tomaba vino. Otras veces Diego decía ‘quiero cerveza, quiero cerveza’, y había que ir a comprar. No se le decía que no”.

El médico le describió a Taffarel cómo le había advertido al entrenador sobre su situación. “Le dije: ‘Mirá, Diego, te vas a morir. Te vas a morir de un paro cardiorrespiratorio. Porque tomás pastillas para dormir y tomás alcohol’. Y me dijo: ‘*Tordo*, te la voy a hacer corta. Toda mi vida me sacrifiqué. Dejame tranquilo’. ¿Qué le voy a decir, boludo? Tiene razón”.

Con el desenlace conocido, Luque quiso aclarar que “el objetivo era asustarlo a él y a la gente alrededor, con el objetivo de lograr un beneficio para Diego”.

* * *

La figura de Charly Ibáñez permite entender cómo se cuidó —o descuidó— a Maradona durante sus últimos meses. Cuando Rocío Oliva se lo presentó, la química fue

instantánea. Morla empezó a pagarle un sueldo. “Diego lo quería porque era su nexo con Rocío y porque le llevaba lo que le pedía. Solía encerrarse a eso de las 19 en la habitación de Maradona para que pudiera hablar por teléfono con ella”, aseguró alguien de su círculo íntimo.

En su declaración judicial posterior, Oliva buscó desligarse de ese vínculo. “Lo conocí cuando él ingresó a la vida de Diego. En un cumpleaños que vino con la novia, que ella sí era prima de mi padre fallecido. Allí charló con Diego, y tuvieron buena onda. A partir de ahí, lo empecé a ver seguido, pero era siempre invitado por Diego”.

El 2 de febrero de 2021 trascendieron mensajes que Luque habría recibido de Taffarel. “Todos ayer, menos Monona y el de seguridad, fumando porro […] Hoy [Maradona] se levantó todo dolorido. El chabón no descansa. Se levanta con toda la resaca encima. Anoche fumó, tomó vino, más las pastillas […] Ya tomó el hábito de fumar todos los días y le pide faso a los de seguridad […] No aguanto más la situación de que Charly le dé marihuana a Diego. No sé cómo pararlo”.

“Era tóxico”, ratificó Taffarel, que dio precisiones sobre esa dinámica durante su declaración. “Un día en Brandsen, Diego estaba enfrente mío y le dijo a Charly ‘prendeme’, haciendo el símbolo/seña de fumar un cigarrillo de marihuana. Yo no dije nada, pero Charly se puso muy colorado, se brotó y yo entendí perfectamente que se referían a marihuana. Él le pregunta a Diego si se refería a un habano, y Maradona le dice textualmente ‘no, no, lo otro’ […] Cuando me fui, le dije que si le estaba dando droga a Diego, se iba a ocupar él si le pasaba algo. Yo lo hubiese cagado a trompadas, pero el problema era que Diego lo quería. En relación al alcohol, yo veía que él almorzaba con vino y en la sobremesa se tomaba la botella entera […] Siempre había vino y un chopp de cerveza Corona […] Tomaba a la mañana cuando se despertaba. El peor período de ingesta fue cuando estaba Charly”.

Ojeda también apuntaba a Ibáñez. “Charly le facilitaba la droga y el alcohol. Yo lo he visto. Un día llegué a las dos de la tarde y estaban tomando vino. Yo veía esas cosas y me iba, porque tenía que priorizar a mi hijo cuando Diego estaba mal. Ese día voy a buscar a Dieguito a la habitación de su papá y

había mucho olor a marihuana. Tenía un montón de marihuana en la mesita de luz. Y él no estaba bien".

Para Taffarel, Ibáñez le daba a Maradona "porro y cerveza" para "sacárselo de encima" y poder llevar a una mujer, con la que tenía sexo en una habitación de servicio. Eran situaciones infrecuentes, según contó una fuente. "A Diego no le gustaba la marihuana porque lo hacía dormir, lo hacía sentirse mal. Habrá fumado algunas veces, pero no muchas. Inclusive se le hizo un examen de sangre buscando esa sustancia en septiembre y dio negativo. El rol que cumplía el tipo era el de asistente, cadete: desde limpiar la pileta hasta ir al kiosco a comprar algo".

Pero Ibáñez era una presencia peligrosa. El kinesiólogo insistía. "El problema es que a Charly no lo controla nadie. Le da las pastillas dos veces. Diego le dice 'dame cuatro pastillas rosas' y le da cuatro pastillas. Quieren que se mame el chabón, ¿me entendés? Porque duerme tres, cuatro horas, y estos locos descansan".

Luque respondía desconcertado. "No, boludo, qué locura. Decime vos cómo le podemos cortar eso. No se puede. Como que no tiene solución. Estoy con él porque lo quiero, pero ni siquiera me favorece como médico, ¿entendés? La imagen que da el boludo, está todo el día borracho". El médico llegó a decirle a Morla que estaba considerando llevarse a Maradona a su casa, para que atravesara el aislamiento con otra contención: "Le saco al negro ese que está con él y lo pongo con una familia normal".

También se revelaron mensajes del propio Ibáñez a Luque. "Hoy después de la comida se tomó media copita y ahora después de la cena, media copita más. Se fue a acostar, tomó las pastillas para descansar y quedó *knockout*. Fumó un fasito y quedó dormido. Un señor inglés, doc. Venimos genial".

Taffarel, a quien Stinfale y Morla habían pedido que "cuidara" a Maradona, tenía su hipótesis sobre la presencia de Charly. "Cuando empecé a ir a la casa, estaba todo el día mamado. Después empecé a entender por qué. Rocío se tenía que ir a la tarde, entonces metía a alguien para que lo mamara, y ahí ella poder irse hasta la noche, que se despertaba. Y ese juego fue el que inculcó la mina a todos sus discípulos. Hoy en día Carlitos. Pero cuando Carlitos no

estaba iba José, el padrastro de Rocío".

Después de hablar con Stinfale, el kinesiólogo volvió a comunicarse con Luque. "Me dice: '¿Quién es el que le da la *falopa*?'. Le respondí que era el primo de Rocío. '¿El boludito?'. Le dije que no sabía a conveniencia de quién estaba. 'De nadie', me dice. 'Si nadie se quiere hacer cargo…'". ¿Por qué mantenían entonces a Ibáñez en la casa? "Si Diego explota, que explote con él", fue la respuesta del empresario a su cuñado, según el kinesiólogo.

Cuando la Justicia lo llamó a declarar, Stinfale dio una versión distinta: no tenía vínculos con Luque, con Maradona eran solo amigos y con Morla apenas lo unía "una relación de amistad de muchos años", con un pasado de trabajos jurídicos en común. Cuando los fiscales le preguntaron por qué Morla lo mencionó como "el jefe" en un audio que le envió a Luque, contestó que el apoderado lo hacía "por respeto", pero negó tener ese rol. A pesar de todo, Morla lo tenía agendado en su teléfono como "El *One*" (El Uno).

Luque también había encontrado a su culpable, y buscaba alertar a Morla sobre las perspectivas que enfrentaban: "Cada vez que está Charly, es un quilombo. Le prende la mecha a la bomba que es Diego, y el tipo explota fácilmente […] Ayer no se podía prender el habano. Yo creo que es una intoxicación transitoria. Pero si sigue así, se puede morir […] Tenés que interceder vos. Estamos a tiempo […] Lo primero que hay que hacer es cortarle el acceso, no es internarlo. Abro la heladera del tipo y parece un supermercado chino de la cantidad de alcohol que tiene".

Morla se desentendía. "Vos me decís 'cortale el alcohol o el faso'. Yo no tengo nada que ver. Mirá si voy a comprar marihuana. Y el alcohol no sé quién lo compra. Yo soy abogado, no hago las compras de la casa. Si el tipo no puede administrarse las pastillas, me parece que está para una internación".

Para eso, ofrecía las firmas de las hermanas de Maradona y de su hija Jana. Nadie se decidió a dar ese paso. Cuando el ídolo amanecía mal, Luque lo visitaba con el anestesiólogo Mauricio Casarsa, un compañero del Hospital Alemán que le pasaba complejo vitamínico B a través de un suero. "Lo hizo varias veces", explicó el médico. "Es para la mielina, la parte

neuronal, que se le da a los alcohólicos".

Cuando se supo que Ibáñez había sido contacto estrecho de un paciente con COVID-19, los responsables de su contratación cortaron el vínculo. Había, al menos, otros dos factores de peso. Al descontrol con la medicación y otras sustancias se sumó la difusión del dato de que estaba prófugo de la Justicia, acusado de robo agravado por uso de arma de fuego, con pedido de captura desde 2017. En sus períodos de lucidez, el propio Maradona había tenido elementos para sospechar que también le había robado dinero y relojes de su caja fuerte.

El asistente finalmente fue detenido el 2 de septiembre de 2021 en la localidad bonaerense de Boulogne, en un auto donde la Policía encontró dos *handies*, dos guantes negros y —en un habitáculo oculto— una pistola calibre nueve milímetros con numeración limada, con diez proyectiles en el cargador y uno en la recámara. Llevaba una licencia de conducir falsa, con su foto pero con otro nombre.

* * *

La decisión de la AFA de dar por finalizada la temporada a causa de la pandemia de coronavirus trajo como resultado lo que parecía un imposible: la salvación de Gimnasia. Aunque el entrenador había aclarado que hubiera preferido conseguirlo dentro de la cancha, tomó la decisión con cierto alivio.

> Muchos dicen que es una nueva mano de Dios. Pero yo esa mano hoy se la pido para que termine con esta pandemia y el pueblo pueda volver a vivir su vida, con salud y feliz.

No sabía que no llegaría a ver cumplido ese deseo. Tampoco el de la reconciliación con su familia. Dalma lo dejó en claro el 10 de junio: "Hago esto público porque al entorno de mi papá lo único que le importa es no quedar mal públicamente. Así que, ¿alguno de ustedes podría ser tan amable y pasarme el número nuevo de mi papá? Ya que ¡cada vez que habla con mi hermana o conmigo se lo cambian!".

Más tarde confirmó por TV que estaba "enfurecida": "De un día para el otro, no me puedo comunicar más con mi papá. La

última vez que hablamos fue el lunes [8]. Nos comunicamos casi todos los días, porque mi hija Roma empezó a hablar y él se muere por verla: estamos horas al teléfono. No lo van a privar de disfrutar de su nieta".

Un par de semanas más tarde, se filtró un video de Maradona bailando con Verónica Ojeda. Presuntamente filmado en Sinaloa un año atrás, se lo veía con sobrepeso y una borrachera evidente, bajándose los pantalones. El episodio volvía a exponer su fragilidad.

El 23 de junio Gianinna se sinceró en Instagram: "Acosté más veces a mi papá de las que me hubiese gustado. ¿Me comí mil puteadas? Sí. Nunca me importó ser la mala. Estoy orgullosa de las veces que 'me puse la gorra' […] lo innecesario en su vida es un patrón reiterativo".

Cuando le preguntaron por televisión sobre el consumo que hacía Maradona de ansiolíticos y alcohol, fue clara: "Esto no está pasando [solamente] ahora, en la cuarentena. Lo vienen negando hace un montón". Y recordó un encuentro familiar en que su padre casi muere ahogado: "Estuvimos en un cuarto a solas con él porque había gente fumando, y estaban mi hijo y mi sobrina, que era muy bebé. Como no me gustó lo que vi, volví más tarde sin avisar. Llamé a mi mejor amiga para que me acompañara […] Como pasó en un millón de oportunidades, me lo encontré a mi papá durmiendo en una mesa. Estaba Jana también. Cuando mi papá se descompone, Morla se va y mi amiga lo encara. Un señor seguía cantando con la guitarra como si nada. Se estaba ahogando. Ahí discutí con Rocío porque lo quería obligar a soplar la velita".

Gianinna contó que aquel día también se llevó medicación de su padre para analizar. "No me molestaría mostrarle a un juez todas las fotos de ese día. Mi papá me agradeció un millón de veces cuando decidimos internarlo con mis abuelos y mis tías. Hoy ya no podemos hacer eso legalmente, menos con esto del alcohol […] El domingo [21, Día del Padre] no pude hablar con mi papá y no porque no me haya atendido el teléfono, sino porque no se podía hablar. Antes fingía entender la conversación que teníamos y hoy ya digo: 'No, papá, no te entiendo nada' y tengo que cortar".

El 25 de junio Luque también habló públicamente sobre el alcoholismo de Maradona. Más tarde se arrepentiría: "Me

equivoqué. Violé el secreto profesional. Diego me perdonó".

* * *

A principios de julio hubo una leve ventana de optimismo. Por televisión se informaba que Maradona había bajado siete kilos en una semana, que llevaba once días sin beber alcohol y que Luque había tomado las riendas del entorno, con vistas a un tratamiento psicológico y físico. El 30 de junio, la cuenta del entrenador en Instagram publicó un mensaje de agradecimiento al médico "por cuidarme siempre, como si fuésemos de la familia". La imagen los mostraba con barbijo y señalándose mutuamente, en una pose relajada. "Solo te devuelvo una mínima parte de la alegría que nos diste a los argentinos. Eternamente agradecido", respondió el neurocirujano por la misma vía.

Al médico no le constaba que Maradona usara las redes sociales. Tiempo después, se comprobaría que el ex jugador no escribía sus tuits y crecieron las sospechas de que, al menos en sus últimos días, tampoco los mensajes de WhatsApp.

A pesar de las publicaciones amistosas, el panorama no lucía bien. Luque se preocupó especialmente después de que su paciente pasara más de cuatro días encerrado en su habitación. Cuando logró que se levantara y aceptara la necesidad de un cambio, le pidió una condición: que lo ayudara un especialista de manera permanente. Así se sumó la psiquiatra Agustina Cosachov, cuyo contacto le había sido enviado por una colega del Instituto de Neurología Cognitiva. Cosachov impresionó a Luque como una persona con empuje, capaz y predispuesta.

Cuando médico y psiquiatra entraron en su habitación, Maradona anunció desde la cama: "Les voy a dar cinco minutos". Finalmente conversaron durante una hora y media. Empezaba un vínculo determinante para su futuro.

A finales de julio, el entrenador se mudó a Campos de Roca, un barrio cerrado en el partido bonaerense de Brandsen, en el límite con La Plata. Tenía cinco habitaciones, una gran sala de estar, piscina con cascada, cancha de fútbol 5 y quincho cerrado. Estaba a diez minutos de Estancia Chica

y era un préstamo de un socio del club. “Me pareció que se nos estaba yendo Diego y surgió la idea de tratar de llegar de otra manera”, explicó el dirigente Alejandro Ferrer.

Sin embargo, el cambio de aire no solucionó los problemas de fondo. “El consumo de Diego nunca cesó”, reconoció Luque en la Justicia. “Hacía abstinencias completas por dos o tres semanas, pero no quería decir que no tuviera más la adicción”. Seguía visitándolo en los períodos “muy malos”, cuando sufría recaídas. “Tenía una particularidad respecto del consumo del alcohol y benzodiazepina [fármacos con efectos sedantes], y era que adelante mío no consumía. De todos modos, yo podía interpretar, por su estado, que había consumido”.

Para entender con mayor profundidad lo que estaba pasando, el médico empezó a buscar un centro de alta complejidad que estuviera en las cercanías. Fue así que contactó al Sanatorio Ipensa de La Plata por medio de Flavio Tunessi, traumatólogo de Gimnasia, quien se ofreció a ayudar con la logística para una serie de chequeos exhaustivos. Como Luque, según su propia declaración, “tenía interés particular en confirmar el buen estado del aparato cardiovascular” de Maradona, Tunessi lo puso en comunicación con el doctor Oscar Alberto Franco, médico cardiólogo que se desempeña en Ipensa.

Enterada de una conversación entre ellos, la fiscalía quiso saber si el cardiólogo había sugerido al neurocirujano la necesidad de hacerle a Maradona estudios de perfusión como los que se le habían realizado en el Sanatorio Sacre Cœur en 2000, cuando se le detectaron trastornos de la función cardíaca. El médico del ex futbolista prefirió avanzar con “los estudios básicos del chequeo”: “Consideré que, habiendo sido evaluado por cardiólogos en Clínica Olivos hacía menos de seis meses, los estudios de perfusión podrían ser innecesarios […] Cuando el paciente llegó a la clínica, fue igual evaluado como correspondía. ‘Chino’ [así lo conocía Luque] lo evaluó, examinó, hizo ecocardiograma, electrocardiograma y un examen semiológico [con estudio de síntomas y signos] exhaustivo. Habiendo realizado todo eso, y viendo los resultados, no consideró ni me sugirió estudios de mayor complejidad”.

¿Por qué entonces le había hablado del chequeo de perfusión? “Al igual que muchas personas, interpreta que el antecedente de cardiopatía se puede mantener en el tiempo. Pensó que podía ser actual. Pero luego de verlo y examinarlo, entendió que no era necesario. Recuerdo textualmente que me dijo, tanto a mí como a Diego: ‘Al final, este no tenía cardiopatía. Tiene el corazón de un león’”.

La declaración judicial del doctor Franco arrojó algunas diferencias con la versión del doctor Luque. Después del chequeo general, que incluyó ecografía abdominal, electrocardiograma, doppler carotídeo y ecocardiograma, el médico de Maradona lo contactó para una evaluación cardiológica previa a una endoscopía. “Se trataba de un paciente hipertenso, pero en ese momento no encontramos ninguna causa o de insuficiencia cardíaca o de alguna patología en concreto”, confirmó el cardiólogo. “Fue un estudio dentro de los parámetros más o menos normales salvo por un hallazgo relacionado a una ecografía abdominal previamente realizada, la cual arrojó que tenía la cavidad derecha un poco fuera de lo normal, pero no era algo que llame la atención”.

La novedad central fue que Franco aseguró que Maradona también debía realizarse “una evaluación con un estudio de SPECT o cámara gamma, lo cual no se hizo por decisión del doctor Luque”. El especialista la consideraba una indicación “de gran aporte” para pacientes de riesgo: “Hubiera funcionado a modo de prevención, como también resulta útil a modo de detección de alguna patología coronaria que puede estar oculta y el estudio lo pone a la luz”. Franco aclaró que, a pesar de ello, no sugirió una internación; el ex jugador no estaba en riesgo.

“Lo vio el 9 de septiembre. Sugirió estudio de perfusión y no quisieron hacerlo”, ratifican fuentes de la causa, para quienes aun cuando el corazón de Maradona pudo haber tenido un funcionamiento normal, presentaba un grado de deterioro que solo se habría detectado con ese tipo de estudios.

El 11 de septiembre Luque abonó la hipótesis de una mejoría: “Está muy bien, tanto física como mentalmente. Él es así. Yo ya lo había visto y lo veo increíble. Ayer lo llevamos a

hacer un chequeo, y está perfecto". Aunque "cuesta hacerlo subir a la balanza", ya había perdido más de diez kilos. También reconocía que su relación era imperfecta. "Es todo el tiempo estar discutiendo y retándolo […] No hay que confiarse en que tiene empatía con uno, porque ahí te relajás […] Hace y deshace lo que quiere. Y te diría que yo cuando le tengo que decir para hacer algo que quiero lograr con él, hasta le propongo lo opuesto".

Cuando le consultaron por su estado cognitivo, dio una respuesta ambigua. Un análisis de ese tipo "tiene algo que es subjetivo. Yo hablo con él y digo: 'Este no está bien'. Y después tiene lo objetivable, que es lo neurocognitivo. La persona tiene que estar descansada para ser evaluada, una serie de condiciones en estado normal, donde se le hacen preguntas y que repita ciertas palabras". Considerando eso último, "objetivamente está bien. Yo ayer estaba con él. Le estaban haciendo una endoscopía porque a veces tiene problemas para comer carnes. Él ya estaba casi dormido, yo estaba con el teléfono, y me dice: 'Luque, estamos haciendo un estudio, dejate de joder con el teléfono'. Y yo estaba lejos. Todos se quedaron sorprendidos".

Pero la preocupación persistía. Después de visitar a su paciente, el martes 17 la doctora Cosachov dejó asentado que "recayó en el consumo de alcohol desde el día domingo [15] según refieren allegados y su hija Jana, con la cual convive actualmente. Está tomando en mayor cantidad, no pudiendo respetar lo acordado, que era consumo cero o una copa de vino por la noche". Más allá de eso, estaba "tranquilo, vigil, con tendencia al sueño".

"Hay que hacerle una resonancia de cerebro", planteó Luque a la especialista el 21 de septiembre. "Veo que tiene cara inexpresiva y ese temblor. Puede ser un síndrome parkinsoniano o Parkinson".

Otra vez con sobrepeso, Maradona reapareció en una cancha de fútbol nueve días después, durante un amistoso entre Gimnasia y Esgrima y San Lorenzo en el Bajo Flores. La imagen de su llegada a la cancha, junto a Diego Fernando y con una máscara transparente, recorrió el mundo. En el entretiempo —con tapabocas pero ya sin la máscara— se abrazó con Marcelo Tinelli (presidente del rival) y conversó

con él durante noventa segundos antes de despedirse con un beso en la mejilla. Verónica Ojeda observó la escena a una distancia prudencial.

Su tristeza y fragilidad eran palpables. A mediados de octubre visitó los restos de sus padres en el cementerio privado Jardín Bella Vista, según recordó en una entrevista en mayo de 2021 el cuidador Hugo Gómez. “Entró con una camioneta negra y estacionaron al lado de las lápidas. Lo ayudaron a bajar pero le temblaban las manos. Estaba mal”. El empleado recordó que Maradona iba allí con frecuencia. “Se pasaba horas al lado de la tumba de sus padres. Una vez, yo estaba en la casilla y escuché a alguien hablando en voz muy alta, y por las cámaras de seguridad me di cuenta de que era él. Estaba llorando desconsoladamente”.

* * *

A esta altura, Luque y Cosachov empezaron a intercambiar mensajes con mayor asiduidad. La preocupación era acuciante. El sábado 24 de octubre, el médico planteó que se estaban quedando sin opciones. “La verdad es que no lo vi bien. Pareciera una demencia alcohólica. Por momentos conectado, por momentos desconectado. Tenemos que ir viendo la posibilidad de una internación domiciliaria”. “Le volví a ajustar la medicación. Si no para con el alcohol, no se va a poder hacer otro diagnóstico que no sea la demencia alcohólica. Ningún neurólogo por el estilo te va a hacer un diagnóstico de Parkinson si él sigue tomando alcohol. Primero tendríamos que lograr eso, me parece. Lo de la internación domiciliaria lo hablé con Vane [Morla] como posibilidad. Se lo dije sin saber que estaba así, tan mal. Me parece bien que lo intentemos. No sé si él estará de acuerdo”.

Al día siguiente, esa posibilidad generaba dudas. “Probablemente sea difícil lograr que él no tome”, reconocía Cosachov. “En la casa puede ser, pero tiene que haber alguien que se ponga firme. Él hizo abstinencia y lo habían tenido que contener […] Habría que conseguir personal muy capacitado para una internación domiciliaria”. También arriesgaba la posibilidad de que Maradona padeciera el síndrome de Korsakoff, que afecta las funciones cognitivas en quienes

abusan del alcohol. Para Luque, estaba depresivo y con un cuadro confusional.

El lunes 26 Cosachov habló con Pomargo, que veía a Maradona confuso, perdido y "muy rígido". La psiquiatra proponía "activar sí o sí la domiciliaria la primera semana de noviembre", después del cumpleaños del ídolo. Al ser "menos mediática", era su opción preferida. "Si se nos desmadra con el tema de la contención, tendremos que internar", advertía. Insistía en que Maradona padecía "una posible demencia que habría que descartar que sea por alcohol, y que por ahí se puede haber añadido un Parkinson". También señalaba la conveniencia de que lo evaluara un neurólogo: "No podemos no hacer nada. No podemos quedarnos esperando a que pase algo".

"Yo tengo manejo", buscó tranquilizarla Luque en relación al aspecto neurológico. "No es primordial. Primordial es desintoxicarlo. Cosa típica del alcohólico crónico y que se limpie […] Lo del Parkinson y eso pasa a un segundo plano, absolutamente". Después de ese llamado, Cosachov le envió tres recetas de medicación.

Pero la situación se volvía inmanejable y Luque estaba preocupado por la cantidad de fármacos que recibía el cuerpo de Maradona. La psiquiatra confirmaba que era "una guasada". Le había agregado un estabilizador de ánimo y sugería la posibilidad de quitarle la quetiapina, con efectos secundarios como somnolencia, sensación de inestabilidad, trastornos del habla o en el uso del lenguaje y dificultad para pensar o concentrarse, entre otros. "Pero ese es el caballito de batalla para el tema del descanso", aclaraba.

Luque y Morla sabían que Maradona solía sufrir recaídas antes de su cumpleaños. Para anticiparse a la situación, el apoderado llamó al médico a fin de sugerirle la incorporación del psicólogo Carlos Díaz, un especialista en adicciones que había tratado durante tres años a su chofer, Maximiliano Trimarchi (hermano de Andrea Trimarchi, contadora en su estudio). El neurocirujano no se mostró especialmente entusiasmado con esta sugerencia. "A Maradona siempre se acercaron médicos con la idea de realizar el gran cambio —declaró en la Justicia—. Todos teníamos esa ilusión al comienzo". Así y todo, se ofreció a hacer las presentaciones.

Cosachov estaba molesta: “Cuando hay muchas manos metiéndose en lo mismo, no me gusta mucho. Si quieren cambiar de psiquiatra, no tengo ningún problema. Me retiro dignamente y todo bien […] Si no, me parece que va a estar medio turbio el accionar. No vamos a saber qué toma y qué no toma”.

Luque le respondía que era “un boludo que lo ve cinco minutos y opina”, y que el cambio de psiquiatra no estaba en los planes. Aclaraba que su pedido de bajar la medicación era “porque cuanto menos comprimidos esté tomando, es mejor para nosotros. Lo primero que van a pensar es que tiene una intoxicación medicamentosa cuando en realidad es otro el problema”.

Díaz conoció a Maradona ese mediodía. Así reconstruyó la escena en la fiscalía. “Morla me presentó, le dijo que yo lo iba a ayudar con su salud, y me dejó solo con él. Lo observé con una clara disartria [dificultad para hablar provocada por trastornos en los músculos], rigidez facial y de sus articulaciones, y temblor de reposo”. Al contrario que otros especialistas, el psicólogo no se sintió intimidado por el ídolo. Tenía enfrente a una persona que necesitaba ayuda, no a la estrella que había asombrado a una generación anterior a la suya. Los síntomas le recordaron al parkinsonismo que había sufrido su propio padre antes de morir. Lo notó caído, con poca energía y problemas para hablar. Más tarde, dijo que también lo vio dispuesto a colaborar y que comprendía “que tenía que hacer un cambio de vida”, aunque aclaró que “lo que caracteriza a la adicción es la ambivalencia; por momentos esa persona quiere dejarse ayudar y por momentos no”.

Durante aquel encuentro, Pomargo le explicó que había pasado las últimas semanas perdido y anímicamente muy caído, aunque tomando poco alcohol. Cuando el psicólogo pidió el plan farmacológico de Maradona, Espósito le contó que pedía “refuerzos”, sobre todo de quetiapina, en horarios no estipulados. Después Gianinna agregó que —ya en su etapa de jugador— su padre tenía “una dependencia enorme de alprazolam, una benzodiazepina que se da para casos de ansiedad o insomnio”. Cosachov, aclaró Díaz, “logró suprimir la ingesta de esta medicación tan adictiva”.

A pesar de los fármacos que tomaba para dormir y de que el alcohol funcionaba como depresor del sistema nervioso central, Maradona seguía mostrando un sueño irregular. Mientras el psicólogo coincidía en la necesidad de "limpiar" su cuerpo, empezó a vislumbrar un diagnóstico: trastorno narcisista de personalidad. Díaz aseguró que, conmovido por las similitudes con la afección de su padre, decidió no cobrar por su trabajo. "Generamos un vínculo, sumado a que él tenía mucha afinidad con Morla, y desde ese lugar es que me recibió muy bien", cuenta en su consultorio del barrio porteño de Villa Urquiza. Recuperarse del deterioro físico "era una de sus mayores motivaciones para estar bien".

* * *

Con el sexagésimo cumpleaños de Maradona cada vez más cerca, se reactivaron los intereses que lo rodeaban. Matías Morla necesitaba al ídolo en condiciones. O al menos simular que lo estaba. Así se lo explicaba Luque a Cosachov:

—Ahí me llamó Morla, que quiere un certificado de que Diego está orientado en tiempo y espacio.

—¡Jajaja! El tema es: ¿está orientado?

—Me lo pidió Matías, pero lo tenés que ir a ver para escribirlo. Seguro te va a hablar Vanesa también. Pero le tenés que decir que hace diez días, o el día que lo viste, lo viste bien. Si querés te puedo escribir eso, pero es "del día que lo vi". Que ahora tenés que reevaluarlo, lógico.

—Eso te iba a decir. Eso es "al momento de la evaluación".

Cosachov obedeció.

La versión manuscrita indica que "al momento de la evaluación el paciente se encuentra vigil, orientado en persona, tiempo y espacio. En buenas condiciones de aseo general". La versión mecanografiada señala: "Se concurre al domicilio del paciente. Se mantiene entrevista con el mismo. Persiste queja en relación al sueño. Acuerdo continuar ajustando la medicación. Al momento de la entrevista se evalúa vigil, en buenas condiciones de higiene y aspecto general, orientado en 3 esferas. Euproséxico [presta atención normal y espontáneamente]. Sin productividad psicótica aguda. Niega ideas de auto y/o heteroagresión al momento

actual. Sin riesgo al momento actual. Se encuentra acompañado por allegados y se encuentra asistiendo a diario su ex mujer [Verónica] con su hijo Diego, lo cual lo motiva. Persiste ánimo depresivo la mayor parte de los días asociado a dificultades para dormir, con lo cual se ajusta nuevamente el plan farmacológico. Ajusto la motrigina a 50 mg. Se reevaluará en los siguientes días a ver cómo evoluciona".

Los documentos están fechados en Buenos Aires, el 20 de octubre, aunque la Justicia determinó que la psiquiatra no lo había visto aquel día. Ante la pregunta de los fiscales, Cosachov trastabilló. Aunque el certificado "no salió de mi casa", había sido "retransmitido mediante foto a Vanesa Morla". Reconoció que "revisando la situación, a la luz de los hechos el día 20 no concurrí […] Lo que hice fue recurrir a la historia clínica, a la última fecha que yo tenía registrada una evaluación, y esa fecha era el 20 […] Lo que creo que puede haber pasado [es] que cuando me pongo a evolucionar en la historia clínica, por un error involuntario con papeles de trabajo, plasmé una evolución que no era de ese día y arrastré ese error al certificado en cuestión".

En su acusación de "falsedad ideológica", los fiscales le llamaron la atención sobre otro desliz. Aquellos días Maradona estaba en Brandsen, "sitio al que la imputada nunca compareció a observarlo". Por otra parte, el 26 de octubre sabía "fehacientemente que el estado de la víctima era otro". En resaltados con verde, amarillo y rosado, la agenda de Cosachov registra varios compromisos ese día, como una visita a Pilar a la una de la tarde. da cuenta de una evaluación a Maradona.

El martes 27, tras otra conversación con Pomargo, el doctor Luque se quejó de que "ahora está la preocupación de que tenga demasiadas pastillas. Simplifican un problema mucho más complejo". Aun así, aceptó cumplir con el pedido, que transmitió a la psiquiatra. "Si está dentro de nuestras posibilidades reducir las pastillas, que creo que se puede, yo aconsejaría que lo empecemos a hacer. De forma progresiva, pero de forma continua. Empezar a bajarle todo lo que se pueda […] Creo que es inteligente de nuestra parte empezar a tomar esas sugerencias. La respuesta creo que va a ser parecida. No va a ser buena. Yo ya hablé de una posible

internación. De acá a una semana tenemos que tener todo bien bien bajo".

En su relato, la llegada de Díaz no pareció arrojar más luz, aunque se mostraba abierto a sumar nuevas opiniones. "Pidió que le pasen lo que toma Diego y se lo pasaron [*risas*]. Que tomó como tres botellas de no sé qué. Le dije que toma, toma. Porque él me decía que pensaba que tenía un Parkinson. Y yo le dije: es un alcohólico. A mí me cuesta hacer un diagnóstico […] El tipo viene con ideas nuevas".

Aunque Cosachov reconoció en la Justicia que había síntomas que llamaban su atención —"temblor, ciertas dificultades en la marcha, a veces olvidos"— y recaídas con el alcohol, los planes cambiaron en forma repentina. "Diego hoy [está] perfecto", avisó Luque, que había recibido un video donde se lo veía entrenando con un *personal trainer*. La psiquiatra se extrañó: "Qué raro el cuadro. Mucha oscilación, la verdad… ¿Será un [síndrome] confusional? ¿O te chamuyan con que está bien?". En su declaración agregó que "era típico en Maradona tener estas oscilaciones: verlo un día recluido en aislamiento y después tirando al aro de básquet o escuchando música, viendo partidos, hablando perfecto y haciendo chistes".

A pesar de esas pocas señales favorables, el miércoles 28 el diario deportivo *Olé* publicó una tapa premonitoria. "Una mano, Dios", pedía el titular, bajo una foto de un Maradona con la mirada apagada sobre el barbijo quirúrgico. "Diego no la pasa bien en la previa de su cumple de 60", advertía. "¿Podrá festejar públicamente el viernes en el debut?". Era la fecha de regreso del fútbol doméstico, tras un parate de 228 días. El entrenador había pasado los últimos días aislado, por ser contacto estrecho de un custodio con síntomas de coronavirus. "Toda esta situación fue un nuevo mazazo para el Diez. Maradona no viene transitando de la mejor manera el encierro producto de la cuarentena. Su edad y su estado físico lo colocan como paciente de riesgo, por lo tanto tuvo que estar alejado de su amor principal: la pelota".

El diario recordaba el amistoso contra San Lorenzo. "El consejo médico había sido no quitarse la máscara y no exponerse. Ese Maradó habló con la prensa y en la cara se le notaban rasgos de angustia. El coronavirus también lo apartó

de sus seres queridos […] No puede pasar sus días sin una pelota y eso lo llevó a bajonearse más de lo normal. Por eso estos últimos meses fueron duros para el Diez. Se lo devoró la ansiedad durante mucho tiempo y cuando la calesita está por volver a arrancar le dijeron que no le convenía subirse".

Un mensaje que habría enviado Díaz ese miércoles deja ver lo delicado de la situación: "Me junto con Gianinna porque tengo el temor de que tenga un trastorno bipolar. Quiero hablar con ella y pasar la pelota, no quiero que me asocien con Matías [Morla]".

El jueves 29 se realizó la primera reunión entre Luque, Cosachov y Díaz. Mientras evaluaban en un café las estrategias a seguir, psiquiatra y psicólogo ampliaron el diagnóstico conjunto. "Trastorno de personalidad narcisista grave, con un consumo problemático de alcohol de larga data y Alplax alrededor de 15 miligramos", según declaró ella. También hablaron de los síntomas depresivos, el trastorno de sueño y "ciertos rasgos antisociales" de Maradona.

El psicólogo da más detalles. "Les planteé que consideraba imprescindible llevar adelante una desintoxicación, a los fines de poder hacer una correcta evaluación diagnóstica al paciente. Si no, uno no sabía si era un cuadro depresivo anímico genuino o si era producto del consumo del alcohol o de psicofármacos. La idea era tratar de llevar adelante la hospitalización y una *detox* [desintoxicación] para esclarecer la cuestión diagnóstica".

Eran horas contradictorias. El ex jugador llevaba dos días entrenando con Taffarel: cuarenta y cinco minutos de ejercicios de coordinación. Ese mismo jueves, la revista *France Football* publicó una edición especial en su homenaje. Como retribución, Maradona recibió una réplica "*Diego est grand*" ("Diego es grande"), decía la portada, que lo mostraba en sus primeros años de Selección. Cuando le preguntaron por su deseo de cumpleaños, no dudó:

> Sueño con hacerles otro gol a los ingleses, esta vez con la mano derecha.

* * *

La víspera del cumpleaños del ídolo, *Clarín* publicó la que

sería su última entrevista. El autor, Julio Chiappetta, había hablado con él un mes antes, pero el diálogo no se pudo concretar. “Estaba con miedo por la muerte del cuñado [Raúl Machuca, marido de su hermana Rita, por COVID-19] y empelotado por vivir en el country. Quería volver a entrenar a Gimnasia. Le regalaba perfumes a los chicos que hacían goles, llevaba botines a los de inferiores”.

Chiappetta hizo sus preguntas a través del jefe de Prensa Sebastián Sanchi, que finalmente envió las respuestas por correo electrónico.

> Fui y soy muy feliz. El fútbol me dio todo lo que tengo, más de lo que hubiese imaginado. Y si no hubiese tenido esa adicción, habría podido jugar mucho más. Pero hoy eso es pasado, estoy bien y lo que más lamento es no tener a mis viejos. Siempre pido ese deseo, un día más con la Tota, pero sé que desde el cielo está orgullosa de mí y que fue muy feliz.

Cuando el periodista le preguntó por la pandemia, Maradona volvió a mostrarse preocupado: “Esto es lo peor que nos pudo pasar, nunca vi algo igual. Y a Latinoamérica le pega mucho más. Ojalá termine pronto. Hay gente que no la está pasando bien”. También dejó una reflexión que traslucía su estado de ánimo.

> Yo a la gente le voy a estar eternamente agradecido. Todos los días me sorprenden. Lo que viví en esta vuelta al fútbol argentino no me lo voy a olvidar jamás. Superó lo que yo podría imaginar. Porque estuve mucho tiempo afuera y a veces uno se pregunta si la gente me seguirá queriendo.

Pasó esa noche con un puñado de personas, entre ellas Jana, Monona y un custodio. “Quiso brindar y tomamos un champán. Esperamos a que se hicieran las doce, brindé y me fui a dormir”, declaró más tarde la cocinera, que al día siguiente lo notó “bajoneado, en el sillón. No disfrutó el cumpleaños”.

“¡Sé feliz siempre!”, le pidió Dalma ese viernes 30 de octubre por las redes sociales, junto a una foto donde la sostenía en brazos. Gianinna eligió una imagen que lo mostraba jugando con ella de bebé. El texto era una despedida anticipada. “Desde la cuna hasta la eternidad… Mi

gran confidente. El mejor cómplice […] Disney y también neuropsiquiátricos. Tangos en vez de cuentos para dormir. Lo disfruté en cada etapa de mi vida, algunas veces más cerca que hoy, pero menos lejos que mañana. Mi gran ejemplo de todo lo que sí y todo lo que no […] Es cierto que se ama hasta el final, que siempre se puede volver a empezar y que es mejor morir de pie que vivir de rodillas […] Te celebro, te extraño y ¡te amo para siempre!".

Mientras medio millar de fanáticos de Gimnasia cantaban por él en la puerta del country, su presencia en el estadio era una incógnita. La prensa publicaría más tarde que el entrenador había mezclado alcohol con una dosis de la medicación superior a la prescripta. A pesar de las opiniones en contra de Gianinna y Luque, Maradona insistió en no faltar al partido contra Patronato. Había contraído un compromiso con los hinchas que, por las restricciones sanitarias, pasarían largos meses sin poder volver a las canchas.

Pero el día había empezado muy mal, según se comprueba en el intercambio de mensajes que tuvieron Luque y Taffarel. El médico quería saber cómo estaba su paciente.

—Decime que aunque sea puede hablar, boludo… ¿Puede hablar o no?

—¿Sabés cómo se fue? No podía ni caminar, un papelón. ¿Sabés que la cagada se la manda Matías [Morla], Leo? En confianza. Lo fue a despertar a las nueve de la mañana. Él con Víctor [Stinfale] entraron a la pieza y lo quisieron despertar porque era el cumpleaños y se la re mandaron.

—Qué boludos que son. ¿Cómo le van a alterar el sueño así?

—Una bronca… [Tenía] la cara desencajada, perdido. Para colmo fue Gianinna y otra vez lo vio mal, la mina se largó a llorar, un desastre. Matías vino, lo puso de putas a las nueve de la mañana, ¿por qué lo despertás? Es un pelotudo.

—¿Y él quería ir? No lo tienen que llevar así, boludo.

—¿Sabés qué pasa? Matías dijo: "Che, ¿está para llevarlo?". El chabón no está bien.

—Yo lo cancelo y le digo "no va", punto. Pero bueno, hoy es el cumpleaños. Puede ir averiado, puede ir como quiera. Es el cumpleaños, que haga lo que se le cante el orto.

—Va a ser un papelón. Si te dice dos palabras coherentes,

olvidate, es la gloria.

A pesar de las advertencias, nadie imaginó que aquella sería su última aparición pública. Eran las 18:52 cuando salió del túnel y pisó el césped del estadio del Bosque platense. Caminaba con lentitud, con un colaborador sosteniéndolo de la mano derecha y otro en la espalda. Algo más flaco que en su aparición anterior, vestía una campera negra con el logo de YPF, producto de un compromiso comercial. Por unos segundos, avanzó solo. Saludó a las tribunas vacías, mientras una locutora lo felicitaba por el cumpleaños. La televisión enfocaba las banderas en su honor y replicaba los cánticos de los hinchas. Con los fuegos artificiales a sus espaldas, la ayuda se volvía evidente y necesaria: la pierna derecha casi no respondía. El barbijo estaba caído cuando se estrechó en otro abrazo con Marcelo Tinelli, que en nombre de la AFA le entregó una plaqueta que lo homenajeó como "héroe de las epopeyas más resonantes de la historia del fútbol argentino". Maradona se mostró agradecido y emocionado, pero tenía las facciones rígidas y la mirada ausente.

Estaba encorvado cuando abrazó al presidente Claudio Tapia, justo después de que otro allegado —insólitamente— terminara de bajarle el barbijo. "Chiqui, el que tiene que venir es Infantino", bromeó. Las palabras se patinaban en su boca. "El fútbol argentino te debe mucho", reconocía Tapia, mientras le regalaba otra placa con un banderín de la asociación. Hablaban al oído y se tocaban las manos. Apenas horas después de que su testeo de COVID-19 diera negativo, el entrenador seguía expuesto a una enfermedad que lo tenía como paciente de riesgo, sin protección y habiendo saludado a todos los que lo rodeaban con un beso. Camino al sillón que ocuparía junto al banco de suplentes, Tinelli volvió a sostenerlo del brazo izquierdo. Cinco minutos después de su salida a la cancha, logró sentarse. Parecía exhausto.

Como buena parte de los argentinos, algunas personas que lo habían tratado en el pasado se alarmaron ante la escena. Jorge Romero, el médico que atendió la emergencia en Punta del Este, estaba incrédulo. "'Este hombre está muerto', pensé. Vi un paciente muriéndose por agravio encefálico y por una evidente retención hidrosalina. Se podría haber revertido con un diurético".

A Signorini le pasó lo mismo. “Noté un deterioro muy preocupante: ‘Es el final, no le quedan más de tres meses’. No me gustaba la gestualidad, los ojos como vacíos, sin vida. Justo en Diego, que tenía una vista que parecían dos bolitas de fuego”.

Maradona no disfrutaría de la victoria de su equipo por tres a cero. Se fue apenas comenzó el partido. “Estaba pactado de esa manera”, dijeron desde el club. Aquella salida silenciosa fue su última imagen en movimiento: deprimido y con el cuerpo al borde del colapso.

* * *

En las horas siguientes, Rocío Oliva apareció en la televisión con un gesto de tristeza. “El único deseo que tengo es que esté bien […] Prefiero al Diego del año pasado, que se arme un quilombo en el cumpleaños, ese Diego que canta, que baila, que tiene color en la cara y que está más gordito […] También entiendo que cada uno está como quiere”.

Era una opinión discutible. Maradona estaba aislado por decisiones propias y ajenas. Aunque había recibido apenas seis llamados de cumpleaños, es imposible saber cuántas personas intentaron saludarlo. En la causa está comprobado que en sus dos teléfonos —un iPhone gris y otro negro— se usaban seis chips que se cambiaban continuamente. Otra de las estrategias para mantenerlo incomunicado, asegura un investigador, era poner sus teléfonos en modo avión, que desactiva todas las conexiones de datos.

Las escenas de la cancha de Gimnasia habían supuesto la confirmación pública de la fragilidad del ídolo. Puertas adentro, las alarmas se encendieron al máximo. “Indudablemente, el consumo de fármacos no era el debido”, apunta Díaz. “No por la mala prescripción médica, algo en lo cual no me meto, sino porque también me resultaban raros sus horarios de sueño. Se levantaba a las seis de la mañana, dormía hasta el mediodía y se levantaba de nuevo. Algo raro había […] Diego era amo y señor. Decía: ‘Dame una [pastilla] más y si no te echo’”. En esa dinámica, el psicólogo veía lógico que su paciente se quedara dormido después de haber consumido a las tres de la tarde un antipsicótico de efectos

tan potentes como la quetiapina. “La psiquiatra le daba las recetas a Maradona o a los familiares… y después evidentemente no había un correcto control en ese momento”, critica. “Por eso desde un primer momento dije: ‘Acá tiene que haber un enfermero. Hay que armar algo. Así, esto no va para ningún lado’”.

El domingo 1 de noviembre el doctor Luque volvió a discutir el plan de internación con la doctora Cosachov.

—Los enfermeros tienen que ser tipos con huevos. Perdón la palabra. Pero tienen que ser dos grandotes que lo puedan controlar y que no les afecte que Diego los maltrate.

—Sí, sí. A full. Yo los contacto y les digo todo esto de antemano, a ver si están dispuestos. Lo fundamental es la internación en La Plata. Después, la domiciliaria sería más sencilla me parece.

—Claro. Esta semana debe internarse sí o sí.

Pomargo llamó a Morla cuando volvió a notarlo caído y sin comer. A Maradona le dolía la panza, pero no quería ver a ningún médico. Alertado de que su paciente estaba “quebrado”, Luque logró persuadirlo de hacerse un chequeo.

Más tarde contó los detalles por Radio La Red. “Fui a verlo [el] sábado y el domingo por pedido de la gente que está cerca de él. Lo veían raro, confundido, más allá del trastorno para caminar. Llamaron la atención algunas cosas raras en su personalidad […] Emitía un comentario o una respuesta de algo que no se le había preguntado o no se le estaba diciendo. Eso es un trastorno cognitivo que no tendría por qué estar sucediendo. Mi primera pregunta fue si había tomado algo y me dijeron que no”.

Ese domingo fue el último día del registro que Díaz había empezado el lunes previo para consignar el consumo de alcohol de su paciente. Las cifras impactaban: un promedio de seis botellas de 357 ml de cerveza diarias, que a veces reemplazaba o intercalaba con vino, contra cuarenta latas de cerveza Corona que tomaba “en el pasado”, según su declaración. “Las cantidades eran bajas”, decía. Contra el testimonio de Monona, aseguró que Maradona no bebió el 29. A partir del 1 de noviembre, confirma para este libro, el consumo de su paciente fue “cero total, ningún tipo de sustancias”.

El lunes 2 Cosachov ampliaba los requisitos para el operativo rumbo a Ipensa. “Más allá de una ambulancia, necesitamos personal masculino que pueda agarrarlo. En principio para inyectarlo, tendríamos que pedir esa medicación. Podría ser clonazepam con prometazina. Algo bien sedativo […] Probablemente él se ponga medio agresivo para inyectarlo […] Necesitaríamos dos enfermeros […] Yo inventaría algún modo de convencimiento. Es re chota la situación, violenta”.

La psiquiatra había sugerido una consulta con la toxicóloga Victoria Di Nardo, especialista del Hospital Fernández, iniciativa finalmente desestimada por la familia. Los intercambios por WhatsApp registran una sugerencia insistente de Díaz: la internación tenía que pasar como un chequeo de rutina. Para Luque, se trataba de “cuidar la imagen del paciente”.

La internación de Maradona volvió a ser noticia mundial a las siete de la tarde, cuando el periodista Sebastián Vignolo lo contó por ESPN: “Me minimizaron el hecho, no me hablaron de urgencia. Me hablaron de algo más emocional y anímico que físico o de salud. No lo veían bien anímicamente y le van a controlar los valores. Te estremece”.

Maradona estaba anémico, con un trastorno psíquico que le repercutía en el cuerpo: comía poco, le costaba levantarse y presentaba un estado de debilidad general. Los problemas familiares y el luto prolongado por la pérdida de sus padres lo llevaron a una sensación de angustia y soledad profundas. “Ya no lo motiva nada, ni siquiera el fútbol. No tiene ganas de nada”, le dijo una fuente a *Clarín*. “Desde el círculo del Diez se habla de una profunda depresión”, agregaba *Olé*, citando a otra fuente sin identificar: “Tiene roto el corazón”. En ese marco, resultaba increíble la última publicación en su cuenta de Instagram: el anuncio del inminente lanzamiento de los “Cigarros Maradona”.

A las 20:30, mientras empezaban a llegar los hinchas para dar sus muestras de apoyo y cariño, Luque dio un panorama confuso desde la puerta del sanatorio. “Fue una semana complicada emocionalmente para él. Fue mucha presión. Notamos un bajón anímico. Le afectó principalmente la alimentación. Diego perdió peso, venía entrenando y

alimentándose bien. Tenía una actitud diferente. Lo hablé hoy con él: venir a estudiarlo, a hacerle un laboratorio, a controlarlo y a ponerlo un poco mejor […] La idea es dejarlo hasta optimizarlo. Hidratarlo bien. Con Diego nunca se sabe. Él está bien. Si quiere, se para y se va. No es un cuadro grave ni vinimos de urgencia".

En parte, culpaba a la pandemia. "Está mal psicológicamente y a todos eso nos repercute en el cuerpo. Se alimenta mal, te cambia todo. Es el factor principal que lleva a que sea internado. Lo vi triste. Diego es una persona de ciclos: a veces está muy bien y, de a ratos, no tan bien […] Lo vi desganado, más enojado, a veces no me quería recibir. No había que esperar a que pase algo grave".

El médico reveló que Maradona primero se había negado ("tengo que dirigir el domingo") pero que finalmente entendió la situación. Cuando le preguntaron si lo había consensuado con Morla, fue tajante: "Yo, la verdad, me manejo con Diego". Descartó el ingreso a un centro para tratar las adicciones y enfatizó que "tomografías ya tiene. Yo soy neurocirujano. Si fuera necesario, ya la hubiésemos hecho".

* * *

Los primeros estudios confirmaron una "anemia macrocítica": la presencia de glóbulos rojos más grandes de lo normal. Estaba motivada por una deficiencia de vitamina B, causada a su vez por problemas de absorción en el intestino delgado, un problema común en pacientes con *bypass* gástrico. La cirrosis hepática también llevaba a esos cuadros, con síntomas que iban desde el cansancio hasta una neuropatía periférica, pudiendo llegar a los trastornos cognitivos.

En aquellas primeras horas Maradona fue estabilizado con medicación, que se agregó a la que ya tomaba:

> Quetiapina: un antipsicótico de segunda generación usado para tratar el trastorno bipolar, la esquizofrenia y la depresión mayor. Entre sus efectos adversos están el aumento de apetito y de peso, la hipotensión ortostática

(se produce al estar de pie después de permanecer sentado o acostado), la hipertensión, el estreñimiento, trastornos de la coordinación y el habla.
Zolpidem: utilizado para tratar el insomnio, puede causar disminución de la agudeza mental, tiempo de reacción prolongado, problemas de coordinación y mayores riesgos de caídas.
Lorazepam: ansiolítico, sedante e hipnótico, anticonvulsivo y relajante. Los efectos adversos abarcan: fatiga, somnolencia, depresión, mareos y debilidad muscular.
Lamotrigina: indicado para el trastorno bipolar, puede llevar a pensamientos o comportamientos suicidas.
Venlafexina: para el tratamiento de la depresión mayor. Los efectos adversos incluyen mareos, boca seca, náuseas, palpitaciones, taquicardia, aumento de la presión arterial, temblor y visión borrosa.
Antiinflamatorios no esteroideos.

Esa noche, Dalma volvió a mostrarse furiosa: “Por el bien de todos/as [los y las] chupasangre, que no le pase nada…”. Su padre se estabilizó al día siguiente. La emergencia parecía resuelta. “Voy a intentar que se quede hasta mañana, esa es la idea”, anunció Luque.

En la prepaga Swiss Medical estaban inquietos. Cosachov había recibido el llamado de un auditor que sugería la derivación a una institución psiquiátrica. Cuando le respondió que preferían que permaneciera unos días más en Ipensa, su interlocutor se ofreció a “gestionar todo para que cuanto antes” se concretara la internación domiciliaria, según un mensaje que le envió a Luque ese martes 3. “Agus, hacé la nota y el pedido ya”, indicó el neurocirujano, algo preocupado por las posibles repercusiones. “Preguntale a Vanesa [Morla] el tema mediático, porque si se entera Swiss Medical, se entera todo el mundo. Que haya una ambulancia de alta complejidad, un enfermero 24/7 y un neurólogo clínico […] Me está gustando esto. Va tomando color”.

Durante aquellas horas, Maradona llamó a Luque desde la clínica. “Está un poco perdido, la verdad”, le dijo a Cosachov, a quien consultó si convenía sedarlo. La psiquiatra le explicó

que había dejado indicado un “clonazepam de 3,5” para después de comer. “Si está tranquilo y nomás está desvariando, no da medicarlo”, minimizó. Pero no estaba tranquilo. “Se arrancó los sueros, se quiere ir a la mierda, quieren que lo planchen”, explicó Luque. “Se armó un escándalo”. Entonces la psiquiatra volvió a comunicarse, esta vez para indicar “un lora 4 MG IM”. Hablaba de otra dosis de lorazepam, un ansiolítico, sedante, hipnótico y relajante muscular.

* * *

Ese mismo día, la decisión de hacer una tomografía axial computada de cerebro cambiaría el panorama por completo. Para sorpresa de todos, el estudio mostró que Maradona sufría “una colección extraaxial subdural marcadamente hipodensa de 10,5 mm de espesor a nivel de la región fronto-parieto-temporal izquierda”. Tenía un “mínimo efecto de masa, con desviación de la línea media hacia la derecha de tres milímetros”, según precisa la historia clínica. Se trataba de un hematoma subdural crónico, la misma lesión que había sufrido la ex presidenta Cristina Fernández en 2013. No había aparecido en la tomografía que se le había hecho dos meses antes en el mismo sanatorio.

El hematoma subdural es una colección de sangre y productos de su descomposición en el espacio subdural, el espacio que existe entre la duramadre y la aracnoides, dos de las tres membranas que cubren el cerebro: la aracnoides y la duramadre. En condiciones de normalidad este espacio es virtual, ya que ambas membranas están muy unidas. Cuando aparece una hemorragia, el espacio subdural es muy fácilmente expansible, a costa de presionar el cerebro subyacente. Según el tiempo de evolución, puede ser crónico o agudo. Aunque se puede originar en un traumatismo o por trastornos de coagulación, muchos pacientes que lo sufren también tienen problemas con la ingesta crónica de alcohol.

El entorno de Maradona deslizó dos hipótesis: o se había golpeado durante una práctica de boxeo o jugando al fútbol con Diego Fernando. El entrenador dijo no recordar haber sufrido una caída en las semanas previas. Las opiniones

divergieron. Para Luque, el hematoma se había generado lentamente y era superficial. El traumatólogo Eyharchet recordó dos visitas que le había hecho a mediados de octubre: "Estaba muy rígido. Recomendé que hicieran algo, una resonancia de cerebro… El hematoma seguro se le produjo por haberse caído y golpeado". Cuando Maradona ya había fallecido, el director del Instituto de Neurología Buenos Aires, Alejandro Anderson, recordó que, entre las señales de alerta que derivan en ese diagnóstico, pueden presentarse somnolencia, dificultad para caminar y para hablar. "También se puede confundir con un bajón anímico", advirtió.

Un referente del Servicio de Neurocirugía de Ipensa vio a Maradona "sedado, porque había tenido un estado de excitación", según recuerda para este libro. "Estaba cursando un cuadro de abstinencia". Al estudiar la tomografía, opinó que no había necesidad de operar: "Por ahora, la conducta es expectante y estar atento al paciente. Ir mejorándolo clínicamente y de la anemia, atender la abstinencia. Seguir con tratamiento clínico, neurológico y psiquiátrico".

A Luque no lo satisfizo esa opinión. La lesión estaba del lado izquierdo, donde se encuentra el centro que maneja el habla, por lo que pensó que ello explicaba la última fase del deterioro de su paciente. Así lo recordó frente a los fiscales: "Yo conocía toda la película. Diego estaba empeorando, y por eso sugerí la intervención. Sumado a que había sido tratado y que lo mejores estudios estaban en Clínica Olivos, hablé con el cardiólogo Sebastián Nani, y planificamos el traslado".

El jefe de Cardiología de esa institución había generado "un buen vínculo con Maradona, no solo porque lo examinó en enero de 2020, sino porque también lo había visto en 2019, y porque participó cuando lo operaron de la rodilla", precisó el neurocirujano, decidido a operar. Entonces habló con el paciente, que se mostró de acuerdo con la recomendación.

Cuando uno de los responsables de la Clínica Olivos le preguntó si efectivamente requería cirugía, sus argumentos le resultaron ambiguos: "El tamaño del subdural está ahí… No es enorme, pero es significativo. No tiene efecto de masa, pero sí desviación de la línea media. Y te digo dos cosas: la primera es que él está distinto. No es el Maradona de otros momentos: su carácter, su temperamento… Está irritable y

tiene una marcha más inestable. Además, en las últimas semanas lo levantaron del suelo un par de veces. Así que yo quiero operarlo".

Era una situación delicadísima, que, como revela esa fuente, excedía las consideraciones médicas. "Tenía cierto temor de que, si le negábamos la posibilidad de derivarse a una clínica de Swiss, hubiera una conferencia de prensa como las que Luque improvisaba en cualquier lado, y dijera: 'Tengo al paciente con esto y no me lo quieren recibir'".

Desde Olivos respondieron que estaban dispuestos a operar, previa evaluación conjunta con su staff. Pronosticaban un alta en 48 horas.

* * *

Maradona dejó Ipensa a las seis de la tarde del martes 3 en una ambulancia junto a Gianinna. Una hora más tarde llegó a su nuevo destino, donde se sumaron Dalma, Jana y algunos hermanos. Por razones de seguridad, fue internado bajo el nombre de Ariel Gómez, con fecha de nacimiento el 15 de febrero de 1960 y un número de DNI distinto. Tras el consentimiento de Gianinna, volvieron a hacerle un hisopado y una tomografía. La presión externa persistía, según recuerda el responsable de Olivos. "Estaba el subdural, con un tamaño *border* para la indicación quirúrgica. Su médico de cabecera decía que había tenido un cambio en el estatus neurológico, pero no sabíamos si esta era la única situación [que lo pudo haber generado]. Tampoco sé qué iban a decir si no lo operábamos, se caía a los dos días, se golpeaba la cabeza y adentro tenía una inundación ventricular".

Así entró en escena el jefe neuroquirúrgico de Olivos, doctor Pablo Rubino, que había sido docente de Luque. Como la práctica quirúrgica de su ex alumno "es de columna, no de cerebros", "quedaron en que el procedimiento decomprensivo, fundamentalmente una trepanación [perforación del cráneo] y extracción de la sangre, lo iba a realizar Rubino".

Sin embargo, a su llegada a la clínica, el médico de Maradona anunció: "Lo voy a operar yo, con mi equipo". Se vivían horas de tensión. Gianinna le había advertido que si a

su papá le pasaba algo malo, sería culpa del neurocirujano quien, en la Justicia, recordó que "yo siempre le reclamé su presencia y le dije que al padre había que sacarlo entre todos".

Cuando describió los momentos previos a la cirugía, Luque rompió en llanto: "Estábamos solos en la habitación. Hablamos mucho. Lo veía bastante frágil, su familia no había llegado. Veía que estaba solo. Y me dice que él iba a mejorar. Que no lo deje, que se iba a poner bien. 'Quedate tranquilo', le digo. Le agarré la mano, y le dije: 'Todo va a salir bien'".

En medio de esa escena íntima, llegó Stinfale con otro médico: "Hola, Dieguito. Mirá a quién te traje. Este salvó a mi mamá y a mi papá. También te va a salvar a vos. El Negrito ya hizo todo hasta acá".

Era Rodolfo Benvenuti, jefe de quirófano y director asociado de Nuestra Señora de la Merced, un hospital privado en la localidad bonaerense de Martín Coronado. De acuerdo con su declaración judicial, luego de un llamado de Stinfale le sugirió a Luque que la operación debía estar a cargo de una serie de expertos. Tras la negativa del neurocirujano volvió a hablar con el abogado, quien le pidió que fueran juntos a Olivos.

Benvenuti describió lo que vio al entrar a la habitación de Maradona. "Nos llamó la atención que había una persona de cuclillas en el piso, besándole la mano en una posición no muy profesional. Preguntamos quién era y se presentó: era el doctor Luque. Ahí intercambiamos opiniones respecto a la cuestión médica. Le pregunté si le habían hecho una tomografía de control. Me comentaron que Maradona no se la quería realizar, que estaba negado a hacerse cualquier estudio".

Ante ese panorama, el paciente rechazó la intervención de otro especialista: "Me opera Luque o no me opera nadie".

Benvenuti le dijo que estaba para asesorarlo y supervisar que todo se realizara como correspondiera, tras lo cual logró que aceptara hacerse la tomografía "a través de un ejemplo futbolístico". Mientras los directivos de la clínica "liberaron toda la circulación hospitalaria" para concretar el estudio, continuaron las conversaciones con el neurocirujano. "Luque manifestó que tenía el equipo armado, que iba a operar él con

dos neurocirujanos, el doctor [Santiago] Erice y el doctor [Ariel] Sainz [sus socios en el equipo Columna Baires]. Con el doctor Stinfale le dijimos que no era un equipo de excelencia, que no era el equipo que necesitaba Maradona. Luque manifestó que era una cirugía simple y sencilla".

Los desacuerdos siguieron; ya en el ascensor, Benvenuti insistió ante Luque que si bien era un procedimiento habitual, él no estaba en condiciones anímicas de operar. "Tenía un actitud de un fan, de un familiar afectado emocionalmente", lo criticó. Por otra parte, "a Maradona había que operarlo con un neurocirujano que operara cerebro todos los días".

Stinfale mantuvo su posición ante el médico del ídolo: "Vengo en representación de la familia. No lo toques".

Sin ánimos de seguir confrontando en el contexto de "una cirugía de baja complejidad y que cualquier profesional podía realizar", Luque aceptó en silencio.

En su declaración posterior a la Justicia, Stinfale dio más datos. "Surge una conversación en la cual le digo que él no podía operar a Diego. Le aclaro que no podía entrar en su cabeza de ninguna manera y él me insistía que lo quería operar, que era un buen profesional, que era una operación simple, que le tenga fe. A través de mis sentidos percibí que no tenía espalda para operar a Maradona. Le dije, textual: 'Flaco, conseguime los cuatro mejores de Argentina porque yo no te dejo entrar a la clínica'".

El empresario minimizó las cualidades médicas de Luque al describirlo como "un buen amigo" y "un buen fan" de Maradona. También aseguró que cuando sentó su posición frente a la familia, Gianinna lo apoyó: "Por fin uno que opina como yo".

Luque terminó cediendo, y propuso a un equipo integrado por los doctores Rubino y Eduardo Salas (jefe de Neurocirugía en el Hospital Posadas y también staff de Olivos). "Definimos que lo opere el doctor Rubino y lo ayude el doctor Salas", declaró Benvenuti. "Luque pidió que fuera Sainz el tercer médico y consideramos que no había problema al respecto. Y ese fue el equipo que operó a DAM".

Después de un último "encontronazo", Stinfale intentó consolar a Luque: "Quedate tranquilo, Leopoldo, que cuando termine la operación vos das la conferencia de prensa y salís

campeón del mundo".

Sainz "tuvo el rol principal en el drenaje", asegura el responsable de la clínica. Rubino "hizo de ayudante y tomó el rol de cirujano principal en alguna instancia". Salas no participó en la intervención. Luque "ni siquiera se cambió".

El médico personal de Maradona agregó en su declaración que esa noche también estuvieron un cardiólogo, un instrumentador y un anestesista.

Benvenuti permaneció en el quirófano hasta que anestesiaron a Maradona. Aún dolido por la situación, Luque aclaró que "fui parte del equipo que lo operó. En una cirugía no es solo colocar el bisturí; es también analizar estudios, realizar un diagnóstico, contener, y seguir el posoperatorio". Benvenuti lo confirmó. El neurocirujano "entraba y salía mucho del quirófano. Fue al vestuario y volvió, entró y salió varias veces, obviamente muy atento a cómo era la evolución de la operación. Estaba totalmente entendiendo en el tema".

El procedimiento duró menos de una hora. La apertura de piel se hizo a las 21:30. El cierre, a las 22:15.

Cuando la familia supo que la operación había salido bien, hubo alivio. "Luque se pone en cuclillas y empieza a llorar —contó Stinfale—. Entró en estado de emoción, como shockeado". Pero también se generaron situaciones de tensión. "A mí no me tocás", le dijo Dalma a Jana, que había querido abrazarla para celebrar, según el periodista Jorge Rial. "¿Por qué no vas a visitar a papá en lugar de criticar?", respondió ella, después de que su hermanastra reclamara mayor atención en la administración de los fármacos al padre. Morla y Stinfale observaban de lejos, mientras afuera esperaban los hinchas que enarbolaban una pancarta: "Quien ama no olvida. Fuerza D10s".

Secundado por Benvenuti, Luque apareció en la puerta de la clínica a las 23:20: "Se pudo evacuar el hematoma subdural crónico de manera exitosa. Diego toleró muy bien la cirugía. Está despierto […] Está controlado. Tiene un 'drenajecito'. Se lo vamos a retirar mañana, pero todo salió muy bien. Vamos a ver la evolución en el día a día".

Benvenuti aseguró que su colega "estaba muy nervioso. Varias cosas se las dije yo, y él las fue repitiendo". Luque insistió en interpretar el hematoma como una causa del

comportamiento errático de los días previos que había exhibido Maradona. Pero las dudas persistieron.

* * *

En una de sus escasas apariciones públicas, el miércoles 4 Morla dio su interpretación de la situación que atravesaba Maradona: “Había presentado un cuadro de depresión. Por eso estuvo con el licenciado Carlos Díaz, que fue quien lo trató. En un principio se vinculó todo a su cumpleaños y a la pandemia. Pero al ver que ese cuadro avanzaba, se hizo la internación y saltó en el estudio lo que tenía”. También elogió a Luque: “Estamos muy conformes con su trabajo. El mismo estudio que se le realizó ayer a Diego y que detectó este derrame había sido realizado en septiembre. Eso demuestra el cuidado incansable de Luque. Si no hubiese sido detectado por él, el destino de Maradona hubiese sido otro”.

Y aseguró que el ex jugador continuaría dirigiendo, aunque dejaba ver otras posibilidades: “Hablé con uno de los hijos de Fidel Castro y tanto Venezuela como Cuba son países amigos para que Diego se recupere, pero él está con la cabeza en Gimnasia […] Seguirá como técnico porque la parte cognitiva no se vio afectada”.

El doctor Luque, mientras tanto, seguía preocupado por “limpiar el cuerpo” de Maradona. Necesitaba corregir la anemia y estabilizar sus valores. Esa noche, después de que le pidiera a Cosachov bajar la medicación “al máximo”, las enfermeras de Olivos vieron cómo un paciente agresivo y excitado pedía alcohol y volvía a arrancarse la vía. “Tengo que ajustarle la ‘mediqueta’ para que esté más sedado”, advertía ella el jueves 5.

Horas antes, según la declaración de Luque, la psiquiatra había hecho un pedido formal a Swiss Medical para gestionar la internación domiciliaria. Díaz le había sugerido que en esa carta se requirieran “enfermeros, preferentemente hombres, especializados en adicciones, con presencia 24 por 7, acompañantes terapéuticos, médico clínico, neurólogo, una ambulancia en la puerta, y la posibilidad de realizarse estudios médicos”.

Ese jueves, el jefe de la Unidad de Terapia Intensiva de la

Clínica Olivos, Fernando Villarejo, tuvo una reunión con los allegados a Maradona. “Desde el punto de vista clínico estaba para ser dado de alta, pero tenía muchas alteraciones vinculadas a cuadros psiquiátricos. Estaba muy inestable”, declaró en la fiscalía. “Era autoagresivo, no detectaba el riesgo”. El médico insistió en que “él quería hacer las cosas que quería hacer, y el entorno se lo dejaba. Por ejemplo, si un paciente así quiere tomar alcohol o drogas, y uno se lo permite, está dejando que se autodestruya. Era muy difícil la relación con él, y también con su entorno”, cinco o seis personas que estaban “permanentemente en el lugar y no cumplían con las normas habituales de distanciamiento”.

Como era de esperar, Villarejo responsabilizó directamente a Luque y a Cosachov: “Ellos querían llevárselo, eran los que conocían al paciente. Yo no coincidía con el criterio […] Todos hacían lo que él decía”.

Por esas horas, en cambio, Luque dio un panorama optimista: “Puede caminar, habla conmigo, se lo nota mucho más claro. La recuperación es excelente. Con los colegas de terapia creemos que ya está en condiciones de irse de alta, pero yo quiero que se quede un día más”. A las 19:15 sonó más cauto: “Diego está muy bien, el posoperatorio fue muy bueno. Estuvimos incluso bailando. También hay una realidad… Al margen de esto, vimos que cursó algunos episodios de confusión. Lo asociamos a un cuadro de abstinencia”.

Aquel se había convertido en el tema central. La agresividad de Maradona incluía síntomas como sudoración, taquicardia y euforia. La Junta Médica Multidisciplinaria que analizó la atención recibida durante aquellos días planteó que ese tipo de abstinencia también era compatible con temblores y alucinaciones.

Cuando el cuadro se agudizó, los médicos de Olivos le dijeron a Luque que necesitaban sedarlo. La excitación psicomotriz ponía en riesgo el monitoreo a través de los aparatos. Ante la pregunta de la fiscalía sobre si Maradona había tenido que ser atado, el neurocirujano explicó que “se llama contención física y es muy normal en las terapias intensivas. Eso Maradona lo tuvo. Yo lo vi”. En ese contexto, parecía la mejor opción. A un paciente como él, sedado pero

con ciclos de altas y bajas, “no se lo puede planchar, porque puede entrar en paro”. Cuando le preguntaron si esa situación era peligrosa para él o para terceros, lo negó: “Es una condición absolutamente transitoria”. Maradona “nunca dejó de tener noción de dónde estaba ni uso de su voluntad”.

Aquel jueves, antes de dejar la habitación del sexto piso, Cosachov —que pasaba casi todo el día en un *office* del personal de la clínica— se había encontrado con Gianinna, que le pidió un parte informativo para compartir con la familia. “¿Te parece que lo haga? ¿Qué le pongo?”, le preguntó la psiquiatra a Luque. “No quiero ponérmela de culo”. Necesitaba saber si había que consultarlo con Morla. “Si la piba te pide algo, escribíselo”, indicó el médico. “El grupo de Morla está re debilitado. Ya hay que salvar a Diego”.

La psiquiatra escribió que Maradona “cursa un posoperatorio estable, sin complicaciones, con síntomas de abstinencia y un cuadro confusional”. Al día siguiente se ofreció a levantar su perfil público. “Si querés, te acompaño para el parte, así, si surge alguna cuestión de psiquiatría, doy la cara. Me parece que está bueno blanquear que tiene un equipo de salud mental que lo trata. Creo que quedamos responsables”.

Luque tenía reservas: “La información tiene que ser muy limitada […] Si te presento como la psiquiatra, te van a volver loca con preguntas y la chance de pisar el palito es increíble”.

Cosachov aceptó, pero quiso dejar clara su postura: “A mí me parecía que sumaba explicar, sin dar mucho detalle, que hay que laburar en el ajuste del sueño, la parte anímica, estos síntomas de abstinencia. Aclarando que tiene un equipo responsable atrás. Para que después no hablen giladas”.

Luque explicó ante la prensa que “se le suministraron fármacos intravenosos. Se le está bajando la sedación y la respuesta neurológica es buena. El siguiente paso es pasar los fármacos por vía oral”. Volvió a remarcar que las decisiones se venían tomando “en conjunto con la terapia de la clínica”.

En la historia clínica quedó asentada la nueva evaluación de Cosachov. “Presenta inquietud, excitación psicomotriz, temblor distal a predominio de miembros superiores [afectando los dedos de las manos], discurso incoherente,

desorientación fundamentalmente temporoespacial, falsos reconocimientos [confunde a personas], alternancias de momentos de tranquilidad con otros de excitación y deseo de consumir, por lo que les pide a sus allegados que le lleven bebidas".

Para impedir que volviera a arrancarse la vía, la psiquiatra indicó Lorazepam de 2,5 miligramos (tres comprimidos entre la mañana y las cuatro de la tarde), además de una administración endovenosa y una dosis extra de quetiapina 50 miligramos. El tratamiento que buscaba abordar "el cuadro de abstinencia alcohólica y de drogas no indicadas médicamente" terminó de acordarse entre Luque, Cosachov, Villarejo y Pablo Dimitroff (director de la clínica), con el consentimiento de las hijas del paciente.

A esa altura, en Olivos sospechaban que el hematoma había funcionado como una excusa para el traslado. "Me lo trajeron para curarlo de la abstinencia", pensó —entre la bronca y la resignación— una autoridad de esa institución.

La clínica y la prepaga buscaban resguardo. A las 19:21 Villarejo dejó asentadas las conclusiones de la reunión que había mantenido con sus colegas y las hijas del ídolo. Los detalles constan en la página 44 (sobre 226) de la historia clínica electrónica.

> El síndrome de abstinencia implicaba "riesgo para su vida y para los demás", con lo cual se decidió iniciar un tratamiento con drogas sedantes parenterales [con procedimientos invasivos].
> Además del riesgo de que no hubiera éxito inmediato, esos fármacos podían "deprimir la conciencia y el *drive* respiratorio [con posibles agitaciones], de modo que el paciente pueda necesitar apoyo ventilatorio y asistencia nutricional", con las complicaciones derivadas de esa decisión.
> Era incierto cuánto demoraría el control de la abstinencia.

Uno de aquellos puntos sería fundamental en las discusiones posteriores: Maradona estaba internado contra su voluntad. Su familia y los médicos de cabecera asumían los

riesgos para no judicializar el proceso.

* * *

Ese día, el acompañante terapéutico Carlos Cottaro recibió un llamado del doctor Mario Schiter, que había tratado a Maradona durante su internación en Sacre Cœur y a quien Swiss Medical convocaba ahora como asesor médico. Le explicó la crisis de las horas previas y las dudas que se abrían: "Lo plancharon. Necesitamos que vaya alguien que entienda de adicciones y abstinencia, porque cuando se despierte, no sabemos con qué nos vamos a encontrar".

Cottaro entendía: había consumido alcohol, tabaco y otras drogas durante veinte años y atravesado diecinueve internaciones. Logró salir, se especializó en prevención de adicciones y se convirtió en operador de calle y socioterapéutico. Con esa experiencia, empezó a armar un equipo de acompañantes para Maradona. Pero su compromiso iría mucho más allá.

El sábado 7 hizo la primera de cinco visitas consecutivas. A veces se quedaba doce horas en la clínica, algunas junto al paciente y otras observando la cámara que enfocaba su cama. Después de hablar con las hijas de Maradona sobre las perspectivas que enfrentaban, llegó el momento decisivo: "Cuando Diego se despertó, le agarré la mano y le dije que estaba ahí para ayudarlo y acompañarlo, y que me iba a quedar con él en la habitación. Lo aceptó bien, y ahí empezó una muy buena relación que tuvimos a través de charlas sobre la familia y el barrio, su parte más humilde. Se emocionaba y lloraba cuando hablaba de la madre. A veces se despertaba diciendo 'mamá, mamá, mamá'. Yo lo abrazaba, lo tranquilizaba. Le aclaré que no le pediría fotos, autógrafos ni camisetas: 'No te confundás, yo solamente quiero que estés bien'. Algunos días me pedía que le pusiera una pista en el celular para cantar tangos".

Aquella mañana Maradona deliraba un poco por la medicación, pero ganó lucidez por la tarde. Cottaro buscaba acompañar sin volverse una carga, con el desafío adicional que suponía la presencia de la familia. El ídolo estaba enojado con el hecho de que todas sus hijas hubieran

aparecido juntas tras la cirugía. El acompañante buscó armar un puente de diálogo, "equilibrando un poco la parte emocional de él […] sin sobresaltos ni gritos". No era sencillo. Por momentos balbuceaba, molesto por la sonda. Algunas noches también nombraba a Claudia en sueños.

Ese mismo sábado hubo un regreso inesperado. Convocado por Luque, Alfredo Cahe aseguró que "toda la familia está de acuerdo en que así Diego es inmanejable y se va a deteriorar cada vez más. Hay que tomar el toro por las astas y ponernos firmes, buscar los mejores profesionales". Pero ni siquiera se le permitió entrar en la habitación. Todo indica que fue usado para dar la imagen de que se estaban haciendo los esfuerzos correspondientes, como sugiere un testigo presencial: "Escuché cómo el doctor pedía ver a Diego, y los custodios, riéndose, decían: 'Mirá cómo echamos a este viejo'. Lo ponían en altavoz y le decían: 'No le conviene venir, doctor. Hay casos de COVID y no se puede subir al piso'".

Cosachov también estaba molesta por su presencia.

—Me dice que va a venir un psiquiatra y se está evaluando empezar con una medicación nueva… Y yo estoy yendo ahí todos los días. Me pareció una falta de respeto.

—No te preocupes, Agus —trató de tranquilizarla Luque—. Que eso lo manejen las altas esferas. Que lo hablen con [Claudio] Belocopitt, que lo maneje Maxi [Pomargo]. Ya tenemos el plan bien hecho y después que vaya a la casa con internación domiciliaria.

El CEO de Swiss Medical confirma que el equipo médico había apelado a la situación sanitaria como factor de presión: "Luque empezó a decir, y se lo retransmitió a la hijas, que había que sacar a Diego de la clínica porque había COVID y era riesgoso […] Las chicas creyeron que era muy peligroso, y que ellos iban a ser responsables de armar algo mejor".

Maradona evolucionaba entre silencios y contradicciones. El domingo 8 Luque desmintió a Morla, que había dicho que su cliente estaba sedado, en medio de mucha "incertidumbre" sobre su estado. "Está muy lúcido y muy bien. Está despierto", replicó el neurocirujano. Ese mismo día Gianinna dedicó otro mensaje a su padre, al publicar la letra de una canción de Serú Girán ("Nos veremos otra vez") que incluía la frase "No te entregues, por favor".

Cottaro vio al ex futbolista más lúcido y sin ansiedad, aunque todavía con problemas de ubicación: no terminaba de entender dónde estaba. Hablaron sobre fútbol; Maradona empezaba a mirar partidos por TV. Cuando llegaban Luque y Cosachov, el acompañante dejaba la habitación. Con el correr de los días, entendió que la situación se complicaba. Para mantener a Maradona en calma, su entorno le alcanzaba —a través del "escenario barrabrava" que integraban Espósito y la custodia— algunas de sus comidas preferidas (pizza, papas fritas, picadas, churros bañados en chocolate) y no la dieta que prescribía la clínica.

"Canalizaba un problema muy grande de obesidad y ansiedad cuando le traían eso a escondidas. Un día le preparé un sándwich de jamón en pan negro, y me dijo: 'Abrime el Serenito porque me encanta ponérselo'. Llenó todo el sándwich con eso".

Más allá de la evidente contraindicación nutricional, a Cottaro le preocupaba que fomentar su adicción a la comida tapara o canalizara la dependencia del alcohol, ocultando los síntomas de la abstinencia y anulando la posibilidad de trabajar con su "daño interno". Un día, mientras lo bañaba junto a un enfermero, le enjabonó la pierna izquierda. El ídolo soltó una frase lúcida y melancólica: "Seguí frotando, pero ya no sale magia".

Maradona parecía atrapado en el pasado. Cuando volvía al presente, "era catastrófico. Primero porque estaba internado; segundo porque tenía una pierna destrozada y no podía caminar, y tercero porque tenía un sobrepeso enorme. Sabía que no tenía ninguna posibilidad de recuperar su parte física, que era lo que más le interesaba".

El ídolo se molestaba cuando no podía levantarse o cuando le dolía el estómago por la constipación, uno de los efectos secundarios de la medicación. Se quejaba e insultaba, y pedía aceites para atravesar esa situación. Y se lo veía inflamado, con la piel estirada.

Cottaro cree que su trabajo no fue valorado: "No me escuchaban, porque a nadie le importaba en realidad lo que hacía con él. Lo único que querían era que estuviera tranquilo". Llegó a la conclusión de que quienes decían quererlo y cuidarlo, no lo respetaban como persona. "Uh,

ahora te lo tenés que fumar hablando de eso", simulaban compadecerse cuando se refería a algún tema.

Valorar a Maradona como persona también implicaba confrontarlo. Un día Jana dejó la habitación entre lágrimas porque su padre le había recriminado su vestimenta y su forma de comer. Cottaro se lo hizo notar: "También era un acto de amor decirle las cosas que había que decirle. No había que decirle a todo que sí".

La crítica también alcanza a los profesionales. "A veces Luque se metía en la habitación y se escuchaban los gritos de cómo lo puteaba a Diego […] Lo trataba como a un amigo más que a un paciente […] A él [Maradona] también lo ponía mal el hecho de que entraban de a cuatro o cinco médicos para preguntarle cómo estaba, lo miraban y se iban. No le revisaban nada. Lo mismo las enfermeras. Todos los que entraban le decían que lo veían bien. Cuando se iban, se brotaba: 'Si estoy tan bien, ¿por qué no me dejan ir?'".

* * *

Mientras avanzaban las conversaciones para decidir los pasos siguientes, Cosachov se quejaba del protagonismo que había ganado el psicólogo Díaz, a quien había definido como "la voz cantante" de Morla. Luque confirmaba que "hay que participarlo porque Matías quiere". Ella no se resignaba: quería que el psicólogo se incorporara recién en la internación domiciliaria, y no en un encuentro previo, porque "las chicas no lo conocen".

El neurocirujano intentó acotar las responsabilidades.

—Estás pensando muy libremente. En eso te digo que bajes. Hay muchas variables. Yo también tengo miles de ideas, pero hay que ir despacio. Dejá que jueguen ellos. Porque te vas a quemar.

El tono del diálogo fue escalando.

—Entiendo lo que decís, pero para ir armando la internación domiciliaria, algo hay que pensar. Si improvisamos, nos va a salir mal.

—No entiendo qué necesitás saber, Agustina. Hay que buscar la gente y meterla en la casa. Todo lo demás se va a ir dando. No hay que levantar tanto la cabeza porque te la

cortan. Confiá en mí.

—En mi rol está la coordinación de la parte psiquiátrica: [con] qué medicación se va a ir a la casa, cuál sería lo ideal, qué cuestiones debería haber inicialmente. Tiene que coordinarse con el entorno de él. Es una cuestión que así debe ser. Planificamos lo de la reunión para que todos tengamos un discurso común, para que tengan claro lo de la abstinencia. Que sepan cómo decirle que no.

Luque le respondió con un análisis revelador.

—Si querés organizar así, sin consultar, cabe la posibilidad de que la gente piense que estás asumiendo varios roles y que vos no servís […] Sé inteligente. Cuidá tu posición. Hacé bien tu trabajo. Así me manejo yo y no me va tan mal […] Solo te quiero cuidar a vos, que sos la persona que llevé, y que sos mi persona de confianza […] Es lógico que no podemos llevar a ese pibe [Díaz]. Pero alguien poderoso lo quiere adentro. No nos expongamos nosotros. Tenés que ver la situación de otro modo. No lo veas desde lo utópico, perfecto, porque no existe eso en este ambiente […] No hay que perder el foco de Diego. Eso es lo que tiene el entorno. Te rompen tanto los huevos que te hacen perder el foco.

Era una situación similar a la de 2004. Maradona se había recuperado de la urgencia y estaba en condiciones de dejar la clínica, cuyo responsable explica: “No estaba taquicárdico, no estaba hipertenso, no estaba disautonómico. Lo único que te decía era: ‘Sacame de acá, la puta que te parió’. Estaba monolítico en eso. Y se calmaba cuando le convertías el ‘acá’ en algo parecido a lo que tenía en la casa: cuatro tipos dentro de la habitación, con los que tomaba mate mientras nosotros estábamos con protocolo de COVID”.

Aquella escena condensaba tanto una mejoría como un descuido persistente. “Más allá de que las decisiones que Maradona tomara respecto a su salud fueron un horror, no parecía un tipo que no comprendiera las consecuencias, o que estuviera actuando fuera de la capacidad de racionalizar qué implicaba cada cosa que quería o dejaba de hacer. La nuestra es una institución de internación voluntaria, no compulsiva. Puedo tener al paciente en la medida en que quiera, o comprenda, aunque no quiera, que se debe quedar. Pero si para que se quede tengo que hacerle un lazo químico

medicamentoso o atarle la muñeca a la baranda de la cama, estoy incumpliendo con mis derechos sobre él".

La fuente llamó entonces a las hijas de Maradona. "Chicas, el escenario es este… Su padre no se quiere quedar internado y nosotros no podemos forzarlo. Desde el punto de vista médico y neuroquirúrgico, podría irse de alta. Si quisiera quedarse, hay algunos aspectos médicos que tendríamos que indagar. Tiene algo de distensión abdominal, probablemente algo de ascitis [acumulación de líquido en el abdomen] y edemas en los miembros inferiores".

Los responsables de la institución señalan: "Estuvo diez días con sistemas de monitoreo multiparamétrico (frecuencia cardíaca, saturación de oxígeno, presión arterial) y no tuvo ni una extrasístole [latidos adicionales anormales]. Tenía un ecocardiograma que se le había hecho *bedside* (en el momento del quirófano), con buena función ventricular. No tenía una miocardiopatía dilatada de esas que nos hubieran hecho presumir que iba a tener una muerte cardíaca inminente. Sí es cierto que se le habían ido agregando, como indicación de Cosachov, una serie de medicamentos de tratamiento psiquiátrico que tienen la posibilidad de dar torcidas de punta y arritmias de mucha gravedad. Hasta donde teníamos entendido, era parte de lo que le había pasado cuando estuvo en Punta del Este.

Las hijas no parecían creer del todo en ese diagnóstico. Por otra parte, era evidente que la situación las excedía, según el testimonio que reconstruye la misma fuente: "Nosotras, personalmente, no nos podemos hacer cargo de él. Cada una tiene su vida, tiene sus cosas. Tendríamos que poner a alguien. Además, tampoco tenemos la plata. El manejo del dinero es de Morla. A nosotros nos mandan dinero".

Aquel domingo, Belocopitt se comunicó con Gianinna.

—Esto ya lo viví. Tu viejo no se puede ir a la casa. Hay que internarlo en algún lugar contra su voluntad.

—Te entiendo y estoy totalmente de acuerdo. Pero vos sabés cómo es, está con sus médicos. Para nosotros es un problema volvernos contra él, se pone loco. No podemos decidir por él. Voy a hablar con Luque.

Cuando el CEO recibió el llamado del médico, repitió la advertencia.

—No lo vas a poder manejar. Lo viví en la primera operación, y era un Diego más joven. No te comas esta galletita, vas a terminar en un quilombo. Diego no va a estar bien. Nosotros lo llevamos a un lugar de internación donde ya nos aceptaron un sector separado, con nuestro equipo de psiquiatría […] No le vamos a sacar la responsabilidad económica a lo que ustedes soliciten. La responsabilidad es de ustedes, porque ustedes quieren armar esto.

Luque no se mostró receptivo.

—Lo entiendo, pero Diego es difícil. Agradezco el consejo. Vamos a tener una reunión familiar y te llamo.

La tarde del martes 10 se reunieron en la clínica Dalma, Gianinna, Jana, tres hermanas de Maradona, Stinfale, Ojeda, Benvenuti, Pomargo, Taffarel, Cosachov, Díaz y Luque, quien describiría aquel encuentro frente a los fiscales: "Prevalecieron los conflictos personales. Era más importante que no entrara Ojeda o saber dónde estaba Morla que pensar 'qué hacer con mi papá' […] Tendrían que haber estado, antes durante y después. El único que estuvo todo el tiempo fui yo […] Había mucho conflicto. La salud de Maradona quedó relegada a los profesionales, puesto que solo querían culpables si pasaba algo. No hubo consenso. Se hablaron pavadas. Que no entrara más alcohol en la casa. Stinfale dijo que se necesitaba un equipo interdisciplinario. Yo les pregunté si sabían el problema que él tenía o si lo habían acompañado al médico alguna vez".

Los responsables de la clínica y de la prepaga —Dimitroff, Schiter, Ricardo Watman (gerente de Swiss Medical) y Alejandro Navas (director general de Clínicas del grupo)— habían ofrecido derivarlo a una institución con psiquiatras, psicólogos y profesionales que ayudara a Maradona en la rehabilitación motriz de sus piernas. El plan era, una vez más, limitar su voluntad y alejarlo de las peores influencias, bajo vigilancia permanente. Las hijas se entusiasmaron, pero Luque y Cosachov no: "Conceptualmente está bien, pero va a decir que no. Está en que se quiere volver a la casa. No quiere ir a ningún otro lado, no quiere rehabilitar nada".

En ese escenario, la única opción que quedaba era una internación compulsiva y judicializada. El neurocirujano lo recuerda como un punto de inflexión. "Era mi oportunidad

para que la familia, que eran quienes debían hacerse cargo, tomara una decisión fuerte. Pedí que lo evaluara Agustina Cosachov, porque si presentaba riesgo, debía ser internado. Swiss Medical contrató a la doctora [Marcela] Waisman. Ambas coincidieron en que Maradona no tenía riesgo [que justificara esa clase de internación]. Ahí nos quedamos sin opciones. O volvía a la casa de Brandsen, que para mí era el final, o se hacía la internación domiciliaria apoyada por Swiss Medical. Se discutió y se llegó a ese acuerdo.

El doctor Luque declaró que su pedido fue avanzar hacia una internación domiciliaria "seria. No sé bien qué implicaba, pero sentí que yo generaría un compromiso en ellos. Ellos me dijeron: 'Nosotros somos una empresa seria'. La familia estuvo de acuerdo, al igual que todos". Una fuente de la clínica recuerda que se hizo una aclaración institucional: la figura de la internación domiciliaria no existía para los diagnósticos psiquiátricos. Pero en la prepaga —donde también estaban ansiosos por cerrar ese capítulo— terminaron cediendo.

Se acordó la necesidad de un seguimiento clínico y nutricional, con enfermeros especializados en adicciones durante las 24 horas, acompañantes terapéuticos y kinesiólogos. En esa línea, Benvenuti declaró que advirtió que "sí o sí tenía que haber seguimiento clínico, [de un] neurólogo, eventualmente [de un] cardiólogo" y que debía prestarse atención a los efectos no deseados de la medicación. Cuando Maradona se negara a tomarla, o si tenía problemas con algún profesional, la situación sería abordada por Luque. "Me pareció muy prudente, porque vi la relación que tenían", explicó.

"Le dije a Vanesa [Morla] que si iban a internarlo, la habitación de Diego tenía que ser como una clínica, con todo instalado", recordaría más tarde Ojeda. "La conclusión a la que se llegó era que había que acompañarlo —cerró Luque—. Dijeron que sí, pero después desaparecieron todos". A pesar de los desencuentros, las partes lograron dos acuerdos básicos para controlar la abstinencia: impedir el ingreso de alcohol y que Maradona no se comunicara con el exterior.

Taffarel, que había ido todos los días a Olivos para masajear a Maradona, declaró que la clínica presionó para que se fuera. Además de los criterios médicos, se

fundamentaba en sus agresiones a médicos y enfermeros, y en su oposición al tratamiento ("de hecho, un día hizo una huelga en el pasillo de la clínica para que lo dejaran irse", aseguró). Los responsables del lugar pusieron a Luque y Cosachov "entre la espada y la pared. Les dijeron: 'O te lo llevás o fijate qué hacer'. Los escuchaba hablando. Ellos exigían que el paciente se quede internado, pero la clínica les decía eso 'por orden de arriba' […] Mandaban a los médicos de terapia intensiva a decirles que no podía estar más internado".

Antes de que sus médicos firmaran el alta, Belocopitt reforzó el mecanismo de cobertura: "Llamé al director de Legales y le dije: 'Esto va a terminar mal, vamos a tener un quilombo. Escribí lo mejor que puedas un acta que diga que no nos hacemos cargo, no convalidamos ni somos responsables. Leela cuatrocientas veces. Si te la firman, se externa. Si no, nos presentaremos donde corresponda'".

Con el desenlace conocido, sigue convencido de haber hecho lo correcto. "Diego era un paciente sumamente difícil. Cuando estaba bien en las internaciones, era positivo, se quedaba, era mimoso. Ahora, cuando no quería, era una araña pollito. Lo sedabas o te rompía el sanatorio a pedazos. Lo que transmitía era algo muy fuerte, muy difícil para los médicos y las enfermeras. Pero sucedía en un ambiente muy riguroso y profesional, con momentos en los que si era necesario atarlo, había que atarlo. Se necesitaba un lugar acorde".

A esa complejidad se sumaba el poder que seguía ejerciendo, aun enfermo. "Nadie se atrevía nunca a decirle nada […] Todos privilegiaron la relación a hacer lo que había que hacer, que era internarlo. Diego era un paciente adicto: a las drogas, al alcohol, a la comida… Y cuando caía, necesitaba un tratamiento […] Pero era mayor, tenía hijas grandes y un médico de cabecera. La Justicia no lo había declarado inimputable [se refiere a incapaz]. No podíamos meternos. Fuimos hasta donde pudimos".

El argumento de Cosachov tenía algunos puntos en común. La internación en un centro de rehabilitación motora y cognitiva, con asistencia en adicciones, "era inviable, debido a que Maradona no prestaba consentimiento […] no solo me

lo dijo a mí, sino a familiares y allegados", recordó ante la Justicia. También lo era una internación compulsiva, "porque según la ley 26.657 de Salud Mental, no presentaba riesgo cierto e inminente para sí o para terceros". Se trataba de un paciente que "sabe dónde está, quién es, qué día es, puede comprender preguntas, seguir diálogos coherentes y tener capacidad de memorizar". Díaz lo ratifica: "Maradona no quería matar a nadie y no quería matarse él. ¿Por qué motivo no habría de decidir?".

* * *

El escenario era laberíntico. Con la urgencia salvada, persistían los problemas de base de un paciente que necesitaba ayuda pero rechazaba a los médicos. Conscientes de la complejidad y de las perspectivas que enfrentaban, las partes con responsabilidad sobre el bienestar de Maradona empezaron a descargar responsabilidades y a cruzar acusaciones. Luque, por ejemplo, criticó que "Schiter fue a regular la medicación de Diego, y es el mismo que luego dijo que necesitaba medicación cardíaca. Increíble, porque lo dejó salir sin medicación".

La gerente de Cuidados Domiciliarios de Swiss Medical, doctora Nancy Forlini, declaró que aunque su trabajo se centraba en gestionar la autorización de las prescripciones médicas, "siempre se puso a disposición del equipo médico tratante la posibilidad de realizar una internación, aun involuntaria, en caso de que la psiquiatra lo entendiera necesario". Con esa opción descartada, su misión fue organizar un servicio de enfermería y acompañantes terapéuticos, que tercerizó en la empresa Medidom.

"Nos indicaron que serían sus médicos personales quienes tomarían todas las decisiones y que mi sector daría cobertura a lo que sus médicos nos solicitaran", insistió Forlini, que empezó a tener trato cotidiano con Cosachov. La psiquiatra llegó a pedirle los datos de la credencial de Maradona "porque estaba comprando ella los medicamentos, algo que me llamó la atención, porque no es habitual". También le solicitó —siempre según su relato— una silla higiénica, un papagayo e interconsultas con un clínico y un neurólogo.

Cosachov precisó en la fiscalía que su pedido a la prepaga incluyó "enfermeros preferentemente hombres con disponibilidad de tiempo completo y especializados en problemática de consumo de sustancias, médico neurólogo y médico clínico. A su vez, contar con la disponibilidad para realizarse estudios médicos y una ambulancia por si se consideraba necesario el traslado".

La autorización para el servicio de enfermería "con dos personas en cada guardia, médico diario y seguimiento neurológico cada quince días" quedó asentada en un correo electrónico que incluía a Enrique Barrio y Germán Dornelli, jefe y empleado a cargo de la logística de cuidados domiciliarios para los afiliados a Swiss Medical. "Esa orden se cambió y el médico fue solicitado de manera semanal a pedido de la gerencia médica, por un acuerdo que se había hecho con la familia", declaró Barrio más tarde. Entonces hizo una aclaración en línea con Forlini, que sería uno de los ejes del debate durante los meses siguientes: "Nosotros no brindamos internación domiciliaria. Brindar eso sería un servicio idéntico al de un sanatorio, y eso no es posible. En los cuidados domiciliarios se pueden brindar algunos equipos ortopédicos, de oxígeno, que no sean de alta complejidad, equipos de enfermería para lo que es aplicación y control de medicación, pero no se puede armar una terapia intensiva".

Al recibir la convocatoria de los responsables de Medidom, el coordinador Mariano Perroni supo que debía "cubrir a un paciente con una patología de un posquirúrgico de hematoma subdural, con adicción al alcohol y la automedicación". Al reclutar a los enfermeros, les aclaró de quién se trataba. "Desde el primer instante", su función "no fue la de tomar acciones médicas, sino de control de ingreso y egreso del personal en horario", se desligó ante los fiscales. Consideraba a Forlini como su superior y —como ella— aseguró que se trataba de un "cuidado domiciliario". "En una internación domiciliaria se incluye aparatología de seguimiento, monitores, respiradores, desfibriladores, cama ortopédica. El cuidado domiciliario es estar con el paciente, ver que no se automedique o que no tome alcohol […] Las obligaciones concretas eran que se le suministrara la medicación en horario. Que no se lo invada, no se lo moleste y no se lo

excite. Los médicos eran Luque y Cosachov […] Recién supe después de la muerte que Maradona sufría de una cardiopatía".

Mientras se ultimaban los detalles del alta, Cosachov se inquietaba ante la insistencia, en los registros de la historia clínica, de que "la decisión de la internación domiciliaria es de la familia y de los médicos de cabecera. Y lo ponen mucho. Como que nosotros nos negamos a la mejor opción que pusieron ellos", según le explicaba a Luque. Incluso su colega Waisman le había advertido sobre los riesgos que enfrentaban. ¿No sería mejor dejar asentado que "la familia, frente a las distintas opciones terapéuticas y comprendiendo los riesgos de las opciones, se ponen de acuerdo y optan por la internación domiciliaria"? En Olivos, "están muy 'lavamanos' en la situación clínica", insistía. "Queda claro que nosotros fuimos los que decidimos y la familia también, pero un poco que nos empernaron".

Luque la apoyó: "Sí, tal cual. Y también [que] la voluntad de Diego es fundamental. Ellos tienen que aclarar que Diego está lúcido y conoce sus acciones". Horas después, el médico insistía. Debían dejar en claro que "'el conjunto de la familia, por no querer accionar contra su voluntad, y el médico a cargo Luque conmigo, la doctora Tal, decidimos tal cosa'. Porque estos pelotudos se quieren hacer los cancheros y se quieren lavar las manos".

El neurocirujano habló en público de la complejidad que implicaban los problemas de Maradona con el alcohol: "Solucionados, esos temas no están nunca. Están tratados. Era tomar una copa y hacerle mal, en el último tiempo, por los antecedentes. El punto es que a esa copa por ahí la necesitaba. No es un gran consumidor, pero es todo un cuadro con los fármacos que toma […] Un poco de alcohol, no mucho, a ciertos fármacos les hace mal. Son varios, para conciliar el sueño […] En principio, a Maradona no lo pongo en un cuadro de adicción. Es un paciente que vive en extremos".

A pesar de todo, se mostraba optimista. "El cuadro es muy bueno. Hay una evolución muy favorable acerca de la cirugía y del cuadro de abstinencia […] Un paciente con mucha coherencia nos pide el alta. Y nosotros estamos ordenando el

lugar que lo va a recibir, que será una casa acondicionada para su recuperación".

Díaz también empezó a intervenir públicamente: "La idea es que Diego esté rodeado por las personas más cercanas, porque los vínculos son los que van a poder ayudarlo a estar bien, sumado al seguimiento psicológico y médico".

* * *

El alta llegó el miércoles 11, ocho días después de la cirugía. Por esas horas se había conseguido un avance significativo: Maradona logró bañarse solo y sentado, en una silla bajo la ducha.

Con las buenas noticias, Morla eligió hablar nuevamente: "Diego pasó el momento tal vez más duro de su vida. Creo que es un milagro que se haya detectado ese derrame en la cabeza, que pudo haberle costado la vida. Sabemos que está entero y que hay Maradona para rato".

El acta de Swiss Medical fijaba los términos de su salida:

> Considerando que DM ha tenido una evolución pos-quirúrgica favorable y se encuentra en condiciones de externación sanatorial, es necesario establecer la continuidad del tratamiento una vez externado de la Clínica Olivos, ya que, si bien puede ser externado, no se encuentra de alta médica.
>
> Para esto se ha convocado al equipo médico tratante del Sr. DM, designado por el paciente y familiares, ajeno a Swiss Medical, a su entorno cercano y a la familia, para consensuar la continuidad terapéutica al egreso.
>
> La propuesta de Swiss Medical es continuar el tratamiento psiquiátrico, clínico, de rehabilitación y toxicológico, bajo la modalidad de internación en un centro de rehabilitación [la clínica ALCLA, según una fuente del caso] con un equipo de psiquiatría de apoyo, por lo que Swiss Medical gestionó la institución de rehabilitación y los profesionales con el objetivo de acordar la mejor estrategia terapéutica.
>
> Esta propuesta no es aceptada por la familia.
>
> El equipo médico tratante del Sr. DM (Dr. Leopoldo Luque y Dra. Agustina Cosachow [*sic*]) prescribió, y la familia aceptó, el seguimiento y atención médica-domiciliaria del paciente y solicita a Swiss Medical acompañamiento con cuidados domiciliarios consistentes en:
>
> - Asistencia diaria de enfermería.
> - Acompañante terapéutico.
>
> Se acordará el régimen de estos servicios al efectivizar el egreso. El

domicilio seleccionado por la familia y el equipo médico tratante para la atención del paciente es el sito en calle…

Para el cuidado en domicilio se debe contar con el acompañamiento familiar al momento de la prestación de los servicios o un tercero en quien la familia delegue esta responsabilidad.

El seguimiento médico queda a cargo del equipo médico tratante y de los profesionales elegidos por el paciente y su familia, ajenos a Swiss Medical.

De acuerdo a la evolución posterior de DM, se acompañará desde Swiss Medical con los requerimientos asistenciales que el cuadro clínico requiera.

En caso de requerir insumos relacionados a los cuidados domiciliarios, el equipo tratante deberá requerirlos a auditoría médica de Swiss Medical, a los fines de su implementación de corresponder.

El texto llevaba las firmas de Leopoldo Luque, Dinorah Gianinna Maradona Villafañe, Pablo Dimitroff, Jana Maradona y Agustina Cosachov.

Para la prepaga, fue un alivio legal pero no médico. “De ninguna manera estaba en condiciones de tener una internación domiciliaria”, reconoce Belocopitt.

Luque difundió en Instagram la primera foto del alta. De bata blanca con vivos negros, Maradona estaba afeitado, tenía una media sonrisa, el índice izquierdo conectado al oxímetro de pulso y una gran gasa rectangular cubriendo la herida en el sector superior izquierdo de su cabeza. “Te di mi palabra. Vos confiaste y los dos cumplimos. Esto continúa, pero hoy festejamos este gran paso juntos —escribió el médico—. Te deseo paz en familia. Te amo para siempre”. Fue la última imagen que los mostró juntos y sonrientes.

Capítulo 14

la muerte

Un cuarto junto a la cocina y el lavadero, con la ventana tapiada. Caos e improvisación. Edema en las piernas
e hinchazón del abdomen. Numerosos alertas ignorados. Diagnósticos contrapuestos, justificaciones y deslinde de responsabilidades. Rechazo violento a médicos y acompañantes. Planillas mentirosas y firma falsificada. "O perdemos la matrícula y vamos en cana, o seremos semidioses". Descontrol en la alimentación. Veinticinco horas sin levantarse. Los avisos de un cuerpo al límite. Entre informes contradictorios, silencios y vacío de información. "Se debe estar haciendo el dormido".

Maradona abandonó la Clínica Olivos a las 17:52 del miércoles 11 de noviembre de 2020. Estaba lúcido, sin signos de agresividad ni impulsividad. Había descansado bien y tenía apetito. En ese momento tomaba cuatro medicamentos psiquiátricos: quetiapina, 100 mg (medio comprimido por la mañana, uno a las 16, otro por la noche); venlafaxina, 150 mg (un comprimido por la mañana); disulfiram, 250 mg (medio comprimido por la mañana durante los primeros tres días, uno a partir del cuarto), coadyuvante de programas de deshabituación en pacientes con alcoholismo crónico; y gabapentina, 300 mg (un comprimido por la noche), originariamente utilizada para tratar las convulsiones, se indica para el dolor neuropático (de los nervios periféricos, producido por una inflamación o una lesión), puede causar hemorragias o hematomas inusuales, erupciones en la piel, urticaria, fatiga grave o debilidad, infecciones frecuentes y trastornos respiratorios.

Además, tenía indicados dos comprimidos de vitamina B y uno de 20 mg del protector gástrico omeprazol.

Su nueva casa estaba en la calle Italia 5208, del barrio privado San Andrés, en el partido bonaerense de Tigre. Era un entorno arbolado, donde el valor del metro cuadrado llegaba a los 3000 dólares. La selección había recaído en Vanesa Morla, que presentó cinco opciones a las hijas de Maradona. “Igual, valía lo que decía Diego”, declaró. “Tengo entendido que él vio todas las casas y eligió una”. La propia Morla la visitó dos veces antes de su llegada, “para chequear alguna cuestión en relación a las comodidades de Diego”. Por ejemplo, que no lo molestara el sol y que tuviera el pack de TV satelital con los canales que le gustaban. Su hermano Matías pagó el alquiler y Jana firmó el contrato hasta enero de 2021. La prensa anunció que Maradona viviría “en una casa especialmente adaptada para que pueda continuar con su tratamiento” y que “el seguimiento por parte de los especialistas que lo atienden de manera personal será constante”.

Desde afuera, las impresiones eran óptimas, con vistas a un

espejo de agua y cancha de golf. En los primeros días Maradona pudo disfrutar de ese espacio. Jugó con Benjamín y Diego Fernando, y practicó *paintball* (una pistola que dispara bolas de pintura) contra un muñeco que había pedido. Por dentro, la situación era otra. Como no podía usar las escaleras que llevaban a las cuatro habitaciones (una con jacuzzi, que ocupaba Espósito; otra para Monona) y el baño del primer piso, lo alojaron en un *playroom* junto a la cocina.

A dos metros del lavarropas y a uno de la bacha de la cocina, una precaria puerta de plástico —que ni siquiera llegaba al piso— conducía a esa habitación improvisada con una cama de dos plazas, TV y sillón masajeador. Aunque había vistas al exterior, la ventana se tapió con durlock. "Argumentaron que no le gustaba la luz", explica un investigador de la causa. Vanesa Morla explicó que un vidrio de esa "habitación provisoria" tenía una rajadura, "por lo que Jana, por razones de seguridad", pidió poner esa capa. Para llegar al baño más cercano había que atravesar la cocina y el living comedor, a causa de lo cual se decidió sumar un inodoro ortopédico con asiento de plástico.

Pomargo, Espósito y Monona fueron su compañía permanente. Diversos testimonios coinciden en que Maradona no tuvo acceso al alcohol durante los días que pasó allí. Pero sobrevolaba un sentimiento de paranoia. Otra vez estaba rodeado de custodios. ¿Cuán necesarios resultaban dentro de un country? ¿Había que protegerlo o vigilarlo?

Los primeros días pudo bañarse con un duchador provisorio. El representante legal de Diego Fernando, Mario Baudry, aseguró que lo hacían "con una manguera", situación que lo tenía "muy molesto". "En cualquier casa en Argentina, en la más humilde, hubiera estado mejor que ahí. Uno puede no tener plata pero tiene cariño. Diego tenía muchísimo dinero, que no se lo dejaron usar".

Aquel día, Cottaro estuvo entre los primeros en llegar. "No había ni un termómetro, era una casa de vacaciones. Al sillón donde se sentaba Diego los custodios le decían 'la practicuna'. Cuando llegó, me quedé afuera porque había un grupo numeroso de gente. Más tarde me acerqué y me preguntó qué hacía ahí. Me di cuenta de que no le habían dicho que iba a tener acompañante. Ahí noté que empezaba la

improvisación".

La dinámica fue caótica desde el principio. La enfermera Dahiana Madrid —a cargo del turno matutino— declaró que, a su llegada a la casa, preguntó si había una epicrisis (documento confeccionado al momento del alta) y le respondieron que no. Tampoco le dieron indicaciones sobre cómo proceder con Maradona, cuyas patologías desconocía. "Me habían dicho que nosotros los enfermeros estábamos para dar la medicación en tiempo y forma, para que el paciente no se automedicara, [pero] que no era necesario que se controle […] Llegaba el horario de la mediación, la preparaba y le decía a Johnny [Espósito] 'vamos a dársela', pero él decía 'se la doy yo'. Si fuera otro paciente, una entra, trata de llegar. Agustina Cosachov decía que estábamos para darle la medicación, que no lo molestáramos. Lo mismo Luque".

Por esa razón, justificó, solo tomó sus signos vitales hasta el viernes 13.

Su compañero Ricardo Almirón hizo un relato similar. "Desde el primer momento pregunté por la epicrisis, patología del paciente, antecedentes y medicación, de lo cual no hubo respuesta […] En mi poder tenía elementos de control diarios, como termómetro, saturómetro, tensiómetro, lo cual utilicé para realizar los primeros controles, ya que la empresa [Medidom] no me había dado nada".

También faltaban los elementos para afrontar una urgencia —monitor para controlar la frecuencia cardíaca, tubo de oxígeno, desfibrilador— y otros de relevancia para el caso, como un abbocath (cánula intravenosa que se usa para pasar medicación y mejorar el control de la punción), prolongadores y sueros. La necesidad del monitor "se condecía con las frecuencias cardíacas que presentaba el paciente. Las alarmas habrían detectado cuando aumentaba o bajaba la frecuencia", explicó.

La situación estaba en línea con los motivos por los cuales habían sido convocados, planteaba Almirón. "En todo momento me indicaron que era un cuadro psiquiátrico. No me comentaron sobre otro antecedente ni anomalía".

A pesar de los indicios negativos, aquella primera jornada pareció cerrar con una buena noticia. "Ahora está cantando y

mirando la tele", informó Perroni a las 20:24 en el grupo de WhatsApp "Tigre".

* * *

A solicitud de Nancy Forlini pero contratados por Medidom, Maradona recibió la visita de dos médicos el jueves 12. Se trataba del clínico, doctor Pedro Di Spagna, que atendía al plantel de Huracán, y del neurólogo, doctor Jorge Macia. La gerente de Swiss Medical les había aclarado que solo debían hacer un informe; la orden era "no cambiar nada". Cuando llegaron, a las 18:30, fueron recibidos por Espósito. No había estudios médicos; apenas la tomografía en la que se había detectado el hematoma subdural.

Maradona estaba lúcido, sentado en el sillón de su habitación. Sabía quién era, dónde estaba y qué día era. Bien peinado y arreglado, sus pies presentaban un detalle llamativo: las uñas pintadas con brillos. La imagen recordaba otra que había publicado Jana junto a su padre, donde se los veía con estrellas y colores de *strass* sobre cejas y mejillas. "Amo que te copes con todas mis boludeces", había escrito ella cuatro años antes.

Cuando el doctor Di Spagna quiso evaluar su orientación preguntándole cuál sería la formación de Gimnasia para el encuentro que tres días después debía jugar contra Huracán, Maradona rio y dijo "anotá", para después dirigirse a Espósito: "¿Sabés cómo le paso todo el equipo cambiado a este? El utilero juega de arquero". Las pruebas arrojaron resultados normales. No había edema, presentaba una buena saturación de oxígeno y la presión arterial era normal. Se reía mucho; hablaba en forma pausada e inteligible. En cambio, seguía quejándose de no ir de cuerpo y de los trastornos de sueño. "No encontré al examen déficit motor, el equivalente a que no le faltaba fuerza en ningún miembro, ni brazo, ni pierna", declaró el doctor Macia. Tampoco detectó déficits sensitivos ni signos de extrapiramidalismo (que aparecen en la enfermedad de Parkinson).

La consulta duró entre 35 y 40 minutos. El informe posterior del doctor Di Spagna sugirió incorporar un nutricionista y avanzar con una serie de estudios: laboratorio

completo de sangre y orina, radiografía de tórax, electrocardiograma y ecocardiograma. Al médico también le resultó atinado que Swiss Medical evaluara una consulta con un cardiólogo. Más tarde, ambos médicos fueron incorporados al grupo "Tigre", para tener una comunicación más rápida con los enfermeros.

"Lo que me dijeron de Swiss Medical es que lo iba a evaluar regularmente y nunca más me llamaron", aclaró Macia, que se comunicó con Forlini para reportarle cómo había visto al paciente.

Di Spagna recién enviaría su informe a la responsable de la prepaga un día después de la muerte de Maradona.

Ese jueves también lo vio el psicólogo Díaz. "Hizo una videollamada con la gente de Gimnasia, y tenía una sonrisa de oreja a oreja. Yo estaba al lado. Los jugadores, fascinados por cómo lo vieron. Les decía: 'Quiero volver a entrenar con ustedes, bánquenme unos días que ya estoy'. Estaba motivadísimo".

En busca de un balance entre los deseos del paciente y la necesidad de atenderlo, el viernes 13 se decidió discontinuar el servicio de acompañante terapéutico las 24 horas. "Lo empezaron a cargosear", le planteaba la psiquiatra a Luque. "Ya mucha gente le resulta un exceso". El médico la apoyaba: "Dale, de última tenelo en *stand by*". Díaz plantearía más tarde que "los tratamientos de adicciones son dinámicos", con lo cual en ese momento los acompañantes no eran indispensables. De hecho, "podían aumentar la resistencia del paciente al tratamiento".

Carlos Cottaro recuerda cómo se le comunicó la salida a su hermano Alejandro, uno de los acompañantes. "Le dijeron que se fuera y que controlara a Diego desde la puerta, para que no lo viera […] Ellos pensaban que nuestra función era complementaria, que estábamos allí haciendo bulto".

Antes de eso, Cottaro había propuesto a Cosachov armar otro grupo de WhatsApp, donde se informara, hora por hora, cómo estaba Maradona, cómo dormía y quién lo visitaba. Fue desoído. "En 'Tigre' no se informaba lo que realmente estaba pasando […] El miedo que ellos tenían era que él dijera: 'No los quiero más a ninguno, váyanse todos'. Nadie quería perder su lugar. Iban sacando a los que podían, y los primeros

fuimos nosotros, que resultamos el fusible".

Taffarel declaró que visitó a Maradona todos los días salvo los domingos. Con la misión de movilizar y masajear sus rodillas, tobillos y caderas, no dudó en asegurar que "la internación domiciliaria fue pésima. Muy básica, con algodón, gasas y solución fisiológica para un paciente de elite". Cuando le preguntaron cómo lo notaba, explicó que "de lo anímico, deteriorado y entregado. De lo físico lo vi hinchado [...] Ya cuando salió de la Clínica Olivos estaba edematizado [...] Me acuerdo de su pierna derecha explotada de líquido. En la casa se redujo un poco, pero seguía hinchado".

El masajista aseguró que le preguntó a una enfermera —presuntamente Madrid— por qué le habían quitado los diuréticos. "Con eso en Brandsen andaba bien, pero ella me dijo que no sabía", recordó. También le avisó a Luque: "Leíto, el *Ten* [por el Diez] está con mucho edema, tiene mucho edema en las piernas". La respuesta fue que "eso lo manejaban los médicos de la obra social, que él únicamente iba a tener que ir a sacarle los puntos porque era cirujano".

"Diego tiene el pie derecho un poco edematizado", confirmó ese viernes por la noche Almirón, que agregó un dato preocupante: "Recién cenó y fue al baño a vomitar". Forlini ordenó llamar a emergencias para que lo evaluaran. Di Spagna aconsejó que mantuviera el pie elevado, indicó Reliverán y preguntó qué había comido. "Brócoli con camarones y provenzal", respondió el enfermero. "Una bomba", opinó Forlini. Almirón informó que Maradona no quería que entrara una ambulancia, tras lo cual Di Spagna insistió en que lo revisara un nutricionista y que obviamente evitara "este tipo de ingestas y atracones", que además eran ricas en sal y favorecían el edema.

Para el médico clínico, la situación tenía un peligro adicional: aumentar su presión intracraneana. Ante esa situación, el coordinador Perroni quería que Forlini tomara medidas. En cambio, "hubo negativas [al parecer de Luque] sobre el ingreso de una ambulancia para que revisara al paciente por los vómitos, según se dijo, por un tema mediático". El propio Perroni se ofreció a ingresar a un médico en su auto, pero lo ignoraron. La gerente de la prepaga agregó que "cuando los enfermeros me comentaron

de un desarreglo dietético" ofreció enviar un móvil, "pero ambos médicos [Luque y Cosachov] tomaban las decisiones, y mi ofrecimiento en esa, y otras ocasiones, fue rechazado".

Perroni propuso "confeccionar un protocolo para el caso de un brote", pero al día siguiente Forlini puso límites a sus intervenciones. "Me indica que no me comunique ni con los médicos tratantes, ni la familia, ni nadie de su entorno, siendo ella la única interlocutora. Es decir, ella se constituyó como nexo entre los médicos y la familia, por un lado, y los enfermeros, por otro. Me dijeron que si me comunicaba con ellos corría riesgo de quedar fuera del equipo de trabajo".

Aquella no había sido la única alerta sobre la salud de Maradona durante los primeros días en Tigre. La enfermera Tamara Mansilla aseguró que el ídolo le dijo "mirá cómo tengo la pierna", en referencia a sus edemas. Cuando lo ayudó a acostarse, notó que efectivamente tenía una pierna y el pie visiblemente hinchados. También aseguró que lo dejó asentado en una planilla y que avisó a Madrid, a Perroni y lo mismo hizo en el grupo de chat. La enfermera no volvería, porque Maradona "rechazaba la atención, no dejaba que lo acompañe al baño, tampoco quería que lo agarre". Recordaba una frase tajante: "No me toques que me fastidio".

El paciente respondía con eclecticismo a los cuidados que se despegaban a su alrededor. "Los primeros días, fue cordial y amable", recordó Almirón. "Luego fue cambiando de actitud. Refería que había mucha gente en el momento, y era como que estaba saturado por eso […] Fue cambiando de personalidad y conducta, al no querer ser controlado, ni tampoco comer, pero sí dormir todo el tiempo". El día se cerraba con altas cuotas de nerviosismo. "Hoy te juro que me volvieron loca. Todos los enfermeros escribiéndome", se quejó Cosachov ante Luque. También había atendido llamados y pedidos de Dalma y de Swiss Medical, preocupados porque "Diego echó a un acompañante y el otro se puso mal […] Caos total. Y estamos en día dos. Si no termino en el manicomio, le pego en el poste".

El sábado 14 volvió a notarse la inquietud de los profesionales. Maradona se había recuperado del atracón, pero seguía fastidiado. "Manifiesta que lo invaden. No quiso que controle signos vitales", avisó la enfermera Cynthia

Córdoba a las 7:31 de la mañana. “Déjenlo tranquilo; en un rato los toman”, ordenó Forlini.

Cosachov necesitaba la opinión de Luque.

—Hoy no le veo tan buena cara y no se le entiende tanto. El otro día estaba radiante y se le entendía perfecto. Hoy no tanto, ¿viste?

—Está cansado. Hay que dejarlo tranqui.

A pesar de su aparente calma, Luque declaró que empezaba a preocuparse por las “irregularidades” en la atención de Swiss Medical y Medidom. Por eso Cosachov pidió organizar un encuentro vía Zoom ese sábado. Además de Forlini, se sumaron Dalma, Jana y otros dos directivos de la prepaga. El objetivo era “reajustar consideraciones, porque algunas cosas no eran acordes a las charladas”, justificó el médico. Por ejemplo, la psiquiatra había pedido una devolución tras la visita de Di Spagna y Macia, pero notó que se resistían. Lo más inquietante era que Forlini le hablaba de “cuidados domiciliarios”, cuando la psiquiatra siempre se había referido a una “internación”. Luque aseguró que la reunión concluyó con la decisión de que “se continuaría con la internación domiciliaria, y que Forlini le pasaría los informes médicos a Cosachov a fin de mes”.

El fin de semana terminó de una manera impensada. Al evaluarlo el domingo 15, Díaz lo vio en un estado psíquico “excepcional”, según dijo a los fiscales. Ahora lo amplía: “Estuvimos juntos entre tres horas y media y cuatro. Toda la tarde. Salí súper satisfecho. Hablé con la familia y con Luque para decirles: ‘Che, estamos en un buen momento’ […] Vi un temblor mínimo, pero nada que ver [comparado con su primera visita]. Estaba impecable”.

El psicólogo veía un cuadro positivo, de estabilidad emocional en “un paciente que veía la problemática con claridad”. ¿Pero de qué manera se desarrollaban sus encuentros? “Traté de hacer mucho psicoeducación, explicando cómo funciona la adicción y que no depende tanto de qué sustancia hablamos. Lo que uno ve comúnmente en la práctica clínica es que los pacientes van migrando de sustancia en sustancia. O una misma sustancia, comida, mujeres […] Se copó, le gustó mucho. Me preguntaba respecto a mi trabajo en barrios vulnerables, en villas de La

Matanza y de San Martín. Se interesó, por sus propios orígenes". Díaz asegura que no estaba triste. "Cuando se habla de un cuadro depresivo, es porque estaba bajo la influencia del alcohol y de consumo de psicofármacos no controlado. En nuestra entrevista lo vi con ganas, interesado por los temas y muy entusiasmado por el proceso terapéutico".

Fue la última vez que se encontraron.

* * *

"A partir del lunes 16 casi no se levantó de la cama. Era imposible no ver cómo tenía hinchado el abdomen", dice una fuente directa de la investigación. Los cambios en el esquema de medicación de Maradona evidenciaban la necesidad de un rumbo distinto. Al menos en los registros de ese día, aparecían tres novedades:

> Naltrexona 50 mg: un comprimido con el desayuno. Es un antagonista de opioides que se utiliza para el tratamiento de la dependencia tanto de alcohol como de los opioides. Entre sus efectos adversos figuran trastornos de sueño, dolor muscular y articular, vértigo, cambios del estado de ánimo, diarrea y/o estreñimiento, pérdida de apetito.
> -Levetiracetam 500 mg: un comprimido con el desayuno y otro con la cena. Se trata de un antiepiléptico, con efectos colaterales graves como la insuficiencia hepática y renal y el descenso de glóbulos blancos, glóbulos rojos y plaquetas.
> Lurasidona 80 mg: un comprimido por la mañana. Antipsicótico. Puede llevar a comportamientos suicidas, causar parkinsonismo y trastornos cardiovasculares.

Maradona seguía tomando quetiapina 100 mg (medio comprimido por la tarde y uno con la cena), gabapentina 300 mg (un comprimido con el desayuno, uno por la tarde y uno con la cena) y vitaminas del complejo B (un comprimido con el desayuno y uno en la tarde).

La doctora Cosachov volvió a Tigre para llevar la medicación, pero no habló con su paciente. Pomargo le contó

que se había ido a dormir después de ver un partido. Madrid declaró que Maradona la recibió dándole la mano y un beso, pero que la echó al volver del baño: "Me quería tirar con el cargador [de celular] por la cabeza". Sentada en su auto, le dio la medicación a Espósito para que se la llevara al paciente. Amagó con dejar el trabajo, pero Johnny y Pomargo la convencieron de quedarse. Argumentaron que Maradona era así, y que después se le pasaba.

Perroni transcribió el relato de la enfermera en el chat grupal: "8:10 se levantó, saludó con un beso. Fue al baño y al salir me pidió que me retire. Estaba el custodio que tomó la guardia hoy. Y me pidió que me quede afuera. Sintió que hablábamos y me volvió a pedir que me retire: 'Piba, cambiate y andate a tu casa'. Luego se volvió a acostar. Entonces me dijeron que me quede en el coche sentada. Estuve desde la 8:30 hasta las 12:30, que se despertó, le preparé las pastillas y se las llevó su sobrino Johnny. Luego estuve afuera. Y él no se levantó durante toda la tarde. Se le administró la medicación de la tarde, que nuevamente se la alcanzó Johnny. Pero yo permanecí hasta finalizar mi guardia".

Empezaba a consolidarse una dinámica: los asistentes serían los encargados de entrar a su habitación para darle los medicamentos. "Si el paciente está en un estado de negativa, y hay alguien que está con buena relación en ese momento, está bien aunque no es lo mejor", reconoció Perroni, que aclaraba la necesidad de "constatar visualmente" que tomara la medicación. Monona reveló que la guardaba "en un *tupper*, lejos del alcance de Diego". Como el entrenador la "buscaba todo el tiempo", según supo el coordinador, aquel recipiente se cambiaba de lugar con frecuencia. También las planillas, ya que Maradona "se sentía perseguido si escribían sobre él. Almirón me dijo que iba y revisaba las hojas".

Aunque los acompañantes terapéuticos ya no estaban, el ex jugador seguía fastidiado por la cantidad de personas que circulaban a su alrededor y por la insistencia de los enfermeros en controlar sus signos vitales. Así, Cosachov le pidió a Forlini que eso se hiciera solo una vez en cada jornada. "No es necesario estar hinchándole las bolas todo el día", le planteaba a Luque. La gerente y la psiquiatra también

acordaron la visita semanal de un médico clínico.

Perroni aseguró desconocer que a los enfermeros se les denegaba el acceso a la habitación: “Ellos decían que él no se dejaba. Había sin embargo comunicación entre los enfermeros y la doctora Cosachov, y la orden dada por Cosachov y Forlini fue no molestarlo y no invadirlo”. La encargada de la prepaga se justificaba: “Al no estar a cargo el domicilio de ningún médico de Swiss Medical, la indicación a enfermería fue que debían respetar las indicaciones de los médicos tratantes”.

Belocopitt también descarga responsabilidades. “Nos pidieron gente que hiciera cuidados domiciliarios. Una enfermera, que ponen las empresas que trabajan con nosotros, que son serias. Pero la enfermera hace lo que define el jefe médico. Pensar que podés entrar a la habitación de Diego porque sos la enfermera es mentirle a la gente […] Cuando él estaba mal, tomaba el camino que le era más cómodo, y ahí es donde falló la contención de los médicos, que asumieron una responsabilidad que era imposible […] Y no existe la internación domiciliaria con ambulancia. Si un paciente necesita una ambulancia, requiere estar en un centro que posea terapia”.

Cuando declaró en la fiscalía, Cosachov introdujo un matiz respecto a ese último servicio. “La coordinadora Nancy Forlini […] me dijo que por una cuestión mediática poner una ambulancia en la puerta no era conveniente, pero que a cinco minutos iba a estar la ambulancia en una posta de Swiss Medical, lo cual me pareció bien”.

En retrospectiva, asoma una certeza: todos los eslabones de la cadena que debía velar por la salud de Maradona fallaron en algún punto. La fiscalía acusó a Forlini de no haber analizado “si la vivienda cumplía con las condiciones mínimas para un paciente con la limitaciones físicas y psíquicas” que padecía y de incumplir deberes como “dotar al lugar del personal de enfermería especializada en salud mental, acompañamiento terapéutico, nutricionista, y de la aparatología adecuada para RCP [reanimación cardiopulmonar] avanzada, estudios de laboratorio y electrocardiograma”.

Como explicó Almirón, los enfermeros facturaban en base a las planillas que consignaban su trabajo. “Esta planilla la

completaba uno. Se ponía el día y el horario. Se entregaba a Mariano Perroni. Solo había que completar nombre del paciente, de Swiss Medical, Medidom, días y horarios […] Los pacientes deberían firmar que hacemos el cuidado […] Yo nunca lo vi firmar a Maradona".

Los fiscales consideraron que el coordinador de Medidom no plasmó la actuación de los enfermeros de forma completa y adecuada, "consignando deliberadamente información que no se condecía con el real estado y atención médica que Diego Armando Maradona recibía, simulando que se efectuaba un tratamiento sistemático, lógico y acorde a las patologías que presentaba cuando, en rigor, nada de lo que se colocaba en las planillas se llevaba a cabo".

Para empeorar la situación, en agosto de 2021 una pericia caligráfica de la Corte Suprema de Justicia bonaerense determinó que era falsa una firma transversal de Maradona que ocupaba todos los casilleros correspondientes al paciente. La rúbrica estaba en una de las planillas que, según Almirón, había entregado a Perroni sin la firma del paciente, cuando ya había fallecido. En su declaración, en cambio, el coordinador aseguró que el enfermero le había enviado la planilla con la presunta firma ya estampada.

* * *

Maradona estaba cada vez peor. La Junta Médica Multidisciplinaria dio cuenta de ello en su informe: "El 11, 12 y 13 [de noviembre] se hallaba de buen humor. El 16, 17 y 18 estaba decaído. No quería comer, no aceptaba visitas, se hallaba encerrado en su habitación. Solo hablaba con Jonathan [Espósito]". La recopilación de una fracción mínima de las conversaciones entre Cosachov y Díaz da cuenta de incidentes que evidenciaban una situación extrema. La psiquiatra lo vio "muy hinchado y muy violento"; "habla como el culo, parecía un poseído"; estaba "en bolas, sin ganas de hacer nada"; "le tiraba piñas" a Luque. Todos esos síntomas de agresividad, edematización, incontinencia urinaria, negativismo y confusión eran "elementos clínicos de alarma para tomar decisiones", advirtieron los peritos.

"En ocasiones se orinaba encima y Romina [Monona] o

seguridad le cambiaban las sábanas", declaró Madrid, que lo bañó apenas una vez entre el 11 y el 24 de noviembre. "Cuando estaba de buen humor, se higienizaba en el baño de abajo, que estaba preparado con un regador", confirmó. "Deambulaba con dificultad".

El sueño creciente parecía una forma de evasión, que sin embargo desconcertaba a los profesionales. Cuando Cosachov le avisó a Luque que Maradona había pasado todo el lunes 16 y lo que iba del martes 17 durmiendo, el médico le recordó que antes "el problema era que no dormía".

—¿Lo curé, decís vos? ¡Jajaja! Che, Leo, me preocupa. Sigue durmiendo. No se levantó en todo el día.

—Ahora voy para allá.

—Avisame porque me da cagazo que sea otra cosa. Tanto dormir…

—¿Como qué?

—No sé… ¿Pero tanto sueño?

—Estará depre.

Esa mañana Pomargo le había mandado un mensaje inquietante. "Doc, buen día, ahí lo despertamos para darle la medicación. Estaba bien. Bueno, las tomó, dijo 'sigo descansando un poquito más'. Está bastante hinchada la cara. Acá Taffa dice que es retención de líquidos. Estaba bastante inflamada la cara, o sea hinchada, y con retención".

Almirón seguía notando rasgos de hinchazón. "Lo indiqué en hoja de enfermería y en el WhatsApp", aseguró. "En el grupo, Cosachov dijo que no lo molestáramos más". En su declaración también aseguró que la mayoría de las veces Maradona estaba taquicárdico. "Se informaba a los médicos para que estos realizaran el estudio y vieran los motivos. Los valores cardíacos eran una constante en cuanto a que estaban elevados. Desde el primer día. Si uno estuviera en acción, sería normal, pero él estaba en reposo".

Perroni reconoció que lo sabía, pero volvió a desentenderse. "Veía que lo informaban en el grupo de WhatsApp, donde estaban los médicos, que eran quienes debían tomar acciones. Forlini recibía la notificación de los valores cardíacos y respondía con un 'OK' o 'gracias'".

Como había visto los mensajes, Luque fue hasta Tigre: "Estuve diez o quince minutos y lo vi normal. No estaba

hinchado ni tampoco tenía alguna sintomatología en particular […] Pregunté si había pedido alcohol y me dijeron que no […] Lo vi distante. No quería hablar. 'Ya me viste, bueno, andate', me dijo. No me dejó sacarle los puntos".

Al mismo tiempo, insistió en desestimar los síntomas: "La hinchazón es algo subjetivo. Uno debe verla en un contexto médico. Una hinchazón de un paciente con edema agudo de pulmón es distinto […] Se puede hacer la prueba de Godet [al presionar con el dedo, aparece una impronta que tarda unos segundos en desaparecer] […] Lo hice con Diego y no surgió nada".

Luque insistía: si hubiera habido un edema de pulmón en curso, la dificultad para respirar habría sido un indicador mucho más relevante. Su actuación se apoyaba en el convencimiento de que "había gente que lo estaba cuidando, tenía internación domiciliaria […] Una empresa con veinticinco años de experiencia, que pone clínicos, enfermeros, kinesiólogos".

Sin embargo, en sus mensajes a Cosachov oscilaba entre el agotamiento y el temor. "Me cansó mucho esto. Mucha injerencia no puedo tener, porque lo manejan vos con Charly [Díaz] […] Mi único tema es que él se dirija a mí para decirme 'Quiero el alta', y no sé cómo lo voy a manejar'.

Un mensaje de Díaz a la psiquiatra evidenciaba el desconcierto. "O perdemos la matrícula y vamos en cana, o seremos semidioses". El psicólogo también le avisó a Luque que "lo vi temblando el domingo [15]. Pero mantengámoslo en privado".

La versión de Díaz difiere levemente. En uno de los chats grupales le ratificó a Luque que "lo vi un poquitito tembloroso, pero nada que ver con lo que vi en su momento", y el médico le pidió que "estas cosas hablémoslas por privado, para no preocupar a la gente", en referencia a su familia.

Para la fiscalía, está comprobado que el martes 17 el psicólogo le indicó a Cosachov que los enfermeros se limitaran al suministro de medicación, sin hacer controles personalizados. Una posición de poder que Díaz habría aprovechado para aislar a Maradona de su familia, a quienes manipuló, "informándoles que todo lo que estaba sucediendo era producto de la libre y espontánea decisión del paciente",

y ocultando la verdadera información sobre su cuadro.

Ese día Luque mostró su preocupación ante Pomargo: "Estoy acá, no lo vi bien. Está muy hinchado, en bolas, sin ganas".

Por momentos, la situación era desconcertante. El mismo martes *Olé* aseguró que Maradona "evoluciona de manera impecable", "alejado de todo lo que daña su organismo". Como Díaz, el texto citaba al propio entrenador en una videollamada con sus jugadores: "En unos quince días ando por allá". Uno de los participantes de aquella conversación había dicho que el entrenador estaba "espléndido. Nada que ver con la imagen que quedó el día de su cumpleaños".

* * *

El miércoles 18 Madrid esperaba fuera de la casa que Maradona se levantara de la siesta. Cuando entró para ir al baño, el ex jugador escuchó sus movimientos.

—¡Monona!

—No, Diego, soy Dahiana.

—No, vos no.

Madrid salió y avisó a la cocinera que la llamaban. "El paciente se había caído", declaró. "Cuando quise entrar a la habitación, me dijo que me retirara. Estaba en el piso. Cuando lo acostaron en la cama, se fijaron que se había golpeado la parte derecha [de la cabeza]. Le dije a Maxi que lo conveniente era llevarlo a una guardia o a una clínica para que le realizaran una tomografía". Pomargo, según ella, rechazó la idea porque iba a salir en los medios.

El mensaje de la enfermera en el chat grupal era tan conciso como preocupante: "El paciente en el día de hoy se cayó dentro de su habitación. Está estable, se medicó por intermedio de su sobrino".

"Gracias. Avisen cómo sigue", pidió Forlini.

Ese día Luque recibió otro mensaje sobre la hinchazón de Maradona; esta vez, del custodio Aníbal "Chori" Domínguez.

—Tiene retención de líquidos en la cara y en la panza.

—A mí me pone contento porque lo vi bien, boludo, dentro de todo lo vi re bien, no lo vi hinchado ni en pedo […] El chabón no quiere que le hinchen.

—Estaba muy hinchado, Leíto —insistió Taffarel—. Los ojos hinchados como una teta, te lo juro por Dios. Imaginate que lo vi hinchado con la luz apagada, no lo quería ver con la luz prendida.

—Tranquilo igual, tranquilo —respondió Luque tratando de llevar calma—, porque obvio, boludo, te quedás durmiendo veinte horas en una misma posición… ¡Cómo no vas a estar hinchado! No te preocupes por eso, se va a deshinchar rápido.

El masajista dio más detalles. “Entré en su habitación y cuando me acerqué lo saludé, le di un beso y ahí lo vi. Tenía los ojos muy hinchados y los pómulos también. Estaba como chino. Era muy raro eso, nunca lo había visto, por eso lo informé. La cara estaba muy hinchada; el torso no se lo vi porque estaba tapado. Ahí llevaba ya como dos días sin levantarse […] Me trajo mucha preocupación porque en un cuerpo en un estado horizontal durante mucho tiempo los líquidos no fluyen y los pulmones se colapsan por los gases: un edema agudo de pulmón”.

¿Por qué hacía ese diagnóstico?

“Me fui de la casa, me puse a leer y al otro día les dije que había que rotarlo. Se lo dije al sobrino [Espósito], que ya en ese entonces era el único que podía entrar a la pieza, y me dijo que lo iban a hacer”.

Como Maradona llevaba “veinticinco horas sin levantarse”, Taffarel concluyó que “estaba depresivo”. A pesar de todo, en su declaración solo tuvo palabras de elogio para la actuación de Luque en Tigre: “Hizo más de lo que tenía que hacer, se ocupó de un montón de cosas que no le incumbían”. Cuando le preguntaron qué opinaba Maradona de su médico, fue concluyente: “Lo amaba”.

A las 19:18 de ese miércoles regresó el doctor Di Spagna, esta vez con el nutricionista Luciano Spena. Cuando este le comentó a Monona que tenía preparado un plan de dieta, la cocinera contestó —según Madrid— que “con que me coma dos sandwichitos o un plato de algo ya es suficiente”. La enfermera recordó que “los días que le llevaban la comida a la habitación siempre compraban sándwiches de miga, que era lo que a él le gustaba. Y se los llevaban con un té. Sé que una noche se levantó, pidió un café y comió frutas, pero no había una dieta para un paciente con las patologías que

tenía". La alimentación, de hecho, seguía descontrolada. "Un día quería comer churrasquitos y le dieron osobuco con grasa", recordó uno de los acompañantes. "Yo no le hubiese dado eso sabiendo que tenía, como todos decían, problemas de corazón".

Monona informó a Di Spagna y Spena que debían esperar la llegada de Luque, que se presentó como el médico de Maradona.

Cuando el neurocirujano entró en la habitación, el ex jugador estaba acostado.

—¿Cómo estás?

—Luque, hoy no.

El médico insistió y Maradona perdió la paciencia.

—¡Te voy a cagar a palos!

—Para pegarme, te vas a tener que levantar.

Es lo que hizo: dejó la cama y empezó a correrlo, ante la sorpresa de Di Spagna. "¿Vos qué mirás?", inquirió al médico de la prepaga. Cuando se calmaron los ánimos, el neurocirujano se quedó afuera "comiendo unas galletitas. Hice ruido —reconstruyó en su declaración—. Salió Diego *re enojado*, y me dijo: 'Luque, te dije que te fueras' y ahí me quiso manotear".

Un testigo escuchó la discusión.

—¡Andate a la concha de tu madre! ¡Andá a comer a tu casa!

—Dejame sacarte los puntos y me voy, Diego. ¡No me pegues!

Cuando entró en escena el custodio Chori Domínguez, los ánimos se calmaron.

Pero Gianinna seguía preocupada. Además del pésimo humor que seguía mostrando, ¿su padre no estaba hinchado? Luque lo recordaba así: "Le dije que para mí no. Le preguntamos a Chori y dijo que para él tampoco".

A los pocos minutos, según el testigo, Luque les dijo a los visitantes que no podrían ver a Maradona, indicación que el neurocirujano niega haber dado. Di Spagna pidió que se lo dijera la familia. Hablaron con Gianinna, que estaba angustiada: "Necesito que lo vean". Con los médicos esperando bajo el alero de la casa, ella intentó convencer a su padre, pero volvió con otra negativa. Nuevamente se

mencionó la posibilidad de una judicialización, pero las hijas volvieron a rechazarla. Cuando Di Spagna y Spena estaban dejando el country, Forlini les pidió que regresaran al día siguiente.

Cosachov también estuvo ese miércoles. “Fue el único día que lo vi en torso, sin remera, y noté cierta hinchazón en la zona abdominal. Acto seguido se lo comuniqué a Maximiliano Pomargo, que es el allegado de confianza. Él desestimó esto diciéndome: ‘Es así, tiene panza’. Seguidamente, comuniqué esta situación a la doctora Forlini para que lo vea un clínico, y el día 18, luego de retirarme del domicilio, hay mensajería preguntándole a la doctora Forlini respecto a esta situación”.

Cosachov habló del tema con Díaz, que a las 18:24 se comunicó con Luque: “Hola, Leo. Para atrás… En la cama hace 48 horas, con el ánimo ultra irritable. El domingo había estado impecable, el Diego del 86. Agus [Cosachov] va a meterle más medicación para una bipolaridad. También está muy hinchado”.

“Está hinchado porque está en decúbito”, respondió Luque.

Maradona tampoco quiso recibir a Díaz. “Me acerqué a la puerta, no llegué a abrirla y me gritó: ‘¡No es el momento!’”.

El día había sido tan catastrófico, que las múltiples visitas provocaron en el paciente más ganas de tomar alcohol. El psicólogo sugirió por WhatsApp que desde entonces se comunicaran con Maradona de otra manera: “Seamos inteligentes, y en vez de ir todos así, como si fuese un zoológico, hagamos videollamadas, preguntemos a quién quiere recibir”. La familia, aseguró, estuvo de acuerdo en darle un poco de espacio.

Lo sucedido ese miércoles también sirvió para que la fiscalía centrara mayores responsabilidades en Luque, al plantear que “frente a las advertencias del estado de salud del paciente relativas a su hinchazón y a la posibilidad cierta de que se encontrara cursando un edema agudo de pulmón, se abstuvo de actuar conforme las reglas del buen arte de curar, asumiendo el evidente, notorio y previsible riesgo que ello aparejaba y que aprobó con desprecio”.

“Continúa sin apetito”, informó Almirón a las 22:18. Di Spagna estaba inquieto: “¿No comió nada de nada? ¿Le pudieron ofrecer un yogurt aunque sea?”. No hubo respuesta.

Para los investigadores, ese fue el día en que el equipo médico de Maradona pudo haberse representado con claridad que su paciente podía morir.

* * *

Después de una jornada caótica y con signos cada vez más preocupantes, a las 8:08 del jueves 19 Perroni hizo una sugerencia poco ortodoxa: que Monona cocinara algo cuyo olor llegara a la habitación de Maradona, para así abrir su apetito. Madrid anunció que iban a tratar de que comiera, se levantara y se duchara.

Esa mañana Espósito y un custodio le llevaron el desayuno (café con tostadas) y le pidieron a la enfermera ser los encargados de administrar la medicación que ella preparaba, siempre con la idea de que "no lo molestaran tanto".

A las 14:19 se produjo un chat entre Pomargo y Cosachov.

—Ahí está el clínico [Di Spagna] queriendo venir. Es un idiota… Me parece que no entiende nada. Con el nutricionista.

—Tramito que no vaya. Olvidate.

—Necesita paz y que lo saquemos de la cueva [por la habitación].

Tres minutos después, la psiquiatra lo confirmaba.

—Le dije recién que hoy no vaya… Ya le avisé a la directiva de Swiss.

Así se lo explicó a los fiscales: "Sugerí a la doctora Forlini, desde mi rol de psiquiatra, que el paciente estaba presentando signos de resistencia con relación a la visita de los profesionales […] Se había sentido muy invadido, lo que a mi criterio era contraproducente […] Mi sugerencia fue darle unos días para que se airee un poco".

A pesar de que —según Cosachov— la suspensión de esa visita fue una decisión conjunta con Forlini, la gerente de Swiss Medical le pidió a Di Spagna que dejara asentado que se trataba de una determinación de los médicos tratantes. En la fiscalía plantearon otra hipótesis: si Di Spagna hubiera visto a Maradona, podría haber pedido la suspensión de la internación domiciliaria.

A las 14:51, ese médico dejó asentado un mensaje

premonitorio en la conversación grupal. “Me parece bien la decisión, reprogramamos para martes [24] o miércoles [25]. No hay problema. Lo único, nosotros, y como sugerencia, cubramos la parte legal. Dios quiera que pase bien el fin de semana y que esté lo mejor posible, pero si hay algún evento desfavorable, quedemos cubiertos [aclarando] que no se le pudo hacer el examen ni solicitar exámenes complementarios (que creo es necesario) por razones ajenas a nosotros”.

A las 20:08, Maradona seguía sin apetito. No se habían tomado sus signos vitales; Di Spagna pidió que se consignara ese hecho. Forlini agradeció la información y —junto con Perroni— ratificó la necesidad del respaldo legal. Cuando Almirón informó que el paciente había terminado el día de buen humor, tras una cena de sopa de verduras con pollo, agua mineral y una banana, Forlini mostró alivio: “Dentro de todo, sano”.

Mientras tanto, Cottaro no se rendía. Hasta ese jueves envió mensajes a Cosachov preguntando si había posibilidad de volver a Tigre, aunque fueran tres veces por semana, “porque la doctora iba una vez por semana, lo atendía cinco minutos y después Diego la sacaba a patadas”.

Su preocupación lo había llevado a una decisión temeraria: infiltrar entre los custodios a alguien que le pasaba información. Era un hombre corpulento, mimetizado como “un barrabrava más. Porque si te ponías algo blanco, te corrían”. Cottaro lo supervisaba de cerca. Una vez le advirtió que, en vez de los sesenta minutos pactados, habían pasado setenta y cinco desde el último informe. La respuesta lo enfureció: “Me manda un audio diciéndome ‘estamos sentados acá’, y Maxi [Pomargo] le agarra el teléfono y dice: ‘¡Qué carajo nos importa cómo está Diego! Estamos mirándole el culo a una mina con un largavistas y viendo cómo matar a un pato de la laguna’”.

La situación estaba en su punto más crítico. Tanto que desde ese día Cosachov y Luque hicieron silencio. Tampoco daba señales Morla. La Justicia considera que estuvo al menos dos veces en el country, pero logró impedir que registraran su ingreso.

* * *

A medida que se acercaba el final, crecía el vacío de información sobre lo que pasaba en Tigre. El viernes 20 Luque logró quitar los puntos a su paciente, como explicó ante los fiscales. “Lo vi bien. Charlamos. Me cargaba. Me hizo bromas. Estuvimos un rato en la casa, porque decía que iba a comer milanesas. Justo fue el piletero. Diego iba a salir, y le dijeron al piletero que se fuera. Yo le dije que le limpiaba la pileta. Después no recibí más inquietudes respecto de hinchazón, que nunca pude constatar”.

Sin embargo, en un mensaje a Taffarel confesó que lo había notado hipotenso e hipoglucémico. “Fue una impresión de un paciente pálido y un poquito sudoroso”, justificó. “Estaba como inquieto. Fue una impresión diagnóstica. Sabía que esos síntomas, junto a la hipersomnia [somnolencia excesiva], son propios de un paciente adicto, que estaba siendo tratado sin consumir”. Ese día Cosachov indicó un refuerzo de quetiapina.

A las 13:02 Madrid informó que Maradona deambulaba y se había higienizado. Almorzaba y estaba de buen humor. A la tarde, merendó sentado en la cocina. Todos lo celebraron. El mediodía siguiente continuaba el optimismo. “Paciente tranquilo, de muy buen humor, se encuentra tomando mate, escuchando música, parámetros estables, diuresis [secreción de orina] positiva”, precisó la enfermera Córdoba. A las 13:24, sin embargo, estaba “nauseoso”. El Reliverán alivió su situación. Ese sábado, Día de la Enfermera, el neurólogo Macia escribió en el grupo: “Feliz día, son muy eficientes, son los verdaderos cuidadores”.

A las 20:12 Maradona seguía —según Córdoba— de buen ánimo, con los parámetros estables y mirando TV. Como detalle llamativo, el paciente refería un “malestar, bolsita de aire en el estómago”. Media hora después, el enfermero Aldo Arnez indicó que lo había superado. Eran las 22:46 cuando escribió: “Paciente tranquilo, buena ingesta en la cena más hidratación. Se le administra medicación con buena predisposición y continúa mirando deporte en el living”. Maradona se retiró a descansar a la 1:41, “tranquilo luego de ir al baño”.

El domingo 22, a las 8:04, Arnez informó que había tenido un buen descanso y que seguía durmiendo. A las 10:20 se

había levantado, higienizado y acostado en el sillón. Dos horas después, el parte seguía siendo favorable: “Buen ánimo, signos vitales estables, ingesta positiva, mirando TV en el living”. A las 19:51 Maradona tenía “muy buena conversación, fluida, escucha música y toma mate”. A las 20:21 descansaba en el living. Tras dos horas, seguía allí.

Inquieto por un fin de semana en el que no había recibido noticias, Luque volvió a Tigre ese día. La descripción del estado de ánimo de Maradona difería de la que se hablaba entre los demás médicos, enfermeros y coordinadores. “Estaba dormido en el sillón. Hice ruido a propósito para despertarlo. Solo yo podía hacer esto. Lo llamé y me abre los ojos, me hace el gesto como diciéndome que no, enojado, entonces me fui”.

Ese domingo, Díaz, por intermedio de Espósito, quiso saber “si él aceptaba mi presencia, pero a los pocos minutos me dijo que no, que ese día él quería estar solo, y que, de hecho, horas atrás había echado al doctor Luque”.

Cuando el final era un hecho, *Clarín* publicó que el ídolo había pasado sus últimas horas “ansioso, deprimido y angustiado”, mientras Luque, Díaz y Cosachov analizaban junto a su familia un último recurso: el regreso a Cuba. Maradona casi no se alimentó en sus horas finales. “Le costaba comer porque estaba bajón, no por un problema”, aseguró Espósito durante una entrevista.

* * *

A las 7:09 del lunes 23, la enfermera Córdoba reportó que Maradona “descansó toda la noche sin dificultad, continúa descansando”. Seis horas después, la misma profesional lo describía “controlado, estable, medicado, de buen ánimo”. Sin embargo, no quiso almorzar y volvió a dormir. A las 17:08 había merendado y estaba “tranquilo, recibe visitas, de buen ánimo, medicado y controlado, diuresis positiva”. Dos horas después, descansaba en su habitación. “Estuvo tranquilo durante la tarde”, escribió la cuidadora.

Arnez pasó sus novedades a las 22:29: “El paciente se levanta de buen humor, va al baño, diuresis positiva. Toma la medicación y quiere seguir descansando”. Los parámetros

eran normales: “T/A [tensión arterial] 120/80, temperatura 36,2, sat. [saturación de oxígeno] 96”.

El martes 24, a las 6:07, Arnez informó que Maradona había tenido “un buen descanso toda la noche”. Madrid, que tomó su posta, agregó a las 11:06 que el paciente estaba medicado, sin apetito y todavía descansado. La novedad siguiente fue a las 16:57: seguía en su habitación, otra vez medicado, otra vez sin hambre. Había orinado en el baño portátil.

Taffarel lo vio por última vez. Como Maradona estaba en la habitación y no quería levantarse, un custodio le dijo que entrara. El terapeuta ingresó y le preguntó si quería que lo afeitara o bañara.

—No, ya está, Taffita, cualquier cosa te llamo.

Lo notó “entregado y con la voz entrecortada”.

A las 21:38 Madrid informó las novedades: el ídolo permanecía en su habitación, había rechazado un té con galletitas y quiso seguir durmiendo. Perroni y Forlini agradecieron la actualización. A las 21:54, ya con Almirón en la casa, Maradona continuaba descansando y rehusándose a comer. El enfermero aseguró que tomó sus signos vitales: “T/A 130/100, fc [frecuencia cardíaca] 107, temp. [temperatura] 36,8, fr [frecuencia respiratoria] 17, sat. 98”.

Cuando el desenlace era un hecho, el abogado Baudry aseguró que los registros de ese día “daban que tenía 109, 110, 115 pulsaciones acostado y durmiendo”. La frecuencia cardíaca normal para adultos en reposo oscila entre 60 y 100 latidos por minuto.

Forlini reapareció a las 22:30, para compartir un mensaje multimedia (presumiblemente una filtración de lo que pasaba en la casa) y pedir “máxima discreción”.

“El 24 estuvo bien, pero él no quería vivir, no se dejaba ayudar”, planteó Espósito durante una entrevista. “A lo mejor habrá sido porque ya no podía patear una pelota”. Ese día habían seguido su rutina habitual, con mates y fútbol por TV. Jugaban Atlético Paranaense *versus* River y Racing *versus* Flamengo por la Copa Libertadores. Para el sobrino, Maradona estaba más desganado que nunca. “El hecho de [que le propusiera] ‘vamos a salir a caminar aunque sea al patio’ y que él dijera que no, es porque no quería más […] Yo

intentaba arengar, pero él me decía: 'Ya viví 60 años y me privé de muchas cosas, no quiero seguir así'".

Más tarde, Cottaro tendría algo que agregar: "Él quería vivir, pero no sabía cómo".

Como todas las jornadas, Almirón había empezado su turno a las 19. "Estuvo durmiendo. Tipo 22 horas lo despertamos con el sobrino y personal de seguridad, para realizarle revisaciones y administrarle la medicación que recetaba Cosachov. El paciente refirió que quería seguir descansando, sin tener apetito ni tomar agua, pero la medicación la tomó […] Ayudé a levantarlo de la espalda. Creo que no se podía levantar solo, estaba como desganado. No tenía ganas de nada. Estaba deprimido. Sus familiares me dijeron que estaba así desde hacía unos días. Le pregunté cómo se sentía y si quería comer, y me dijo que no, que quería seguir durmiendo".

Al momento de levantar a Maradona, había sentido humedad en su remera, "por estar tanto tiempo acostado". Le preguntó si quería que se la cambiara, pero le dijo que no. Llevaba dos días encerrado en un ambiente cerrado, oscuro y frío. "Siempre estaba con el aire acondicionado prendido. Siempre que ingresaba en la habitación hacía frío, pero él no quería bajar la temperatura".

Después de despedirse de su tío, Espósito subió a su habitación cerca de las once de la noche.

* * *

En la fiscalía están convencidos de que Maradona pasó sus últimas horas —acaso días— acostado y encerrado en la habitación, sin recibir a nadie.

Parecía la imagen de un hombre entregado.

Para un médico que lo trató en su última etapa, se trataba de "un tipo tremendamente autodestructivo, acostumbrado a tener y hacer exactamente lo que quería, que no se podía ver en ese estado de decrepitud".

El doctor Mariano Castro lo visitó hasta el final. "Iba con un maletín de cuero de antaño, para tomarle la presión y auscultarlo un poco —describe—. Era más un mimo que otra cosa". También está convencido de que su amigo atravesaba

una depresión. “La relación con Rocío Oliva y la separación lo mataron. Yo le pregunté: ‘¿Cómo te vas a enamorar de grande? Ya está Diego…’ […] Pero la gota que colmó el vaso fue el síndrome depresivo. El tipo no quería vivir más. Me daba cuenta por los ojos. Y su sonrisa era distinta […] como la de un payaso, se le iba la comisura para abajo. Era un pedido de ayuda”.

Guillermo Cóppola ofrece una visión similar. “Todos teníamos limitaciones, incluyendo la familia. Por eso yo hablo del entorno sin señalar, porque también fui parte de eso, y lo sufrí. No responsabilizo a nadie, pero yo no lo hubiese dejado solo”.

Gabriel Buono oscila entre el desconsuelo y la bronca: “Es mentira que Diego se entregó. Él era feliz con el fútbol. Lo que pasa es que su adicción no lo dejaba ser él. Y nadie hacía nada […] Con gente que lo quisiera, hubiese vivido hasta los 75 años. Pero lo abandonaron. Ojalá Dios haga justicia.

* * *

El final era inexorable. El minuto fatal que nadie quiso imaginar, llegó. Entre la incredulidad paralizante y la tristeza insondable, el país se sumergió en un estado de shock a las 13:06 del miércoles 25 de noviembre de 2020. Las pantallas mostraban una sola noticia, en las calles se hablaba de una sola cosa. No por previsible, la información dejaba de doler: había muerto Diego Maradona.

Además del archivo de prensa y de los intercambios telefónicos, las declaraciones de los imputados permiten reconstruir lo que pasó en esas horas al interior de la casa del Tigre, con el peso que implican sus palabras en sede judicial y la precaución que debe tomarse ante sus estrategias de defensa, que empezaron a diseñarse de inmediato.

Almirón aseguró que vio por última vez a Maradona ese mismo día, entre las 6:30 y las siete, antes de pasar la guardia a Madrid: “Abrí la puerta corrediza y vi que dormía en forma óptima, y que roncaba”.

Como su compañera, terminaría acusado de fallar en “la evaluación constante del paciente, el cumplimiento del tratamiento médico prescripto y en el seguimiento de su

evolución". Para la fiscalía, hizo chequeos deficitarios, ignoró signos y síntomas de insuficiencia cardíaca y omitió asistirlo, "a sabiendas de su delicada situación y con conocimiento que esa omisión podía provocar a su muerte".

Esa mañana, a las 8:01, el enfermero aseguró en el chat de WhatsApp que "el paciente continúa descansando en buena forma. Se rehusó a ingesta de sólidos. Buena entrada de líquidos. Diuresis positiva, catarsis [defecación] negativa". A las 8:52, Madrid escribió en el mismo grupo que Maradona seguía descansando.

La enfermera repetía la rutina de los días previos. En su planilla figura, en efecto, que Maradona "continúa descansando" a las 8:30 y que "se niega a tomar signos vitales" a las 9:20. Cuando los fiscales le preguntaron por qué lo había consignado, primero explicó que "no escuché ruidos, por lo que supuse que estaba descansando" y después, que se había acostumbrado a hacer esa segunda anotación "porque el paciente se negaba a mi atención". En rigor, no lo había visto ninguna de las dos veces. Para los investigadores, pasó casi toda esa mañana en un sillón del living, chequeando su celular. También explicó que confeccionó esa planilla más tarde y "afuera, en el capot del coche del coordinador" de Medidom. "Forlini quería que ponga horarios y demás, así que me hicieron transcribirla y la transcribí —aseguró—. Ella decía que tenía que ser una planilla bien completa".

A pesar de esos argumentos, la fiscalía la responsabilizó de permanecer indiferente "ante el resultado que se presentaba como previsible y evitable" y asumir "desaprensivamente los riesgos que corría la salud de Maradona". La acusación recordó que "los síntomas visibles de desmejoramiento del paciente y las advertencias de su entorno exigían la asistencia médica inmediata que no procuró y obstaculizó, vista su injerencia directa por ser la encargada de suministrarle —o hacerle suministrar— la medicación".

Cuando se hicieron las diez (precisamente, la hora de la medicación), Madrid envió un mensaje a Cosachov, "para ver a qué hora llegaba, porque la orden era no despertarlo, y para que se ingresara solamente una vez a la habitación". Monona estaba de acuerdo: era mejor esperar.

Aunque la enfermera finalmente negó haber visto a

Maradona aquella mañana, los fiscales quisieron saber si había advertido movimientos en la habitación. Ella reconoció que no.

Las cámaras del country registraron el ingreso de Cosachov y Díaz a las 11:44. Diez minutos después estaban en la casa. Conversaron en el comedor con Madrid y —tras otro intercambio con Díaz— la psiquiatra modificó la medicación. La enfermera la preparó, aunque le pidieron que se quedara con Monona preparando el desayuno, "porque si se lo iba a despertar, era el momento para darle de comer", recordó la propia Madrid.

Psiquiatra y psicólogo se acercaron "a la puerta de la habitación, creyendo que se encontraba, lógicamente, con un cuadro anímico", declaró Díaz, que recordaba que "dos de los síntomas más frecuentes en una depresión son la hipersomnia u otro tipo de alteraciones del sueño, y alteraciones del apetito".

Después de llamarlo desde fuera, abrieron la puerta. Maradona estaba en su cama, boca arriba, semitapado y con el torso desnudo. Parecía dormido.

—Dale, Diego, te toca la medicación.

Avanzaron solo un paso; pensaban que, otra vez, su paciente podría echarlos. Entonces volvieron a llamarlo un par de veces.

Del otro lado de la puerta, el resto de los ocupantes de la casa estaba cada vez más ansioso.

Por fin, Cosachov y Díaz salieron del *playroom*.

—No se despierta, no contesta.

—Se debe estar haciendo el dormido.

Había pasado otras veces: una estrategia para alejar las presencias indeseadas.

Madrid y Monona llamaron a Espósito, que entró al cuarto con Pomargo. Volvieron a los pocos segundos: Maradona estaba inconsciente. "No reacciona", confirmó el asistente. Entonces entraron todos. El ídolo tenía las extremidades frías. Madrid reconstruyó la escena al detalle. "El paciente estaba en paro. Me subo arriba de la cama para reanimarlo, lo destapo, lo toco. Tenía un brazo caído fuera de la cama. Agustina [Cosachov] no sabía qué hacer. Empiezo a hacer las maniobras y pido que llamen a emergencias o a la

ambulancia. Para que sea más eficiente el RCP, pido al de seguridad [Julio Coria] que le haga respiración boca a boca. Le explico cómo tiene que hacer, cómo poner la cara, la boca. En un momento no recuerdo quién trae el teléfono en altavoz y era Luque. Le digo que el paciente está en paro y continúo con las maniobras de reanimación. Luego llega un señor con un estetoscopio, que después supe que era un vecino médico del barrio. Dije que continuáramos haciendo RCP. Cuando el de seguridad se cansaba, cambiaba con Romina [Monona]. Yo seguía haciendo maniobras. Agustina hizo un ratito, pero no las estaba haciendo bien [cuando los fiscales le preguntaron por qué, respondió que presionaba por debajo del diafragma y no a la altura del pecho, para bombear el corazón]. Entonces le dije que seguía yo".

El hombre del estetoscopio era el cirujano plástico Colin Campbell Irigoyen, un vecino que habían logrado ubicar en la guardia del barrio. Cuando llegó a las 12:30, en efecto, encontró a Coria haciéndole respiración boca a boca a Maradona y a Madrid practicándole masajes cardíacos. Sus maniobras también fracasaron. Así reconstruyó esos instantes: "Habrán pasado diez o quince minutos hasta que llegó la primera ambulancia con los elementos, con un desfibrilador, un botiquín, un set para vía aérea. Logramos ponerle una vía de acceso, pero por la vía aérea no pudimos acceder. El médico a cargo de la ambulancia intentó ver si tenía algún tipo de actividad eléctrica, pero tampoco tenía, y seguimos con las maniobras".

El médico y el enfermero de aquel móvil habían llegado con "una bolsita con medicación para hacer RCP avanzada: hidrocortisona, Taural", precisó Madrid. El primero pidió que se colocara una vía al cuerpo. "Debía actuar el enfermero, pero estaba parado", criticó ella, que "de metida" abrió un maletín, sacó una aguja y suero y colocó la vía. El médico pidió que se empezara a pasar adrenalina. Madrid sacó un tubo traqueal del maletín y se lo dio, pero "él no podía intubarlo". Madrid rogó que lo hicieran: a Maradona no le llegaba oxígeno.

Más tarde, no encontraría explicaciones a la falta de infraestructura en la casa. "Si vos sos un paciente cardíaco, sabés que sos una bomba de tiempo. Pero no había ningún

acondicionamiento para la patología del paciente. Lo único que había era control de signos vitales: un termómetro y un saturómetro".

Perroni insistió: nadie le había pedido elementos para atender una emergencia, algo que de todas maneras "le correspondía a Forlini". "Nunca recibí ninguna información de un cuadro que requiriera aparatología. No había información de una patología cardíaca o renal; era un alcohólico en rehabilitación".

Los profesionales que fueron llegando en nueve ambulancias, desde diferentes sanatorios, prolongaron las maniobras, inyectando ampollas de adrenalina y atropina en el cuerpo de Maradona. Ya no quedaba nada por hacer.

Después de casi cuatro horas de silencio, el grupo "Tigre" se reactivó a las 12:42. "Por favor novedades del domicilio", pidió Forlini. "Está yendo un móvil en código rojo". Di Spagna preguntó qué pasaba. "Refieren que están reanimando, no tengo más info", respondió la directiva de Swiss Medical, que pidió a Perroni que fuera hasta el country.

* * *

Ese mediodía, el doctor Luque estaba operando en la localidad bonaerense de Berazategui. A las 12:14 recibió el llamado de Pomargo, que le avisó que Maradona estaba en paro. El neurocirujano pensó que se refería a una convulsión. "Lo están masajeando", aclaró el asistente. A las 12:16, el médico avisó al 911, con calma aparente en la voz: "Hola, qué tal. ¿Podés mandar una ambulancia urgente al barrio San Andrés? […] Hay una persona que se encuentra aparentemente, me dicen a mí, en un paro cardiorrespiratorio y hay médicos asistiéndolo. Es un hombre de 60 años aproximadamente […] Gracias. Chau, chau".

No quiso dar nombres porque "no sabía si era cierto. Fueron segundos". Cuando le contaron que el masaje ya superaba los quince minutos, entendió que Maradona "no iba a vivir".

Como en ocasiones anteriores, mantuvo una conversación paralela con Cosachov:

—Decime si está vivo.

—No sé, Leo, está en paro. Lo están reanimando. Dios quiera.

Mientras los médicos seguían intentando, la psiquiatra continuaba:

—Me tiembla todo. Por ahora lo están reanimando.

—Estoy en camino.

El intercambio se volvió más intenso.

—Le hicimos RCP durante quince minutos. Está viniendo otra ambulancia ahora. Lo están intentando intubar. No dicen nada. No respiraba ni tenía pulso. Parecía muerto, Leo. Tranqui vos por la autopista. Será lo que tiene que ser.

Dos minutos después, Cosachov insistía.

—Leo, lo están reanimando pero nada. No lo pueden trasladar porque no sale del paro.

—Avisame si están enojados con nosotros.

—No, no. Por ahora no dijeron nada.

Hasta que la conversación finalmente se cerró.

—Murió, Leo.

—OK.

—No quieren reanimar más.

—Estoy en treinta.

Cuando se detuvieron las maniobras, “salió una médica y habló con la familia —recordó Madrid—. En un momento dijeron ‘ya está’ y dieron la hora del óbito”. El doctor Juan Carlos Pinto certificó la muerte de Maradona a las 13:15, en un anotador de la empresa de servicios médicos domiciliarios + VIDA.

* * *

Al llegar a Tigre, Luque rogó que lo dejaran entrar en la habitación. La fiscal Laura Capra, de la Unidad Funcional de Instrucción (UFI) de Benavídez, solo le permitió acercarse hasta la puerta. Maradona “parecía dormido”, recordaría el médico durante una entrevista. Enseguida se sumaron Claudia, Dalma y Gianinna. Más tarde, seis hermanos y hermanas y dos sobrinos del ídolo. Sus hijas y sus hermanas estaban particularmente conmovidas, afirman testigos de la escena.

A las 15:30 ya había un contingente de trece comisarios,

forenses, peritos e integrantes de la Policía Científica. Quince minutos después llegó John Broyard, fiscal general de San Isidro, junto a Cosme Iribarren y Patricio Ferrari, fiscales generales adjuntos. El lugar de los hechos se relevó a las 15:57, tras lo cual hicieron su revisación los forenses. El cuerpo se levantó a las 17:50. Segundos antes, Dalma, Gianinna, Claudia y Verónica Ojeda se habían reunido a su alrededor para una ceremonia íntima de despedida.

Mientras Broyard adelantaba que "no se advirtió ningún signo de violencia" y que "el fallecimiento posee características naturales", el cadáver era trasladado a la morgue del Hospital de San Fernando. El director del Cuerpo Médico Forense de San Isidro, Federico Corasaniti, llevó adelante la autopsia entre las 19:30 y las 22:30. El acta de necropsia concluyó que "las causas de muerte se debieron a un edema agudo de pulmón secundario a una insuficiencia cardíaca crónica re agudizada".

La insuficiencia cardíaca puede afectar el lado izquierdo, el lado derecho o ambos lados del corazón como consecuencia de la pérdida de eficacia de su capacidad de bombeo, lo que origina la acumulación de líquido sanguíneo en diferentes partes del organismo: los pulmones, el hígado, el tracto gastrointestinal, los brazos y las piernas.

En la autopsia se encontraron 3,6 litros de líquido ascítico. La ascitis es la acumulación de líquido en el espacio existente entre el revestimiento del abdomen y sus órganos.

Las pruebas complementarias no detectaron drogas ni alcohol.

* * *

Esa noche, a las 22:30, Luque y Taffarel intercambiaron mensajes dramáticos y anticipatorios.

—Estoy roto. No paro de llorar —se quejó Luque.

—Estoy igual que vos. La semana pasada les dije que había que levantarlo porque podía hacer un edema de pulmón. Y ahora dice que salió eso, puede ser. ¿Qué le pasó? Estoy en blanco, amigo.

—No sé qué pasó. Pero ya no está. Dejamos todo.

—Nos van a matar, Leo. Nos van a matar ahora.

El jueves 26, el diálogo entre el médico y Cosachov también fue sombrío. La psiquiatra le informó los resultados de la autopsia.

—Agus, buen día. Sí, sí, iba a ser algo cardíaco.

—Y parece que murió a las 21, che.

—Tenía lógica.

—Eso me informaron. Toda la noche palmado —dijo Cosachov.

—Qué tema para Swiss Medical. Igual no va a cambiar. Es un evento cardíaco agudo.

—Sí, yo tengo cagazo de que me quieran empomar por los remedios.

—No te persigas con eso, Agus. En serio.

—Estoy media persecuta.

—Era un enfermo delicado —Luque resumió—. La verdad que no sé cómo sigue. Para mí hay que estar tranquilos. La autopsia va a dar muerte natural. ¿Qué van a decir? Si algún mala leche quiere investigar, nos van a llamar y vamos a tener que presentarnos. No hay que pensar en eso. A mí como neurocirujano tengo un montón de pacientes que se mueren, esto es así. Hay algunos que te citan [y otros] no. Pero este no va a ser el caso. Vas a ver. Hay que estar tranquilos.

Quizá sin saberlo, el médico y la psiquiatra adelantaban uno de los argumentos centrales de su defensa. Luque fue el primero.

—Acá hay algo fundamental, que es que todo, todo, se habló con la familia. Incluso en las reuniones de Zoom estuvo la familia. Cuando se hablaba de la disponibilidad médica, qué era lo que necesitábamos. Todo se habló con la familia. Eso también nos tiene que dejar tranquilos porque no se tomaban decisiones sin que ellos intervengan. Todas las sugerencias de la familia se aceptaron. El día que llegó el clínico, Diego no quiso y estaban Gianinna y Jana. Intentaron y tampoco lo pudieron hacer entrar. La familia intervino mucho, nosotros apoyamos en esto, nada más.

—Lo de la familia es fundamental. Gracias a Dios está lo de la internación. Tenemos la firma de la familia y tenemos el aval ciento por ciento. Bueno, nada. Habrá que esperar a que empiecen a romper las pelotas con otra cosa los periodistas.

Capítulo 15

La investigación

Informe de la Junta Médica y detalles de la agonía.
El equipo médico en la mira. Los descargos.
Revelaciones en la escena final.

El 30 de abril de 2021, diecisiete de los veintidós integrantes de la Junta Médica Multidisciplinaria que buscó esclarecer las circunstancias que derivaron en la muerte de Diego Maradona cerraron su dictamen de setenta páginas. Firmaron once peritos oficiales, dos en representación de Dalma y Gianinna, dos por Perroni y dos por Forlini. Eran expertos en medicina legal e interna, cardiología, psiquiatría, nefrología, hepatología y toxicología, provenientes de policías científicas, hospitales y universidades. El informe respondía las veintitrés preguntas —muchas de ellas, retóricas— que les habían hecho los fiscales Iribarren, Ferrari y Capra.

1. *¿Cuál era el cuadro clínico de Maradona antes de morir?*

Los peritos recordaron antecedentes de 2000 (insuficiencia cardíaca), 2007 (abuso de alcohol, patología digestiva) y 2019 (hemorragia digestiva, hernia abdominal, cirugía de rodilla). Además, un electroencefalograma del 11 de enero de 2020 había registrado una disfunción cortical difusa en el cerebro. Un ecodoppler en Ipensa del 9 de septiembre, aterosclerosis —acumulación de grasa— en la carótida. Para ese año, también se daba cuenta de problemas como deshidratación, anemia e hipertensión arterial.

La junta hizo foco en la enfermedad del miocardio que se había detectado en Punta del Este: una cardiopatía hipertrófica ventricular izquierda, con agrandamiento de aurícula izquierda y disfunción diastólica, asociadas a los sedimentos acumulados por años de consumo de cocaína y alcohol. Era una afección “evidenciable en ecocardiogramas”, para un corazón que —al momento de la muerte— pesaba 503 gramos, entre cuarenta y cincuenta por ciento más que lo normal.

También dio cuenta de la *torsade de pointes* de 2000, de la evidencia (en los estudios post mortem) de una coronariopatía no oclusiva y de los síntomas de insuficiencia cardíaca que mostraron los reportes de enfermería en las distintas historias clínicas, como la diuresis elevada —fundamentalmente de noche— y los episodios de bradicardia (baja frecuencia cardíaca).

Esos antecedentes, más una historia de obesidad, sedentarismo, tabaquismo y enfermedad renal crónica, llevaban a calificar a Maradona como un paciente con un "riesgo cardiovascular intermedio/alto". El informe reconoce que por "la multicausalidad que le dio origen y la condición psicológica del paciente debido a su abuso de sustancias y personalidad", el tratamiento de la patología cardíaca resultaba complejo, pero "no así su diagnóstico".

La junta dio cuenta de otros antecedentes de cuidado, como la anemia crónica, el *bypass* gástrico, la enfermedad hepática crónica (hepatitis viral de 1983, hepatitis alcohólicas de 2007, hígado graso, cirrosis hepática), el deterioro neurológico crónico, los trastornos de la conducta y del lenguaje, un posible parkinsonismo (rigidez, temblor, limitación en el movimiento) y los estudios de cerebro con resultados anormales.

2. *¿Correspondía hacer controles acordes a ese historial?*

Sí. Los médicos tratantes debieron haber rastreado antecedentes médicos, personales y familiares, teniendo en cuenta su efectividad y efectos secundarios. "No surge la existencia de historia clínica por parte del médico tratante (Dr. Luque) conforme a las exigencias de rigor emanadas por la normativa vigente y las buenas prácticas del arte de curar", criticó la junta. No se profundizó sobre los antecedentes cardiológicos ni se estudiaron las funciones renal y hepática.

"Luque no llevaba la historia clínica", ratifican fuentes judiciales. "Solo hacía algunas anotaciones". Son apenas nueve hojas, con una carátula que refiere al "trastorno del sueño" de Maradona como motivo de consulta, fechadas entre el 2 de febrero de 2019 y el 1 de noviembre de 2020.

3. *¿Se estudió la condición cardíaca de Maradona entre el 1 de octubre y el 25 de noviembre de 2020?*

No. "Debería haberse dispuesto un seguimiento con controles y estudios cardiológicos, más aún con la medicación que se le había indicado por su abstinencia y dependencia alcohólica […] Debería haber sido evaluado en profundidad de su riesgo cardiovascular y posibles cardiopatías. Además, nunca debería haber suspendido los medicamentos vasodilatadores, antihipertensivos, y el tratamiento de la insuficiencia cardíaca".

4. *¿Debía recibir medicación específica para el corazón?*

En forma regular y crónica, y nunca suspenderla. La causa judicial consigna "un cuadro edematoso vinculado a la insuficiencia cardíaca, y asociada a otros daños orgánicos concurrentes (hepático, renal, neurológico), que sin los medicamentos adecuados, conducen a la progresión de este cuadro clínico, que lo lleva al evento final de la complicación aguda (edema pulmonar cardiogénico) y finalmente la muerte".

Cuando declaró en la fiscalía, el cardiólogo Carlos Álvarez —recuérdese que había tratado a Maradona en la crisis de 2000— aseguró que ninguna de las drogas encontradas en la autopsia estaban indicadas para tratar afecciones cardíacas. "Todo paciente con esta patología debe tener un seguimiento clínico […] Debió conocerse el riesgo quirúrgico o grado de problema cardiovascular para su externación, y así evaluar el control periódico de signos vitales, etc., y además el control diario cardiovascular, si lo necesitaba […] Siempre y cuando hubiera tenido signos de miocardiopatía, debería haber tomado medicamentos como carvedilol, luego enalapril […] hubiese sugerido tomar digoxina que resulta ser la primera droga en el mundo para tratar la insuficiencia cardíaca.

5. *¿Los psicofármacos tenían contraindicaciones con el alcohol? ¿Qué efectos podía causar esa combinación?*

Los medicamentos indicados "tenían el objetivo de estabilizar su esfera afectiva, su conducta, su volición [acto de la voluntad] y su plano cognitivo". Pero potenciaban el efecto del alcohol, en una combinación que podía producir estados de sedación intensos, confusión, descontroles conductuales severos y disminución de la capacidad motora.

6. *¿La medicación podía generar efectos adversos en su corazón?*

Aunque los fármacos que recetó Cosachov estaban bien indicados para la "deshabituación al consumo problemático de sustancias", "se debió garantizar al paciente un estricto control médico clínico y bioquímico". En cambio, "la falta de examen físico y evaluación clínica del paciente provocó un subdiagnóstico de la enfermedad y la deficiencia de un tratamiento adecuado". Las contraindicaciones para enfermos cardíacos eran múltiples. La venlafaxina puede causar

arritmias. La quetiapina, aumento de peso, hiperglucemia, palpitaciones y desmayos. La lurasidona conlleva un "especial cuidado con pacientes cardiópatas", ya que prolonga el segmento QT, un intervalo entre ondas que también puede generar arritmias.

7. *¿El hematoma subdural ameritaba una cirugía de urgencia?*

Esta vez, la respuesta fue ambigua. Los profesionales de Ipensa habían planteado que "no ameritaba neurocirugía de urgencia", "aunque considerando la sintomatología que presentaba el paciente (deterioro cognitivo) estaría indicada". De cualquier manera, la operación "no ha tenido injerencia directa" sobre su muerte.

8. *¿Maradona estaba en condiciones de ser externado de la Clínica Olivos? ¿Cómo debió haber sido su internación domiciliaria?*

"Si bien se encontraba en condiciones de ser externado acorde a la evolución del postoperatorio que cursaba, no estaba en condiciones de alta médica, debiendo continuar su atención psíquica, debido a su cuadro de abstinencia alcohólica", aclara la junta, que recuerda la propuesta de Swiss Medical de internarlo en un centro de rehabilitación.

La alternativa que eligieron los médicos tratantes y la familia (que de todas formas no fue informada sobre los riesgos y beneficios de esa modalidad) "nunca se trató de una real internación domiciliaria", ya que "se siguieron las indicaciones del paciente, se retiraron los acompañamientos terapéuticos, las enfermeras no entraban a la habitación, no se controlaron signos vitales, las visitas tanto del psiquiatra y psicólogo no fueron con la debida frecuencia y existió solo como interconsultor a pedido de los médicos tratantes un médico clínico".

Después de su externación, Maradona debió haber tenido asistencia terapéutica permanente y controles cardiológicos, hepáticos, renales, neurológicos y nutricionales, además de "formas de monitoreo más eficientes, aparatología adecuada para RCP avanzada, estudios de laboratorio, electrocardiogramas y otros, sugeridos pero no realizados, hasta el momento de su muerte".

9. *¿Era una persona independiente y autónoma cuando se decidió llevarlo a Tigre?*

Se trataba de un enfermo alcohólico crónico con perturbaciones anímicas, cognitivas y conductuales, sobre un síndrome de abstinencia compensado parcialmente con psicofármacos. Su historia de adicciones "lo ubicaba en una posición desfavorable para tratamientos ambulatorios o domiciliarios". Además era "un individuo de difícil control, ya sea por sus características psicopáticas de personalidad, ya sea por el síndrome neurobiológico de *craving*" (deseo irrefrenable de consumo), con un debilitamiento cerebral que había deteriorado sensiblemente su voluntad, autocrítica y autocontrol.

Los expertos plantearon que "podría habérsele encuadrado Capacidad Reducida del Código Civil como toxicómano habitual, es decir que se trataba de un sujeto que no estaba en condiciones de otorgar actos jurídicos perjudiciales para su persona o patrimonio". El alta médica involucraba directamente a su seguridad personal, por lo que "no se encontraba en condiciones psíquicas de decidir por sí mismo".

10. *¿La casa y la habitación en Tigre eran adecuadas y acordes a la normativa?*

No. Maradona casi no podía caminar por culpa de una "marcada artrosis en su rodilla izquierda, la cual prácticamente no podía mover en flexo-extensión" y "la hipotonía [disminución del tono muscular] secundaria a los días de postración en cama debido a su internación y neurocirugía". El *playroom* era inadecuado para sus necesidades. "Bajo ningún punto la propiedad cumplía las funciones para albergar un paciente con las limitaciones que presentaba Diego Armando Maradona", recalca el informe. El ex jugador hubiera requerido un ambiente de acceso sencillo e independiente, un baño acondicionado a su alto riesgo de caídas, una cama con protección y barandas, sistemas de monitoreo y aparatología para resucitación cardíaca avanzada.

11. *¿Esas falencias incidieron en su muerte?*

La falta de elementos y el acceso largo y difícil para las ambulancias "pudieron coadyuvar a no brindar *in situ* una respuesta inmediata ante la emergencia". Sin perjuicio de eso, la muerte "fue producto de una evolución progresiva de síntomas relacionados a insuficiencia cardíaca, los cuales

fueron advertidos en reiteradas oportunidades por personas que interactuaron" con él.

12. *¿La coordinación del equipo de salud (visitas, controles, historia clínica) se ajustaba a las pautas correspondientes?*

No. A la enfermera Madrid no se le permitía tomar los signos vitales. La medicación era administrada por un sobrino. Tampoco se hicieron chequeos básicos de diuresis y peso en un paciente obeso. Los médicos tratantes no estuvieron los días previos a la muerte. Cosachov reconoció que solo tuvo contacto con Maradona el 12 y el 18 de noviembre, aunque aclaró que otros días hizo consultas, evaluaciones y hasta llamados con su paciente vía el celular de Pomargo.

La junta también criticó la ausencia de registros documentados de la presencia de Luque, que en la fiscalía explicó que estuvo en Tigre los días 17, 18, 20 y 22 de noviembre. No habló por teléfono con el ex jugador: "Entendí que había que dejarlo en paz. Una vez que yo logro que aparezca la familia, que tuviera equipo de salud mental y la internación domiciliaria, decidí no molestarlo".

13. *¿Hicieron bien los médicos en prescindir de los acompañantes terapéuticos?*

No, porque la decisión se tomó en base al deseo de un paciente que "no se encontraba en pleno uso de sus facultades mentales". Cosachov evitó poner "límites a las demandas del paciente al que debían contener, acompañar y velar por su completo bienestar". Aquellos acompañantes debían colaborar en los cuidados y bienestar de Maradona, y en los controles y plan de rehabilitación de su adicción al alcohol.

14. *¿Se cumplieron los pedidos del médico* [Di Spagna] *que fue a evaluarlo el 12 de noviembre?*

Nunca se hicieron los estudios sugeridos.

15. *Dado que, al menos desde el 16 de noviembre, Maradona presentaba "un cuadro inusual de hinchazón, ronquidos, fatiga y cambios en el timbre de voz", ¿qué debieron hacer sus médicos?*

Los antecedentes cardíacos y los registros del personal sobre síntomas compatibles con insuficiencia, asociados a un cuadro edematoso, exigían "un tratamiento adecuado con la medicación correcta (diuréticos ahorradores de potasio, beta bloqueantes, vasodilatadores, anti-aldosterónicos) y

probablemente decidir una nueva internación […] Estos signos fueron informados al personal médico a cargo, quienes no tomaron conducta alguna".

16. *¿Debieron darle diuréticos?*

Sí, "y otros medicamentos como tratamiento de la insuficiencia cardíaca descompensada, adecuados a los daños orgánicos registrados (hepático, renal, neurológico)".

El doctor Álvarez confirmó esa falencia: "El cuadro debió ser previsible los días anteriores. Específicamente debió mostrar el aumento del diámetro abdominal y edemas. Sin dudas, hubiese sido necesario el suministro de diuréticos, como espironolactona".

17. *¿Era necesario un plan nutricional?*

Una dieta baja en sodio y proteínas, con control calórico y restricción hídrica, hubiera beneficiado su evolución. "La evidencia de agua mineral alta en sodio y comidas con grasas y sal en exceso, en el contexto de un cuadro edematoso asociado a insuficiencia cardíaca descompensada, solo colaboró para empeorar su enfermedad y desencadenar el evento final y muerte", criticaron los peritos.

18. *¿Se convocó a los expertos adecuados?*

No. El doctor Di Spagna lo visitó una sola vez, los controles de Cosachov fueron insuficientes y se impidió la atención del nutricionista. Se debió haber convocado a especialistas en enfermedad cardiovascular, hepática y renal.

19. *¿La atención y los controles de enfermería fueron correctos?*

Aun cuando se hicieron con la frecuencia habitual (cada ocho horas), los controles "fueron deficientes en su calidad" o "desoídos por los médicos tratantes". Por otra parte, "resulta inverosímil suponer" que se realizaron con la frecuencia plasmada en las planillas, "dado que existe una amplia variabilidad en los valores registrados, y los valores de saturometría no se condicen con el cuadro clínico y el estado de salud que presentaba el paciente".

A la junta también le llamó la atención que "durante los controles nocturnos se consignaron reiteradamente registros de hipertensión diastólica y taquicardias, y durante el resto de los controles no existen estas alteraciones, lo que hace suponer que esos controles no fueron efectuados por las

enfermeras de los turnos diurnos". No menos importante, "según las normativas vigentes los auxiliares de enfermería no estaban habilitados para realizar las tareas que efectuaban". Fuentes de la causa aclaran que sí tenían su habilitación como enfermeros, aunque no estaban especializados en adicciones.

20. *¿Los síntomas ameritaban acciones de médicos y enfermeros?*

Sí. Las alertas compatibles con insuficiencia cardíaca fueron múltiples y reiteradas: hinchazón en cara y abdomen, aumento del sueño, alteración del ritmo diurético, cambios en el tono de voz, fatiga, ronquidos inhabituales, pituitas [secreción de las mucosas] matinales, incontinencia de esfínteres. Los médicos debieron tomar decisiones acordes a la gravedad del cuadro.

21. *¿Las conductas de quienes estaban en la casa de Tigre el 25 de noviembre fueron acordes a los protocolos?*

No. De acuerdo con los lineamientos de *Advanced Cardiovascular Life Support* [un curso para emergencias cardiovasculares], "habiendo un solo médico (de la especialidad que fuera), era quien debía comandar la reanimación". La doctora Cosachov, en cambio, "se quedó paralizada al pie de la cama", según los testigos. "No se contaba con los elementos ni las personas entrenadas para realizar una RCP avanzada, ni las maniobras se iniciaron con la celeridad necesaria". Aun así, dados los tiempos consignados en la autopsia, es muy probable que Maradona ya estuviera muerto esa mañana.

22. *¿El equipo de salud hizo un diagnóstico, tratamiento y seguimiento exhaustivo de su paciente?*

No. Se debieron haber analizado, "con el mayor rigor científico, los cambios respecto de la morfología del cuerpo del paciente respecto de sus hábitos, sus cambios en los hábitos, micción, defecación, emesis [vómitos], ritmo del sueño, incontinencias esfinterianas, cambios del humor, dificultad para movilizarse, agitación, etc.". Dadas las discordancias entre registros, declaraciones, evolución clínica y hallazgos de la autopsia, "nunca llegaron a registrar las causas de la descompensación del paciente, motivo por el cual no fue tratado ni controlado adecuadamente, y no se detectó el evento final que le provocó la muerte".

23. *¿Ese accionar aumentó el riesgo permitido para su salud?*

Sí. Médicos y enfermeros dejaron que "la pluripatología que presentaba siguiera su evolución natural, sin la intervención adecuada". A pesar de las alertas, "fueron indiferentes u omitieron deliberadamente iniciar el protocolo de 'paciente hostil', sin dar participación a profesionales calificados y experimentados en tratar este tipo de pacientes complejos". En cambio, su decisión fue dejar "a un paciente muy enfermo (desde el punto de vista psíquico, físico y social) bajo la órbita de control deficiente, ineficiente e indiferente de un 'secretario', personal de enfermería, un personal de vigilancia y una cocinera". Una actitud "indiferente, temeraria y riesgosa al extremo".

Los peritos insisten en que "el equipo médico tratante se representó cabal y acabadamente la posibilidad del resultado fatal respecto del paciente, siendo absolutamente indiferentes a esa cuestión, no modificando sus conductas y plan médico/asistencial trazado, manteniendo las omisiones perjudiciales precedentemente apuntadas y abandonando 'a la suerte' el estado de salud del paciente". Esa observación abrió la puerta para las imputaciones por dolo eventual, el delito que se produce cuando alguien continúa haciendo algo a pesar de ser consciente del daño que puede generar.

* * *

Después de responder a los fiscales, los peritos plasmaron consideraciones médicas, psiquiátricas, psicológicas, legales y éticas, que permiten entender el final con mayor detalle.

¿Por qué Maradona no había firmado el consentimiento a la internación domiciliaria? "La respuesta más coherente y comprensiva era que no se hallaba en condiciones de hacerlo, o porque se hallaba sedado o porque no tenía la integridad de sus facultades mentales que le permitiera realizar una adecuada elección según sus intereses". La abstinencia había requerido contención psicofarmacológica y física, ya que "registró varios intentos de fuga a lo largo de su internación". Maradona pudo haberse mostrado autónomo, pero no ser competente.

Los expertos criticaron "las excusas de los profesionales

tratantes al manifestar que 'Diego no se dejaba revisar'". Por un lado, "decidían en forma negativa sobre su salud, en algunas circunstancias que involucraban mantenerlo bajo estricta vigilancia con cuidados apropiados", como en el caso de Olivos. Por el otro, "dejaban que decida el paciente cuando este quería no recibir médicos para su seguimiento de salud, en una internación domiciliaria paupérrima".

La junta consideró que había evidencia clara de que —más allá de los episodios agudos y las mejoras posteriores— Maradona "nunca dejó de tener una cardiopatía de base" (probablemente secuelas de fibrosis miocárdica, disfunción diastólica e hipertrofia ventricular izquierda) con una insuficiencia compensada. "Esto motivó que no manifestara signos y síntomas de insuficiencia cardíaca durante un tiempo prolongado, y pudiera realizar actividad física con buena tolerancia".

La miocardiopatía dilatada, explicaron los peritos, es una hipertrofia de las cuatro cámaras cardíacas, donde se presenta "una disfunción sistólica con hipocontracción". Como había hecho el cardiólogo Álvarez, recordaron el rol del cocaetileno, el metabolito que resulta del consumo combinado de alcohol y cocaína, "200 veces más cardiotóxico" que esa sustancia sola.

La anemia crónica que se detectó en la autopsia estaba asociada al déficit de ácido fólico, vitamina B12 y hierro. También sufría dislipemia (concentración elevada de grasas). A eso debía sumarse "una enfermedad hepática, sostenida por la historia de una hepatitis viral, dos internaciones por hepatitis alcohólica [su consumo llegaba a cinco litros diarios en 2007], la existencia de hígado graso y de cirrosis". Los forenses, de hecho, encontraron una "pérdida de la arquitectura normal del hígado", con un grado de fibrosis "llamativo". El órgano tenía dificultades para sintetizar sustancias biológicas (factores de coagulación, albúmina, colesterol), conjugar y excretar la bilirrubina, y procesar productos generados del metabolismo de proteínas o fármacos. Al momento de la descompensación cardíaca, fue otra causa de edemas y retención hidrosalina.

La junta también consignó los "antecedentes de daño renal, evidenciados por varias internaciones con evidencia de

valores de uremia y creatininemia elevados, algunos en forma transitoria, asociados a factores tóxicos, y otros a episodios de infecciones urinarias reiteradas". A su vez, los problemas del corazón habían deteriorado los riñones, que pesaban 213 gramos (el derecho) y 183 (el izquierdo), cuando las cifras promedio rondan los 150 gramos.

Además, los peritos tuvieron en cuenta el "daño neurológico crónico" vinculado al deterioro cognitivo, trastornos de la conducta y adicciones. Las últimas tomografías habían mostrado "alteraciones de la función y actividad cerebral", con "evidencias de atrofia cortical cerebral y cerebelosa". La asociación con el hematoma subdural, el posoperatorio de neurocirugía y la acción de los psicofármacos, en el contexto de las insuficiencias explicadas, "solo favorecieron la postración, el aislamiento, la falta de referencia de síntomas por el paciente y poca reactividad del mismo ante los eventos finales previos a la muerte".

El deterioro durante los días de Tigre fue progresivo: edemas de causa mixta (cardíaca, renal, hepática) y reagudización de la enfermedad crónica (cirrosis, insuficiencias renal y cardíaca), que condujeron al evento final. Las imágenes de la autopsia fundamentaban las sospecha de una "insuficiencia cardíaca descompensada, con evidencia clara de edemas y acumulación de líquido en todo su organismo". El detalle de ese último hallazgo es impactante: un derrame pericárdico [el pericardio es la membrana que rodea al corazón] de 120 ml, rezumo de agua en los pulmones, derrame de 500 ml en cada espacio pleural [la pleura es la membrana que recubre los pulmones] y ascitis de 3000 ml.

¿Cómo fue el desenlace? Los peritos explicaron que una insuficiencia cardíaca congestiva ocurre cuando la alteración funcional del corazón lo vuelve incapaz de mantener un gasto suficiente para cubrir las necesidades del cuerpo. Entonces empiezan a actuar mecanismos compensadores: "Las mayores presiones de llenado dilatan el corazón, lo que aumenta la formación de puentes cruzados funcionales dentro de los sarcómeros [las unidades más pequeñas de la fibra muscular] y aumenta la contractilidad". Esos cambios "imponen demandas adicionales a la función cardíaca", y el corazón

responde aumentando el tamaño del miocito (fibra muscular), lo que redunda en un mayor tamaño de todo el órgano. Maradona "presentaba múltiples focos necróticos [muerte de tejidos] miocárdicos".

La causa más probable del edema fue el aumento de la presión hidrostática en los pulmones. Maradona no falleció de inmediato. En una muerte súbita, la sangre de los vasos y las cavidades cardíacas está líquida. La autopsia, en cambio, encontró coágulos de coloración rosada-grisácea y amarillentos, estriados y adheridos a las paredes internas del corazón: "signos inequívocos" de una agonía prolongada. El ídolo comenzó a morir al menos doce horas antes de las 0:30 del 25 de noviembre. El informe plantea que nadie lo vigiló durante ese período y recuerda que no había llamador en el *playroom*.

Para los peritos, Maradona pudo haber tenido "chances de vida aumentada de haber sido internado en una institución de salud polivalente". El traslado a Tigre "fue una decisión deliberada y conociendo los riesgos ('el gordo se muere en cualquier momento')" que tomó el equipo de salud.

Aquella frase, en verdad, había sido más dura. Se la había dicho Luque a un socio mientras estaba en camino al country, cuando ya no quedaba nada por hacer.

—Parece que hizo un paro cardiorrespiratorio y se va a cagar muriendo el gordo. Ni idea qué hizo.

Cuando el audio se hizo público, el médico pidió disculpas a la familia.

* * *

La mañana del domingo 29 de noviembre de 2020 un equipo de la fiscalía de San Isidro allanó la casa y el consultorio del doctor Luque, a quien notificaron sobre la formación de una causa en su contra. Con el correr de los meses, el equipo creado y coordinado por John Broyard —e integrado por Patricio Ferrari, Cosme Iribarren y Laura Capra — reuniría elementos suficientes para imputar por "homicidio simple por dolo eventual" a otras seis personas: Cosachov, Díaz, Madrid, Almirón, Forlini y Perroni. El informe de la junta médica había sido determinante. Lejos de la mala praxis

o la negligencia casual, la muerte de Maradona quedaba definida como un crimen. Algunos fragmentos de la acusación revelan la magnitud de las acciones y omisiones atribuidas a médico, psiquiatra, coordinadores y enfermeros:

> Infringieron los deberes que cada uno tenía a su cargo —al tiempo que también conocían que sus consortes hacían lo propio— colocando o colaborando a colocar un cúmulo de factores y circunstancias notoriamente burdas, incrementando el riesgo por fuera del margen permitido y condujeron al fatal desenlace del paciente que, de lo contrario, hubiese podido evitarse.

> Habiéndose representado el resultado fatal ante el grave cuadro de salud que evidenciaba la víctima y que era conocido al menos por todos los profesionales de la salud nombrados (enfermedad renal crónica, enfermedad hepática preexistente —cirrosis dual—, insuficiencia cardíaca congestiva, deterioro neurológico crónico, adicción al alcohol y psicofármacos, probables enfermedades psiquiátricas sumado al cuadro de abstinencia alcohólica), ejecutaron acciones contrarias al arte de la salud y omitieron realizar los actos específicos que cada uno debía desarrollar en torno a su función, agravando el cuadro de salud de Diego Armando Maradona, colocándolo en una situación de desamparo y abandonándolo a su suerte, ya que provocaron el deceso de Diego Armando Maradona el día 25 de noviembre de 2020 a las 12:30.

Después del allanamiento a Luque, Díaz escribió un mensaje a su ex paciente Maximiliano Trimarchi, que en los días previos los había trasladado a él y a Cosachov. El chofer estuvo en el country el día de la muerte de Maradona, aunque evitó cruzarse a policías y fiscales, desde un rincón discreto junto a la tranquera de la casa. “Quiero zafar del allanamiento. Ya limpié todo”.

El psicólogo minimiza esa frase: “Fue en joda, no había absolutamente nada por limpiar. Si ven el tono de mis charlas con Trimarchi, son así”.

Los investigadores no lo tienen tan claro. Díaz le habría pedido que se llevara unas carpetas de su estudio, y el propio chofer le ofreció “guardar cosas” en su casa.

Para los fiscales, está comprobado que Cosachov intentó hacer algo similar. El lunes 30 a las 9:12 eliminó los archivos de la memoria de su teléfono, hizo una copia a la plataforma iCloud y encriptó el acceso, acaso asesorada por especialistas.

Después entregó el dispositivo y las claves para ingresar, pero dijo haber olvidado cómo acceder a "la nube". Los investigadores lo lamentaron ("vamos a ver lo que ella quiso que veamos"), aunque más tarde lograron recuperar algunos mensajes desde los teléfonos de sus interlocutores. Los diálogos con Luque que se reproducen en este libro fueron fundamentales para formalizar las imputaciones.

* * *

El neurocirujano que había llegado a la vida de Maradona por una consulta sobre sus problemas de sueño terminó, para la opinión pública, como el hombre que resultó incapaz de salvar al ídolo. Para peritos y fiscales, fue el principal responsable de su muerte. "En forma sistemática, ignoró y menospreció los síntomas y signos compatibles con la insuficiencia cardíaca […] como así tampoco confeccionó una historia clínica con los datos relevantes de diagnóstico, terapia y enfermedad del paciente", dice la acusación que pesaba sobre él al cierre de esta investigación.

La fiscalía lo acusaba, junto a Cosachov, de impedir que Maradona recibiera la atención que necesitaba, "con la representación de que la muerte era un resultado esperable frente a la falta de asistencia, colocándolo bajo la órbita de un control deficiente, ineficiente e indiferente en un sitio inadecuado". El médico no garantizó "su debido seguimiento con controles y estudios cardiológicos" ni convocó "a especialistas en materia cardiovascular, hepática y renal, conforme su cuadro lo ameritaba, librando su destino a su suerte".

En su descargo de ochenta y cinco páginas, el doctor Luque —que declinó ser entrevistado para este libro— pidió una nueva junta médica, negó haber estado a cargo de la internación domiciliaria y deslindó responsabilidades en Swiss Medical. No sin razón, recordó que la decisión de instalar a Maradona en Tigre se había tomado ante el rechazo de una nueva internación por parte de la familia y del propio Maradona, que "no contaba con una restricción legal de su capacidad jurídica". En cuanto a los cuidados domiciliarios, el grupo de profesionales asignado por la prepaga era

“completamente independiente”, no los “meros médicos interconsultores” que describía la fiscalía. Por eso pidió que se investigara a los doctores Di Spagna y Macia, “quienes controlaban y medicaban al paciente dando instrucciones médicas a los enfermeros”, a pesar de que solo pudieron verlo una vez.

El médico insistió en que sus funciones se reducían al seguimiento neuroquirúrgico y al control posoperatorio. Esa postura se puso en cuestión cuando se sumó a la causa un documento extraído de otra que el ex jugador había iniciado contra Claudia, por la disputa de los departamentos en Estados Unidos, incorporada en marzo de 2020. La carta empezaba con la frase: “Mi nombre es Leopoldo Luciano Luque, jefe del equipo multidisciplinario (psiquiatras y psicólogos entre otros) encargado del cuidado de la salud física y mental del señor Diego Armando Maradona”.

Luque se vio obligado a reconocer que sus funciones excedían esos roles: “Cuando digo ‘médico a cargo’, es porque considero que en ese momento yo era el médico referente, de confianza, con el cual el paciente era permeable, y aceptaba por momentos mis sugerencias. Pero en otros no lo hacía. Maradona no quería ver a otros médicos. Él pedía por Luque. Yo tenía la confianza y posibilidad de que Maradona aceptara otros médicos”.

Así y todo, buscaba desmarcarse de la mayor acusación de los fiscales: haber sido el principal responsable del tratamiento (o la ausencia de él) durante la internación domiciliaria (o ausencia de ella) en Tigre: “Quiero definir [diferenciar] lo que es equipo médico tratante de lo que es un grupo de médicos que trata a un paciente. Yo considero que en un equipo hay verticalismo, supervisión, coordinación. En cambio, en un grupo de médicos y profesionales, todos trabajamos de manera trasversal. Cada uno de su área. Puede haber planificación, sugerencia y comentarios, pero de ninguna manera se imparten órdenes ni se influye en los especialistas en cada área […] No hay equipo médico tratante. Nosotros somos un grupo de profesionales de la salud que asistíamos a Maradona”.

Entonces precisó sus responsabilidades puntuales: haber gestionado la internación domiciliaria y la creación de un

equipo de salud mental, aunque estaba claro que Díaz había sido una imposición de Morla. Se desentendía, en cambio, de la gestión de esa internación, "regulada por ley por el Ministerio de Salud". A pesar de los avisos, de las quejas cruzadas con Cosachov y de las evidentes irregularidades en la casa de Tigre, dijo que "nunca vi algo que me haga ver que las cosas no funcionaban, nadie nunca me avisó de nada que estuviera funcionando mal".

Por un trabajo que consistía en dar "opiniones" y no órdenes, en 2020 Morla le empezó a pagar —por intermedio de su hermana Vanesa— 100.000 pesos por un mínimo de dos visitas mensuales, sin aumentos a lo largo de doce meses. No representaban su principal ingreso, aclaró. A cambio de esa retribución, ella le pedía "una colaboración" del diez por ciento por hacer gestiones como hablar con médicos, sacar turnos o tramitar recetas. "Tenía contactos en Swiss Medical, por ejemplo un hematólogo que sacaba sangre a domicilio, y cosas que me servían", explicó el médico. "Me prestaba colaboración, y estas personas no hacen nada que no sea por dinero".

Luque insistió en que durante los últimos meses de vida de Maradona no hubo avisos de insuficiencia cardíaca ni de insanía: "Jamás tuvo trastorno cognitivo permanente. Una persona alcoholizada no tiene uso de razón. Estaba mal, dejaba de tomar, y a los dos días estaba perfecto". Aseguró que nunca se representó la posibilidad de la muerte de su "paciente y amigo", ya que las patologías surgieron en la autopsia y no durante los chequeos. Era, quizás, el argumento más difícil de sostener, como se evidencia en los múltiples audios donde advertía del peligro que se avecinaba tanto al ex jugador como a Cosachov, Taffarel y Morla.

Para el neurocirujano, Maradona tenía un solo diagnóstico certero: consumo problemático de alcohol y de psicofármacos, "que la verdad lo tenía controlado la doctora Cosachov". El Parkinson fue planteado como diagnóstico presuntivo, "pero es difícil la evaluación de un paciente cuyo problema con el alcohol no esté resuelto, porque no se puede hacer un examen neurológico real para verificar un Parkinson en progresión hasta no realizar la desintoxicación". En el fondo, no parecía encontrar explicaciones.

—La muerte ocurrió en forma inesperada, imprevista, en las horas de sueño, sin brindar ninguna posibilidad de tratamiento.

* * *

La acusación más contundente de la fiscalía contra la doctora Cosachov fue que:

> En pleno conocimiento de la patología cardíaca que afectaba a la víctima, no adoptó los recaudos adecuados a su *lex artis* [reglas a las que debe ajustarse la actuación de un profesional], al tiempo de realizar las debidas visitas que el cuadro del paciente exigía, sin imponer límites al doliente. No aseguró la correcta administración de la medicación y psicotrópicos que había indicado a Diego Armando Maradona, desentendiéndose de los efectos adversos —en particular de la Venlafaxina, Quetiapina, Gabapentina, Lurasidona, Naltrexona, Levetiracetam— y eludiendo los controles y/o estudios apropiados de su evolución, que implicaban un imperativo ineludible.

La contraindicación de algunos de esos medicamentos para pacientes cardíacos estaba en el centro de la imputación. "Como psiquiatra no se considera de buena práctica ni es habitual pedir una interconsulta cardiológica antes de iniciar una medicación como las que indiqué", justificó ella.

Cuando la fiscalía le preguntó por qué sostenía que el cuerpo de Maradona no había dado avisos de problemas cardíacos, la psiquiatra aclaró que conocía los antecedentes de 2000 y 2007, pero recordó que en la historia clínica del Sanatorio Güemes constaba una "restitución *ad integrum* [recuperación completa] de la miocardiopatía". También que durante los nueve días de internación en la Clínica Olivos, Maradona había estado "con monitores multiparamétricos conectados permanentemente" y que Swiss Medical contrató al doctor Schiter "para convocar, a su vez, a personal idóneo y supervisar el tratamiento", según la propia declaración testimonial de aquel asesor. Controlado por quince médicos, Maradona no había evidenciado patología cardíaca.

Pero los fiscales insistieron. ¿Pensó en algún momento que la medicación que le indicaba podía tener efectos adversos en su corazón?

—No. Primero, es importante que el paciente en vida no

presentaba una cardiopatía […] Aun así, la medicación administrada no tiene contraindicaciones cardíacas.

Sin embargo, el 27 de noviembre había reconocido que Maradona "tenía una miocardiopatía desde hace años". Entonces aclaró que se refería a aquellos antecedentes y volvió a escudarse en la "restitución *ad integrum*". La fiscalía seguía disconforme, y le recordó una conversación con Díaz en donde había planteado que la indicación del fármaco modafinilo, usado para tratar la somnolencia excesiva, "no me cierra, primero por la cuestión cardíaca de los antecedentes de él". Esa historia, sugerían, seguía pesando al momento de aquel intercambio.

Hubo más contradicciones. Cosachov planteó que Maradona estaba autoválido, "desde el día que comencé el tratamiento hasta el de su fallecimiento", pero también reconoció que durante su etapa en Brandsen, "en contexto de alguna recaída en tratamiento por consumo problemático de alcohol y Alplax, estando intoxicado en algún momento, claramente podía no haber estado orientado".

En línea con Luque, planteó que la internación domiciliaria en Tigre había estado a cargo de una empresa elegida por Swiss Medical, con el seguimiento clínico de Di Spagna y la coordinación de Forlini. Reconoció que durante los días en Tigre "me hubiese gustado tener comunicación" con ese médico, pero "intenté la comunicación con él y no me devolvió el llamado. También requerí el informe del médico clínico a Forlini y tampoco me lo envió".

Aseguró que la gerente de la prepaga le prohibió el contacto telefónico con los enfermeros, aunque reconoció que ella misma transmitió la decisión de prescindir de los acompañantes, en base a una orden que había dado Maradona "en pleno uso de sus facultades mentales […] Se sentía invadido, agobiado, y eso influía en su resistencia al tratamiento. Podía derivar en un aumento de las ganas de consumo, que era justamente lo que no queríamos". Aseguró que fue una decisión consensuada con las hijas, unas de las hermanas (Rita), Luque, Díaz y el propio Carlos Cottaro.

Como Luque, respondió sobre sus honorarios. Después de acordar con el neurocirujano el cobro de 10.000 pesos por cada consulta en Brandsen, pidió un reajuste por haber

aumentado su disponibilidad para reuniones, conversaciones y entrevistas *in situ*. “Eso no terminó en nada”, se quejó. El propio Díaz habló con Matías Morla y “consiguió que me paguen algo de lo que me debían”. En Tigre, el contacto con Maradona se volvió “menos fluido”. Ella preguntaba, “a través de allegados del paciente”, “cómo iba todo, si estaba todo bien”.

Su sueño excesivo no la preocupaba. “En lo atinente a la cuestión psiquiátrica, que él esté dos días durmiendo en un contexto de un tratamiento de adicciones, un paciente en abstinencia, en una casa nueva, sintiéndose invadido y con personas nuevas, no me llamaba la atención”.

Por recomendación de su abogado, la doctora Cosachov también rechazó hacer declaraciones para esta investigación.

* * *

La fiscalía consideró que Carlos Díaz —que gozaba de “poder de decisión y control respecto del temperamento” de Maradona— tuvo responsabilidad en no haber indicado su internación y, en cambio, en involucrarse en el ámbito de actuación de Cosachov, “intercediendo en la toma de decisiones ajenas a su incumbencia profesional”, algo que se extendió a las relaciones con la familia. Al igual que los demás acusados, “omitió realizar las visitas y el seguimiento del paciente en tiempo y forma” e “imposibilitó la oportuna adopción de otros cursos de salvamento que hubieran evitado la muerte, a la que fue indiferente”.

Egresado de la Universidad del Salvador con diploma de honor, había hecho un curso y trabajado de acompañante terapéutico especializado en adicciones mientras estudiaba. Al momento de su declaración, era psicólogo clínico de unos nueve pacientes diarios, en su mayoría con consumo problemático de sustancias. “Han tenido múltiples internaciones en neuropsiquiátricos y comunidades terapéuticas, que en su mayoría han fracasado”, explicó.

Díaz aclaró a los fiscales que coincidía en que Maradona debía tratarse en una internación domiciliaria, aunque no por los mismos motivos que sus colegas del equipo médico. Citaba el Proyecto MATCH, el ensayo clínico “más importante que se

realizó en la historia con alcohólicos", donde tras estudiar 1726 casos "quedó evidenciado que la entrevista motivacional, la terapia cognitivo-conductual y los grupos de facilitación de doce pasos son la herramienta terapéutica más eficaz en la recuperación a largo plazo". Consideraba una "barbaridad" que la junta médica planteara que un adicto alcohólico con trastornos de personalidad debía internarse en un centro de rehabilitación. Ahora insiste: "La realidad es que le han hecho muchas internaciones y él siguió consumiendo". Desde la perspectiva de su tratamiento, "Maradona era una prueba cabal de lo que representa entrar en recuperación, y comenzar a dejar atrás su consumo de sustancias".

En su defensa de la acusación de haberse entrometido en el área de Cosachov, planteó que "la sugerencia que le hice fue respecto de una posible medicación, que a los psiquiatras con los que trabajo les funcionó con pacientes con perfiles similares a los de Maradona". Al mismo tiempo, también buscó desmarcarse del concepto de "equipo médico tratante": "No me considero parte. Soy un profesional de salud convocado para un tratamiento psicoterapéutico enfocado en el consumo problemático de un paciente".

¿Maradona estaba en condiciones de elegir el lugar a donde trasladarse después de la operación en Olivos? "Absolutamente", aseguró. ¿En algún momento cumplió con el criterio para una internación compulsiva? "En ninguno, y fue evaluado por múltiples profesionales, tanto en Ipensa como en Olivos, y luego de ser externado". La casa de Tigre "sin dudas me parecía un lugar adecuado para llevar adelante mi práctica profesional", aseveró, aunque desconocía las reglamentaciones para una internación domiciliaria.

Cuando el final estaba escrito, Díaz llegó a declarar que "Diego Maradona se murió por una cuestión cardíaca de hace veinte años". Los fiscales quisieron saber por qué lo había dicho.

—Porque lo vi en la televisión, en un noticiero. Decían que tenía una cardiopatía desde el año 2000.

¿Pero le constaba que Maradona sufriera cardiopatía o insuficiencia coronaria?

—No, para nada. Yo realmente de medicina sé cero, pero sabía que Maradona había sufrido internaciones por

intoxicaciones por cocaína y alcohol.

Cuando sus abogados le preguntaron si el hecho de que —según la autopsia— el cuerpo de Maradona no hubiera tenido ni drogas ni alcohol revelaba un tratamiento exitoso, aprovechó para defender su planteo: "Un día limpio para un paciente que venía en carrera de consumo es una eternidad. Indudablemente que Diego no haya consumido alcohol ni otras drogas habla de una adherencia al tratamiento. Siempre teniendo en cuenta que todo tratamiento en adicciones implica un camino sinuoso para abordar esta enfermedad crónica, pero sin dudas que desde mi lugar de psicólogo, especialista en adicciones, se logró el consumo cero […] Más allá de la tristeza enorme por el fallecimiento de Maradona, quiero destacar que luego de décadas de sufrimiento y esclavitud con los consumos, él pudo finalizar su vida libre de todo tóxico y comprendiendo que otra manera de vivir era posible".

Cuando se acercaba el final de la indagatoria, el psicólogo se quebró: "Bajo ningún punto de vista formé parte de ningún plan delictivo para matar a Diego Maradona. Desde ese momento todo ha sido caótico en mi vida. El fallecimiento de Diego me desprestigia día a día".

* * *

A las cuatro de la tarde del miércoles 25 de noviembre de 2020 se tomó una serie de fotos que permiten confirmar, de manera incontestable, que Diego Maradona murió solo y descuidado, en condiciones irreconocibles y dentro de una habitación indigna. Es una sucesión de imágenes crudas, de frialdad forense y humanidad distante, en las que su cuerpo habla desde un presente perpetuo.

La habitación está a oscuras. Además del sillón masajeador y el televisor, hay una mesa auxiliar con sándwiches de miga intactos. Al costado de la cama, el inodoro ortopédico cubierto por unas sábanas blancas, un mueble organizador de madera y una mopa para la limpieza. Desperdigados por el piso, ampollas y envases estériles. Sobre una mesita de luz de madera, el control remoto, dos celulares, una foto de Diego Fernando y una tarjeta dedicada. Hay agua mineral, grisines

salados, un puñado de caramelos, un rollo de papel absorbente y un desodorante de ambiente.

El ídolo yace en el centro del sommier, cubierto hasta el cuello por un acolchado blanco que se eleva como una montaña, producto de un abdomen rígido e hinchado, que comienza a la altura de las tetillas y se extiende hasta la cintura, formando una cumbre inverosímil.

El acolchado desaparece en las imágenes siguientes. Maradona viste una remera negra Puma y un short azul de Gimnasia y Esgrima. El cuerpo tiene los brazos extendidos, ahora en paralelo al torso. El antebrazo y la mano derecha —envuelta en un puñado de gasas blancas— también están hinchados, al igual que la muñeca izquierda, rodeada por una pulsera de hilo rojo.

Con barba y bigote de varias horas, el rostro mira hacia arriba. Las mejillas carnosas y el arco superciliar están expandidos. Un tono amarillento invade los ojos cerrados, también hinchados. Como indicio de los esfuerzos por llevarle oxígeno durante la emergencia, la comisura derecha tiene una herida sobre los labios resecos, un hilo de sangre coagulada que se extiende unos cuatro centímetros. Hacia el centro de la boca cerrada asoma una sustancia blanca y espumosa.

* * *

El miércoles 2 de diciembre de 2020, antes de la apertura de las muestras del cuerpo en La Plata, un parte de inteligencia tan insólito como inquietante llegó a la fiscalía: la barra brava de Gimnasia había decidido secuestrar el corazón de Maradona, resguardado para análisis complementarios en una unidad forense especializada. Un gigantesco operativo en el Bosque de esa ciudad, donde estaba la sede de la Policía Científica bonaerense, neutralizó la amenaza.

Siete días antes, el cuerpo del astro había llegado a la morgue envuelto en una bolsa de plástico gris. Los empleados lo dejaron desnudo sobre una mesa metalizada de bordes despintados. Quedaron al descubierto los tatuajes históricos —el Che y Fidel, Dalma y Gianinna— y los más recientes: Benjamín, un dragón, la leyenda “Perra”. Era una escena triste y solemne, en una habitación tan chica que casi no

dejaba lugar para los movimientos del fiscal, un ayudante y los peritos.

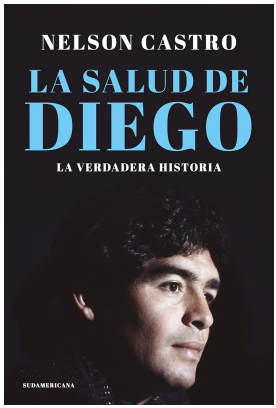
El eviscerador actuó de acuerdo con los protocolos. Extrajo y estudió el cerebro. Abrió el torso para quitar y pesar los órganos. Drenó los tres litros de líquido, recolocó las vísceras y cerró el cuerpo. En previsión de futuros reclamos judiciales, se tomaron muestras de ADN. Con el objetivo de entender cómo y por qué murió, se preservaron otros órganos.

La pandemia de COVID-19 no impidió que miles de personas se acercaran a darle el último adiós en la Casa Rosada. Las filas bajo el rayo de sol duraron horas. En los segundos que cada doliente tuvo frente al féretro, las muestras de afecto fueron conmovedoras: gritos, lágrimas y aplausos; fotos de hijos, de padres y de hermanos; camisetas de todos los clubes y de la Selección argentina. La familia decidió interrumpir la ceremonia cuando se produjeron algunos empujones y corridas, que continuaron durante el cortejo fúnebre por la avenida 9 de Julio y en la llegada al cementerio Jardín Bella Vista, donde descansaban Don Diego y Doña Tota.

Entre las pocas personas que participaron de la despedida estuvieron sus hermanos, hermanas, Dalma, Gianinna, Jana, Claudia y Verónica Ojeda. Guillermo Cóppola llevó una de las empuñadoras delanteras del ataúd, que estaba cubierto con la bandera argentina. Sumergido en el dolor, insultaba a su amigo por lo bajo, recordando un pedido del pasado: “No me abandones. Llevame hasta el final”. Al otro lado de los muros, los hinchas cantaban “La mano de Dios”.

Días después se colocarían placas con dos epitafios. Uno de la familia —“Te extrañamos”— y otro que cumplía con el pedido del máximo ídolo de los argentinos: “Gracias a la pelota”.

Diego Maradona fue enterrado sin el corazón.



ESPLENDOR , LESIONES Y EXCESOS

Diego Armando Maradona ya era un adicto cuando millones queda-ron atónitos ante aquel gol inigualable contra los ingleses durante el Mundial 86. A partir de entonces, a las drogas se sumaron el alcohol, la adicción al sexo y el descontrol alimentario. Esos consumos termi-narían por acorralarlo en un cuarto sórdido del Gran Buenos Aires.

Junto con los días oscuros que precedieron su muerte, ocurrida el 25 de noviembre de 2020, la vida completa del ídolo volvió a ser revisada y juzgada. Sin embargo, hay una historia que nadie contó hasta aho-ra: la de su cuerpo. Desde las primeras lesiones óseas y musculares de Fiorito hasta las extenuantes campañas deportivas en Europa; desde su fenomenal fortaleza muscular hasta el dolor físico y anímico al que intentó sobreponerse dentro y fuera de la cancha.

Para escribir *La salud de Diego*, Nelson Castro accedió a archivos se-cretos, entrevistó a testigos que nunca habían hablado y revisó miles de documentos inéditos. El resultado excede por mucho el ya impre-sionante historial médico. Este libro excepcional es, antes que nada, el relato impactante de una caída vertiginosa y triste: la biografía ín-tima y trágica de un ser humano con dones extraordinarios.

Nelson Castro

Es periodista y médico graduado con honores en la Universidad de Buenos Aires. Editorialista político del diario *Perfil*, conductor de televisión y radio, ha entrevistado a numerosas personalidades mundiales y cubierto eventos históricos de relevancia global. Asimismo, como autor ha publicado varias investigaciones acerca de la salud y la enfermedad de mujeres y hombres de poder y de cómo circunstancias de índole privada se han transformado en cuestiones de importancia pública: *La salud de los papas. Medicina, complots y fe en los siglos XX y XXI*; *Secreto de Estado. La verdad sobre la salud de Cristina Fernández de Kirchner*, *Los últimos días de Eva. Historia de un engaño*, *Enfermos de poder: la salud de los presidentes y sus consecuencias*, *La sorprendente historia de los vicepresidentes argentinos* y *Los secretos de los últimos días de Perón*.

Foto: © Alejandra López

Índice

La salud de Diego
Prólogo
De Fiorito a cebollita
(1960-1975)
Argentinos
(1976-1980)
Boca
(1980-1982)
Barcelona
(1982-1984)
Napoli
(1984-1991)
De Sevilla a la efedrina
(1992-1994)
Regreso a Boca
(1995-1997)
Punta del Este
(1998-2000)
De La Habana a la Suizo Argentina
(2000-2004)
Tratar de estar mejor
(2004-2005)
Recaída y exilio
(2006-2015)
El declive final
(2016-2019)
La última crisis
(2020)
La muerte
La investigación
Sobre este libro
Sobre la autora

Otros títulos
Créditos